



ANTON PEREZ

NOVELA

Manuel Sánchez Mármol



ULTA, DGB

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

ANTON PEREZ

Manuel Sánchez Mármol

1990

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

ict

Ediciones

FICHA CATALOGRÁFICA

FT

N

S3

A5

SÁNCHEZ MÁRMOL, MANUEL ANTÓN PÉREZ: NOVELA / MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL, - VILLAHERMOSA, TAB.: GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO, INSTITUTO DE CULTURA DE TABASCO, 1990. 196 P. * IL., FACSIMS.

FACSIM DE: ANTÓN PÉREZ:NOVELA / M. SÁNCHEZ MARMOL.-MÉRIDA, YUC.: EDITORIAL YUCATENSE "CLUB DEL LIBRO", 1950.

1. NOVELA MEXICANA. I. T.

FT

863M

S26

A48

N.7. 12563

© D.R. Las características de esta edición son propiedad del Gobierno del Estado de Tabasco.

Reimpresión facsimilar: 1990
Tabasco, México.

Hecho en México

ISBN 968-889-213-0

Presentación

El trabajo intelectual ha sido parte muy importante del desarrollo general de nuestro estado de Tabasco. Ello ha sido posible gracias al interés que guardan muchos de los habitantes de nuestra entidad por indagar, descubrir y producir obras de investigación y creación que le han dado lustre a nuestra vida cultural y científica.

Y junto a ello, también está la voluntad de los gobiernos de la Revolución Mexicana por mantener vigente ese mismo afán así como el de divulgar ese mundo que por haberse realizado de manera trascendente, es indispensable que sea considerado y reconsiderado por el grueso de nuestra población, que está particularmente interesada en aproximarse a ese mundo intangible pero cierto del conocimiento y de la reflexión.

Durante el largo pero firme proceso de desarrollo de Tabasco, estas obras han acompañado con su propio vigor el acontecer cotidiano de nuestra vida en comunidad y de formación existencial. De esta manera, quienes abordaron el quehacer intelectual, pueden sentirse seguros de que con el reconocimiento a sus periodos de trabajo interminable de observación y de imaginación, en mucho han colaborado al establecimiento de un marco de interpretación del entorno físico y creativo que acompaña a los esfuerzos diarios de producir y concretar los mejores afanes de crecimiento y estabilidad tabasqueños.

Es así que hoy podemos llevar a cabo una nueva aportación de estas obras, a través de una rigurosa selección de trabajos, que antaño engalanaron nuestros esfuerzos por abundar en esos espacios vitales y que hoy podemos poner a disposición de los interesados del estado y del país, para conocer aún más la naturaleza de aquellos hombres y de la obra que, por lo mismo, le dan trascendencia al pensamiento del hombre que, casi siempre, en soledad, pero como resultado de lo social, deciden llevar a cabo el esfuerzo de las ideas y del análisis.

Por ello, este año de 1990, el gobierno del estado de Tabasco, ha decidido llevar a cabo una tarea de reimpresión de algunas de las obras más trascendentes del quehacer intelectual en nuestra zona vital, a fin de que, a través de la colección *Facsímil* puedan llegar a las manos de los lectores de Tabasco y de todo México, reproduciendo con exactitud la primera edición de dichos trabajos, con lo cual se cumplen dos ambiciones creadoras:

primero, presentándolos en reproducción facsimilar a fin de que nuestro contacto con sus autores y editores nos permitan conocerlos en las mismas condiciones en que se dieron en su primera entrega y, segundo, porque en sí mismas, cada una de estas obras hacen una aportación sustancial al conocimiento humano que tanto nos ha significado y que, por lo mismo, en sus ediciones anteriores están prácticamente agotadas, con lo que revaloramos estos esfuerzos al tiempo que ampliamos las posibilidades de adquisición de los mismos, a fin de que no haya vacíos de conocimiento y sí, reconozcamos en ello lo valioso de estos trabajos que hasta hoy pasan a formar parte del catálogo de virtudes del ser tabasqueño.

No vamos a abundar más en los valores de esta producción científica y literaria, porque las obras que tienen alto valor hablan por sí mismas, sólo nos resta desear que quienes se detengan en la lectura de estos libros encuentren en ello además del solaz que todo ser humano merece y requiere, también amplien el universo de verdad que tanta importancia tiene en nuestros días. Sigamos adelante, pues, en la lectura de estas ediciones y dejemos que quien un día las escribió nos guíe por ese camino brillante de la razón y de la pasión.

Lic. Salvador J. Neme Castillo
Gobernador del Estado de Tabasco,
Villahermosa, Tab., diciembre de 1990.

Antón Pérez
Manuel Sánchez Mármol

Edición Facsimilar de
ICT
Ediciones
Gobierno del Estado de Tabasco
1990

M. Sánchez Mármol

ANTON
PEREZ

NOVELA
(SEGUNDA EDICION)
(Ilustraciones de E. U. R.)



Volumen Núm. 23

1950

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Director y Gerente General: Gabriel Antonio Menéndez

CIA. LINTOPOGRAFICA PENINSULAR, S. A. de C. V.

Apartado 351 Calle 59 Núm. 445

Mérida, Yucatán, México

A LOLA MUÑOZ DE BARREJRO

Ofrenda amistosa

Literato Insigne

EL LIC. DON MANUEL SANCHEZ MARMOL

Por el LIC. FRANCISCO CANTON ROSADO

GRATO recuerdo es para el que estos renglones escribe, el de aquel distinguido amigo a quien conocí y traté a principios de este siglo, época en que el Lic. Sánchez Mármol brilló como un astro de primera magnitud en el cielo de nuestras letras por su clarísimo talento, por su poderosa imaginación, por su dicción elegante y castiza y por todas las cualidades que distinguen al perfecto hombre de letras, que por sus altos méritos, logró ser aceptado en la Academia Mexicana de la Lengua. Su amabilidad era tan exquisita que parecía un diplomático y siempre tenía en los labios una frase amable para sus amigos.

Valiéndome de los datos que me proporciona su notable biógrafo el respetable escritor yucateco Don Francisco Sosa, y que reproduce en su interesante "Bibliografía General de Tabas-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

co", tomo primero, el distinguido prosista y fino amigo mío, Lic. Don Francisco J. Santamaría, voy a enumerar brevemente los altos méritos del personaje cuyo nombre va al frente de estas líneas. En Cunduacán, (Tabasco) nació el Licenciado Don Manuel Sánchez Mármol en 25 de Mayo de 1839.

Hizo sus estudios de instrucción primaria en su Estado natal; pero no habiendo entonces en Tabasco ningún establecimiento de enseñanza secundaria y profesional, tuvo la fortuna de venir a Mérida, donde existía el Seminario Conciliar de San Ildefonso. establecimiento en el que pudo recibir no sólo la instrucción secundaria. sino la profesional. Quiere decir que el Seminario fué su Alma Mater. Por esta razón podemos decir que Sánchez Mármol fué no sólo tabasqueño. sino yucateco de corazón. Nuestro hombre ocupó siempre en el Seminario los primeros lugares por su clara inteligencia y por su firme dedicación al estudio. De las tres carreras que se estudiaban en el Seminario. la de derechos. la de medicina y el sacerdocio. prefirió la primera. Aficionado desde su juventud al estudio de las bellas letras. dedicóse con ardor a su cultivo. en unión de otros jóvenes yucatecos. como el que después fué ilustre poeta lírico y dramático José Peón Contreras. Manuel Roque Castellanos y otros que sería largo enumerar. Fundó en unión de otros jóvenes yucatecos una sociedad literaria denominada "La Concordia" y publicó junto con ellos el famoso periódico: "La Guirnalda", en que otros distinguidos escritores se dieron a conocer. Sus primeros trabajos fueron recibidos con general aplauso y animado con este estímulo. fundó con los antes nombrados el periódico satírico "La Burla". La crítica literaria. social y política que ejerció este periódico levantó ampolla; pero dice Sosa que tuvo saludable influjo y cortó algunos abusos. Dicho biógrafo conoció aquellos tiempos y debemos atenernos a su opinión.

Suprimida "La Burla" por el Gobierno de Yucatán. Sánchez Mármol se dedicó a una obra más seria y en compañía de un joven yucateco y honorable. Don Alonso de Regil. publicó un libro que resumía en sus páginas las mejores poesías de autores yucatecos y tabasqueños. El libro llevó el título de: "Poetas Yucatecos y Tabasqueños" y lo precedía un erudito prólogo en que se hacía una revista crítica de las mejores poesías escritas por

ANTON PEREZ

yucatecos y tabasqueños. Los primeros eran, por orden de antigüedad, los siguientes: Quintana Roo, Alpuche, Trujillo, Calero Quintana, Aznar Barbachano, Cisneros, Pérez, Rivas, Duque de Estrada, Contreras Elizalde, Aldana del Puerto y Castillo Peraza, y los tabasqueños: Teresa Vera, Correa, Puig, Torre y Foucher. La edición comprendía los retratos y los rasgos biográficos de los poetas. Sosa dice que la obra fué un monumento dedicado a la memoria del insigne escritor yucateco Don Justo Sierra O'Reilly.

Más tarde salió otro periódico literario, en que Sánchez Mármol fué uno de los redactores: "El Album Yucateco" Y cuando nuestro inolvidable historiador el entonces Presbítero, Don Crescencio Carrillo y Ancona, fundó "El Repertorio Pintoresco", célebre en Yucatán, Sánchez Mármol fué uno de sus colaboradores.

Por circunstancias especiales, nuestro biografiado tuvo que abandonar Yucatán sin recibirse de abogado y regresó a Tabasco, donde no podía optar al título, pues no había allí Facultad de Derecho.

Se trasladó entonces a la capital del Estado de Chiapas y en San Cristóbal presentó brillantes exámenes y obtuvo el título de Lic. en Jurisprudencia, el 13 de Noviembre de 1865. Ardía entonces en Tabasco la lucha entre el Imperio y la República. Sánchez Mármol tomó el partido republicano y se batió con la pluma, a veces más poderosa que la espada. Terminada la lucha, fué nombrado Secretario General de Gobierno y Redactor del Periódico Oficial de su Estado. Más tarde fundó con otros escritores tabasqueños el periódico "El Radical" y fué Diputado a la Legislatura local.

Siguió dedicado a la política y en 1868, pasó a la Capital con su credencial de Diputado al Congreso de la Unión: pero por circunstancias especiales no pudo hacerse cargo de su curul. Volvió a Tabasco y allí fué Magistrado del Tribunal Superior. En 1871, ocupó al fin un asiento en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión. Dos años después, representó un distrito del Estado de Veracruz y luego, otro del Estado de México. Siguió en la Cámara de Diputados hasta 1906, en que nombrado Senador, desempeñó este elevado cargo hasta el día de su muerte.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Mientras residía en la Capital, trabajó de nuevo en la prensa en la redacción de "El Siglo XIX"; compuso una novela corta intitulada "El Arbol de Navidad" y perteneció a la Sociedad de Geografía y Estadística y a varias corporaciones literarias.

Como abogado, disfrutó de una buena reputación y representó en México a varias casas comerciales tabasqueñas. En 1901 fué nombrado representante en la Capital de la Empresa del Ferrocarril de Mérida a Valladolid. En ese mismo año, el Gobierno general le nombró Delegado de México a la Segunda Conferencia Panamericana. Por aquella época, La Unión Panamericana carecía de importancia; pero más tarde, la guerra de Estados Unidos con Alemania y la "guerra fría" con Rusia le han dado relieve hasta el punto de que se ha formado la "Organización de Estados Americanos".

Examinemos ahora el aspecto literario de la vida de Sánchez Mármol. Hablemos primero de sus discursos: con relación a éstos, nos dice su biógrafo Francisco Sosa que "a pesar de las brillantes dotes que poseía de buen lenguaje, de erudición, de facultad de comprensión y otras cualidades como la imaginación, carecía de aquellas que a oradores menos aptos proporcionan ruidosos triunfos en los parlamentos y en la tribuna cívica; era, dice Sosa, si no estamos en un error, un orador académico. . . ." "Hav que convenir en que en nuestro parlamento (sí así lo podemos llamar) de la época porfiriana, no había discusiones, pues todos los diputados se sentían obligados para con el gobierno a votar afirmativamente todas las iniciativas del Ejecutivo, de modo que no había lugar a discursos fogosos de parte de la oposición, como pasa en Inglaterra y Estados Unidos, donde hay verdadera democracia. Apenas si a veces se oía la voz de oradores como Don Juan A. Mateos, que para entretener a los diputados, solía soltar frases de efecto como aquella que dijo una vez: "Porque en mi casa, señores, reina la libertad de cultos". Y como Sánchez Mármol figuró como Diputado en aquella era porfiriana, no había lugar a que pronunciara discursos para inflamar los ánimos de los oyentes.

Sánchez Mármol fué varios años Profesor de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria y allí seguramente pudo lucir sus conocimientos literarios, adquiridos en la lectura de los mejores autores españoles, como Don Juan Valera, cuyo atticismo, elegan-

ANTON PEREZ

cia y delicadeza en el decir supo imitar admirablemente, como se observa en novelas como "Juanita Souza", escrita con el estilo ateniense que acreditó como hablista al autor de "Pepita Jiménez". No sin razón, la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, le llamó a formar parte de tan distinguida corporación. Igualmente, nuestro crítico don Carlos González Peña, al hablar en su "Historia de la Literatura Mexicana", de los novelistas mexicanos, dice lo que sigue acerca de Sánchez Mármol: "Figuran en la novela de costumbre Don Manuel Sánchez Mármol (1839-1912) prosista llano y castizo, en el cual descubrimos muy directa la influencia de Don Juan Valera y a quien se deben tres relatos novelescos: "Juanita Souza", "Antón Pérez" y "Previdida". Sosa habla de otra novela de nuestro biografiado, intitulada: "Pocahontas", pero ésta no la conocemos. Solamente poseemos las otras tres, que el autor, que fué distinguido amigo nuestro, se sirvió dedicarnos. . . .

"Juanita Souza" es la historia de una joven inocente y pura, que habiendo cifrado su amor en un joven honrado e inteligente, tiene la desgracia de perderlo en un accidente marítimo ocurrido al vapor "Mérida"; Juanita se enferma entonces gravemente del corazón; pero llena de un sentimiento caritativo, resuelve para mitigar su pena, servir como enfermera en un hospital. La casualidad hace que entre también a prestar sus servicios en dicho establecimiento un joven doctor que se prenta de Juanita y es correspondido por ésta. Pero cuando se aproximaba la fecha de la boda, la futura desposada cae muerta repentinamente en brazos de su amado. De ella puede decirse aquel dístico que se halla esculpido en la tumba de una respetable señorita mexicana, que murió en el momento de la boda:

"Llegaba ya al altar feliz esposa:
allí la hirió la muerte. Aquí reposa".

La novela interesa y conmueve y está escrita en el estilo elegante y castizo que caracterizaba a su autor.

Francisco Sosa nos habla de otra obra literaria de inestimable mérito que escribió Sánchez Mármol: es una monografía sobre las "Letras Patrias", que forma parte de la obra: "México,

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

su *Evolución Social*", que publicó en 1902 la casa editora de Ballezá y Cía. Como no conocemos esta obra de Sánchez Mármol, nos limitamos a insertar el breve juicio del distinguido biógrafo citado: "Ya que otra cosa no cabe en estos apuntamientos, llamamos la atención hacia una de las excelencias de la monografía sobre las letras patrias, y es la envidiable concisión con que fija, en frase lapidaria, muchas veces y siempre gallarda, siempre brillante, la fisonomía de los autores por él estudiados. Desfilan ante nuestros ojos redivivos, muchos de aquellos a quienes no vacilamos en llamar fundadores de nuestra literatura, ilustres y venerables varones a los que la injusticia propia de los hijos de un período de egoísmo y de utilitarios anhelos, y las agitaciones de una época que plegue al cielo sea transitoria, parecen pretender hundir en las sombras del olvido".

Nos dice también el incansable biógrafo de Sánchez Mármol, que cuando este distinguido literato fué aceptado como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, pronunció un bello discurso en que hizo el merecido elogio de nuestro mejor autor dramático, el insigne José Peón Contreras, estudio que seguramente no se publicó, pues no tuvimos noticia de él con todo y que hemos procurado conocer todos los escritos literarios que valen la pena.

Ciertamente, la producción literaria de Sánchez Mármol fué escasa relativamente a su capacidad, pues tenía arrestos para mucho más. Pero hay que tener presente que por desgracia en nuestra patria el cultivo de las letras no es una profesión lucrativa y que generalmente los literatos no se dedican a estas tareas sino en sus ratos de ocio. Recordemos el lema que usaba nuestro gran historiador García Icazbalceta: *Otium Sine Litteris Nons Est*. "El ocio sin las letras es la muerte". Sánchez Mármol tenía una familia numerosa y de preferencia debía consagrarse a tareas que le proporcionaran el sustento de los suyos.

ANTON PEREZ

Falleció aquel amigo el 6 de Marzo de 1912. Reconozcamos que fué una de las glorias de su patria chica, Tabasco, y también de la gran patria mexicana. Fué un perfecto caballero y un amigo modelo y podemos asegurar que nunca hizo derramar a nadie una lágrima. Fué siempre amable para todos y dejó un rastro de luz en el cielo de México.

Francisco CANTON ROSADO

Mérida, Abril de 1950.

(Tomado de "Diario de Yucatán", de Abril, 1950)

ANTÓN PÉREZ

NOVELA

POR

MANUEL SANCHEZ MARMOL (*)

SENALADAS tantas veces las causas que determinaron el escaso florecimiento de las bellas letras durante el largo período colonial, y consiguientemente en las primeras décadas de la vida autónoma de México, resultan hoy lugares comunes las declamaciones de los que se obstinan en atribuir a fatal herencia, a debilidad ingénita, el hecho de que no exista aún lo que con propiedad podría llamarse literatura nacional, a no existir tales antecedentes. No atenúan, sin embargo, ni mucho menos justifi-

(*) Tomado de la "REVISTA POSITIVA", dirigida por el Ingeniero Agustín Aragón, número correspondiente al 16 de Julio de 1903.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

can la deficiencia que se descubre en la obra de las nuevas generaciones, considerada en conjunto, los errores del pasado. Porque el tiempo transcurrido de nuestra emancipación acá, y la sucesión de esas mismas generaciones, así como la persecución de flaman-tes ideales, deberían haber bastado para que la raza genuinamente mexicana propugnase, libre ya de toda traba y sin ser víctima de tiranía de ninguna especie, por el desarrollo de las inteligencias y por la creación de la suspirada literatura, llena de vida, de color local, original y propia.

No hay, pues, necesidad de asirse una vez más a tan gastados argumentos, aducidos casi siempre —debido es confesarlo— a generosas impaciencias y a patrióticos anhelos; pero impaciencias al fin y al fin anhelos, que con serlo perturban la serenidad del espíritu. Lo que poseemos, poco si se piensa en que mucho más podíamos y deberíamos haber atesorado ya, proporciona material para estudios más extensos que los que hasta ahora se le han dedicado. Nuestra producción literaria es pobre ciertamente; pero lo parece mucho más, porque sin hacer el balance que precede a toda liquidación, se presenta como activo nada más que el nombre de los autores de primer orden, y en determinados casos sólo el de alguno de ellos; el de aquel cuyas son las creaciones que se traía de enaltecer; que a injusticias tan grandes y a tan graves errores suele conducir el afán de poner por cima de todos al que es objeto de una predilección exclusivista.

Circunscribiéndome al cultivo de la novela en México, tema a que por modo natural me conduce la aparición de ANTON PEREZ, última producción del afamado escritor Don Manuel Sánchez Mármol, creo que me es lícito afirmar qué noveladores hemos tenido y tenemos, merecedores del aplauso sincero de cuantos conceden a esta rama de la literatura la importancia que en todos los pueblos cultos se le reconoce.

El autor mismo de la obra que motiva el presente artículo, decía poco tiempo ha en su brillante monografía LAS LETRAS PATRIAS: "Que hemos florecido en la novela, ¿quién osará negarlo? Que la hemos cultivado en todas sus formas, ¿quién se atreverá a contradecirlo? Que poseemos una novela nuestra, esencialmente mexicana, ¿cómo ponerlo en duda? Allí están de pie, solemnes y victoriosos, Fernández Lizardi, Sierra, Orozco, Cuéllar, Altamirano, Riva Palacio, y no pocos más".

Hay qué hacer notar, que en la monografía que citamos no se hace mención sino de autores ya muertos, y hay qué observar también, que precisamente entre los que, por dicha, viven todavía, se cuentan otros novelistas de indisputable mérito; novelistas que, para bien de nuestra literatura, no son adeptos de determinada escuela, esto es, que cada uno, según su idiosincracia o tomando por maestro al autor europeo de su predilección, al ejercitarse en su arte produce obra distinta, de donde resulta que el conjunto no es monótono, y ofrece por su variedad la satisfacción de todos los gustos, la afición de todos los que leen.

Sin pretender, ni mucho menos, que la novela sea en el actual momento el único género cultivado con magistral acierto entre nosotros, puede sí afirmarse que en él, más que en otro alguno, se emplea con provecho mayor número de escritores sobresalientes. Y el hecho tiene fácil explicación. La poesía en México y en el mundo entero, ha perdido la preponderancia que por tan largos años alcanzó. Apenas si los poetas eximios pueden gloriarse de tener fervorosos admiradores, y esto en el no muy extenso círculo de los que han dado en llamarse intelectuales. La historia, la filosofía y las ciencias, cuentan, es cierto, con más crecido número de adeptos, a medida que la cultura se ensancha y difunde, son más exigentes, más severos, más refinados podría decirse, y han menester por consiguiente los autores, de preparación mayor, de conocimientos superiores, para producir algo que no forme tristísimo contraste con lo que de allende los mares se recibe sin cesar. La erudición no es ya privilegio reservado a unos cuantos, y aquí y allí se encuentra sin dificultad quien pueda señalar cuáles son los primitivos, los genuinos expositores de hechos o de doctrinas que a las veces quieren presentarnos como originales y propios los que solamente merecen ser tenidos por traductores o por vulgarizadores de ajenas ideas.

No sucede lo mismo con las obras de pura imaginación, que, por otra parte, son las que halagan y entretienen a la mayoría del público lector, y en las que con mayores probabilidades de buen éxito se pueden difundir teorías políticas, enaltecer ideales, restaurar episodios históricos que parecen expuestos a desaparecer con los testigos presenciales, describir las bellezas de nuestro suelo, copiar los cuadros de la vida social, y en una palabra, presen-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

tar en conjunto o siquiera sea parcialmente, el sentir, el pensar y el modo de actuar de los mexicanos de ayer y de los de hoy.

Por eso nuestros novelistas contemporáneos nos ofrecen, ora la narración de idilios amorosos que tienen por teatro una ciudad de provincia, como en la ANGELINA de Rafael Delgado, ora la lucha de los terratenientes, como en LA PARCELA, de López Portillo; ya los desenfrenos de las pasiones y las lacerias sociales, como en las novelas de Federico Gamboa; ya los secretos de la moderna burocracia, como en PACOTILLAS, de Porfirio Parra; bien la historia anecdótica a la manera de Pérez Galdós, como en los libros de Salado Alvarez, DE SANTA ANNA A LA REFORMA, o bien las vanidades, los vicios, las pretensiones de la llamada aristocracia, como en LOS PARIENTES RICOS, del mismo Delgado.

Si no en crecido número, sí en el que basta para tener un representante de cada una de las principales subdivisiones que diversifican la novela contemporánea, contamos autores de verdadero mérito de cuyas obras podemos, ya que no envanecernos porque la vanidad siempre y en todo es vituperable, sí mostrarnos satisfechos.

Entre esos novelistas, a pesar de que otras tareas le ocupan de continuo y le hacen no dedicar a la literatura más que contados momentos, Don Manuel Sánchez Mármol ha conquistado merecidos triunfos. Tres son sus principales producciones: POCAHONTAS, JUANITA SOUZA Y ANTON PEREZ.

Sátira política la primera, publicada en 1882, bien merece los honores de una segunda edición, pues no sólo satisface la común afición a cuanto a la censura de los vicios y corruptelas de los que gobiernan atañe, sino que da a conocer un período de nuestra historia política, y al flagelar a los hombres de entonces, deja, si me es permitido decirlo así, un documento que sabrán aprovechar sin duda los futuros historiadores, ya que está cada día más generalizada la práctica de no atenerse únicamente a las fuentes oficiales para desentrañar la verdad de los sucesos. Una prudencia que juzgo excesiva, pero que acaso no lo sea, tanto, dado al prurito de encontrar alusiones embozadas a la actualidad palpitante, aún en trabajos tiempo ha desempeñados, creo que ha detenido al autor de POCAHONTAS, a reeditar su novela. Y vaya si merece ser impresa de nuevo.

Diez años después apareció JUANITA SOUZA, primitivamente intitulada LA PALIDA; novela realista pero de las de buena cepa. Y la califico así, porque reúne muchas de las buenas cualidades del realismo bien comprendido: exactitud en las descripciones, verdad en los caracteres, palpitante interés; y porque discretamente supo detenerse el novelador en las lindes que separan el realismo del naturalismo, que es un plano inclinado por el cual descienden al fango de la pornografía aquellos que una vez colocados en esa pendiente resbaladiza, desdennan los reparos que provoca el que olvida el respeto que se debe a sí mismo y al público lector, compuesto no nada más de los que hacen alarde de no ruborizarse nunca, sino también de damas y doncellas ante cuyos ojos no es lícito desgarrar todos los velos.

El Cervantes montañés, el insigne novelista español Pereda, en carta a mí dirigida con motivo de haberle enviado la JUANITA SOUZA, mostróse satisfecho de su lectura, no sin lamentar, eso sí, que el señor Sánchez Mármol fuese adepto de la escuela naturalista francesa, de que él, Pereda, es franco adversario, y me expresó su ferviente deseo de que el novelista mexicano, cuyas excelentes dotes reconocía de buen grado, siguiera en sus ulteriores producciones por otros derroteros menos escabrosos. A decir verdad, una sola de las escenas de JUANITA SOUZA se desarrolla en terreno escabroso, y a punto se encontraba de caer en el crudo naturalismo; pero supo sortear el peligro el autor y no fué más allá.

Pasaron otros diez años. Las tareas forenses, la cátedra y el Parlamento ocuparon por completo al señor Sánchez Mármol y le impidieron realizar un trabajo literario que de tiempo atrás le solicitaba: dar forma romancesca a algunos episodios de la época de la restauración republicana en su Estado natal. Muy joven todavía, presencié los acontecimientos, tomó parte en ellos, compartió las penalidades y los peligros de los caudillos republicanos, puso a su servicio todas sus energías, todo su entusiasmo, toda su inteligencia. ¿Quién entonces, mejor que él podía presentar un cuadro lleno de verdad y al propio tiempo embellecido por las galas de una imaginación, que, por raro privilegio, conserva la frescura, la virilidad, el fuego de los mejores años de la vida, sin que se hubiesen marchitado sus flores ni por el fragor de los combates,

ni por las luchas periodísticas, ni por la pesada atmósfera de los tribunales?

Por desgracia, son por extremo apremiantes las exigencias de la vida real, y apenas si los más esforzados logran que no los arrastre el torbellino que arroja al literato de los cármenes floridos que brindaban a su espíritu con los encantos del arte, con los laureles de la gloria, con los murmullos del aplauso. La *STRUGGLE FOR LIFE* (*), es, a las veces, el enemigo más encarnizado del escritor, en donde quiera, y en parte alguna lo es más que en nuestra República. Nadie debe sorprenderse, por lo mismo, de que la obra literaria de Sánchez Mármol sea reducida, cuando de sus dotes intelectuales parecería lícito exigir más frecuentes y más sazonados frutos. Por vocación rendiría culto serviente y exclusivo a las bellas letras; por reflexión, por necesidad la posterga. ¡Lástima grande, en verdad!

Decíamos, pues, que transcurridos diez años después de haber escrito la novela *JUANITA SOUZA*, se dedicó en ratos robados a serias ocupaciones, a la que con el título de *ANTON PEREZ* acaba de ver la luz pública, galanamente editada por el establecimiento fundado por Díaz de León, el inolvidable tipógrafo, que colocó en tal alto sitio la imprenta en México.

ANTON PEREZ es una novela genuinamente histórica y en la cual si bien la intriga amorosa juega un papel interesante —hasta donde es necesario para que la atención de los lectores menos aficionados al género histórico no se canse— se descubre sin esfuerzo la noble y patriótica intención de grabar en la memoria de las nuevas generaciones, el nombre y los hechos de los que por la patria y por la libertad combatieron en Tabasco, en los aciagos días en que el tercero de los Napoleones quiso implantar en México un Imperio.

Para los que vieron desarrollarse el tremendo drama: para los que conocieron y trataron a los modestos adalides de la lucha en defensa de la República, las páginas del nuevo libro tendrán, a no dudarlo, potencia evocatriz. En ellas se destacan las figuras de los Méndez, los Castillo, los Sánchez Magallanes y otros más de los que abandonaron hogar, comodidades, afectos, intereses, impulsados por su fé ardentísima en el porvenir de la patria.

(*) Lucha por la vida.

y arrojaron peligros sin cuento, miseria y hambre, la muerte misma, con generosa abnegación, sin loca ambición de gloria ni de medro personal, allí muy lejos, en un rincón casi ignorado, sin esperar auxilio ninguno, valiéndose a sí mismos, fiándolo todo a la justicia de su causa. a la entereza de sus corazones, a la constancia que, cuando otros recursos faltan, los suple. Héroe cuyo nombre suena poco, si es que llega a sonar alguna vez en las historias generales, que raramente conceden importancia más que a las glorias de los caudillos egregios, esos son los héroes de la restauración republicana en el suelo tabasqueño, a quienes la inspiración de un autor conterráneo hace resurgir con piedad verdaderamente filial ante los ojos de los que allá en lejanos días dejaron tal vez de admirarlos, porque eran de casa, porque tiénesese por natural, por vulgar, podía decir, lo que se ve de cerca sin la aureola de la fama vocinglera, sin el manto del misterio, sin el arrullo de los aplausos de los extraños.

Para los que después nacieron, para los que encontraron una patria por cuya autonomía no es necesario ya combatir, para los que hoy viven afanosos persiguiendo los novísimos ideales de preponderancia, de brillo, de poder y de grandeza, será una revelación la historia de los días de prueba porque pasó Tabasco, y por mucho que les ocupe y absorba la resolución de los problemas del actual momento, y por más que hagan alarde de no escuchar sino la voz de sus íntimos y personales intereses, agradecerán, aunque no lo confiesen, los sacrificios de aquellos valientes campeones a los cuales deben llamarse libres e independientes.

Es la novela histórica, tal cual la comprenden y escriben sus más afamados cultivadores, educadora por excelencia, por cuanto que lleva y difunde en todas las capas sociales conocimientos y doctrinas que, presentados en otra forma, solamente serían adquiridos por determinada fracción o grupo de individuos. Contrariamente a lo que ella vino siendo en manos de Dumas padre y de sus imitadores, que no vacilaban en sacrificar la verdad al palpitante interés de la fábula, para apoderarse del espíritu del lector fascinándole con intrincados asuntos y maravillosos sucesos, imaginados y jamás ocurridos; efervescencias de la fantasía creadora y no un trasunto de humanas realidades, la novela histórica es hoy cultivada con esmero exquisito, concienzudamente lo mismo en Francia que en Rusia, en Inglaterra como en Italia, en Es-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

paña como en los Estados Unidos de Norte América, y en donde quiera. "Ya no es, —dice Ernest Daudet,— la obra puramente imaginativa en que todo es mentira y en la que se ultraja a la historia, sino que bajo la forma romancesca, constituye algún cuadro del pasado". "Estos romances, —agrega,— tendrán largo tiempo lectores. Ellos son, a decir verdad, cuadros de historia, de historia cierta y vivida, y su boga contribuye a demostrar, que al escribirlos, todo lo que lleva la marca del talento y el sello de la verdad, reanima en el gran público aquel atractivo de las cosas del pasado, que existe en la mayor parte de las almas cuya instrucción, aún rudimentaria, ha desenvuelto la sensibilidad".

Maupassant había dicho antes: "Muchos no son heridos por la agudeza vibrante de la vida contemporánea, y se emocionan ante ciertas apariciones de la historia de que se desprenden para ellos ideas generales, sueños artísticos o filosóficos. El hoy está demasiado cerca, muy conocido, muy adivinado, no demasiado imprevisto para darnos la bizarra sensación de extrañeza que se encuentra por momentos en la evocación del ayer".

Claro es que para poder realizar los fines que persigue la novela histórica, tal cual se la comprende en nuestros días, el escritor ha menester no solamente de las cualidades exigidas a todo autor, sino de conocimientos especiales, y de la facultad, nada común por cierto, de saber dónde acaba la personalidad que en la vida privada actúa, y dónde empieza la que puede y merece ser elevada a la categoría de personaje histórico y al propio tiempo novelesco. En otros casos, por ejemplo, en la descripción de los sitios en que se desarrolla la acción de una novela, es lícito al artista embellecer los paisajes, y el carácter y aún el traje mismo de las personas de que trata; mientras que en la novela histórica se necesita conocer de VISU las localidades, y haber estudiado las costumbres de la época, y no atribuir a un período la indumentaria que a otra pertenece y que en el primero fué bien distinta.

Lo que en el teatro se llama la mise en scene y que tan escrupulosamente atienden los verdaderos directores, atribuyendo al público mayor cultura tal vez de la que realmente posee, en el que escribe novelas históricas es condición indispensable. Y no puede ser de otra manera. El espectador distraése fácilmente y por excepción hace reparos cuando llega hasta el ridículo el ana-

cronismo y cualquiera lo hace observar; no así el que lee una novela en la soledad de su gabinete y la conserva y vuelve a leer cuantas veces quiera. Para el segundo no pasan inadvertidos los errores en que el autor puede incurrir.

El señor Sánchez Mármol, al abordar en su flamante producción el género histórico, se encontraba suficientemente preparado para desempeñar la tarea con sujeción a los cánones establecidos. Palmo a palmo conoce el suelo tabasqueño; compartió los azares de la vida militar de los defensores de la República; sabe cómo pensaban ellos y sus contrarios; cómo combatían, cómo se sobrepusieron a todos los obstáculos que sembraban su camino. Esto de una parte; de otra, no son para él un misterio las luchas del corazón de sus conterráneos, y podía presentar un fiel trasunto de ellas; y hasta no es aventurado suponer que tuvo ante sus ojos el documento humano que dijera Zolá.

Intencionalmente me abstengo de referir el argumento de "Antón Pérez". Nada hay tan fácil como caer en uno de los dos extremos a que conduce a los bibliógrafos y críticos el deseo de condensar en breves frases un asunto desarrollado con mayor o menor amplitud por el autor de la obra de que se quiere dar idea. O bien presentan un pálido bosquejo, una figura descarnada que previene desfavorablemente al futuro lector y que acaso le hace desistir de emprender la lectura, o bien, y esto acontece con frecuencia, el cuadro resulta tan acabado que ahorra la lectura de la obra; pues muchos se conforman con lo que un artículo bibliográfico dice, y ese artículo les basta para ostentarse, llegada la ocasión, conocedores y aun críticos de todo libro nuevo.

Concrétome, pues, a decir que en "Antón Pérez" vibran con intensidad dos notas por extremo simpáticas: la del amor y la del patriotismo. Avasalladora como es la pasión que desde sus años infantiles se apoderó del protagonista, ella le sume en la tristeza, primero, y después le hace dar de mano a todo lo noble y todo lo digno por llegar a realizar sus sueños de amor y sus esperanzas, y al fin le causa la más horrenda, la más cruel de las muertes, sin haber tenido siquiera el consuelo de saber, antes de su matrimonio, que ya alboreaba en el corazón de la mujer querida el amor por él ambicionado.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Antítesis completa de esa alma que, subyugada por el amor de una mujer, falta a sus deberes para con sus protectores y para con su patria misma, ofrecen los caudillos republicanos que, como ya antes dijimos, todo lo sacrificaron en aras de la patria, de la libertad y de la democracia.

El carácter de "Antón Pérez" inspira al lector lástima, conmiseración, mientras que el de los caudillos liberales los eleva y enaltece. En la final catástrofe se ve algo así como un castigo cruel pero merecido, por lo que toca al mal ciudadano, y en el vencimiento glorioso, alcanzado por sus antiguos jefes, el premio al valor, a la constancia, a la fé, a la abnegación. Tanto es así, que más de un lector lamentará que el señor Sánchez Mármol ponga tan de resalto la figura de Antón Pérez, en vez de tomar para protagonista a un patriota. Pero de la antítesis a que hemos hecho referencia se desprende saludable, educadora lección: la grande, la verdadera gloria, la que perdura, no se conquista por los que hacen de la mujer un ídolo, sino por los que por cima de todo ponen el santo, el puro amor a la patria.

Si en detalles quisiéramos fijarnos después de haber, aunque rápidamente, indicado cuál es a nuestro entender el pensamiento filosófico que informa la novela de que tratamos, bien fácil sería para nosotros apuntar las bellezas que el libro encierra en punto a descripciones, a diálogos fáciles, a escenas palpitantes de interés, a lo que podríamos llamar toques admirables del pincel con que el autor retrata, en unos cuantos rasgos magistrales, a varios personajes históricos, presentados sin esfuerzo alguno en el curso de la narración. Podríamos también detenernos ante ciertas figuras femeniles que en ella se destacan, figuras que viven y actúan y que nos parece haber conocido, pues tan intensa es así la luz de verdad que las ilumina: pero nos expondríamos a cansar al lector o a caer en uno o en ambos de los extremos que, como más arriba indicamos, son los escollos raramente franqueados con buen éxito por los críticos.

Empero séanos permitido recomendar la lectura atenta de los capítulos VIII, XIX y XX.

Para darle algún nombre, llamaremos de la seducción al primero de esos capítulos. Escabroso es el tema ciertamente, pero no haya miedo de encontrar las crudeces de la escuela ultranaturalista. El erotismo de la jamona Doña Socorro está hábilmente

ANTON PEREZ

trasuntado, treme enardecida por la lectura del Baroncito de Faublás, a la cual lectura fía la suspirada realización de sus carnales apetitos; pero si bien la pornográfica novela francesa fué el nuevo Galeoto, no se copia un sólo párrafo de ella, y a buen tiempo el autor de la mexicana, dice: y ya no leyeron más; reminiscencia del célebre episodio de Paolo y Francesca da Rimini en el canto V del Infierno, del Dante.

Otras tintas bañan las páginas finales de la novela, en los capítulos XIX y XX. El cuadro no puede ser más pavoroso. más aterrador. Derrotado y herido Antón Pérez, no trepida ante la muerte, se la daría por sí mismo; pero no quiere recibirla de manos de sus antiguos camaradas a quienes la defección que él consumara, haría sin duda implacables. Arrastrándose, desfalleciendo por momentos a causa de la sangre que perdía, logra ocultarse entre la maleza y colocarse entre el hueco de carcomido tronco que le servirá de lecho mortuario. ¡Ah! pero mayores y más crueles tormentos le tenía deparados la suerte: no sucumbiría por hemorragia ni por inanición, sino devorado por las asquerosas auras, lenta, horribilmente torturado; no sin que se agolparan a su mente los recuerdos de la mujer amada, los sueños de ambición y de gloria, y lo que es peor todavía, los remordimientos por su desleal conducta para con los jefes republicanos, a cuyo lado comenzó su carrera militar.

Blasco Ibáñez, el insigne novelador valenciano, que es en nuestros días honra y prez de las letras españolas: Blasco Ibáñez, cuyas descripciones podrán ser igualadas, pero no superadas por ninguno de los que comparten con él el aplauso del público lector, no sólo en su patria, sino fuera de ella, prohijaría sin duda las páginas por Sánchez Mármol escritas y a las que venimos aludiendo.

Al leerlas nosotros y al admirar la maestría que denuncian, nos ha asaltado la idea, porque las creemos las capitales del libro, de que ANTON PEREZ es un símbolo: que no es únicamente el personaje ficticio de una novela, sino que en él quiso y logró el autor resumir los diversos estados de conciencia del que, obsesionado por las pasiones, sacrifica en aras del amor y de la ambición, el primero y más santo de los deberes: el de velar por la honra de la patria, luchar por su autonomía, y morir, si es preciso, por ella. No son las auras las que pedazo a pedazo arrancan los miembros a ANTON PEREZ, son los remordimientos; son los gritos de la

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

conciencia que le hacen reconocerse culpable, por más que se aferre en atribuir a nobles ideales la acción por los patriotas reprobada. Vista así la parte final de la novela, no puede ser más digna de loa; pero aparte esta consideración, merecedora de elogio, es aún no cuidando de medir su alcance moral: pura y sencillamente juzgada como labor literaria, es decir, por la forma, coloca al autor en prominente lugar entre nuestros modernos novelistas.

Hora es ya de terminar; pero no lo haré sin antes repetir que ANTON PEREZ revela que el señor Sánchez Mármol posee el raro privilegio de conservar en el último tercio de la vida, la frescura y lozanía de imaginación, la intensidad del sentimiento, las flores y las galas que por lo general se marchitan o mueren al soplo de los años: un escritor joven, ascendiendo todavía al zenit de la vida, en la época de los sueños y las esperanzas, sediento de fama, con engañosas ilusiones acerca de la gloria, no encarnaría en los personajes de una novela sus propios y fogosos sentimientos, como el señor Sánchez Mármol sabe hacerlo, cuando la nieve de los años ya que logró blanquear sus cabellos, casi por completo se los arrancó.

Francisco SOSA

Coyoacán, Julio 17 de 1903.

CARTA CRITICA (*)

México, Julio 10 de 1903

Sr. Lic. Don Manuel Sánchez Mármol
Ciudad

Estimado amigo:

RECIBI el ejemplar que tuvo Usted la bondad de enviarme, de su última novela intitulada "Antón Pérez". En la primera hoja se sirvió Usted poner con mano cariñosa, In memoriam; y aunque por conocidos antecedentes comprendí la tierna significación de aquellas palabras, para acabar más que

(*) Esta CARTA CRITICA apareció en el número correspondiente al 6 de Diciembre de 1903, de la REVISTA POSITIVA, de México, dirigida por el Ing. Agustín Aragón. La precedían las siguientes líneas: "En el cuaderno nú-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

de comprenderla, de sentirla, me consagré a la lectura de dicha novela, preparándome como el goloso, a quien se ofrece rico manjar, a saborear el intelectual que Usted me ofrecía, aderezado con los primores de inteligencia y las filigranas de estilo, con que Usted, cual voluptuoso artista, viste y exorna las producciones literarias. Y no ha de extrañar mi ansiedad, casi rayana en hambre canina, por devorar la novela, pues de antaño sabe Usted que soy modesto pero entusiasta y sincero admirador de su literatura; y a guisa de prueba recuerdo, que de recuerdos vivimos los viejos, y viejos somos los dos, aunque ni Usted y ni yo queramos serlo, recuerdo que allá en lejanos tiempos, cuando aún no se despejaba por completo de los hombros de Usted la beca del Seminario Conciliar de Mérida, Yucatán, publicó Usted la revista de un baile de trajes de "La Unión", que resultó nueva en la forma, no pudiendo serlo por su manoseado objeto. Estabo escrita con facilidad, con gracia y elegancia; y a Usted le consta que me la aprendí de memoria en su mayor parte, y que hoy, después de tantos años, aún no ha caído totalmente de esa facultad del alma, como llaman a la memoria los psicólogos espiritualistas que nos sirvieron de texto, o hablando a usanza del día, de ese fenómeno que figura en el arsenal de la novísima psicología experimental. Otros ejemplos podría aducir para ampliar la prueba, que muchos guardo en mi archivo, pero no es pertinente, dado que Usted no ha de negar mi aserto, y me circunscribo. para renovar los laureles de Usted, a traer a colación aquel valiente y patriótico artículo que publicó en un periódico de Tabasco, en el período álgido de la Intervención Francesa y del Imperio que pretendió implantar, artículo que dió la vuelta al mundo, haciendo conocer en todas partes el carácter inquebrantable y la imponente actitud del inmortal Juárez.

Leí la novela y no me dió calabazas, como suelen darlas las novias veleidosas a sus más rendidos adoradores. Por lo con-

mero 32 de esta REVISTA, correspondiente al 1o. de Dante de 115, vió la luz el artículo de crítica literaria que Don Francisco Sosa dedicó a la novela "ANTON PEREZ", de Don Manuel Sánchez Mármol. Ahora tenemos el gusto de engalanar las páginas del presente número con la carta crítica que Don Joaquín Baranda, tan ventajosamente conocido en la república de las letras, dirigió al mismo autor de "ANTON PEREZ". Como verán nuestros lectores, uno y otro distinguido escritor consideran la producción del señor Sánchez Mármol desde diferente punto de vista y con no idéntico criterio. He aquí la carta.

trario, "Antón Pérez" sobrepujo a mis esperanzas. Se derrama en precisión, en colorido y en galanura. Es Usted el mismo escritor sugestivo y elegante de ahora cuarenta años; es Usted escritor más correcto, maduro y persuasivo que lo era hace igual lapso de tiempo. ¡Mis cordiales plácemes por ello!

Ha espigado Usted en el terreno de la novela histórica a la que en diversas ocasiones ha manifestado afición y preferencia, mereciendo su labor calurosos aplausos. "Antón Pérez" ha servido a Usted de pretexto para referir algunos episodios de la heroica resistencia que el pueblo tabasqueño opuso, de 63 a 67 del siglo próximo pasado, a los invasores franceses y a sus aliados, como la opuso siglos antes a los conquistadores españoles, y en la primera mitad del mismo siglo XIX, a los invasores norteamericanos. Es un hecho que ni el patriotismo, ni el valor de los conterráneos de Usted han decaído con el transcurso del tiempo, sino que permanecen altos, muy altos, como arrogante enseña de la autonomía y de la independencia nacionales.

Ha pasado con Usted lo que dice el eruditísimo Menéndez y Pelayo en sus "Estudios de crítica literaria", ha sentido Usted la necesidad de refrescar su inspiración en la fuente de lo real, y ha acudido a la historia, necesidad a que deben su nacimiento el drama histórico de Schiller y la novela histórica de Walter Scott. Ha comprendido Usted, como el autor citado, que lejos de ser la historia prosaica por su índole, es la afirmación y realización más brillante de toda poesía actual y posible, sin que se necesite de otra cosa que de ojos para verla, alma para sentirla, y talento de ejecución para reproducirla. Y Usted al recorrer la historia de su tierra natal en sus más hermosas páginas, ha encontrado en ella esa poesía, y dicho sea en justicia, ha tenido Usted ojos para verla, alma para sentirla y talento para relatarla. A tal extremo, que le ha transmitido Usted a sus lectores esos ojos y esa alma, y han visto y han sentido como por encanto, cosas que pasaron cuando probablemente muchos de ellos todavía no habían venido al mundo. Los hechos históricos se sobreponen en la novela a las ficciones de la imaginación; y en el drama mismo que Usted desarrolla, no juegan como elementos principales ni la lujuria desgraciada y las funestas intrigas de Doña Socorro Castrejón de Castilla, ni el amor que por Rosalba del Riego se apoderó en cuerpo y alma de Antón Pérez, hasta llevarlo al crimen y a la muerte. No, lo

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

que palpita en la leyenda de Usted es el sentimiento de acendrado patriotismo, dignamente personificado en los ilustres Coronales Pedro y Gregorio Méndez, Sánchez Magallanes, Eusebio Castillo, los Mayores Vidaña y Ramírez, el Capitán Manuel González, de Campeche, el Lic. Mariano Pedrero, y en los oficiales y soldados que sin dinero, ni armas, ni parque, dieron relevantes pruebas de abnegación y de valor para cosechar, en desigual combate, los inmarcesibles lauros de la victoria. A estos nombres pudo Usted, sin saltar a la modestia y con honrosos títulos, haber agregado el de Usted, que no escatimó sus servicios de todo género, en aquellas circunstancias, por lo que ocupa lugar de honor entre los defensores de la patria.

Confirman mis expresiones en el sentido expresado, el contraste que pone Usted de relieve, comparando la conducta de esos esforzados mexicanos con la del entonces Gobernador de Tabasco, Don Victorio V. Dueñas, en quien todos, amigos y enemigos, reconocieron valor a toda prueba, serenidad, inmenso prestigio en el Estado y otras cualidades que pudieron haber hecho de él un héroe, y sin embargo, no lo fué, porque no quiso serlo: abandonó la capital obedeciendo a su temperamento frío, glacial, a su fatalismo de árabe que ni teme ni espera; vaciló, la duda dominó a la fe, y en este estado de ánimo, no se determinó a cobrar lo perdido, ni aún en vista de los elementos que espontánea y unánimemente se le ofrecían para llevar a feliz término tan laudable empresa. Este juicio de Dueñas lo pone Usted en labios de mi inolvidable hermano el General Pedro Baranda, que proscripto de Campeche, víctima de las pasiones políticas y de rencillas personales, proscripto de Campeche después de haber sido si no el principal, cuando menos, indiscutiblemente, uno de los principales caudillos de su emancipación política, fué a refugiarse al Estado de Tabasco, en donde encontró franca y generosa hospitalidad, para combatir, sin disputar grados ni jerarquías, por la causa nacional, como fué con posterioridad y con idéntico objeto a la Costa de Sotavento de Veracruz, en donde el immaculado General Don Alejandro García siempre mantuvo incólume, izado al tope, el combatido pabellón de la República.

La indicada reminiscencia, y una y otra más, como la de la completa derrota del rancho "San Jacinto" de la expedición imperialista que en dos canoas armadas en guerra pretendió ata-

ANTON PEREZ

car Jonuta, y en cuyo hecho de armas figuró como Jefe mi referido hermano, por haberse puesto voluntariamente bajo sus órdenes el Mayor Vidaña y el destacamento que mandaba, esas reminiscencias, repito, explican el In-memoriam de la dedicatoria a que aludí al principio de mi carta. Usted ha evocado la memoria de mi hermano, no como algunos, la de ciertos muertos para falsear la historia, satisfacer pasiones malsanas y derramar sobre ella emponzoñada bilis; la ha evocado Usted con el corazón; la ha honrado Usted rindiendo culto a la verdad y a la justicia, en cuantas ocasiones se le han presentado; la ha evocado, porque no olvida Usted que es la de un hombre que contó a Usted siempre entre los escogidos de su estimación y su cariño, y Usted corresponde con creces a esos tiernos sentimientos. No podía haber llamado a mis puertas "Antón Pérez" bajo mejores auspicios.

Decía yo que la novela que traigo entre manos es la apotheosis del patriotismo y como consecuencia forzosa, el castigo de la traición. Difundir el amor a la patria por los procedimientos correlativos que Usted emplea, es educar al pueblo poniendo a su alcance ejemplares enseñanzas. La novela de Usted no es de las que reprueba y considera perjudiciales para la juventud su ilustrado amigo Don Victoriano Salado Alvarez; no es la novela pasional sino la histórica, que en concepto del propio señor, es la que trata de infundir el amor patrio y el conocimiento de las cosas pasadas mediante la representación artística. No me cabe duda de que Usted, al escribirla, tuvo presente los cánones sobre la materia de un gran maestro: de nuestro conocido, admirado e incansable Don Juan Valera, quien creía y cree firmemente, que una novela corta o larga, debe ser libro de pasatiempo y solaz; debe elevar y no consternar el ánimo; debe, como decía Aristóteles, purificar las pasiones; esto es, que, por muy trágica que sea, el terror y la compasión que inspire han de estar purificados, han de producir en nosotros el deleite estético y no la pena, ha de serenar y elevar el espíritu y no perturbarle, humillarle y deprimirle. La obra de Usted llena semejantes condiciones, salvo algunos reparos, que con la venia de Usted, me voy a permitir hacerle.

No está del todo purificada la pasión política o patriótica, como Usted quiera, que condena a la pena de muerte más cruel al protagonista de la novela, Antón Pérez. No lo presenta Usted en los primeros pasos de su vida militar, exento de patriotismo:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

en los arranques juveniles, en esos que no se preparan, ni se firgen; en esos que nacen del corazón y de cuya sinceridad no es lícito dudar, demostró Antón que, como Usted dice, no era en manera alguna extraño al sentimiento nacional, ora celebrando, propagando y enalteciendo el espléndido, significativo y trascendental triunfo del invicto Zaragoza, el memorable 5 de Mayo de 1862, suceso que traía el corazón de Antón hecho hoguera de entusiasmo, ora enjugándose el llanto del coraje que nublaba sus ojos y enronquecía su voz, cuando leía los conmovedores detalles de la rendición de Puebla, en la que González Ortega, el héroe de Silao y Calpulalpam, dió un ejemplo, digno de la antigua Grecia, que los que lo presenciaron de cerca no supieron seguir en sus angustias de Sedán y Metz.

¿Cómo es que de la noche a la mañana el joven republicano, el decidido patriota, saltando a sus deberes de mexicano y de militar, quema lo que había adorado, y se pronuncia por el Imperio, manchándose con el delito de infidencia? ¿Cómo, en un abrir y cerrar de ojos, el protegido del Coronel Méndez, se convierte en el brazo derecho del simpático y audaz aventurero Arévalo, que más feliz que Antón, fué a morir valientemente en el sitio de Mérida, defendiendo la santa causa de la República? Usted atribuye la sorprendente transición y el repentino cambio al amor, cuyo poder dominante y excluyente nadie podrá negar: el amor, que puesto en manos de una jamona descocada y envidiosa, símil de la astuta serpiente bíblica, sirvió para despertar la vanidad en el incauto joven, mostrándole a Rosalba cual tierra de promisión, asegurándole que para llegar a ella era indispensable atravesar algo peor que el Mar Rojo y el Desierto, las ensangrentadas aguas del Guadalete en las que la traición hundió la monarquía goda. Acabo de decir que nadie niega la influencia del amor, y me apresuro a rectificar, porque hay quienes la niegan. Y la niega Carlyle, filósofo materialista, historiador y crítico inglés muy celebrado y fecundo, que llena la primera mitad del siglo XIX, en opinión de Antón y Ferrándiz, traductor de Payot. Sí, Carlyle entre otras consideraciones sobre el tema, exclama: A decir verdad, todo asunto de amor es tan miserablemente fútil, que en una época heroica nadie se hubiera tomado el trabajo de pensar en él, y aun menos de nombrarlo siquiera; y Manzoni, el célebre nieto de Beccaria, más ad-

mirado aunque menos conocido, por su novela "I Promesi Sposi". que por su oda a la muerte de Napoleón el Grande, Manzoni escribe: "Yo soy de los que afirman que no debe hablarse de amor en términos de inclinar hacia esta pasión el ánimo de los lectores. El amor es necesario en este mundo, pero ha de abundar siempre aunque no se le fomente. No es, pues, útil en verdad, tomarse el trabajo de cultivarlo, porque al quererlo cultivar no se hace más que provocarlo allí donde no se le necesita. Hay otros sentimientos necesarios a la moral y que el escritor debe inculcar en las almas continuamente y con toda la medida de sus fuerzas, tales como la piedad, el amor al prójimo, la dulzura, la indulgencia, el espíritu de sacrificio. . . .".

Payot estima las palabras de Carlyle y las de Manzoni las más sensatas que se han escrito sobre asunto tan importante como el amor. Y en el mismo comentario llama importante asunto al que Carlyle califica de miserablemente fútil. Por supuesto que no voy a pasar revista a todo cuanto en prosa y en verso se ha escrito sobre el amor; ni a prever y conjeturar lo que se escribirá en lo futuro, que el amor será el tema obligado y constante de la humanidad, mientras la humanidad exista, porque es la vida, es la luz, como dijo el inspirado autor del "Trovador", y Usted de seguro confirma. Pero para que el campo no quede por los que opinan en el sentido dicho, que bueno y de rigor es, para proceder con justicia, oír el pro y el contra en todas las cuestiones, voy a citar a Usted por ejemplo a Herbert Spencer, que por estar hoy muy de moda, lo tengo a la mano. Spencer asienta que: "la psicología del amor oculta muchos misterios; que su violencia ciega, produce asombro y a veces espanto en el observador de sangre fría"; y a recordarle también voy, que Descartes, entre las seis pasiones primitivas que admitía, contaba la del amor. La bibliografía del amor es inagotable, y sería arduo trabajo recorrerla desde el divino Platón hasta nuestros días. Pongo punto final, cerrando el tratado, como epílogo o moraleja, con esta sentencia de Ovidio, conocedor del ramo: Principium dulce est, finis amoris amarus (*). Y la pongo en latín, más que por echarla de latinista, que por allí no peço, por serme conocido que Usted no olvida el Nebrija y las oraciones de Cicerón que aprendió en el Seminario: que man-

(*) El principio es dulce, si el fin es el amor.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

tiene Usted íntimas relaciones con los Horacios y Virgilio anti-
guos y modernos; y que cultiva la lengua del Lacio, no obstante
haber sido excluida del programa de estudios, por ser incompati-
ble con el carácter utilitario que tiene y debe tener la enseñanza
oficial.

Entre el conflicto de opiniones, Usted se ha decidido, como
tenía que ser, por la de los que sostienen y pregonan la importan-
cia e influencia del amor; y es de extrañar que opinando de tal
manera, lo haya Usted convertido en su novela, en camino de infamía,
de crimen y de expiación, dependiendo de su arbitrio haberlo
hecho escala para subir a las cumbres de la honra, de la gloria
y de la felicidad. Me ratifico en que el amor no es el fin, sino
el medio, en la susodicha novela; en fin, el patriotismo que
Usted ha querido levantar y glorificar, y que sin embargo, ha
resultado abatido y postergado, puesto que en la lucha que
sostiene Antón, triunfa el amor y sale vencido y maltrecho el
patriotismo. ¿No hubiera sido mejor y más conducente al plausible
propósito de Usted, que Antón permaneciera en las filas de los
buenos mexicanos, y dados el valor que Usted le reconoce y el
patriotismo que Usted le atribuye, haberlo puesto en condiciones
de demostrar uno y otro, llevando a cabo proezas que lo distingui-
eran y levantarán a tanta o más altura que en la que se encontra-
ban Rosalba y su padre? ¿No habría sido de saludable efecto
conciliar los dos sentimientos, y poner el amor al servicio del
patriotismo, que a la postre también es amor y gran amor, sin la
mancha de los impetuosos y torpes apetitos de la carne, que son la
característica del amor sexual? Por semejantes derroteros, que
parecían los naturales y trillados, ponía Usted a Antón sobre
Rosalba y su padre, imperialista platónico por tradición y relaciones
sociales; y en lugar de que Antón buscara a éstos, éstos lo buscarían
a él, como buscan siempre al vencedor los que por haber estado
en campo contrario, y cediendo a sus conveniencias, necesitan
de bondadoso apoyo y noble protección. No de otro modo dramatizó
un caso análogo al que Usted estudia, el autor de un drama
que estuvo en boga allá también en nuestros años juveniles,
y que lleva el nombre ilustre de uno de los héroes de Pavía, Don
Antonio de Leyva, drama en que se destacan aquellas populares
espinelas a la bandera española, que provocaba siempre el
aplauzo del público.

ANTON PEREZ

Ya que entramos en el terreno de los reparos, vaya este otro para apurarlos todos de una vez. La descripción de la acción de guerra del 10. de Noviembre de 1863, primer glorioso triunfo de las armas nacionales en Tabasco, como reza el Informe que, redactado probablemente por Usted, rindió el Coronel Gregorio Méndez al Supremo Gobierno en 17 de Octubre de 1867, es una descripción de mano maestra, pintada con tan vivos colores, que se parecen a los de la paleta con que el secundo y admirado Pérez Galdós pintó el sitio de Bilbao en su episodio histórico "Luchana". En éste se ve, se palpa la lucha de unos y otros en la obscuridad de una noche glacial, pisando nieve, azotados por el granizo, calados hasta los huesos; y entre los horrores de aquella memorable noche buena brilla luminosa la personalidad de Zoilo Arratia, sublime creación de la incontrastable fuerza de voluntad, y se ve a Espartero retorciéndose, víctima de penosa dolencia física y de ansiedad y desesperación por la suerte de los suyos, empeñados en descomunal combate, sobreponerse a todo, y transfigurado por el patriotismo, por ese patriotismo invencible hasta para el amor, se le ve levantarse del lecho, se oye la media docena de ternos gordos que soltó, se oye su invitación a los compañeros que lo rodeaban: el que quiera divertirse y oír cantar el gallo de Navidad, que venga conmigo; y se le ve, en fin, lanzarse al combate, resuelto a morir o a salvar a Bilbao, como lo salvó. En la descripción de Usted se siente la humedad y el frío de las noches autumnales en la feraz región en que debía librarse la batalla; se oyen las concisas y entusiásticas palabras de Méndez y Magallanes que recorrían su línea: "¡Ea, muchachos! No desperdicien un solo tiro, buena puntería, y el triunfo es nuestro"; se ve al sargento republicano López, salir de entre las ramas y precipitarse sobre el cañón enemigo, del cual se apoderó después de porfiada refriega; se oye el toque de dianas en la línea de Méndez; se ve a Arévalo demostrando singular valentía y desatentado arrojo; se oyen sus cornetas dando el toque de pecho a tierra; se ve, por último, venir y consumir la derrota de los valientes imperialistas. Cuadro completo, al que no le falta ni hablar, como vulgarmente se dice de algunos cuadros para ponderarlos.

En la acción tomó parte principal el protagonista de la novela de Usted, Antón Pérez; se condujo con denuedo y arrojo; llegó a la temeridad. Sostuvo combates personales, resultó herido

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

y estuvo a punto de caer prisionero en poder del enemigo. ¿Por qué no lo mató Usted en la batalla? Quizá pareció a Usted muerte demasiado honrosa para el traidor. ¿Por qué no lo entregó Usted a los generosos soldados de la República, a fin de que en poder de éstos Antón muriese de sus heridas, o fuera juzgado y sentenciado conforme a la ley, la ley, única que filosófica, moral y ejemplarmente, debe penar los delitos, que nunca penados fueron en país civilizado por el capricho y las pasiones de los hombres? ¡Ah! Usted tenía previsto y preparado el castigo, y desechando su nobleza característica y su habitual modo de pensar y de sentir, se entregó Usted a los refinamientos de inverosímil crueldad.

Tal vez ejerció imperio sobre Usted el rigor con que la legislación antigua castigaba a los parricidas, y comprendiendo en éstos a los que traicionan a la patria, pretendió Usted sobrepujar a los decenviros y a Don Alfonso el Sabio, que adoptó en las Partidas el bárbaro castigo de la ley de las doce tablas. Pero semejante suposición no justifica que haya Usted olvidado el espíritu filosófico y humano de la legislación penal moderna; ni atenúan tampoco que al escribir su novela, haya Usted igualmente olvidado los preceptos magistrales que antes reproduje, es decir, que su libro debía ser de pasatiempo y solaz; que no debía consternar el ánimo, que habían de estar purificados el terror y la compasión que inspira para producir en los lectores el deleite estético y no la pena. Francamente, el libro de Usted en este punto no es de solaz; consterna el ánimo y produce pena.

No podía causar otro efecto este festín a que invitó Usted a las aves rapaces, ofreciéndoles el cuerpo herido del desgraciado Antón para que saciaran su voracidad. Al principio, arrojó Usted la paleta de Pérez Galdós, empuñando la que le sirvió al apóstol de la verdad y de la justicia, a Zola, para pintar en "Lourdes" la marcha de aquel hospital ambulante, en el que se confundían las manifestaciones asquerosas de todas las enfermedades que afligen a la humanidad, hospital atestado de enfermos que iban a pedir al milagro lo que la ciencia se había declarado impotente para darles, la salud. El mejor elogio que puedo hacer de la pintura de Usted, es el que se ha hecho de la de Zolá: no se puede leer sin que sienta náuseas el estómago menos delicado. La escena de Usted, alumbrada por la Luna en su segundo cuadrante, es, en efecto, dantesca, pavorosa, terrífica: el cuerpo de Antón, en las con-

ANTON PEREZ

vulsiones de la agonía, que Usted prolonga lo más que puede, era pasto de las auras o zopilotes, que lo picoteaban implacables, y cuyos guztguceos, neologismo que introdujo Usted a título de su afición a la onomatopeya, crisan los nervios. Mucho me temo que hayan crispado los de la gentil y honorable dama a quien ofrendó Usted la novela, al posar sus hermosos ojos en el capítulo relativo.

Acaso cuando escogitaba Usted los medios de castigar a Antón, cruzó por la mente de Usted el recuerdo mitológico de Prometeo encadenado, como le llamó Esquilo al intitular la primera de sus tragedias; pero aumentó Usted indefinidamente el número de los buitres, y les entregó Usted, no el hígado, todo el cuerpo de la víctima, que sucumbió al fin, sin aplacar la cólera de su Júpiter, es decir, de Usted. No trato de equiparar a Prometeo con Antón, pues sé bien que éste cometió un delito que debía ser castigado, aunque no con inusitada dureza, y que el otro fué un titán que pretendió escalar el cielo, alegoría preciosa de la humanidad inteligente, que en alas de la ciencia, quiere ascender a las cimas de la verdad suprema y de la eterna luz. Pero insisto en que el recuerdo de Prometeo inspiró a Usted la idea del banquete de zopilotes.

A mis reparos contestará Usted haciendo valer sus inmunidades y sus derechos de autor, que soy el primero en respetar como buen juarista: lo que no obsta para que yo diga a Usted: por este camino me hubiera gustado más acompañarle que por el otro. Y aquí viene a cuento que cuando el excelente crítico y novelista Jacinto Octavio Picón, le echaba en cara al también simpático novelador Don José López Silva que "pintaba admirablemente la escoria, la hez, el hampa de Madrid, porque en Madrid había más; y de manera irónica le aconsejaba que siguiera en buena hora presentando ratas, gandules, chupa charcos y estrozonas, carne de presidio y galeras, olvidando al menestral que sólo come de lo que trabaja y a la mujer que quiere a un solo hombre", terció nuestro ya citado Don Juan Valera, y con su autoridad reconocida por tirtos y troyanos falló, que tal vez podría acusarse al señor Picón de que lloraba por lo que daba, o de que pretendía o casi exigía del señor López Silva que pintara cosas distintas de la que quería pintar y que cultivara género distinto del que cultivaba. Esto podría Usted replicar a mis observaciones:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

que quiero que a su Antón Pérez lo hubiera Usted hecho de distinta manera de lo que quiso Usted hacerlo, sin tener en cuenta que siendo creación de Usted, podía Usted hacerlo y deshacerlo a su voluntad. Convenido; y acatando esa libertad no me opongo, ni censuro que siga Usted ofreciendo a los vuitres en lo futuro, festines como el que les ofreció en la persona de Antón, y a sus lectores escenas espeluznantes.

Por lo demás, se ha mostrado Usted en su novela, fiel observador de las reglas a que los preceptistas sujetan esa clase de composiciones literarias. Hay unidad y combinación bien entendida: la acción camina desembarazadamente haciendo crecer el interés; y respecto al estilo, nade pide al del más consumado hablista. En resumen, la novela de Usted no tiene desperdicio, y empeñarse en buscárselo, acusaría una malevolencia valbuenesca de la que por fortuna estoy ayuno, sobre todo tratándose de Usted.

No he desperdiciado oportunidad de loar a los que en nuestro país se dedican al cultivo de las bellas letras, y no he de desperdiciar la que hoy se me presenta para tributar a Usted las alabanzas que en casos anteriores he prodigado. Las merece Usted por su dedicación a un oficio poco meritorio y casi despreciado por inútil en el sentido práctico de la vida; oficio que no es de honra y provecho, porque a la primera la excluye la malquerencia y la envidia, y al segundo, el indiferentismo del público. Las merece Usted, porque en la lucha cotidiana por el panem lucrando, en medio de sus arduas tareas en el foro, en la cátedra y en el parlamento, economiza Usted energías y roba tiempo para utilizarlos en el oasis de la literatura. ¡Que no desfallezca el ánimo de Usted, ni prescinda de sus aficiones, y que no dé Usted paz a la mano, a fin de que nuevas producciones literarias vengan a demostrar su longevidad intelectual!

No ha de saltar quien tache esta carta de extensa, de oficiosa, porque no me ha pedido Usted opinión sobre su novela, y de indigesta por las citas y referencias en que abunda, la carta, no la novela; pero como Usted me conoce y sabrá a qué atenerse en el particular, no prescindo de enviársela, haciendo constar, para ponerme a cubierto de suposiciones y censuras, que esta es una carta íntima; que no va en pos de publicidad, de la que huyo como del mundanal ruido, la descansada vida que cantó el eximio poeta agustino. No es un juicio crítico, ni cosa parecida. Hágase Usted

ANTON PEREZ

cuenta de que nos encontramos por casualidad, que sólo así nos encontramos ahora, y que echamos un párrafo como los que con frecuencia echábamos en épocas más felices; que las palabras vuelen y se las lleve el viento, y que lo escrito únicamente se mantenga el tiempo preciso para dejar en el corazón de Usted, el convencimiento de que, a pesar de todo, estima a Usted y le quiere de veras, su afectísimo

J. BARANDA

A PROPÓSITO DE LA NOVELA
"ANTÓN PÉREZ" (*)

Esta casa de Ud., Julio 24 de 1903

*Sr. Lic. D. Joaquín Baranda
Presente*

Amigo muy estimado:

A NOCHE gocé del favor de recibir su carta-crítica de mi "Antón Pérez", que nunca acertó a soñárselas más gordas. La leí, la devoré, primero a solas, y luego a los de mi familia, en íntima sesión. A nombre de ellos y al propio mío nuestros más expresivos agradecimientos por la espontánea muestra de estimación y de cariño que se digna demostrarme.

No puede Usted figurarse cuán grande buena obra me hace al darme prueba tan inequívoca de que, a pesar de todo, no he

(*) Tomada de la "REVISTA POSITIVA", dirigida por el Ing. Agustín Aragón, Núm. del 28 de Febrero de 1905.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

perdido el derecho de contarme en el reducido número, y por reducido, más selecto, de sus amigos; y, créame, aun cuando ningún otro bien más que ese me hubiera proporcionado la publicación de "Antón Pérez", él resultaría para mí recompensa sobrada.

Nada falta en su carta para reputarla como el colmo de los halagos; tráeme el abolengo de la simpatía de Usted por mí; el recuerdo del interés que allá por el orto de nuestra vida literaria tuve la buena suerte de inspirarle; la carísima renovación en la memoria de aquel su noble hermano, el General, de cuyo afecto me siento orgulloso y no perdono ocasión de proclamarlo así.

El y los Méndez y el grupo de patriotas que iniciaron en mi tierra la lucha contra la intervención extranjera, reclamaban el homenaje debido a sus virtudes cívicas, y para tributárselo por mi parte, que por mío tiene qué ser desvalorado, quise aprovechar el novelucho, (cuya forma y composición encomia Usted sobre toda medida, sin dejar de condenar su finalidad), para rememorarlas, esforzándome en colocarlos en su punto. Plegue a la Justicia lo tenga yo logrado.

Y viniendo a su carta, a la que mi gratitud no sabría ser sorda ni muda, tócame la vez de felicitarle por ella. Verdadero estudio literario, en que campean con brillo igual sus acendradas dotes de literato y de filósofo, al sentirla digna de Usted, duéleme no estar a la altura de merecerla.

Notorio lo es, que, tanto en literatura como en política, hemos comulgado siempre en los mismos credos; con ligerísima salvedad en cuanto a la segunda; y eso de ninguna manera en lo que mira a los principios, de los que ni Usted ni yo tendríamos jamás valor de abjurar. Liberales fuimos, liberales somos y liberales empecatados nos mantendremos, soñando descontentadizos con el advenimiento definitivo de la divina Maga, sin darnos cuenta de que ella no vendrá nunca en forma concreta, sino que, infinita como es, va viniendo y va infiltrándose casi de modo imperceptible en nuestro organismo político, acarreado con nuevas promesas la necesidad de nuevos anhelos. Los avances de la libertad sólo nos son perceptibles por la comparación de épocas históricas. A mi entender, a ella pudiera acomodarse el apotegma jurídico, diciendo: *Distingue tempora et concordabis libertatem.*

Después de verter a cascadas sobre el afortunado "Antón", a riesgo de asfixiármelo, el encomio más lisonjero, capaz de hin-

char a la modestia más avisada, me hace Usted el favor de señalarme los puntos de estética en que, al juicioso sentir de Usted, me aparto de los cánones del arte. No discuto sus apreciaciones, porque las hallo correctas, dado el punto de vista desde el cual considera Usted el librito.

Declarólo que no me propuse escribir precisamente una novela patriótica; que al ponerme a darle forma no preconcebí finalidad moral determinada: mi novela está toda en el penúltimo capítulo, ese que Usted, con una señora amiga mía, muy aficionada al cultivo de las letras, (no la a quien fué dedicado "Antón"), encuentra horroroso, espeluznante, indigno del arte.

Para justificarme a los ojos de Usted, va a permitirme me remonte al génesis de mi novelita.

Una tarde, la última vez que estuve en Tabasco, mis hijas Consuelo y Berta y sus respectivos maridos, me notificaron que íbamos a hacer una excursioncita de placer al Paso del Carrizal, punto en que confluyen ese río y el González, con acompañamiento de la alegre y bulliciosa bandada de nietos. (Sólo a condición de tenerlos, no tomo a mal el ser viejo). Dicho y hecho: allá nos fuimos. Nos metimos en el tranvía, llegados al paso, descendimos, y por primera distracción nos pusimos a sorber tamañas jícaras de chorote, alternando los tragos con buenos bocados de conserva de toronja. En tanto que los grandes nos distraíamos viendo descuartizar un enorme lagarto, acabadito de matar y de sacar a la playa, los chicos, de natural inquietos y ansiosos de novelerias, habíanse dispersado en dirección de la orilla del González. Súbito nos llegaron las voces de uno de los chicos —Chemmanuel— que gritaba: —¡Papá!, ven a ver el perro que se comen los zopilotes. No pusimos asunto a las voces del mozuelo; mas a poco hube yo de percibir los angustiosos ladridos de un perro, e invitando a la gente grande que me siguiera, nos dirigimos hacia donde estaban los muchachos. Hubimos de descubrir entonces, en la margen opuesta, un espectáculo singularmente original, para mí al menos. Un pobre perro, presa de los zopilotes, yacía en tierra exánime, en tanto que otro, con vida y de pie, sufría la agresión de los necrófagos, que lo atacaban por una úlcera que llevaba en el espinazo. El infeliz can lanzaba ladridos lastimeros, tratando de escapar a la inmisericordiosa voracidad de los buitres, que haciéndole ronda

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

le cerraban el paso y no lo dejaban huir. Incapacitados de proteger a la desventurada víctima, nos apartamos de aquel horror. Andando, dije a mi yerno, el Dr. Pellicer: —Esto me sugiere la idea de pintar a un hombre devorado vivo por los zopilotes". La idea se quedó ahí. Durante mi enfermedad de mi ojo glaucomoso, se reanimó, y ya pensé en darle forma. Pintar aislada la escena, era de suyo repugnante y destituido de interés. Había que combinar algo de algún aliento, y hacerla entrar en la composición como cuadro final. Elegí, pues, un episodio de nuestra guerra contra la intervención extranjera, que eso me daba oportunidad de honrar la memoria de los patriotas con quienes tuve la gloria de alternar, de consignar ciertos detalles de que acaso a esta hora sea yo el único poseedor, y de pagarles mi tributo de gratitud por el afecto y confianza que me dispensaron. También me pareció del caso hacer entrar en la novelucha gente conocida mía y algunas costumbres regionales, poniendo pseudónimos a aquellos personajes de que no había bueno qué decir, ejemplo Doña Socorro, que fué una señora en carne y hueso real.

Hice a Antoncito inteligente, fogoso, intrépido e impulsivo, a fin de que obedeciera fácilmente a las influencias de un amor desdeñado, de modo que sin violentar la psicología, no pareciese inverosímil su apostasía republicana.

Para preparar la insurrección patriótica de mi tierra y pintar a Dueñas, tipo digno de estudio, arranqué desde la toma de San Juan Bautista por Arévalo, lo cual me daba ocasión de poner en su marco propio a mi ilustre amigo, el General, hermano de Usted, a mis amigos los dos Méndez, a uno no menor amigo, el Lic. Pedrero, y en el diálogo del Capitán González Montero con el General Baranda, acabar de dar a conocer los sentimientos patrióticos de éste. Escogí luego la acción de Jahuactal, que casi presencié, a fin de inutilizar allí a Antón, de manera de incapacitarlo para defenderse de la agresión de los cataros. Hicelo imperialista por defección (bien comprenderá Usted que me repugnaba hacerlo republicano), con lo que su suplicio venía a ser castigo de su infidencia y de su vanidad al aspirar a un amor para él socialmente imposible. He ahí mi caso: la novela fué escrita para que en ella encajara como cuadro final la agonía y la muerte del protagonista.

Y cumple declarar, asimismo, que para tal suplicio no pensé ni en el Prometeo de Hesiodo, ni siquiera en el Mazepol de Byron. Mi "Antón" nada de común puede tener con el Titán, creador y redentor del hombre, a manera de Cristo helénico; ni con el jefe cosaco salvado del horrible suplicio a que lo condena una venganza implacable.

Permitame Usted que no acepte el reproche de haber sacrificado al amor el patriotismo; no, es precisamente el amor el sacrificado en mi librejo: la víctima es el enamorado Antón, que por perseguir la posesión de Rosalba olvida el cumplimiento de los deberes más augustos. Si hay algo que resulte odioso, es justamente la pasión que lleva al protagonista, y lo lleva fatalmente, al fin desastroso en que sucumbe.

Y ahora, dada esta explicación, una súplica que sio atenderá Usted: la dé que me permita Usted publicar su carta.

Deséolo por tres motivos: primero, porque la galanura y buena doctrina con que está escrita, reclama ser conocida fuera del estrecho círculo de la intimidad; segundo, porque las alabanzas exorbitantes, lo reconozco y lo declaro, que hace Usted de mí, me son por extremo halagadoras, y, tercero, y este es para mí el principal, porque publicándose su carta, se verá que, a pesar de todo, sigue Usted honrándome con su amistosa estimación. Vea Usted si no hay por qué obsequiar mi súplica.

Y renovándole la expresión de mi agradecimiento, renuevo a Usted la de mi cariño.

M. SANCHEZ MARMOL (*)

(*) En el número 37 de nuestra publicación, dimos a la estampa con todo gusto la CARTA-CRITICA del Sr. Lic. Don Joaquín Baranda, dirigida a nuestro gran novelista el Lic. Sánchez Mármol, con motivo de su último libro. Hoy da vida a las páginas de este cuaderno, entre otras sustanciosas producciones, la respuesta del celebrado y simpático novelador a su crítico sagaz y estilista pulcro y delicioso. La carta que hoy insertamos lo es tal cual salió de la pluma de su autor, sin pulimento alguno, y sólo por ceder a nuestras instancias reiteradas consiente él en que se imprima, pues entre otras razones cree extemporánea su impresión. Pero nosotros creemos que siempre es buena época para dar a conocer lo bello, y de aquí nuestro empeño en no dejar perdida una producción que mucho vale. (El Editor de la "Revista Positiva").

"ANTÓN PÉREZ"

POR

MANUEL SANCHEZ MARMOL (*)

LA linda novela del señor Sánchez Mármol, merecería algo más que una simple nota bibliográfica, y Deo volente, le consagraré, en ocasión mejor, cosa más meditada que estas cortas líneas.

"Antón Pérez" es una historia de amor que se desarrolla en dos soberbios escenarios: la época, que es la de la romancesca intervención francesa, y el lugar, que es la lujuriosa y brillante costa oriental de la República. Sánchez Mármol, que vivió en el tiempo que describe, y que conoce y ama como pocos aquel rincón privilegiado, ha tejido un bello cuento, regocijado a veces, heroico

(*) De la "REVISTA MODERNA DE MEXICO", número correspondiente al mes de Marzo de 1904.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

a ratos, exacto en ocasiones, y siempre triste como todas las cosas humanas.

Antón es un mestizo, guapo y modoso, que siente bullir en su alma algo que le impulsa a alejarse del centro en que ha nacido y vivido. Aprende el latín que le enseña el vicario del pueblo, prueba en el comercio y en la burocracia, y, al fin, se decide a meterse soldado, pues por aquellos días soplaban vientos heroicos que solían impulsar a barcos de más calado que el del excelente Antón.

El muchacho crece, prospera y llega a alcanzar un grado en que quizás ni llegó a pensar; pero se siente llamado a más alto destino, y ese más alto destino es nada menos que la adquisición de la persona de la gentil Rosalba, una hechicera muchacha que, aunque no hubiera sido tan bella como el novelista nos la pinta, habría tenido un inmenso encanto para Antón, a saber, el estar colocada como quien dice en el cogollo, en la punta, en el dessus du panier del pueblo. Rosalba era una aristócrata, que en la humilde aldehueta donde vivía se consideraba más famosa y más en sus puntos que la condesa de Jeck o la duquesa de Fernán Núñez en sus respectivos estados. Para subir a semejante altura, Antón no encuentra más arbitrio que traicionar a su patria, vender a los suyos y librar un encuentro en que sale con las manos en la cabeza.

Tal es el argumento; pero ¡qué desarrollo alcanzó en manos de Sánchez Mármol! Decir que hay en el libro hermosas descripciones de mujeres, parece inútil a quien haya hojeado "Juanita Souza", otra exquisita miniatura, producto del mismo ingenio; pero aquí el pintor extremó la gracia y el primor, produciendo algo superior a cuánto anteriormente había escrito. Rosalba es bellísima, la tía es muy donosa, las mujeres que desempeñan papel principal o secundario, están dibujadas de mano maestra: ex abundantia cordis. . . .

Hay pinturas en el libro que parecen tener su entidad especial, que son figurillas, que se desprenden del cuadro principal y adquieren luego vida propia: el baile, es una delicia; el enamoramiento de Antón, mediante la lectura del Baroncito de Faulblás y algún otro pasaje, son de un gracejo inimitable; al paso que la traición, la captura de Méndez y la horrible muerte de Antón,

ANTON PEREZ

son muestra de lo que el autor alcanza describiendo cosas truculentas y espeluznantes. Mas a mí, Sánchez Mármol me gusta más, muchísimo más, en lo risueño, en lo dulce y en lo chistoso; y quien conozca al hombre, convendrá conmigo en que cuadra más al ingenio sagaz y a la manera suave y fácil de concebir la vida que el novelista posee, los discreteos y las sonrisas, que las exclamaciones de espanto y los estremecimientos de horror.

Pero, como en unos y otros se muestra Sánchez Mármol gran hablista, hombre discreto y persona llena de tacto mundano, yo le excito a que procure dar muchos hermanos menores al ambicioso y desgraciado Antón Pérez.

Victoriano SALADO ALVAREZ

CAPITULO I

ANTON PEREZ (*)

NI tan alto que osara envanecerse de haber brotado de la aristocrática cepa cunduacanense, ni tan bajo que pudiera confundirse con la escoria de su pueblo. Pardo era Antón Pérez por sus cuatro costados, calificativo conque en la vieja Villa se designaba indistintamente a los mestizos de primero y segundo grado, a los mulatos y cuarterones, y hasta a los zambos. No había nacido, pues, Don, título reverencial, sólo reservado a los miembros de las familias que habían poseído esclavos, siquiera hubieran llegado a menos y aun al último grado de pobreza por el álea de la veleidosa fortuna. Un pardo, a buen componer, podía llegar a alcanzar el tratamiento de señor, y eso no en su forma castiza, sino sufriendo mutilación de la letra final. Al pardo que por alguna labor, que había de ser siempre honrada, alcanzaba algún caudal, se le llamaba **señó**; más si su riqueza provenía de malas artes, si no estaba en la cárcel, que no era lo común que estuviera, jamás se anteponía a su nombre de pila aditamento ninguno: era fulano a secas. Desdeñado de la gente de copete, sólo tenía contacto con ella cuando era necesitado para prestar algún servicio, no de los más honestos.

Esta ley, como todo canon social, estaba sujeta a excepciones de no escasa frecuencia. El pardo que por su superioridad intelectual, y más principalmente por su bizarria, hallaba ocasión de hacerse notar, podía ya ver de frente a los señores, alternar con ellos, y aun incrustarse en

(*) Este y los demás títulos fueron puestos por Editorial Yucatanense "Club del Libro". (N. de la E.)

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

sus familias, que sin dejar de motejar el obscuro origen del pardo en sus intimidades domésticas, se resignaban a aceptarlo entre propios, y hasta a mimarlo, por la significación que había conquistado a los ojos de los poderosos, reconociéndole, alguna que otra vez, las dotes personales que singularmente lo recomendaban a la estimación de todo el mundo; y digan si tipos semejantes no habían de ser frecuentes en épocas en que los disturbios intestinos de la patria mexicana traían todo revuelto y subvertido. Por supuesto que el que así se elevaba, no lograba alzar al resto de su gente, que permanecía en el estado y condición de que él había ascendido. Y he aquí cómo aquella presuntuosa aristocracia lugareña rendía homenaje, sin saberlo, a la ley fundamental de la democracia.

Antón Pérez era un chico para quien la madre naturaleza, si no pródiga, no había pecado de mezquina. Morenito tirando a bronceado, un tanto enclenque, con unos ojillos, si pequeños, llenos de viveza y radiación, negra y lacia la tupida cabellera, fina la nariz en su nacimiento y dilatada en las fosas, redondo el pulpejo de la barba, más desarrollada de lo que correspondía a su edad. No contaba más de trece años al momento en que entramos a conocerle. Sus encendidos labios servían para notar la delgadez de ellos, y para lucir, cuando hablaba o reía, dos hileras de blancos y finísimos dientes, como de raza felina. Marcábase en su fisonomía un defecto disimulado, si, por lo abundante del cabello. Las orejas le caían perpendicularmente sobre el plano de las sienes, no pudiendo asegurarse si aquello denunciaba alerta intuitivo o irreflexiva resolución.

En la escuela primaria se había ganado los premios, y había en él madera para un buen hombre de ciencia o de letras, gollera a que mal podía aspirar, por la escasez de recursos de su familia, pues no habiendo en su tierra establecimiento alguno de enseñanza superior, había tenido necesidad de salir de su pueblo natal y de su Estado mismo en busca de un centro de cultura en qué ejercitar sus talentos. Ciertamente que esa dificultad podía haber superado el auxilio de un Mecenaz; pero vaya si por aquellos tiempos un Mecenaz no habría sido en Cunduacán buey con alas.

¿Qué iba a ser Antón Pérez? De no carpintero a lo fino, ebanista, vocablo que aun no se pronunciaba por entonces en la Villa, el oficio menos bajo a que podía destinársele, y la familia quería para él, algo más alto que un arte manual; o bien, trajinero de tierra y agua, o bien dependiente de algún **timbiriche**, y no de tienda principal, que las de esta especie eran casi exclusivamente servidas por jóvenes oriundos de las Asturias, de la Cataluña o de Mallorca. Con eso el muchacho hallaría espacio para ir ampliando sus conocimientos, y de no prosperar por el comercio, ya podría hacerse apto para las funciones públicas.

Mientras este problema traía preocupados los ánimos en la casa de Antón, y el de Antón mismo, acertó a arribar a la Villa su nuevo Cura párroco, que no había de ser sujeto de corta entidad, ¡como que los anales de aquel curato estaban orgullosos de registrar nombres que brillaban con esplendor en las páginas de la historia nacional, aparte de lo

ejemplar de sus virtudes cristianas! Quién, después de haber regido el Colegio de San Juan de Letrán en la Capital de la Nueva España, había ido, cargado de fama, a representar su provincia en las gloriosas Cortes gaditanas; este otro había tomado asiento en las curules del Senado Federal, influyendo en la política general del país, por su ultraliberalismo y por la decisión de su carácter; no pocos que se habían distinguido en las Legislaturas locales y en los Consejos de Gobierno, o ejercido la jefatura eclesiástica, a título de vicarios de la Sede Episcopal; todos, en fin, celebrados por su prudencia y espíritu apostólico en la guarda de su rebaño.

A estos últimos pertenecía el Padre Fuentes, alma henchida de bondad para todas las desgracias, y de misericordia para todas las abominaciones de la tierra. Traía por ministro al Padre Reyes, más aficionado al estudio de libros, que a la ponderación de milagros, prefiriendo una biblioteca al confesionario y hasta a la cátedra del Espíritu Santo, a la que no ascendía de grado, sino en la necesidad de doctrinar a los feligreses, lo que efectuada, no concionándolos de propia cosecha, sino por lecturas ascéticas que sabía escoger discretamente. Completaba el personal del curato la señora Doña Ana, viuda, emparentada con el Padre Reyes, madre de dos hijas, de las que la menor no excedía de diez años.

¿Qué novedades traía el nuevo Cura?

En las iglesias de la Villa, ninguna que llamara la atención; mas fuera de ellas, vióse que la casa cural se convertía, del lado que habitaban los dos sacerdotes, en escuela de muchachos, y por la parte destinada a la señora y sus hijas, en escuela de niñas, en la que dábales instrucción de lectura, escritura y aritmética elemental, y además, de las labores propias del sexo. Una y otra escuela franqueaban gratuitamente sus puertas a niños y niñas de las familias más distinguidas; y no hay para qué decir que la educación que en ellas se daba satisfacía por demás las hondas exigencias de la moral.

En el nuevo plantel no había cabida para Antón Pérez. De origen obscuro, bien se comprendía que la escuela del curato no era para él; aparte de que no la necesitaba, que tenía concluída y bien concluída su instrucción primaria.

El diamante, sin embargo, no podía quedar oculto por mucho tiempo. Cúpole al Padre Reyes la suerte de descubrirlo.

Habiasele invitado a presidir el examen extraordinario que en escuela particular sustentarian dos jovencitos, hijos de familias acaudaladas y a quienes se alentaba para ir a emprender estudios más serios en la ciudad de Las Palmas. La concurrencia era numerosa y selecta, como que según el maestro, distinguido pedagogo español, los muchachos daban paño de qué cortar. Antón Pérez, poseído de curiosidad, desde muy temprano se había colado en el salón de la escuela, y con la venia del maestro, logró colocarse en punto inmediato al destinado al sinodo. Al pasear el Padre Reyes a su alrededor sus ojillos grises, fijóse en el flacucho Antón, que, sin parpadear, atento en alma y cuerpo, seguía con el más vivo interés el curso del examen. Plació al Padre Reyes el jovencuelo, quizá no tanto por la figura, que era de suyo atractiva, por la actitud de

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

atención y compostura con que asistía al acto, o, tal vez, por ambas cosas juntas. Pendiente de él, en el primer movimiento que en el salón se produjo para proceder a la calificación, hizo signo a Antón Pérez de que se le acercase; obedeció el muchacho, recibióle el Padre imprimiéndole con la diestra un golpecito de cariño en la mejilla y, sin más preámbulo, dijole familiarmente:

—Me esperarás luego que esto concluya.

Antón, medio turbado, con el rostro ligeramente encendido, cobró su asiento y allí se estuvo quieto, notándose en su carita como reflejos de alegría.

Padre y muchacho se encaminaron uno hacia otro, concluido que fué el examen. Repitió aquél su caricia, y con acento paternal dijo a Antón:

—Acompáñame.

Echáronse a andar en dirección al curato. Antón cuidó de dar su derecha al padre y de ir un paso tras de él, respetuosa discreción que acabó de encantar al sacerdote, y ciertamente que no era para menos, pues Antón no había aprendido en ninguna parte fórmulas de urbanidad, y procedía por instinto de su natural buen sentido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Padre Reyes, volviendo la cara hacia su acompañante.

—Antón Pérez. Señor Padre, servidor de Usted.

—¿Y tus padres?

—Mi padre, señor, Pedro Pérez; mi señora madre, Paula Marin, murió, señor, hace ya tres años.

—¿Estás en la escuela?

—Salí de ella, señor, porque me dijo el maestro que ya nada tenía que enseñarme.

—Bueno, —murmuró el sacerdote con sonrisa de satisfacción.— ¿Y qué es lo que sabes?

—No mucho, señor: leer, escribir, un poquito de aritmética y algo de gramática.

—¿Y ahora, en qué te ocupas?

—Pues, señor, todavía en nada serio. Mi señor padre y mis tías quisieran hacerme algo, quisieran que yo estudiara; pero no hay dónde, ni mi familia tiene recursos.

—¿Y tú desearías estudiar cosas serias?

Al oír esta pregunta, Antón adelantó el paso hasta colocarse frente al sacerdote, y alzando hacia él la cabeza, inundado el rostro de regocijo, contestó:

—¡Oh! sí, señor Padre: si fuera posible, ¡con cuánto gusto aprendería lo que se me enseñara! Me aplicaría yo mucho.

Estaban a la puerta de la casa cural; el Padre se inclinó y tomó entre sus dos manos la cara de Antón, moviéndola suavemente de uno a otro lado, y mientras le hacía esta manifestación de cariño, decía:

—Bueno, bueno, Barrabasito. Hoy es sábado. Mañana, después de misa en el Santuario, te metes en la sacristía, que allí estaré. Conque hasta mañana, y no faltar.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Entróse el sacerdote en la casa, y Antón Pérez, como si algo le bailara dentro del cuerpo, se dirigió a la suya a paso rápido.

Probable es que obedeciendo a una evolución mental hubiera querido darse cuenta de lo que por él pasaba. Detúvose un punto en su marcha acelerada. Iba cara al Poniente; el Sol se había puesto ya; mas eran tan intensos los reflejos en que se encendía el Ocaso, sobre el que flotaba ardiendo un cúmulo de celajes con vivida y variada coloración, desde el rojo escarlata hasta el naranjado más tenue, que parecía que aun el Sol brillaba sobre el horizonte.

(Dibujo de E. U. R.)



ANTON PEREZ

CAPITULO II

EL PADRE REYES

EL chico llegó a su casa rebosando de júbilo. Contó a sus dos tías cómo el Padre Reyes lo había llamado, llevándolo consigo hasta la puerta del curato, y todo lo que habían platicado. Contagiadas del contento de Antón las dos buenas mujeres, celebraron el caso como cosa providencial, encargando al sobrino que en llegando su padre se lo contara todo.

Así lo hizo el muchacho. Más tarde, a la hora del chocolate, se habló de nuevo del asunto, y Antón se fué a dormir pensando en levantarse muy temprano para alistarse e irse a la misa del Santuario. Cavilando en lo que había de proponerle el Padre Reyes, se durmió, y a la mañana siguiente, contra lo de costumbre, lo despertaba el toque del alba.

Bien lavadita la cara, echóse lo mejor de su nada complicado indumento: pantalón de dril rayado, camisa de ordinaria crea, bien planchadita, eso sí, calzadas las botillas de gamuza anteaada y ceñida a la cintura la banda carmesí de burdo estameñete. Tomado el frugal desayuno, encaminóse a la iglesia a esperar la hora de la misa.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Dicho el *Ite misa est*, corrió Antón a la sacristía, donde ya el Padre Reyes se despojaba de ornamentos, alba y amito, que a medida que iba depositando sobre el arcón, el sacristán sacudía, doblaba y guardaba en las enormes gavetas del mueble.

Al notar la presencia del muchacho, volvióse a él sonriendo con toda la cara, que era ancha, abierta y coloradota.

—¡Hola! ¿Conque aquí estás? Así me gusta —dijole con la entonación más jovial que podía dar a su voz gruesa de bajo profundo.

—Buenos días, señor Padre —contestó el chico, yendo a besar con la mayor reverencia la mano del sacerdote. Y como el sacristán alistara el manteo para echarlo sobre los fornidos hombros del Ministro de la Iglesia, éste que era de talla más que mediana, y de diminuta aquél, tuvo que doblarse hasta quedar casi en cuclillas. Tomó de manos de Antón el sombrero de jipijapa, de protectoras alas, dió a besar la mano al sacristán, y recogiendo el vuelo derecho del manteo bajo el brazo izquierdo, salió de la iglesia, se caló el sombrero hasta las entrecanas cejas, espesas y pronunciadas, como las de un Júpiter olimpico, y dirigió al muchacho este conciso imperativo:

—¡Ven!

Antón siguió al Padre Reyes hasta la casa cural en la que entraron y en donde ya aguardaba sobre blanquísimo mantel un bien provisto desayuno que incitaba el apetito. Mandó el Padre a Antón que se sentara, entróse en su alcoba pobre y escueta de mobiliario, mas atestada de libros que yacían en desorden; aquí, sobre una mesa destinada sin duda a escritorio, como lo denunciaban a falta de toda ornamentación, tallados y aun de barniz, los recados de escribir que en ella se advertían; más allá, sobre tosco sillón de vaqueta, sobre la cama misma o esparcidas en las esteras que a guisa de tapetes se extendían al pie de la cama y bajo de la hamaca de finísimo sosquil, abiertos unos, otros con hojas dobladas, marcados los restantes, éstos con cigarros de hoja de mazorca, aquéllos con tiras de papel, de trapo, o con retazos o hebras de cuerdas, desarreglo que bien demostraba la febril afición del Padre Reyes al estudio, o a la lectura cuando menos.

De la alcoba salió desvestido de sus ropas sacerdotales: los pies metidos en amplios pantuflos de paño verde oliva, pantalón de Mahón azul, camisa de listado, cuyo desabotonado cuello descubría la gruesa papada, tan gruesa que formaba como una segunda barba, y encima de todo una ancha bata, también de listado, abierta y flotante de arriba a abajo.

Sentóse a la mesa, posándose en la silla como quien se prepara a una solemne labor, abiertas las piernas y echado hacia adelante el robusto tórax; miró los platos, dilatáronsele las ventanillas de la nariz, sus labios se recogieron y prolongaron como si se prepararan a una succión, y cubierto en ristre, acometió al servicio, alternando entre bocado de aquí y bocado de allá, en sopadas o sorbos, no de la jícara, sino del ancho bol de espumoso chocolate. Visto el Padre en aquella forma, entregado con afán a la tarea de engullir y paladear, más que por discípulo del Cristo, hubiéra-

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

sele tomado por un cerdo de Epicuro; y no lo era, ni mucho menos, sino que estaba gobernado de tal naturaleza, que todas las funciones de la vida y sus ocupaciones todas las cumplía dándose a cada una de ellas por completo, abstraído de todo asunto distinto del en que se ejercitaba, lo cual no impedía que por aquella vez ingiriera, entre sorbo y bocado, el breve interrogatorio a que sometió al que podía desde entonces haberse por su protegido.

—¿Conque estás dispuesto a estudiar, Antoncito?

—Sí, señor, si estoy.

—Bueno; ¿y qué quieres aprender?

—Lo que me quieran enseñar.

—Poco se puede, hijo; pero veremos. ¿Te gustaria aprender latin?

—Dicen que es muy dificil; pero me aplicaria yo.

—No es cosa: **Quis vel qui**, todos los asnos se atascan aqui. No, tú no te atascarías: no eres asno, por lo visto.

Antón quiso dar las gracias, pero no le salió el concepto.

—¿Sabes álgebra?

—La he oido mentar. Dicen que es una aritmética sin números.

—Alchebr. . . —murmuró el Padre Reyes.— ¡Qué grandes sabios los árabes! ¡Ah! ¿y los indios?. . . ¡Canastos!

Antón, que no entendió jota de estas palabras, pensó que el Padre se burlaba de él.

—Ya que pareces tan resuelto, —prosiguió tras corta pausa,— en lo del latin te entenderás con el señor Cura, y conmigo un poquito de cada cosa, ¿estás?

—Sí, señor, haré todo lo que pueda.

—Hay qué esperar la llegada del señor Cura que fué a la Misa de la Parroquia. El resolverá, y no ha de tardar.

Calló el Padre, y despachado el desayuno, volvió a entrar en su alcoba, en tanto que una criada, maya yucateca, que aun no cambiaba el hipil y fustán regionales, por la camisa y las enaguas tabasqueñas, le vantaba la mesa.

Volvió al saloncito-comedor en que esta escena pasaba, trayendo en la mano un grueso libro encuadernado a la española, y dirigiéndose a Antón, le dijo:

—En esta tu tierra llueve mucho, muchísimo.

—Sí, señor, llueve muchísimo.

—¿Y sabes qué cosa es la lluvia?

—He leído en el Juanito, que es el vapor de agua que sube en la atmósfera, forma las nubes, y cuando éstas se enfrian, el vapor se liquida y cae por su peso.

—No tan mal, no tan mal; pero al Juanito le faltó mucho qué explicar. A ver, lee aquí.

Y le alargó el libro abierto en el que el muchacho se puso a leer, al principio con alguna timidez, y luego con soltura y corrección, las páginas en que el Padre Almeida explicaba el meteoro de la lluvia en su libro "**Recreaciones Filosóficas**".

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Muy contento atendía el Padre Reyes a la lectura del muchacho, en la que no advertía otro defecto que el de la pronunciación peculiar de la tierra, cuando hubo de interrumpirlos la llegada del Cura, que algo fatigado y encendido el rostro, por haber recorrido el no corto espacio que mediaba entre la Iglesia Parroquial y la casa, sin más defensa que la angosta copa de su alto sombrero de felpa negra, exclamaba:

—¡Uf! ¡uf! y bien merecido, zopenco de mí; pues no dejé olvidado el quitasol! . . .

Tipo venerable era el Cura Fuentes: alto, delgado, casi amojamado, blanca la tez y aun erguido, no obstante los sesenta y cinco años que ya denunciaban las nieves de su cabeza y los surcos con que el implacable Saturno habíale marcado frente, entrecejo, comisura de párpados y lados de la nariz.

Vestia zapatillas de raso turco con hebillas de plata, medias negras de seda, sotana y manteo de sarga, y ancho alzacuello de chaquira negra y oro. En su fisonomía no se notaba cosa que llamara la atención; todo en ella respiraba bondad, sin que la afeara el frecuente parpadeo de sus pequeños ojos pardos, ni el movimiento que, cuando estaba quieto, solían ejecutar su mandíbulas como si algo rumiaran.

—¿Conque este es el chico? —dijo al advertir la presencia de Antón.— ¿Y qué tal lee?

—No mal, no mal, señor, —contestó el Padre Reyes.

Antón se puso colorado hasta las orejas, y en medio de su turbación, dejando el libro sobre el asiento que ocupaba el Padre, que se había puesto de pie a la presencia del Cura, fué a besar la mano de éste.

—Vaya, conque queremos estudiar, Antoncillo. Bueno, muy bueno, con tal que te apliques. . . Y tu padre, ¿qué dice?

—Sólo espera saber si me quieren recibir para venir a hablar con ustedes, señor.

—Pues que venga, que venga, hoy mismo si quiere. Tú, desde por la mañana vendrás con tus libros, si los tienes, y si no, aquí se te darán.

—Tengo unos cuantos libros: la Gramática de Herranz y Quiroz y el Fleury (pronunció todas las letras del nombre), y el Juanito y la Geografía de Almonte y la Aritmética de Urcullu y mi Catecismo de Ripalda, y una muestra de escritura, y el Lavallo de mis tías, que me dan a leer. . .

— Toda una biblioteca, ¡canastos! —interrumpió sonriendo el Padre Reyes, y otro tanto sonrió el Cura.

Antón comprendió la burla y se puso color de grana.

—Por mí, no traigas ninguno de esos libros, —continuó el Cura.— Aquí te daré un Nebrija.

¿Qué era un Nebrija? Maldito si el muchacho lo sospechaba; ya sabría al día siguiente lo que era un Nebrija.

—Traerás también, —prosiguió el Padre Reyes,— tu Herranz y Quiroz; tu Aritmética y tu Geografía. Y ahora, hasta mañana.

Besó Antón la mano del Cura y la del ministro, y murmurando un "hasta mañana", partió.

ANTON PEREZ — MANKIEL SANCHEZ MARMOL

Comunicó las nuevas al padre y a las tías, y sin duda preocupado con lo que le esperaba, aquel domingo no se fué a jugar con los amiguitos, empleando el día en hojear sus libros, que cerraba y tornaba a abrir, mientras sus labios parecían murmurar lo que de ellos guardaba en la memoria.

Fué Pedro Pérez, o mejor dicho, para no rebajar su categoría, señor Pedro Pérez, fué en la tarde a ver a los Padres, y de regreso previno a Antón que tempranito, el día siguiente lunes, se fuera con ellos.

(Dibujo de E. U. R.)



El Padre Reyes

CAPITULO III

ROSALBA DEL RIEGO

NO eran eslabones sueltos de la cadena social nuestros dos sacerdotes: el Cura pasaba por protector de Doña Ana, mujer ya bien entrada en años no menos que en gordura, que allá en sus mocedades debió haber tenido sus buenos bigotes. Viuda, el matrimonio habiale dejado una hija, ya viuda también en la época de estos sucesos, guapa treintona, sin sucesión, que a haber querido, no le habria faltado nuevo acomodo, pues sobre ser hermosa y tener unos ojos llenos de travesura, su plática era agradable, casi tentadora, por el ingenio que en ella mostraba y por el timbre argentino de su voz. Otra hija como de diez años contaba Doña Ana, que daba ocasión al mal decir de las lenguas a causa del notable parecido que entre Chonita (Encarnación era el nombre de la chica) y el señor Cura se advertia. El Padre Reyes y Doña Ana estaban unidos por muy cercano parentesco, no se recuerda bien si eran hermanos. Traia aquél consigo a un mocetón que, no obstante su corta edad, ejercia funciones de administrador de la casa cural, es decir, de toda la familia de que se componia; y este joven Uriel afirmaban calumniadores ser muestra de que el Padre no habia rehusado la carga impuesta a Adán y Eva en los umbrales del Paraiso.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

La familia de los Padres habíase instalado en dos casas hitas, comunicadas entre sí, destinada la una, sin duda por el bien parecer, aun cuando ya la edad de los dos clérigos los pusiera a salvo de injuriosas sospechas, a habitación de las mujeres, y la otra, a la de aquellos y Uriel, amén de un mozo chaparrito y desgarbado, que hacía de mandadero, de espolique, y aun de otros oficios menores, según venía el caso.

Ambos departamentos no lucían otros lujos que los de la limpieza y el buen orden, salvo en lo que concernía a los libros del Padre Reyes, que ya vimos cómo andaban revueltos y a mal traer.

El principal destino de la sala que vimos servir de comedor era el de escuela, en donde hasta media docena de muchachos de las familias más distinguidas de la Villa se iniciaban, mal de su grado, en las nociones de la instrucción primaria; quién, juntando las aun no bien aprendidas letras del Catón Cristiano; quién, decorando en el Amigo de los Niños; quién rasguñando en la pizarra con estridente chirrido alguna de las cuatro primeras reglas de la Aritmética; quién, ya tirando a mayores, pendo-leando en el papel pautado alguna muestra de caligrafía. Desde la calle podía decirse si el Padre Reyes estaba o no de cuerpo presente en la escuela: él allí, parecían los muchachos unos angelitos de Dios; él ausente, aquello era peor que campo de Agramante. Nadie en su puesto: todo era bullir y saltar y correr del uno al otro extremo del saloncito, que por lo estrecho no dejaba espacio para mucho, y aquí un pellizco, y allá un tirón de orejas, y acullá un capirotazo; éste que tira un gallo, y el agredido que se revuelve y contesta con un sonoro cocatazo, y el otro que escupe un hí de pú, y aquél que afianzado en cruz a la pared, por los puños del forzado adversario, en el ansia suprema de la defensa se arranca de los pulmoncitos el más espeso esputo y lo lanza a la cara del verdugo, y aquello era tropezar y rodar de sillas, hasta que Fermin, el mozo, atraído por el albcroto, se presentaba en la puerta que daba al patio, y con voz tartajosa de perlático, anunciaba a los diablillos que iba a acusarlos con los Padres, y la amenaza, no obstante de quien partía, y que en otras circunstancias hubiera provocado a risa, surtía el mismísimo efecto que el Quos ego de Neptuno.

Y aun solían atreverse a más: solían invadir la alcoba del Padre Reyes, montarse a horcajadas en los brazos de la hamaca, y ponerse a hacer el caballito con alternados brincos, no siendo raro que el desenlace de la travesura fuera un soberano batacazo de alguno de los noveles jinetes. Y no había respeto para los libros: este, volteado; cerrado, el que yacía abierto por mitad; quitada la marca del uno, cambiada a otro, con lo que se calentaba la mollera del Padre al reasumir la lectura, culpando a flaqueza de memoria haber perdido el hilo de lo que venía leyendo. Por supuesto que los chicos se entregaban a este batiboleo apercibiéndose contra toda sorpresa, con un centinela en la puerta que daba al patio y otro en la que daba a la calle, encargados de dar el alerta, ya que alguno de los sacerdotes, o Don Uriel, o alguna de las criadas de la otra casa, se aproximaran, tarea en que se turnaban con rigurosa disciplina los conde-nados escolapios.



Rosalba del Riego

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Maldita la gracia que les hiciera el ingreso de Antón a la casa cural, pues sobre que ya sentía pujos de hombrecito, el Padre Reyes no lo había confundido con ellos, sino puesto por separado en la alcoba, lo que le valía honores de guardián de la escuelita, coartándoles la libertad de entregarse a sus travesuras. De aquí nació en ellos de momento, no disimulada ojeriza hacia el maldecido pardo, cuya presencia los privaba del único placer que podían procurarse en su reclusión escolar. Y decimos de momento, porque Antón, ayudado de su natural campechano, de los más cuantos años que les llevaba y de la superioridad de conocimientos que poseía, fué haciéndose querer de los muchachos, prestándose de grado y solícito a las veces, a facilitarles la comprensión de las para ellos reconditeces de la enseñanza, que eran para Antón granos de anís.

Aparte de esto, a muy poco ganádose había la confianza de los Padres, que le encomendaban el desempeño de pequeños encargos para fuera de la casa, y los chicos sabían aprovechar esas ausencias para darse a sus acostumbrados alborotos.

Como lo previera el Padre Reyes, Antón no se había atascado en el *quis vel qui*; antes daba cotidianas muestras de sus singulares aptitudes, como en público lo proclamaba el Señor Cura, a cargo de quien corría este ramo de la enseñanza del muchacho, en tanto que el Padre Reyes conseguía descansar de la vista, pues Antón había hecho rápidos progresos en la lectura, y era ya quien leía hasta los pergaminos del "Teatro Critico", del Padre Feijoo, por quien el Sacerdote experimentaba apasionada afición. A este andar, Antón había llegado a ser algo como parte integrante de la familia cural, sirviendo con frecuencia de órgano de comunicación entre ambos departamentos, el masculino y el femenino. De éste hemos de decir que todo se concentraba en el saloncito destinado a escuela, bajo la dirección exclusiva de Doña Ana, pues la hija viuda no sentía inclinación por la enseñanza de letra y aguja, y en cuanto a la jovenzuela, no estaba en condición de ayudar a la mamá, antes era carga, como que figuraba entre las alumnas de la escuela. Componíase ésta de unas ocho alumnas, y por cierto que ninguna se distinguía por su belleza, que estaban en esa edad, año más año menos, en que la mujer aún carece de sexo, a manera de indistintas crisálidas de cuya envoltura no se sabe cuál mariposa saldrá. Distinguíase entre ellas por la empingorotada estirpe de que era tierno grumo, Rosalba del Riego, familia que si había venido a menos en fortuna, mantenía sus humos aristocráticos, y no de cualquier modo, sino con presuntuoso alarde de su cansada hidalguía.

Fuera de eso, Rosalba no se diferenciaba de sus compañeras sino por su desmedrado cuerpecito, su carita pálida y enjuta, en la que la boca figuraba abierta herida de verduguillo, —tal era de diminuta,— por sus ojillos grises, tirando a cenicientos, y su cabello de oro claro, ahora tonso por causa de enfermedad que la obligaba a traer la cabeza envuelta en un mascate de seda. A esta circunstancia debíase el mote de la **Pelona** con que la apodaban sus condiscipulas, que así creían herirla y castigarla en su vanidad. Alguna vez Rosalba lloraba de despecho al verse tratada de modo semeiante, acudiendo luego a consolarla su innata altivez.

CAPITULO IV

LA VIEJA CUNDUACAN

LA consagración de los buenos sacerdotes a las cosas de la Iglesia, su empeño en dar pompa a las fiestas religiosas, hicieron de la vieja Cunduacán una especie de Villa Santa, a la que acudían los creyentes de diez leguas a la redonda, con desdén de su vernácula agiología, no se diga tratándose de la Santa Cruz y de la Virgen que lleva la advocación del pueblo, que a éstas no había competencia que se les atreviera, sino aun respecto de otros bienaventurados de menor fuste.

No había en todo Tabasco Semana Mayor de más brillo ni más conmovedora. Marcábase el miércoles por la procesión vespertina de los Siete Cristos, a la que concurrían uno por cada templo de los de la Párrroquia, y al terminar cerrábase la iglesia y comenzaban las Tinieblas con acompañamiento de gemebundos salmos penitenciales; el jueves, solemnisimos Oficios en que la orquesta y cantores, ensayados por el Padre Reyes, echaban el resto: **Stabat Mater** el viernes, con Trenos de Jeremías, tan patéticamente entonados que metían grima y daban calofrios; el sábado, Gloria aturdidora, con desgañitarse de coros, rasgaduras de cuerdas y chillidos de estrangul, amén del repiqueteo general; tronido de cohetes, estallido de cámaras y jubiloso redoblar de tambores.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Luego venía la festividad de la Santa Cruz que abría el mes de Mayo con la concurridísima feria a la que afluía gente de todas partes; mercaderes de Chiapas, de Yucatán y hasta de Michoacán remoto. ¡Y aquél era Corpus! Valía la pena el estropeo del viaje para ir a admirarlo. En Septiembre, la celebración de la Santísima Patrona y el solemne **Te Deum** del 16, a cuyos regocijos se sucedía el tremebundo **Dies iroe** del Día de Muertos, con sus imponentes **De profundis** y **Misereres**. En pos de esas tristezas llegaban las alborozadoras Misas de Aguinaldo, en las que tenían permiso de hacerse oír todas las voces de la creación, imitadas con pitillos, pífanos, trompetillas de hoja de palmera, carrizos, cañones de pluma, cuernos y caracoles; desde el trino del jilguero hasta el clarineo del gallo; del balido de la oveja, al mugido del buey y el bramido de la fiera. Y cátese que van omitidas las fiestas intercalares de los cuatro barrios en que la Villa está dividida, a todas las que atendían los solícitos Padres, cuidando de dar a cada una atractivo particular.

De todo esto sólo queda la memoria. Ya hace muchos años hundiólo en el abismo del percimiento la Reforma, que en odio a los abusos ha venido cambiando la genial fisonomía de la sociedad mexicana, tal cual saliera de manos del régimen colonial. Quien dijo Progreso, dijo cataclismo, y la civilización tiene sus brutalidades, como las tiene la tempestad, que a trueque de sanear el aire, goza del derecho de derribar las elevadas torres y de hender las añosas encinas.

¿Y qué tiene que ver todo esto con los protagonistas de esta certísima historia? Sí que viene a cuento, como que en ese medio respiraron y se movieron en híbrida comunión Antón Pérez, el hijo de clase humildísima, y Rosalba, vástago de altiva prosapia.

El muchacho se hacía cada vez más digno de la estimación de sus maestros, por el afán con que se aplicaba al estudio, no sólo de lo que se le enseñaba, sino de todo género de conocimientos del saber, dejando no pocas veces aturdidos a los Padres con las preguntas y cuestiones que les solía proponer.

Como mies en espiga sembrada en tierra fértil, así se iba cuajando el grano en la inteligencia de Antón, y pronto supo cuanto de Aritmética había en los libros del Padre Reyes, así como alcanzó a iniciarse en la Geometría. En cuanto a la lengua madre, era el caso de no poderse incurrir en su presencia en un solecismo sin que al punto lo corrigiera o lo condenara con disimulada sonrisilla, según la calidad del que cometía el ultraje gramatical. Del latín conocía lo bastante para verter al castellano toda la misa, del **Introibo** al **Plenum gratiæ et veritatis** de San Juan.

Dotado de un timbre de voz purísimo, quiso el Padre Reyes incorporarlo a su grupo de cantantes, contra el cual propósito se rebeló alegando que no tenía oído, y cuando se le quiso poner a prueba, adrede se desentonaba, con lo que dejó justificada su insuficiencia. Y no era que no le agradara el canto, de mil amores se habría dedicado a él, mas un retraente decisivo se lo impedía. Rosalba tomaba parte y muy principal en los ejercicios de solfeo, y había advertido Antón que cuando iba por alguna diligencia del departamento de los Padres, a la escuela de Doña

Ana, la Pelona clavaba en él los ojos, y las otras muchachas escondían una risa burlesca detrás de la tela de costura o de bordado que traían entre manos. A tal grado se había hecho notoria la afición de Rosalba al guapito Antón, que cada vez que la chica, al tornar a su casa y pasar por la escuela de varones, estiraba cuanto podía el cuellito flaco y macilento para ver de percibir al imán de sus atracciones, allí estaban alerta los en-diablados compañeritos para gritar:

—¡Antón! ¡Antón! ¡ahi te busca tu Pelona!

Y esto maldita la gracia que hacía al muchacho, a quien tales bromas le enojaban y le encarinaban las mejillas. He aquí el verdadero motivo por el que se había excusado de asistir a las escuelas de canturía.

En tal manera se había penetrado el Cura de las privilegiadas dotes intelectuales de Antón, que habría creído defraudarlas de no proveer, en la medida de su posibilidad, a un cultivo más fructuoso que el que podían alcanzar en el pobre medio en que se venían manifestando. Bien merecían y aun reclamaban cultura científica; era lástima que se malograsen, que el chico prometía ser, ya en la Iglesia, adalid formidable de la sana doctrina y luminoso guía de las conciencias; en el Foro, eminente jurisconsulto y sacerdote de la justicia; si en la Medicina, instrumento de la Providencia para el bien de la humanidad doliente. Todos estos merecimientos del muchacho los acrecia el cariño que por él experimentaba.

Fijo en estas ideas y contando con las buenas relaciones de que disfrutaba cerca de la Sede Episcopal, se propuso tomarlas muy en serio y encaminarlas a su realización, por lo que, queriendo ante todo contar con la aquiescencia de Pedro Pérez, que por lo que al chico tocaba sabía anticipadamente el regocijo con que acogería el propósito, díjole una tarde:

—Antoncito, harías bien en decir al señor tu padre que deseo platicar mañana con él.

—Con mucho gusto, señor; ¿a qué hora ha de venir?

—A la hora que pueda. El es hombre ocupado. Dile que al medio día. ¿Estás?

—Sí, señor.

A la hora señalada estaba allí Pedro Pérez a saber qué se ofrecía al Señor Cura. Recibiólo con afectuosa sonrisa, hizole tomar asiento, y sin preámbulos se fué al grano.

—Señor Pérez, hay qué acabalar a Antoncito. Aquí ya va sabiendo todo lo que se le puede enseñar.

—¡Ah! Señor Cura, no puede Usted figurarse el grandísimo agradecimiento mio y de toda mi familia por lo que Usted, Señor Cura, y el Señor Padre Reyes hacen por mi pobre Antoncito.

—Todo lo merece el muchacho, Señor Pérez; y porque todo lo merece me creo obligado a lo que quiero proponerle. Es una lástima que se malogre su privilegiada inteligencia. Bien merece aplicarla a alguna ciencia especial; pero ni aquí, ni en el Estado podría lograrse esto. Habría qué mandarlo a Mérida.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Pedro Pérez puso una cara en que se pintaban al mismo tiempo el anhelo y la aflicción.

—Bien sé —continuó el benévolo sacerdote— que no cuenta Usted con recursos para tamaño intento; no se aflija Usted por ello: ¡ojalá y vo los tuviera! entonces sería cosa hecha; pero tengo valeres que podrán servirnos. Para eso, mis amigos de allá. No faltan capellanías laicales. Trataré de conseguir una para Antoncito; sólo que necesitaba yo del consentimiento de Usted.

—¡Ah, Señor Cura! Es el colmo del bien. Ya sabe Usted que tengo confiada a Usted y al Señor Padre Reyes la suerte de mi muchacho. Ni yo ni él tendremos con qué pagar a ustedes tanto beneficio.

—Entonces el asunto queda de mi cuenta. Váyase tranquilo.

Besó la mano del Cura el agradecido Pedro Pérez, y se marchó llevando el alma tamaña como el mundo, de contento, y cuando a la noche transmitió a su hipo el proyecto del noble protector, fué tal la embriaguez de dicha de que el mozuelo se sintió poseído, que se olvidó de quién era, llevándolo la fantasía a las regiones del ensueño.

El buen Cura no perdió su tiempo: dirigióse a sus mejores influencias de Mérida, y a poco obtuvo respuesta alentadora. Justamente acababa una beca de gracia en aquel Seminario, y ya se iniciaban gestiones en favor de Antoncito. Apresuróse el Cura a enviar la documentación para el caso requerida, pasaron algunos meses, nuevas y más halagüeñas noticias se recibieron, y cuando ya se tenía por seguro el beneficio solicitado, una carta del Secretario de la Mitra vino a echar por tierra toda esperanza. Se había trabajado para otro: ese otro fué un protegido del Gobernador a quien se otorgó la gracia al último momento.

Antoncito quedaba condenado a no salir de su pueblo y a correr la suerte reservada a los de su clase y condición.

El tiempo corría, el muchacho se hacía hombre, el desaliento iba carcomiendo sus acariciadas ilusiones, y si seguía frecuentando el trato y la doctrina de los Padres, era más por gratitud y costumbre, que por acrecer el caudal de sus conocimientos, que ya muy poco que no fuera la experiencia de los años y la constante práctica del bien en que era inagotable la enseñanza de los dos sacerdotes, podía aprovechar de ellos.

Hay males precursores del mal: el mayor sobrevino a Antón con la muerte de su amoroso padre, víctima de la fiebre pútrida, endémica en aquel su pueblo.

Los Padres tributaron a Pedro Pérez los últimos honores, como si de persona principal se tratara, que a ello les obligaba el paternal afecto que a Antón tenían; y en cuanto a éste, sin más bienes de fortuna que la humilde casita que habitaba la familia, se encontró de la noche a la mañana con la carga de las dos excelentes tías, las señoras Toribia y Anselma, ya bien entradas en años, a cuyo sostenimiento tenía de fuerza qué subvenir, deber que no era de fuerza, sino de pleno grado y buena voluntad, sintióse llamado a cumplir.

Hubo, pues, de despedirse de sus maestros y protectores, que lloraron su separación como si algo de su propio ser se les arrancara del cuerpo, y se echó a buscar lucrativa ocupación.

Hallóla, desde la primera insinuación, en la tienda del honrado vizcaino Don Ascencio Ajágan, que él, que ya era viejo, manejaba sin más ayuda que la de Don José, más viejo aún, a quien todo el mundo designaba con el sobrenombre de **Pecho Negro**, por la costumbre que tenía de llevar siempre encima un chaleco generalmente desabotonado, de perpetuo negro. Allí entró a manejar el único libro de contabilidad que el buen mercader llevaba y la escasa correspondencia que mantenía, trabajo que podía desempeñar de día o de noche, indistintamente. Luego, el Maestro de Escuela lo tomó de auxiliar para que enseñara Aritmética y sucesivamente el Tesorero Municipal y el Receptor de Rentas lo utilizaron para que cada fin de mes les arreglara los cortes de caja. Por supuesto que todas estas retribuciones sumadas no constituían una ganga, ni mucho menos; pero daban lo suficiente para satisfacer las modestísimas necesidades de las dos viejas tías y del muchacho.

¡Cuán aprisa va el tiempo! Los dos grupos de chicuelos de ambos sexos de que fueran núcleos Doña Ana de un lado, y el Cura y el Padre Reyes del otro, habiense ido dispersando al soplo del destino. Alguna que otra muchacha se había casado, y aun no faltaba quien ostentara ya sobre las sienes la corona de la maternidad. Rosalba había sido enviada a Villahermosa a recibir una educación más adecuada a su categoría; los Padres mismos, por translación del Cura Fuentes a otra feligresía, habían dicho adiós a la Villa, que desolada vió alejarse de su seno a los ejemplares sacerdotes que tan alto levantarán el culto católico y tanto bien derramarán en todas las clases de aquella sociedad. Para Antón, tal despedida significó la condena al abandono más absoluto. Su suerte y porvenir quedaban desde aquel luctuoso día encomendados a su puro esfuerzo.

Y el tiempo siguió corriendo inexorable, sazonando las cosas tier-nas y envejeciendo y caducando las ya sazones. Y Antón se virilizaba, e iba iniciándose en las duras enseñanzas de la vida real.

CAPITULO V

FOGUEO

LA reacción sonreía triunfante. La conspiración tan mañosamente urdida por ella, ayudada por la codicia de un magnate de incontrastable influencia, había hallado favor en el cerebro del Soñador de las Tullerías. La intervención armada en la política interior de México, aunque condenada en principio por la frágil cláusula del tratado mismo intervencionista, aprestaba las naves de la triplice que vientos propicios habían de empujar bien pronto hacia las playas de la maltrecha República. Para nadie, sólo para la buena fé de la diplomacia, era un secreto que una de las aliadas no traía otro propósito que el de implantar un gobierno exótico, sostenido por sus ejércitos, el cual iba irrisoriamente a apellidar el título de mexicanos. Las otras dos, a manera de cómplices inconscientes, no traían otro programa que el de sacar para sí las mayores ventajas de su colaboración, toda inspirada en sentimientos humanitarios, era la más pura caridad cristiana, en el mayor y más acendrado cariño a la desventurada República Mexicana. Napoleón acariciaba gozoso la realización del pensamiento más grande de su reinado; desajonizar la América; Eugenia elevaba su acción de gracias al Dios de la Iglesia Universal por el nuevo triunfo que la deparaba, y Morny, el codicioso del dinero para el goce, y Jecker, el codicioso del dinero para el deleite de poseerlo

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

se miraban sonrientes y se estrechaban las manos regocijados al contemplar cómo la fortuna cargada de sus dones se adelantaba hacia ellos, en tanto que el Vicario de Dios bendecía desde las alturas del Vaticano el asesinato de la Independencia de México. Jamás alea más hábil y discreta había rodado sobre el tapete incoloro de la banca internacional. Aquello era la obra de dos extraordinarios.

La joven República, exangüe hasta la agonía, empobrecida hasta la miseria, no iba a poder resistir. Era irremisiblemente una condena a morir, y para que muriera, sólo faltaba que exhalara el espíritu. Y era Juárez el espíritu: es decir, la carne hecha bronce, la idea hecha tenacidad, el deber, Titán o Israel, pronto a luchar contra Júpiter o contra Jehová. Tener por adversaria a la Omnipotencia, ¡qué duelo más incitador para aquel espíritu condensación de ideales!

La salvación del país que iba a ser agredido dependía de sí mismo. En aquel supremo instante carecía de aliados, y si tenía amigos, ninguna ayuda podían ofrecerle. Aislado en la tierra, nada esperaba de lo alto. No era persona grata a la Corte celestial, y no tenía derecho a esperar que legiones de Arcángeles descendieran a combatir por su causa. Y Juárez no fió en el cielo: proveyó a armar a su pueblo en la medida de una posibilidad entonces escasa y angustiosa, cuidando de acrecerla y fortificarla por el avivamiento del patriotismo en las conciencias. El pueblo fué llamado a las armas, y al responder al llamamiento, la República se vió convertida de la una a la otra frontera en inmenso campamento.

Tabasco no fué excepción: que allí el patriotismo es sentimiento orgánico, tan vivo e intenso como el Sol que caldea sus llanuras. El Gobernador, acatando las providencias emanadas del centro, encomendó a los ciudadanos de popularidad más reconocida, la organización y disciplina de la Guardia Nacional. Cupo la Chontalpa al liberal sin tacha Pedro Méndez, quien con el fervor del entusiasmo procedió a desempeñar su misión en los pueblos a él subordinados, fijando el Cuartel General en Cunduacán.

Convocados los vecinos para alistarse y nombrar sus oficiales, por unánime aclamación fué electo teniente Antón Pérez, y hétenos al chico campeando ya de soldado, oficio para el cual maldita la vocación que hasta allí sintiera. No hizo gracia a las tías la popularidad del sobrino, que no entendían palabra en achaques de patriotismo, consolándose con la idea de que aquel alistamiento se quedaría allí, sin pasar a mayores. En cuanto a Antón, en manera alguna extraño al sentimiento nacional y a los deberes que impone, vió aquello como cosa seria y digna, e hizo el propósito de cumplir con amor las obligaciones que su nuevo carácter le señalaba, y aun llegó a experimentar satisfacción íntima lisonjeado con la idea de que aquello podía llegar a serle favorable en sus amorosas aspiraciones.

La encantadora Rosalba iba convirtiéndose para él en un culto permanente, y cuando lograba verla, cada domingo al salir de misa, parecía que el mundo era paraíso de ventura, y la vida el dón más precioso otorgado por el cielo. Hasta ahí nada que lo desalentara, pues para colmo

se había ganado el cariño y la confianza del Coronel Méndez, de quien recibía el trato más halagador; mas poco a poco su ceguera de enamorado tuvo lucideces aterradoras. Pudo observar que sus asiduidades no eran gratas a Rosalba, en cuyos desvíos él vislumbraba señales de menosprecio; otro habría podido percibir en ellos inequívocas manifestaciones de repugnancia.

Entretanto, los acontecimientos del orden político se sucedían con enfermiza rapidez. La causa de la República, considerada perdida por los hombres más sesudos, parecía frustrar las previsiones pesimistas. En las conferencias de la Soledad, Doblado obtenía espléndido triunfo diplomático alcanzando de los Comisarios de la tripartita el reconocimiento del Gobierno que venían a derrocar. El generoso Prim, Lenox el noble, declaraban de modo solemne y abierto sus simpatías por México y los liberales, y se creía que pronto iba a llegarse a una cordial inteligencia de detalles que traería la solución de las tremendas dificultades que la reacción había suscitado. Aun no se descubrían de modo claro las aviesas y desmesuradas intenciones del César francés, que para todo evento, la previsión de Doblado había sabido desautorizar. Si osaba, osaría aislado; si rompía los pactos, habría de tener qué optar entre las contrariedades de una campaña en la zona mortífera de las costas del Atlántico, o el oprobio. No; no había de sacrificar sus propósitos de colosal megalómano, ni había de perdonar las ventajas que la generosidad y la confianza en la fe jurada teníanle concedidas. Rompió los pactos, aceptó el aislamiento, que así él sólo reivindicaría la gloria de la empresa, y fiando en la consagración del éxito, no vaciló en quebrantar la palabra empeñada, y se precipitó a la lucha con el estigma de la deshonra en la frente, arrojando las protestas de indignación del caballeroso héroe de los Castillejos y del mundo civilizado.

Y las huestes francesas, sobre cuyas bayonetas flameaba el negro pendón de la ignominia, avanzaron, embriagadas de regocijo, a recoger el botín de su felonía. La fe flamígera de Zaragoza las esperaba en Puebla, y allí detenidas, fueron obligadas a volver la espalda, no avergonzadas, que ya no traían vergüenza qué perder, si convencidas de la entereza del pueblo que venían a sojuzgar.

La fausta, la portentosa nueva cundió con estremecimientos de júbilo por toda la haz de la tierra mexicana, y no hubo un rincón de ella en que no fuera estrepitosamente celebrada. La joven, la extenuada, la combatida República, se erguía gozosa y vencedora en el Continente de Colón contra la armígera omnipotencia del primer ejército del mundo, como la palma de sus costas, que un momento abatida al incontrastable impetu del ciclón, se alza majestuosa sacudiendo con orgullo su penacho de victorias. La libertad y la democracia de los nuevos pueblos latinos recibían en la frente de México la confirmación en su fe por la unción de sangre que afirma las virilidades y hace propicios los destinos humanos.

El suceso traía el corazón de Antón hecho hoguera de entusiasmo, y se soñaba predestinado a salir de aquella guerra un héroe legendario. Expansivo y verboso, placiase en relatar, con el vivo colorido que le pres-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

taba su imaginación, los detalles de la victoria del 5 de Mayo, y osaba aventurarse en las incógnitas del porvenir, pronosticando el triunfo definitivo de la causa nacional.

En la esquina fronterera a la iglesia del Santuario existía una pequeña tienda, protegida contra los rigores del Sol que allí daba de lleno, por un cobertizo, bajo del cual tertuliaban en los días de asueto y en las noches de Luna hasta las personas más conspicuas del lugar, que a falta de otra ocupación más honesta, se entretenían en la cristiana tarea de desollar en vivo al infeliz prójimo. El numen de Pasquino imperaba ahí sin contradicción, a veces tan inspirado, que usurpando extraños fueros, atreviase a penetrar en los dominios de la calumnia. Aquel era el temido flagelatorio de todas las carnes enfermas o sanas. Al que no se le sabía algo malo, se le inventaba, con lo cual no hay para qué decir que allí se sabía todo y de todo se hablaba. Punto de obligado tránsito para los que salían del templo, todos lo franqueaban temblando, sobre todo las mujeres, privadas del derecho de hacer parte del corro; que por lo que toca a los hombres, con detenerse y mezclarse en él y ser el último en despedirse del amo de la tienda, ya quedaba asegurado de no ser blanco de murmuraciones.

El tema de actualidad que alimentaba las pláticas era la guerra; cada quien comentando a su modo los sucesos, siempre motejando los actos del Gobierno. Allí, antes que en parte alguna, se había hablado muy desfavorablemente del llamamiento de la Guardia Nacional, asegurando que sólo iba a servir de embarazo y de pretexto para extorsionar a la gente trabajadora, con odiosas gabelas. ¡Qué soldados podían ser aquellos para detener el avance de los invencibles franceses! Si el intento no era temeridad, había qué tomarlo por irritante burla. Y ¡qué oficiales! El Antón Pérez que acababa de salir de la escuela, vanidocito, sí, y atolondradito, como que estaba osando poner los ojos en Rosaíba del Riego. Con eso bastaba para ver que era un mentecato. Los demás, no cortados por mejor patrón.

Un domingo de tantos, Antón salía de la iglesia, triste y sombrío: se había chasqueado; Rosaíba no había asistido a misa. La cabeza sobre el pecho y las manos en las bolsas del pantalón; iba marchando maquinalmente, cuando una voz de las del consabido corrillo vino a sacarlo de su ensimismamiento.

—¡Hola, Antoncito! ¿Por qué vas tan triste?

Chocóle tan indiscreta pregunta, mas conociendo los malos hábitos de la gente que en aquel lugar se reunía, no quiso arrostrarlos; mintió una sonrisa de complacencia, y con el ánimo de evitar que se ejercitase sobre su persona la malignidad habitual, fué derechamente al grupo, diciendo:

—Pues venía yo pensando que muy pronto las tendremos con nosotros. Ya los franceses vienen a comernos vivos.

—¡Cómo! —exclamaron a una varias voces, con no disimulada aprehensión.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Tal como lo digo. Quizás dentro de una semana tendremos la fiesta en casa.

—Y ¿cómo sabes eso?

—Como que soy el Secretario del Coronel. ¿Qué, lo ignoraban?

—Bueno, —interrogó uno de tantos.— ¿Y qué se piensa hacer?

—Pues lo que hacen los soldados en la guerra, batirse.

Cambiáronse algunos una mirada que bien podía traducirse de burla o de sorpresa, y alguien disparó esta pregunta, que llevaba ribetes de injuriosa:

—¿Pero qué, de veras piensas, Antón, que pueden ustedes batirse contra los franceses?

Antón asumió una actitud de indignación, brilláronle los ojos, y con tono perentorio y resuelto, repuso:

—¿Pues qué se imagina Usted Don Antonio, que seamos una bandada de codornices? ¿Que somos menos hombres que ellos? Pues no faltaba más. . . .

—No te enojés; si lo que yo quiero decir es que a nuestra tropa le falta disciplina, que no está fogueada. . . .

—Ninguna tropa está fogueada antes de ir a la guerra, Don Antonio. Bisoños como nosotros, eran los valientes del 5 de Mayo, y ya vió Usted cómo hicieron morder el polvo a los Zuavos y a los Cazadores de Vincennes. Lo que hay que tener es vergüenza, pundonor, Don Antonio, y eso, —concluyó relampaguándole los ojos y llevándose la mano al corazón,— eso, Don Antonio, sobra aquí.

—¡Ah! Si todos fueran como tú. . . .

—Como yo son todos, y los que acaso no lo fueren, seguiran el ejemplo. El soldado hace al soldado, y adiós, señores, —terminó secamente, no ocultando su enojo.

Y dicho así, se marchó a paso mesurado.

—Bravo es el muchacho, —observó uno de los contertulios.

Y agregó otro:

—Y hará carrera.

CAPITULO VI

EL CORAZON NO RAZONA

EL acontecimiento del día era el retorno de Rosalba del Riego a su pueblo natal, tras de cuatro años de continuada ausencia. Alguien que la había entrevisto al bajar de su caballo, aseguraba que nadie la conocería según venía de cambiada. Ya no era aquella muchachilla desgarbada y enjuta, de palmito vergonzante y como mendigo de benevolencia; ahora se había transfigurado real moza, si las hubo, capaz de dar celos al lucero del alba. Y aquella gallardía y aquel regio continente con que se erguía sobre la silla. ¡Si para pedir ojos al cielo y no dejar de admirarla!

Con aquello, la curiosidad de verla hormigueaba en todas las voluntades, y ya no se diga de las amigas, las simples conocidas no enfrenaron su impaciencia, y allá se fueron a visitarla. ¿Venía realmente bella? Calláronlo amigas y conocidas, y cuando se veían obligadas a contestar sobre el caso, hacían una ligera mueca difícilmente traducible sin el complemento de la frase que la acompañaba: "¿Bonita?... pues sí, pero hay ponderación".

Próxima estaba la fiesta del Corpus, día en que todo bicho viviente por cánon inquebrantable estaba en la obligación de ventear cuanto de

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

mejorcito guardaba en la gaveta del armario o en el fondo del cofre. Y llegó la gran solemnidad.

Alrededor de la iglesia del Santuario, entonces con honores de la principal, mientras se concluía la interminable Parroquia, estaba ya lista la enramada de palmas por donde habría de discurrir la procesión, con sus cuatro vistosos altares en las respectivas esquinas y cargados los atravesados rollizos de cuanto Flora y Fauna producen en la tierra.

Era tal la aglomeración de gente, que rebosando de la iglesia formaba apretadas colas en la puerta mayor y en las laterales hasta el atrio.

Las cuatro campanas que colgaban de la graciosa espadaña, anunciaron con repique aturdidor, que la procesión partía. Un negrazo, ya bastante cano y ligeramente encorvado, con lo que denunciaba el grueso haz de años que llevaba sobre los hombros, precedía agitando una vibrante nola y tratando de ordenar el desfile de la confusa multitud. Venía luego el Presidente del Ayuntamiento, llevando el guión de terciopelo guinda orlado en su borde inferior de campanillas de plata, cuyo era el mástil; a corta distancia, el Jefe Político con el desplegado estandarte galoneado de oro; y bajo el palio, llevado por los Regidores o Ediles, el Cura, de capa pluvial, llevando la Custodia. Entonaban el *Pange lingua* tres voces mal concertadas: chillona la del muchacho que hacía de tenor, nasal la del barítono, y bronca de becero la del bajo, con acompañamiento de dos mal rascados violines; un clarinete cuyas notas agudas despedazaban el timpano, y un violón que roncaba como enjambre de moscones. ¡Cómo se echaba de menos al Cura Fuentes y a su Vicario el Padre Reyes! Aquellos eran artistas.

Si este recuerdo vino a todos, a nadie con más intensidad y ternura que a dos de los que a la procesión asistían: Rosa'lba del Riego, la una; Antón Pérez, el otro. Aquélla, rememoraba las cariñosas reconvencciones del Padre Reyes dado en cuerpo y alma al ensayo de los himnos religiosos para la inmediata fiesta, en que ella tomaba parte de soprano ligera, ora orquestando como empeñoso compositor, ora consonando las voces y corrigiendo desafinaduras; éste, poseído de la emoción de su agradecimiento inextinguible por quienes con tanta solicitud de tanto bien le colmaran.

Rosalba iba mal allí. Iba distraído la devoción de los fieles embargados por su extraordinaria belleza, que bella era a no decir más. Sus discípulas se decían con un asombro en que vibraba la envidia: "¡si parece mentira que esta sea la Pelona!".

En su desarrollo, había adquirido una talla más que mediana. Los bordes de la mantilla negra hacían resaltar las bandas de cabello castaño claro que le caían a uno y otro lado de las sienes. Blanca la tez, con un ligero tinte anaranjado; el óvalo perfecto, la frente breve, y en arco como el de los modelos griegos; aquellos sus ojos grises eran ahora de color de acero bruñido y parecían dormir con vaga somnolencia bajo las alas de las sedosas, largas y dobladas pestañas; las cejas finas y bien sepa-

ANTÓN PÉREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

radas, se abrían en arcos escarzanos, y cual si quisieran huir de la curvatura; la nariz recta y delgada caíale perpendicularmente sobre la foseta del labio superior; la boca se le había agrandado, y el labio inferior héchose un tanto pulposo, a modo de sección de pétalo de rosa; y cierto levantamiento de la comisura izquierda, imprimíale una como sonrisilla despectiva. Para que aquel rostro fuera de belleza irreprochable, habríase deseado que la barba hubiera sido algo más carnosa y más redondeada. La admirable cabeza se erguía sobre un cuello mórbido y fino, y para compararla con la de un querubín de Murillo, sólo se echaba de menos cierto tinte de misticismo.

Viola Antón y se quedó absorto y aielado. ¿Aquella era Rosalba? ¿Era aquella la muchacha prendada de él y a quien se había esquivado y de cuya inclinación aun se había avergonzado? Parecíale imposible, y sin embargo, ella misma era: de despreciable gusano, ahora transfigurada en hechicera mariposa.

Mientras a Antón y a tantos más faltaban ojos con qué embelesarse en la divina Rosalba, a la tía de ésta, Doña Socorro Castrejón de Castilla, que la iba acompañando, faltábanle para devorar al muchacho Antón Pérez, tal así lo encontraba seductor. Y con efecto, guapo estaba el chico. Cumplía veintiún años. Alto y flexible, sus movimientos estaban dotados de gracia viril. La morena tez, encendida por la temperatura de treinta y cinco centígrados, emitía reflejos cobrizos, que le comunicaban viva animación; los ojos negros y ligeramente velados por los párpados, como si experimentaran alguna fatiga, daban a su mirada una languidez dulce y apasionada; el tenue bigotito que sombreaba el labio superior servía para hacer resaltar la húmeda grana de su boca. Al desarrollarse, nada había cambiado del adolescente que ya conocíamos: Antón Pérez se había hecho hombre sin detrimento alguno, antes aumentado su nativo bien parecer por el completo desenvolvimiento de su físico, en que radiaba la luz simpática de una inteligencia superior.

Doña Socorro Castrejón de Castilla, rayana en los cuarenta, llevaba impreso en toda su figura el sello del otro sexo. Su genio dominante acedado por su condición de machorra, había alejado de ella, no se sabía a dónde, al marido, oficial superior del antiguo ejército, con el que, fuera de la devoción al régimen colonial, nada tenía de común. Respetada de todos, no tan sólo por su origen aristocrático, que más que todo por sus hábitos varoniles, que llegaba hasta a gastar bota fuerte y revólver al cinto cuando viajaba, estaba engreída con el acatamiento que de su persona había sabido imponer. De la fortuna de la familia, que fuera crecida y con buena tropa de esclavos, quedaban los despojos, consistentes en la casa solariega y en La Ermita, propiedad rústica cacahotera, ya no muy boyante a causa del envejecimiento de la arboleda, mal repuesta y no mejor atendida.

Tal era la mujer a quien tan vivamente había impresionado la figura de Antón.

En cuanto a éste, un ojo conocedor habría descubierto a la mañana siguiente, al ver el desorden de su modesto lecho, que había dormido

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

mal. Pues si que había pasado una noche agitada, casi calenturienta, fija en el magin la seductora imagen de Rosalba del Riego.

El filtro de Circe discurría ya por las juveniles venas del muchacho, que con serlo, acrecía la intensidad del veneno. Desde aquella pesada noche, ya no hubo tranquilidad para él, ni tuvo ya más idea que la de alcanzar la posesión de Rosalba, ni más regocijo que el de absorberse en la contemplación de la que le abría un periodo indefinido de torturas, que no por serlo carecían de inexplicable encanto.

Rosalba se sintió objeto de los halagos más envanecedores. No hubo cabeza de familia que no deseara tributarle homenajes de afecto, al punto que el mismísimo Don Jaime Calvario, jefe de la casa que mayores puntos calzara en la Villa, se empeñara en festejar a la hechicera muchacha.

Aparte de las naturales gracias que el cielo había prodigado en aquella su criatura, otras tenía adquiridas, y de hacerlas lucir trató el inofensivo admirador de ellas, Don Jaime, que en su condición de hombre casado y de edad provecta, sólo procedía a impulsos de su nativo entusiasmo por lo bello.

La flor y nata de la Villa fué convidada a la fiesta, sin que haya para qué consignar que Doña Socorro, por obligado miramiento a su alcurnia y por su calidad de tía de Rosalba, figuraba entre el escogido número; como no hay para qué agregar que no contaba en él el humilísimo Antón.

Sabiase que la festejada era diestra en el tañer de la vihuela, único instrumento de música que por entonces fuera dado cultivar a las tabasqueñas; que en cuanto a piano, los que en la Capital había, podían contarse con una sólo pasada de los dedos de la mano, y eso, tenidos por las familias de más enjundia como lujosa prenda de adorno, que no como objeto de arte práctico.

La gente no invitada a la fiesta bullía bajo la portalería de la casa, y allí Antón, que no perdonaba conyuntura de embelesarse en la contemplación de Rosalba. Acertó a descubrirlo Doña Socorro, siempre avizora por el mancebo, cuchicheó al oído de Don Jaime, y éste salió en seguida a introducirlo, para lo cual tuvo que asirlo de un brazo, pues el joven se excusaba y resistía a entrar. Todo encogido y emocionado, como quien se encuentra fuera de su centro, se escurrió y se fué a sentar en un rincón, no sin que antes recibiera la caricia de una mirada prolongada y sonriente de su protectora.

Don Jaime en persona tomó de sobre una mesa una quillarra y fué a colocarla en manos de Rosalba, rogándole, con los más expresivos encomios y empeños, les hiciera la gracia de tañerla. No se hizo ella de rogar: la registró, la afinó, y con la seguridad que inspira la conciencia del saber, se puso a ejecutar *La plegaria de una Virgen*. La tierna melodía iba brotando de sus dedos en vibraciones de cristal con matices del sentimiento más puro y hondo, que los oídos recogían avaros, medidos en el éxtasis por aquella armonía jamás escuchada, y aun hubo ojos que tradujeran en lágrimas el dulce embargo de los sentidos.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Un suave rumorcillo de voces formado por estas exclamaciones: ¡Bien! ¡Divino! ¡Precioso! siguió a la ejecución de la pieza, y antes de que Rosalba cambiara de actitud, ahí de Doña Socorro, que acercándosele, echándole un brazo sobre los hombros, y dando a sus palabras la inflexión más melosa que podía comunicarles, la dijo:

—¡Muy bien! ¡Divinisimo, linda mía! Ahora es necesario que te oigamos, que celebremos una nueva gracia tuya. Punteas la guitarra a maravilla, pero cantas mejor, cantas como un pájaro enamorado. Vaya, cántanos algo, lo que quieras, que cantado por ti hasta la Tapatía va a sabernos a turrón.

Todos apoyaron:

—¡Sí! ¡Sí! ¡que cante!

Y Rosalba, sin hacer melindres, con la misma llaneza con que se había prestado a tocar, se dispuso al canto. Recogióse un punto, alzó ligeramente los ojos en actitud de recordar; de nuevo recorrió las cuerdas, las afinó, asentó la vihuela sobre las piernas de modo que el tórax le quedara más libre, ensayó un registro en sol bemol, y con voz de áureo timbre cantó así:

¡Oh encanto poderoso,
que encadenada llevas
el alma, y los sentidos
suspendes y enajenas!

Sin ti me son las horas
siglos de amarga pena,
y a tu lado los días
instantes son que vuelan.

¡Oh, tú, que hechizo tanto
en tu beldad encierras,
permite que en tí absorto
extático me embeba!

Tú que el secreto guardas
de mi ventura eterna,
del culto que te rindo
no esquives, no, la ofrenda.

Si no antes compasiva
acoge mis ternezas,
mientras tu dulce boca
mi amante boca sella

El pacto que temblando
mi alma y la tuya hicieran.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Vieja era la canción y de todos conocida, como que letra y música eran obra de un ingenio comburgués; mas había sonado al auditorio con gracia tan ingenua, con tal acento de apasionada ternura, con tan íntima expresión de sentimiento, que por nueva la tuvo, y como original le tributó aplauso estrepitoso.

No sabía Doña Socorro todo el inmenso bien que estaba procurando a su protegido Antón. Para sí, lo había hecho introducir a aquel círculo en que el muchacho no cabía, y nada de él era para ella, todo absorbido y deslumbrado por el fulgor de Rosalba. Allá, desde su rinconcito había vibrado con las vibraciones de la vihuela pulsada por la que ya era dueña absoluta de todas sus potencias. No había oído con el sentido, la música había resonado en las profundidades de su conciencia, de la cual las notas surgían como embriagadores hálitos de seducción. Y cuando Rosalba cantó el sencillo romance, aquello le pareció que no cabía en lo concebible; el suspiro cobraba vida y volaba, palpitaba el beso en la vibración de las cuerdas, corporizábase el sentimiento en las ondas sonoras, y todo venía a ser como revelación de un mundo no soñado hasta ahí.

Cuando Rosalba concluyó su canción, se levantó y fué a depositar la guitarra sobre el mueble de que había sido tomada, con aire tal de majestad, que aunque todos anhelaran seguirla oyendo, nadie se atrevió a formular su deseo.

En esto, de un grupo formado en la pieza hita a la sala de la reunión, surgió una voz, casi un grito, exclamando:

—¡La Bamba! Ahora la Bamba, Doña Socorro!

Y a una, damas y señores repitieron:

—¡La Bamba, Doña Socorro!

Ella, que no repugnaba aquella ocasión de lucir sus gracias, se puso de pie, y paseando, con rostro sonriente, una mirada por el concurso, como diciendo, estoy pronta, interrogó:

—¿Sin música?

Al punto respondióle la pequeña orquesta preparada por Don Jaime para amenizar la fiesta, rompiendo a tocar la danza consabida.

Doña Socorro no esperó más. Lanzóse en medio de la sala, y sobre el pavimento de bruñido mármol, sus diminutos pies, ágiles como alas de golondrina, fueron describiendo complicadas figuras de loca geometría, en las que tomaba el cuerpo posturas y balances inverosímiles. Quince y raya había dado a la más diestra congüeña, si por émula la hubiera tomado en aquel baile africano, y en tanto que así bailaba, declaraban sus admiradores que en la vida había estado la dama más afortunada en la ejecución de su danza favorita, atribuyendo aquel su empeño en sobrepujarse, a la gran complacencia que le causaba el homenaje rendido a su incomparable sobrina.

Jadeante y sudorosa puso término al baile con una brusca parada en firme; bañó con una mirada de triunfo y satisfacción a Antón que boquiabierto había ido siguiendo los vertiginosos giros de la danzante, y en medio de atronadores vivas y aplausos, se cobró garbosa a su asiento.

ANTON PEREZ — MANJEL SANCHEZ MARMOL

Advirtió en aquel momento que el muchacho se había puestó en pie, como en actitud de partir. Fuése a él directamente franca y casi des-cocada, y con su habitual voz de imperio y de rápida articulación, le dijo:

—Antoncito, no te vayas; se va a bailar, y he de bailar contigo.

—Señora, —contestó el joven, todo encogido y turbado,— no sé bailar bien. . . . y no puedo quedarme más tiempo. Tengo qué ir a mis ocupaciones.

—¿Y qué ocupación puedes tener a esta hora?

—Los libros del señor Ajágan, señora.

—Eso lo atenderás mañana.

—Es hombre muy ordenado. Si no fuera yo ahora, se disgustaría.

—Que se enoje ese viejo. . . . ¿qué le hace?

—Es mi protector, y no debo enojarlo.

—¡Vaya, que sea! Andate con tu Ajágan, tonto. Y ¿qué te ha pa-recido esto?

—Como en la gloria. ¡Qué voz más celestial la de Rosalba! . . .

—Y ¿nada más? . . .

—¡Ah! sí. Antes no sabía yo que la guitarra tuviera tanta música.

Algo corrida se sintió Doña Socorro al ver que el elogio que ella provocaba para sí, no parecía, y que la sobrina se lo llevaba solo. Se dominó, diciéndose para sus adentros: este chico está todavía muy tonto. Hay qué despabilarlo. Luego, en voz alta, le dijo:

—Bueno, pues que no quieres quedarte, sabe que me intereso por tu suerte. Te espero mañana en casa.

—Allá iré, señora, —contestó Antón respetuosamente. Y deslizán-dose con timidez por entre los concurrentes, dirigió una furtiva mirada a Rosalba, y se marchó a sus ocupaciones en el humilde escritorio de la tienda de Ajágan.

Aquella noche no podía coordinar guarismos: sumas y restas le salían mal, se le enrevesaba todo, y siete por seis le daba cuarenta y ocho, y cinco no le cabía entre tres. Así andaba su cabeza hecha un torbellino.

No durmió bien. Ocupó la mañana en sus acostumbradas faenas, y al medio día, mecida el alma en vagas esperanzas lisonjeras, fué a cumplir la promesa hecha a Doña Socorro.

Era esperado. Acogiólo la señora con las muestras más expresivas de cariño, y hécholo sentar, le habló así:

—Te llamo para tu bien. Eres pobre, y quiero ayudarte. No me tengas vergüenza. Abrete con franqueza. ¿Cuáles son tus recursos para vivir? Mira que no te andes con puntillos.

Antón bajó los ojos, se puso a dar vueltas al sombrero entre sus manos, hasta que la señora tornó a animarlo.

—Anda, no seas corto. Habla, niño.

—Pues, señora, —contestó el mancebo con acento premioso— no puedo decir ahora que esté mal, me gano ya mis veinticinco pesos al mes.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—¿Y quién te los paga?

—Quiénes, querrá Usted decir, —continuó Antón con alguna mayor franqueza,— pues Don Ascencio Ajágan me da diez pesos porque vaya yo un rato cada noche a hacer los asientos de sus libros y despacharle una que otra carta; cinco me paga el Maestro Collado por la clase de Aritmética que doy en la Escuela Pública; otros cinco el Receptor de Rentas, que apenas sabe firmar, porque le arregle yo sus cuentas cada fin de mes, y otros cinco más el Tesorero Municipal por hacerle cosa semejante.

—No está mal. Sólo que es una miseria lo que te pagan Collado y el Receptor.

—Tal vez el segundo sí; no el primero, que apenas tiene veinticinco de sueldo. Tanto como yo gano.

—Pues nada; le dices adiós al Maestro Collado y a Ajágan y al Receptor y al Tesorero Municipal, y te vienes conmigo. La Ermita está pésimamente atendida, los mayordomos se suceden, y todos me roban. Conque te vas a La Ermita de Administrador con casa y mesa y caballos para tu uso, y criados que te sirvan; es decir, como amo, porque tú mandarás allí. Te correrán los mismos veinticinco pesos que ahora ganas para tus otras atenciones, y, además, de las utilidades anuales un quince por ciento. Ya ves no es moco de pavo lo que te ofrezco.

—No, señora, antes es excesivo, lo reconozco, sólo que no puedo aceptar.

—¿Y por qué no? —repuso Doña Socorro, vivamente contrariada.

—Porque no he de abandonar a mis buenas tías.

—Si no se trata de tal cosa. La Ermita está a tres leguas de aquí. ¡Un soplo! Te vienes los sábados en la tarde a estarte con ellas, te pasas el domingo, y el lunes a tus faenas. En último caso, si no se conforman, te las llevas a la finca.

—Ellas no están hechas a la vida del campo; pero, al fin, por mi bien, harían el sacrificio. Otro inconveniente hay, insuperable.

—¿Cuál?

—Que yo no entiendo nada de cosas rústicas, y el que gobierna ha de saber lo que manda. Yo no sabría por dónde empezar; aquello no tendría pies ni cabeza, y nada ganaría Usted con su infeliz administrador.

—Eso que gane o no gane yo, no te importa; no es tu asunto. Que no sabes de campo, pues yo te enseño, y como no eres lerdo, en dos meses quedarás más ducho que el mismísimo San Isidro. ¿Cuándo quieres que nos vayamos, anda?

—Pues señora, mucho lo siento. Creo que no he de ir. No me llama la agricultura. Los pocos estudios que tengo hechos, no van por ahí.

—¡Ah! tiras a letrado, a alto funcionario público. . . —replicó con marcado tono burlesco Doña Socorro.

—No me haga burla, señora; bien sé que no sentaré plaza de General ni de Magistrado. Franqueza me pidió Usted y con franqueza le manifiesto que tengo mis aspiracioncillas.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Pero bueno, ¿y eso qué obstáculo es? Mejor que mejor. Vas teniendo tu posicioncita, vas haciendo tus ahorritos, te vas poniendo en contacto con la gente de valer, y de La Ermita sales a ser Regidor o cosa mayor. Bien sabes que de las haciendas salen los Alcaldes y hasta los Jefes Politicos; ¿quién quita?

—Es que, señora; hablándole en plata, el campo no me atrae ni pizca.

—¡Hum!... Tú no me dices la verdad; al menos me estás ocultando algo... algo... que es la causa cierta de tu negativa.

Antón guardó silencio. La señora le urgió.

—¿Por qué no eres franco conmigo, que tanto te quiero?

—Es que... —balbuceó timidamente.— La verdad es que ahora menos que nunca quiero apartarme de mi pueblo.

—Vamos, vamos, dilo todo, —instó la dama, picada de curiosidad al vivo.— ¿A que tienes ya tu novia?

—¿Novia?... no; ya yo quisiera...

—Pues entonces ¿qué?

—Digo que no es mi novia... Tal vez...

—Acaba, hombre, ¡Jesús! ¿Tal vez qué?...

—Que pudiera llegar a ser...

—¿Y quién es la muchacha? ¿La conozco?

—Y mucho.

Doña Socorro, mientras Antón callaba, se puso a pensar en el acertijo, y al cabo de unos instantes declaró:

—Pues no caigo, niño. A ver, dame alguna seña más clara.

—Es sangre de Usted.

La señora repasó en el magín a quién pudiera Antón aludir, y no atinaba de luego qué persona de su sangre podía ser esa a quien se atreva el obscuro y desvalido muchacho. De súbito, como un relámpago, vinole el recuerdo de las palabras que había pronunciado cuando lo invitaba a que se quedara en la reunión; pero era la cosa tan descomunal, tan descabellada, que no osó descerrajar el nombre, sino que por medio indirecto quiso asegurarse de que no iba despistada.

—¿Estuvo en la reunión de anoche? —preguntó.

Antón asintió con un movimiento de cabeza. La señora se quedó azorada; la cara se le alargó, se le redondearon los ojos, entreabriósele la boca, y exclamó:

—¡Rosalba!... Pero ¿estás loco?

Antón se sintió aturdido. Parecióle que el suelo le faltaba y que era levantado en vilo. ¡Conque estaba loco!....

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Doña Socorro vió esta emoción del muchacho. algo semejante a la compasión, movió su alma, y segura de que a la postre aquel delirio insensato se desvanecería, le dijo:

—¡Pobrecito! Ya te curarás. Conque ya sabes, cuando quieras aceptar lo que te he propuesto, aquí estoy. Piénsalo bien. Deseo tu bien, y nada más.

Antón, todo corrido, apenas pudo murmurar un "gracias, señora", se levantó medio tembloroso, y se fué muy cabizbajo.

Doña Socorro se quedó pensando: "Habrás visto. . . . pues —cuidado que el chico pica alto. . . . Aspirar a Rosalba. . . . Tiene gracia! ¿Qué se ha figurado?. . . . Decididamente está loco".

En aquel punto desconocía la filosofía de que el corazón no razona.

CAPITULO VII

EL "REGALO"

EL barrio de Cuculteupa bullia de animación, como que los vecinos se preparaban a celebrar a su Santo Patrón, el Apóstol San Pedro. En la casa de la fiesta, inmediata a la Iglesia, todo era alboroto y repiqueteo de **metates**, que no descansaban un punto en la tarea de moler el **pinol**, la masa para los tamales y el cacao destinado al **atolpurillo**.

Eran hasta veinte las mujeres que se empleaban en aquella faena. mas habria podido tomárselas por un concurso de locas: tal era la bar-bulla que traian.

En cuanto a los asuntos que campeaban en su desordenado ha-bloteo y a los vocablos de que hacian uso, no eran, por cierto, para edifi-car a alma cristiana, y la honestidad menos ruborosa habriase sentido exhausta de sonrojos. Aqui una pulla, allá una alusión preñada de mali-cia, o ya un porvida calzonudo o una interjección malsonante proferida a todo gazzate. Vino a poner término a aquella baraúnda el estrepitoso ruido de una tamborada que acompañada de agudos pitidos iba acer-cándose.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

¡El Regalo! ¡El Regalo! exclamaron algunas voces y todas se echaron fuera para ver llegar al numeroso cortejo, que precedido de media docena de tambores de varios tamaños y concertado sonido, y de tres pifanos de carrizo a diferente tono, se encaminaba en derechura de la iglesia.

Era el **Regalo** que por tradicional costumbre el barrio de Santiago Zimatán ofrecía al Santo Patrono de los cuculteupas, que dos veces por año se correspondían, a ocasión de las fiestas de sus respectivos Santos Patronos. Los santiagueños pagaban el tributo de amistosa cortesía el 28 de Julio y el 7 de Diciembre, visperas de San Pedro y de la Inmaculada Concepción; pagábanlo por su parte los cuculteupas el 1o. de Febrero y 24 de Julio, visperas de la Candelaria y del Apóstol Santiago. Esta tradición de reciproca reverencia a los Santos principales de los dos barrios, se remontaba a lejana data. Santiagueños y cuculteupas vivían a la greña desde la época en que la nueva Cunduacán vino asentarse entre los dos pueblos de indígenas, la inquina de los cuales se acentuaba a tiempo de sus mayores fiestas religiosas que unos y otros se empeñaban en turbar para que quedaran desairadas. Así vivieron por muchos años, hasta que un cura, poseído de espíritu apostólico, logró poner paz entre ambos pueblos, que andando el tiempo llegaron a quedar incorporados a la villa como sus barrios extremos, y ya nunca se alteró su amistad, renovada y fortalecida por el mutuo obsequio que en la forma que va dicha se ofrecían.

Algo de pagano y primitivo tenía el **Regalo**. Consistía en ofrendas de flores, frutos y pequeños animales, que colgando de unas hasta diez varas forradas de hojas resistentes, y lustrosas de una variedad de musaca, eran portadas en hombros, un conductor a cada extremidad. Esta **enrama**, como la nombran los hijos de aquella tierra, marchaba precedida de la banda de tambores y pifanos, y al centro iba, grave y solemne, el primer Mayordomo del barrio, llevando el estandarte de su iglesia, el cual era de terciopelo guinda, galoneadas de plata las orillas y con remate de cruz del mismo metal.

Al acercarse el **Regalo** al templo, una comisión de Mayordomos de ambos sexos, presididos por el de primer voto, salieron a la puerta de la iglesia a recibirlo. Para aquel acto, Mayordomos y Mayordomas habían sacado al sol sus mejores arreos. El porta-estandarte de Santiago, indio puro, vestía bragas de pana carmelita, ceñidas con banda verde de estameña, camisa de listado con volantes en la pechera, sin calzas, cubierta la mollera con fino sombrero atasteco. El primer Mayordomo de Cuculteupa, un hermoso mestizo, si ya con buena carga de años, que no parecía fatigarle, tal era de erguido, vestía camisa blanca con pechera abullonada, botanadura de oro, sostenida con doble cadenita de eslabones, pantalones blancos, bien largos y holgados, tan largos, que sólo dejaban ver la punta de los zapatos de marroquín amarillo; la Mayordoma, tercera mujer de aquel maridazo, moza guapa, si las hubo, morena color de canela, de jeme tentador, gastaba camisa bordada de seda negra, cuya

profunda escotadura hubiera permitido admirar el nacimiento de sus abultados senos, a no recatarle el pecho pañoleta de seda azul con fleco encarnado sobre el que caía prendida al cuello con doble vuelta, una cadena salomónica de oro puro, de la que pendía un gran relicario del propio metal; enormes aretes chinescos oscilaban colgados de los lóbulos hasta rozar los hombros; sobresalía por detrás de la cabeza una gran peineta de carey cachiruleada de oro, con tres rosetones de filigrana en que se engastaban, amarillento topacio el del centro, y ensangrentados granates los de cada un lado. Las faldas de muselina, con vistosas ramazones, no subían más arriba de los tobillos, lo que permitía admirar dos piescillos como almendras, metidos, para mejor enseñados, en medias de seda caladas, color de carne y zapatillas de raso rosado.

Al llegar la procesión frente a la iglesia, a la hora en que las campanas se desgañitaban de gozo, hizose a un lado la banda, abriéronse en dos los porteadores de la **enrama**, y el porta-estandarte se adelantó majestuoso hacia el grupo de los Mayordomos cuculteupas, de los que, a su vez, salieron al encuentro los dos principales: el santiaguero les hizo una caravana, e inclinando el estandarte, dióles a besar la cruz. Cambiáronse otra nueva caravana, y cumplido este ritual, el **Regalo** penetró en el templo, que por todas partes se veía ya decorado de flores, palmas, ramas olorosas, frutos y pequeños animales, procediendo los mismos oferentes a afianzar las varas en las vigas.

El vecindario despertó al estruendo de las cámaras que, al apuntar el alba del día de San Pedro, atronaba el espacio, primer anuncio de la fiesta a lo que llaman en la tierra "romper el nombre". A las ocho las campanas de la enhiesta espadaña anunciaban con jubiloso repique acompañado de camarazos, la primera llamada a la Misa Mayor, que había de entrar a las nueve.

Sólo un habitante de la villa había despertado aquel día antes del alba: Antón Pérez, a quien desde el anterior la idea de que al siguiente tendría ocasión de ver a Rosalba, le traía mareada la cabeza. Tomó su baño cuando aun el Sol no apuntaba, más que por obligado aseo, en aquel Junio que derretía los ladrillos, como acto de purificación para presentarse digno y decoroso a las miradas de la excelsa mujer que embargaba todas sus facultades. Vistió lo mejorcito de su no abundante equipo: botinas de charol, pantalón claro de casimir francés, ceñido con banda negra de burato, cuyos flecos, no con mal arte prendidos, caíanle de lado a lado de los cuadriles, camisa la más blanca y mejor planchada de la cómoda, corbata azul celeste con puntas blancas, al cuello; encima, ligera americana de luciente alpaca negra, y así emperifollado, cubierta la cabeza con un fieltro color de ceniza, un tanto arriscado, ansioso de anticiparse a la llegada de Rosalba, se dirigió a la iglesia de Cuculteupa, cuando nuevos disparos le anunciaban el segundo repique.

No era Antón el primero en acudir al templo, que ya le precedía buen número de devotas, solícitas de ganar el mejor lugar.

Llegó a la puerta el mozo, y hubiera determinado mantenerse allí a pie firme, sin que le hostigara el Sol, protegido como quedaba por la

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

sombra de la fachada, para poder percibir mejor en la ancha extensión que a manera de plaza se extiende entre la iglesia y la parroquia, la llegada de Rosalba; mas una consideración hizole mudar de idea: era seguro que al verla, la sangre toda iba a afluirle al corazón, iba a ponerse pálido, y quién sabe si hasta a temblar, y no quería ser objeto de burla de los que su turbación pudieran advertir. Así que, sin más vacilar, se entró en el santuario. Un fresco perfume de olores indefinibles embalsamaba el recinto, que aparte de la decoración de las paredes y de las vigas, veíase regado de flores de **guayapul** (*) y de hojas de albahaca. Se colocó en la suave penumbra que formaba una pilastra saliente embebida en el muro, y ahí esperó, encomendando su alma a Dios y pidiéndole le fuera propicio en aquella ocasión, que de toda la asistencia de Dios había menester para conjurar los desvios de la altiva Rosalba.

Pronto sonó, en campanas y disparos, la última llamada; fueron llegando al templo los más retrasados, y con ellos la gentilísima Rosalba, que radiaba con su propio efluvio: tal pareció a Antón, más que el altar cuajado de luces sobre el que se erguía la estatua del primado de la Iglesia de Cristo.

Y de verdad que la joven era un hechizo: mantilla negra a la española velaba su cabeza, no de tal modo que impidiera ver a través del punto la ubérrima cabellera de oro mate primorosamente tocada en crenchas que descendían en onda sobre las sienes, y se recogían en la nuca en abultadas trenzas. Vestía sencillísimo traje de muselina de la India, completamente cerrado, con ancha gorguera escarolada que imprimía a su rostro singular majestad, y dábale la apariencia de místico capullo entre cépalos blancos. La falda estaba formada de volantes sobrepuestos con vivos de terciopelo azul. Parecía la muchacha consciente de su alteza, pues avanzaba con lento y soberano andar, seguida de una criada de compañía, portadora de un escabelito de tijera con asiento de pasamanería. Al verla Antón se sintió desvanecido, y el corazón no le palpitaba en el pecho, sino en las sienes, olvidado hasta del deseo de contemplarla; tan honda y perturbadora fué la emoción que experimentara. Rosalba pasó sin fijarse en su desesperanzado adorador.

Un sordo ruido como de golpe de viento que arremolina hojas secas atrajo la atención de todos. Era Doña Socorro quien lo causaba con la agitación que su andar zarandeado imprimía a sus faldas inferiores, cargadas de almidón. Ella si percibió a Antón, a quien disparó sonriente una mirada de codicia, y fué a situarse del lado opuesto al que él había escogido, de modo de poder mirarlo de soslayo, a voluntad.

Rosalba quedaba de espaldas a Antón, lo cual no tomó a daño, pues así podía absorberse en la muda contemplación del ser idolatrado, sin miedo de provocar su enojo o su desvío.

Para el que espera, la religión es aliento y fortaleza, y si espera por el amor, es purificación bienhechora del sentimiento que lo embarga en celestial arrobó.

(*) Nombre del racimo de flores de la palmera vulgarmente llamada corozo.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Con mística devoción asistió Antón a aquella misa, en que pudo echar de menos la presencia de los Padres, sus protectores, que sabían dar interés artístico a las solemnidades religiosas.

Al concluir la función, los asistentes se apresuraron a dejar el templo, menos Antón y Doña Socorro; aquel para saborear la dicha de ver pasar a Rosalba, la otra para engolosinarse con la contemplación del guapo mozo. Bien pronto comprendió que lo que lo retenía era la presencia de Rosalba, su encantadora sobrina, a quien ella en verdad no encontraba tan hechicera como a los ojos de Antón parecía, y sintió envidia, no de la belleza de su sobrina, sino de su juvenil frescura, que a gozarla, ya habría podido darla quince y raya de momio, en la competencia.

Rosalba se puso en pie, avanzó con la misma majestad con que entrara, y pudo entonces fijarse en Antón, a quien sólo dispensó una mirada de relámpago, que descarga eléctrica fué para él; tal se sintió sacudido en todo su organismo. El pobre no tuvo por qué regocijarse, que verlo Rosalba y acentuarse en su boca la mueca despreciativa que le era característica, fué todo uno. Había pasado sin advertir la presencia de Doña Socorro, quien se encargó de hacérsela notar llamándola en alta voz:

—Hola Rosita, aguárdame.

Detúvose la moza, y juntas se encaminaron a la puerta de la Iglesia, Doña Socorro volviendo la vista a cada instante hacia Antón, que todo alelado y como clavado en el suelo, no apartaba los ojos de Rosalba.

En llegando a la puerta hicieron alto, atraídas por la danza religiosa llamada **El Gigante**, que ejecutaban diez cuculteupanos en anacrónico traje del siglo XV, y cubiertos con feas máscaras de lengua cabellera, con excepción del mozo que hacía de David. La danza quería representar la lucha del pastorcillo con el gigante filisteo, que se desenlaza con la victoria del betlemita, quien al lograr derribar de una pedrada al formidable atleta, quitale la poderosa espada, le corta con ella la cabeza, la fija en la punta y la pasea triunfante, farsa a que la gente del pueblo y los muchachos mostraban entusiasta afición.

Detuviéronse tia y sobrina a ver el espectáculo, lo que determinó a Antón a salir de su tímida indecisión y procuró acercarse a Rosalba cuanto le fuera posible; mas fué desgraciado en su intento, que apenas advertida por ella la proximidad de Antón, hizo un movimiento de contrariedad y volviéndose a su tia, que al revés de ella se comía con los ojos al simpático mancebo, dijole con marcada impaciencia:

—¡Ea! vámonos, tia Socorro; esto no es para gente seria.

—Pero, hija, —contestóle,— si esto es muy divertido, y además, es un pasaje de la Historia Sagrada. . .

—Pues será; —repuso alzando la voz como quien quiere ser oído por otro que aquel con quien se habla,— pero hay impertinencias que no se pueden aguantar. Si a Usted le gustan, quédese, tiita. Vámonos, Chala, —agregó dirigiéndose a su criada de compañía.

—Vaya, chiquilla, que si eres voluntariosa. . . Vámonos, vámonos.

Y todavía lanzó una mirada de fuego sobre el apuesto Antón.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Viólas este partir, corrido de vergüenza.

En el camino Doña Socorro se quejó a Rosalba de que sólo de tarde en tarde la viera y se empeñó en que se quedara a pasarse con ella aquel día; Rosalba se excusó, ofreciéndole que la complacería otra vez; mas como la tía insistiera hubieron de convenir en que al siguiente había de venir a comer en su compañía. Dejó a Doña Socorro a la puerta de su casa, y se dirigió a la propia, no poco desagradada de la obstinación de ese Antón Pérez en hostigarla, persiguiéndola por todas partes, cuando ella, muy lejos de alentarlo, habiale dado señaladas muestras de desprecio.

CAPITULO VIII

TORMENTO

MUY temprano mandó Doña Socorro a recordar a Rosalba su promesa, y obtenido el permiso materno, allá se fué antes de que el Sol de canícula cayera a plomo sobre las desiertas banquetas de la vieja Villa.

—¡Vaya, —dijole la tia estrechándola con efusión;— loado sea Dios que quisiste complacerme!

—Y cómo no, tia, cuando tanto la quiero.

—Picarilla: te me escondes para no contarme de tus cosas, tus secretillos; porque secretillos hemos de tener: a mi, a tu tia que tanto podría ayudarte.

—Pero si ni pizca de secretillos hay aquí; —replicó, llevándose la diestra al corazón.

—Cómo no ha de haberlos. . . De pronto, lo del Antoncillo que como se ve tiene por ti perdida la chaveta.

Hizo Rosalba una mueca de repugnancia, y con visible enojo, repuso:

—¿Y por qué me ofende, tia? ¿Cómo puede Usted figurarse que yo ponga asunto en ese? Me parece que no oculté ayer, cuando salimos de la iglesia, el desagrado que me causa que el canallita se ande fijando en mí. . . .

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—No te enojas, hija. Si yo no digo que tú lo quieras, ¡qué había de figurármelol Si te lo menté es por ver por dónde me salías.

—No, tía, pues por ahí no me da Usted cuerda. Ni por ahí, ni por ninguna parte.

—Pero no me vas a negar que el pardito está muerto por ti.

—Muerto, no lo sé; pero por mi que se muera o que viva, me tiene sin cuidado.

—¡Pues no es atrevido el bolonio! Cómo se ha imaginado...

—Debe estar loco, o tal vez engreido con sus triunfos de la escuela; pero yo no soy premio de Gramática. Allá con sus iguales.

—Así me gusta oírte. Así, sensata y digna. El hecho es que te anda bebiendo los humos; que apenas te ve, se conturba todo y palidece y pierde el modo de andar. Que está enamorado de ti hasta las cachas, ni qué dudar. Quien lo observara cuando te está mirando, lo tomaría por un idiota. Tal abre la boca y se le van los ojos y se le caen los brazos. Lo hubieras visto ayer, cuando te levantaste para salir... Yo estuve pendiente. ¡Hasta pensé que se iba a caer desmayado! ¡Qué aire de embovecido, Dios mío! El muy asno piensa que la miel se hizo para su boca... Nada, hija; cada oveja con su pareja. Pues friolera a lo que aspira...

Doña Socorro no se imaginaba cuán grande era el contento de que estaba inundando el corazón de Rosalba. Las palabras de la tía, que confirmaban su propia observación, la embriagaban de envanecimiento, aun cuando ningún interés real experimentara por el amor de Antón. Había un hombre que se moría por ella, y ese hombre no carecía de mérito, antes era celebrado por sus dotes intelectuales. ¿Cómo no sentirse halagada? Esta sensación le impidió reprimirse, y se soltó a decir:

—La verdad, tía, Antón Pérez vale mucho más que esos de la sangre azul. ¡Lástima que su origen sea tan bajo!... Para mi, no tiene más pero.

—¡Ea, malo, malo! Ya te está picando la vibora...

Al escuchar esta reflexión Rosalba se puso encendida como una pitahaya, y casi colérica, con precipitada voz, replicó:

—¿Pero qué se figura Usted? ¡Qué! ¿por bajo que sea ese muchacho no se le ha de hacer justicia? Por lo mismo que nada me importa él, no tengo para qué alzarlo ni rebajarlo. Si tiene talento, que lo luzca, que lo luzca dónde y con quién deba. Cada oveja con su pareja, dijo Usted, y a eso me atengo.

—Cálmate, niña; si no es para que te enojas. ¿No quieres que te cele? Entonces querrás que te quiera menos. Bien sé que por nada te avillanarias; eso, nunca. Para ti, los de tu esfera.

—Esos andan por aquí, tía, —observó la joven ya más calmada.

—¿Y cómo no?... Ahí están Paco Font y Santelices y Montañito, y quizás hasta Torcuato, que aunque de origen algo equivoco, está bien adinerado.

—¡Sí, brava gente esa!... El Paco Font, un infeliz papamoscas; Santelices, un engreido, enamorado de su hermosura, siempre recreándose al espejo, y cuando no, viéndose la sombra al andar.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Pues, y a Montañito ¿qué pero le pones?

—Mis desposorios con un renacuajo. Está bueno para sombrilla. Y no me pida Usted parecer del tal Torcuato, que ese, si se diera el milagro, se casaría con una onza de oro.

Tomó Doña Socorro entre sus manos la derecha de Rosalba, y acariciándosela con ligeros golpecitos, dijola sonriendo:

—¡Brava mi muchachita! Así te quería yo ver. Estamos de acuerdo: ni Paco Font por bobo; ni Montañito por chiquilicuatro; ni Santelices por Narciso; ni Torcuato por tacaño. Ninguno digno de ti. Ya vendrá, ya vendrá; por fortuna todavía estás pollita.

Antes del almuerzo llevóla al jardín, cuidado con esmero, donde cultivaba flores escogidas: ahí los jazmines del Cabo, las azucenas de la India, las panetelas de aristocrático perfume y los galanes; y de rosas, ni qué pedir: ahí las variedades más raras y nuevas: Paule Meironas, Francias, Bengalas, Patricios. En un tallo de esta especie meciase una rosa admirablemente desarrollada, de un rojo casi negro. Rosalba dió un grito de júbilo y sorpresa al verla columpiarse con coquetería, cual si quisiera lucir su encanto, y Doña Socorro, deseosa de colmar el gozo de la sobrina, se fué en derechura del rosál, cortó la rosa y la colocó galantemente en el tocado de la hechicera Rosalba, que si bella era de por sí, aquella rosa prendida en su cabello, acaso por el juego del rojo subido de la rosa con el oro mate de su cabellera, a los rayos del Sol, transfigurábanla en soñada creación de la fantasía.

Quedósela contemplando un breve instante, y cogiéndole entrambas manos el tentador palmito, estampó en la brevisima boca apasionado beso.

Pasado el almuerzo, tornó a hablarla del Antón Pérez, con estudiado menosprecio, visiblemente empeñada en afirmar el propósito de Rosalba de no hacerse nunca propicia a las descabelladas aspiraciones del infeliz muchacho.

Era la casa de Doña Socorro lugar de obligado tránsito, viniendo de Occidente, para ir al cuartel al cual hallábase muy próxima, y como después de la organización de la Guardia Nacional había siempre un corto retén encargado de la custodia de las armas y municiones allí depositadas, el Teniente Antón Pérez, a quien estaba encomendada la vigilancia, acudía a él con bastante frecuencia.

Ya bien caída la tarde de aquel día fué a inspeccionarlo y acertó a pasar frente a la consabida casa, justamente en los instantes en que Rosalba se despedía de su visita. El inesperado encuentro causó viva turbación en el ánimo del mancebo que hasta trastabilló al perder el andar, y llegó al Cuartel brincándole el corazón en la garganta, y se entró sin poder articular palabra ni aún contestar al Sargento de Guardia, al rendirle novedades. Estúvose así hasta un minuto, echándose luego fuera, más por un movimiento maquinal que voluntariamente, y pudo entonces ver cómo Rosalba, acompañada de una criada, se encaminaba en dirección de su hogar. Como una estatua mantúvose absorto contemplándola, hasta que desapareció al volver de una esquina.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Fuése del Cuartel como había llegado, y el resto de aquella tarde y toda la noche se le pasó en devaneos fronteros al delirio, clavada en su cerebro la imagen de aquel su idolatrado tormento. ¿Qué pensó durante las cansadas horas en que estuvo sumido en sus enfermizas cavilaciones? Vano hubiera sido preguntárselo; vano su esfuerzo por reconstruir el complicado e inextricable laberinto creado por su febricitante imaginación.

Aun no se recobraba del estado hiperestésico causado por el tormentoso desvelo, cuando recibía de manos de una criada y de parte de Doña Socorro, una diminuta esquila, cuya cubierta rasgó nerviosamente, y leyó:

"Querido Antoncito: Te espero esta tarde para comunicarte asunto de tu interés".

Era claro que la cita concernía a algo referente a Rosalba, y ya con esta idea fija fija no pensó más que en la llegada de la hora en que habría de presentarse en la casa de aquella benevolente señora, a cuyo llamamiento tenía qué mostrarse solícito, tanto por acatamiento a la categoría de la dama, cuanto por la ilusión de que, sin duda, iba a escuchar alguna palabra de esperanza que alentara sus delirios de enamorado sin ventura. El que espera sabe hallar en todo augurios favorables.

Y nada de eso había, por desgracia. Era que Doña Socorro, en el paroxismo de sus deseos, había resuelto echar el último albur, por ella compuesto con astucia de mujer.

Hasta allí todas las combinaciones que fraguaba para dar satisfacción a sus miras, habían sido sucesivamente desechadas, por arriesgada ésta, por demasiado cruda esotra, como que había de tenerse en cuenta la inexperiencia y timidez del muchacho.

Leía por entonces la buena señora, para inocente solaz, la divertida novela "Los amores del Caballero de Faublás", y tal lectura sugirióle la idea que ahora trataba de poner en ejecución, plenamente segura de satisfacer por ese medio los ardores que la abrasaban.

Acudió, pues, Antón a la cita: una criada, prevenida de que él se presentaría, entró a anunciarlo en la alcoba de la dama, en la que se había recluso, diciéndose indispueta; hizolo pasar, ajustando en seguida la puerta, para cumplir el encargo de la señora de que no se la turbara en la plática que iba a tener con la esperada visita.

De pronto, Antón que venía de la plena luz de un sol canicular, rojiza como de día de tempestad, nada pudo percibir:

—Acércate, Antón, —dijole la dama, esforzándose por dar a su voz hombruna la inflexión más melosa;— me siento algo indispueta, pero no he querido aplazar esta entrevista, por lo mucho que te va en ella.

—Gracias, señora, —balbuceó el joven, cuyas pupilas fueron gradualmente acomodándose al medio, y pudo ver ya distintamente el lugar a que había sido introducido.

La alcoba era espaciosa y el ambiente acusaba un suave perfume de jazmines, emanación de la mata cargada de flor que se enredaba en los barrotes de una ventana y casi del todo la cubría.

En el centro y pegada al muro erguiose un amplio lecho de jaspeada caoba, con pilares salomónicos que sustentaban la cornisa, de la que pendía pabellón de finísimo punto. Por la parte inferior corría lujoso rodapié a la aguja, y tendida, cubierta hasta el cuello con albisima sábana, yacía Doña Socorro, echado el cuerpo fuera del pabellón, apoyada la cabeza en abultados almohadones, que de suavísimo plumón debían de ser, según lo denunciaba la honda depresión que en ellos se advertía. El resto del mobiliario constituíalo una mesita de noche y sobre ella una palmatoria con bujía, y un libro, la novela que traía entretenidos los ocios de la dama, e hita, pegada al lecho, una silla que ninguna particularidad artística ostentaba. Frente a la cama alzábse un enorme guardarrropa, con luna en el centro.

Si el mobiliario era por demás sobrio y sencillo, la limpieza de la alcoba era irreprochable y dulcemente enervador el perfume de su atmósfera.

Acercóse Antón timidamente, y a la viva instancia de la Señora hubo de ocupar la silla que trató de retirar un tanto del lecho, lo que no consintió Doña Socorro, diciéndole:

—No; no apartes la silla, antes acércala más, más, así, muy pegadito, para que no pierdas ni un suspiro de las cosas íntimas que voy a comunicarte.

Antón obedeció, y en aquel punto percibió que un pie de Doña Socorro quedábale al descubierto. Aquella prenda de su cuerpo era una maravilla de arte: pequeño, sonrosado, profunda la combadura, alto de empeine y los dedos formados en ángulo agudo. Piececillo de adolescente, en una palabra, con exquisito primor modelado. A pesar de la llaneza e intimidad con que Antón fuera recibido, o tal vez por eso mismo, no salía de su encogimiento, que la dama trató de romper, por no cuadrar a sus miras situación semejante.

—¡Eal Antoncito, —dijole,— es preciso que me trates como a tu verdadera amiga, que te sientas aquí como en tu propia casa, que te confíes a mí como a persona que sólo de tu bien se ocupa y se preocupa.

Fué esto expresado con ingenuidad tal, y con tan insinuante entonación, que en efecto sintió el mancebo henchirsele el pecho y hasta suspiró con desembarazo y aliento, como a quien se quita un peso de encima.

—¡Ahl señora, —contestó.— Si, yo le agradezco en el alma cuanto hace por mí: y ¿cómo no agradecerlo, cuando nada he hecho para merecer sus favores?

—¿Y qué necesitas hacer? Yo te estimo, te quiero porque sí; porque siento placer en estimarte. Por eso me duele. . . .

Antón, ansioso de escuchar lo que iba a decir Doña Socorro, se inclinó instintivamente hacia ella, que prosiguió:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—Sí, me duele el daño que te está haciendo esa, la vanidosa de mi sobrina.

—¡Ay, señora, y qué daño tan atroz! Para sufrirlo yo.

—De todo tú tienes la culpa. Sin ser un bobo, papel de bobo y de boba de remate vienes haciendo.

—Qué quiere Usted, señora. Soy tonto de naturaleza.

—Tonto, no; bien sabes que no lo eres, menos en este caso en que como tal te estás portando.

—¿Y puedo hacer otra cosa?

—Y por una casquivana. . . .

—Sólo sé que es mi hechizo.

—Para tus ojos enfermos. ¿Por qué no has de ver claro? ¿Bonita? las hay mejores; ¿buena? no lo es; ¿inteligente? lo que hace contigo no lo prueba; ¿sencilla? la soberbia misma. Conque, ¿de qué estás prendado? Nada; que ya eres como todos los hombres. Van tras lo que se esquivo; y mientras más desdenados o más despreciados por una mujer, más locos por ella. Ustedes nacieron para la esclavitud.

—Esclavo soy, no por voluntad.

—Pero ¿no ves, muchacho, lo que hay de absurdo en tus empeños? No ves que a ella la emborrachan los humos aristocráticos, y que a ti te considera de clase inferior; que te tiene por gente. . . . vaya, por gente baja? —dijo de una vez, resueltamente, como quien dispara el tiro de gracia.

En efecto, aquel golpe le pegó a Antón en el alma. Su amor habiale hecho olvidar su condición.

No; él no podía ser digno de alzarse hasta la altura de Rosalba, y sin embargo, a ella se sentía atraído con irresistible atracción, como la molécula a la molécula congénere. La herida no podía ser ni más profunda ni más cruel. Una conmoción nerviosa sacudió todo su cuerpo. inclinó la cabeza a tamaña pesadumbre, y cubriéndose el rostro con ambas manos, murmuró casi sollozante:

—Sí, soy humilde; pero no canalla, —suspiró tristemente y luego agregó:— ¿Y ella ha dicho eso?

—¿Y habría yo de ser? Ella y muy ella, a quien la soberbia la trae por los elementos. Pero es necesario que eso no te importe; que tu dignidad herida te levante, y que sepas devolverle desprecio por desprecio.

—Si eso fuera posible. . . . —volvió a suspirar Antón.— Yo siento que no puedo vivir sino de la vida de ella; sin ella, sólo la muerte puede ser mi amparo.

—¡Jesús! y qué romántico te me pones. Tal parece que fuera de Rosalba no hay más mujer en el mundo.

—Y así lo es. Fuera de ella, para mi no hay otra mujer.

—Tonto y retonto. Por fortuna, ya se te pasará la fiebre. Ya los menosprecios de Rosalba te sabrán volver el juicio. Tengo una esperanza. . .

—¿Cuál? —interrogó el joven con ansiedad.

—¿Es ella tu primer amor?

—Nunca me interesé por otra.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Vaya; pues estás curado. El primer amor nunca cuaja, y bien visto, ni tal nombre merece. Es más bien un ensayo, que un sentimiento real. El primer amor se va como un humillo perfumado, cuyo recuerdo sirve luego para divertirnos. El verdadero amor no es propio de tu edad; viene más tarde; y ¡qué dicha si llega a encontrar satisfacción!... Es la gloria en la vida! —prosiguió entusiasmándose Doña Socorro,— ¡es la posesión del Paraíso! Quien lo alcanza, ya puede llamarse feliz. ¡Ah! muchacho, tú no entiendes de eso todavía. Si te confiaras a mí, yo te curaría del mal que estás sufriendo. . . .

—¡Ah! señora; si he de decir a Usted la verdad, gozo tanto en mis delirios por Rosalba, que acepto casi con regocijo las torturas que su desvío me impone, y si es enfermedad o locura, no quiero curar; no, señora; porque no sé cómo podría seguir viviendo al no pensar más en ella; en ella que es mi corazón, mi alma, mi vida toda.

—¡Tu vida! Vaya una vida que te está envenenando y desesperando. . . .

En aquel momento se dejó oír un trueno hondo y prolongado.

Antón se puso de pie, diciendo:

—Viene la lluvia. ¿Me permite Usted que me retire?

—No te lo permito, que te vas a mojar. Estas turbonadas vienen como huracán. Tras el trueno la lluvia; si no, ya verás. Aquí estás bajo de techo.

Efectivamente, en aquel instante brilló un relámpago deslumbrador, detonó el trueno horrisono, se comenzó a oír el traqueteo de la lluvia sobre el tejado, y reinó en la alcoba densa obscuridad. Antón se volvió a sentar a instancia de la dama, y a indicación de ella encendió la bujía.

—Mira, —le dijo;— por ahora, basta ya de Rosalba. Ya verás cómo componemos eso. Tú lees admirablemente. Toma ese libro con que me vengo distrayendo; ábrelo por donde está marcado, y vés a ver qué lectura más agradable.

Acató Antón la orden, abrió el libro por donde se hallaba la marca, y empezó a leer con su voz musical de baritono y con admirable corrección.

Ni siquiera sospechaba la existencia de libro semejante, y la primera idea que le vino fué de sorpresa de que Doña Socorro se ocupara en leer aquello, en que, según iba advirtiendo, la desenvoltura del estilo corría pareja con la liviandad del asunto.

Y era natural que tal pensara el inexperto joven, pues su lectura había dado principio por el pasaje en que el Baroncito, disfrazado de la señorita Brumont, revela a la señora de Lignolle, en la intimidad de su alcoba, a la hora que se siente más enojada contra su insolítico marido, que no es una señorita sino un hombre, en el sentido más fisiológico y completo.

Como a medida que avanzaba la lectura lo escabroso de la situación iba creciendo de punto, Antón solía titubear, se le alteraba la voz y daba muestras inequívocas de turbación. Entonces Doña Socorro alentábalo, y aún llegó a decirle:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—¿Qué te pasa, muchacho? ¡qué! ¿no eres hombre? si pareces una monjita. . . .

Y herido y estimulado con este doble incitamento, Antón se esforzaba por dominar su confusión.

A esto la lluvia, que fuera tan copiosa como rápida, había cesado. El Sol, vuelto a brillar en el despejado cielo, y la alcoba a recobrar su claridad, con lo que la bujía ya no alumbraba, semejando la flama una lágrima de cristal sostenida por un pibote enrojecido.

Y la lectura continuaba con gran fruición de la dama cuyos ojos relampagueaban de contento; y si interrumpía al lector, era para darle señales del gusto que experimentaba, con breves exclamaciones, como estas:

—¡Qué bien pintado! ¡Ah! ¡qué lindo es eso! ¡Maldito! ¡cómo conoce el asunto! —y otras por el estilo.

Hubo un momento en que la lectura ocasionó algún temblor en la mano que sostenía el libro, el cual se le escapó, al voltear una hoja. Se inclinó a recogerlo, y al levantar la cabeza, sintió que Doña Socorro se la tomaba entre ambas manos y atrayéndole hacia sí, con temblorosa ansiedad, le puso en la boca un beso apretado y calenturiento.

Y Antón ya no leyó más.

Salió de aquella casa como quien huye de un incendio. Sintíase avergonzado, y con el remordimiento de quien ha cometido una grave falta.

(Ilustró E. U. R.)



Leyendo al Baroncito de Faublás. . . .

CAPITULO IX

CRUELDAD SOBRE CRUELDAD

LA llegada del Coronel Méndez, acompañado del Instructor de la Guardia Nacional, era motivo de alguna animación en la, por lo regular, tristonra Villa de Cunduacán. Las dos compañías que formaban su contingente en el Batallón de la Chontalpa, habianse acuartelado, y recibian instrucción a mañana y tarde, pues se temia que de un momento a otro el Estado fuera invadido por fuerzas imperialistas. Era el temor por demás justificado, al saberse que el Emperador de los franceses, herido en su olimpica vanidad, se proponia vengar el fracaso de Puebla, lanzando sobre nosotros un verdadero ejército de conquista, cuyo mando se confiaba al vencedor de Montebello. Día a día los paquetes franceses aportaban a Veracruz nuevas tropas, y el Contra-Almirante Cloué trataba, por su parte, de hacer efectivo el bloqueo hasta ahí nominal de nuestros puertos. La guerra, pues, iba a tomar un aspecto pavoroso, y la necesidad de la defensa imponia todo género de sacrificios, en presencia de un enemigo formidable, que aparte de serlo de por si, contaba con la cooperación de no escaso número de mexicanos.

El Coronel Méndez, para quien el Teniente Pérez era un muchacho extraordinario y a quien no escatimaba los testimonios de su cariño, habiale traído aquella vez, para su entretenimiento e instrucción, un libro que las circunstancias hacian precioso, la "Historia Militar de Francia",

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

a cuya lectura se entregó Antón con el afán de quien aspira a ganarse un nombre y una posición, fijos sus delirantes anhelos en desarmar las esquivases de Rosalba.

Por interesadas que fueran las revelaciones que había oído de Doña Socorro, y por mucho que le humillaran, tenía qué admitirlas como ciertas, pues las confirmaba el comportamiento de la altiva joven. Que era de clase humilde, que era gente baja, pues a subir, a alzarse hasta ella a fuerza de trabajo, de sacrificios, de milagros, si a tanto podía, por el propio merecimiento. Conocía la génesis de las clases superiores, los orígenes de las aristocracias, todas brotadas de las capas inferiores de la sociedad, y él se sentía con fuerzas (si le hubieran faltado, su amor se las habría proporcionado crecidas) para levantarse de su bajeza a la mayor alcurnia.

Este era su pensar que enardecía su pasión por Rosalba, en la misma medida que ésta acentuaba sus desprecios, sin que nada fuera parte a desalentarlo.

Próxima estaba la fiesta de la Santa Patrona de la villa, y por excepción, entre los festejos que se preparaban para aquel 8 de Septiembre de 1862, habiase acordado dar un baile, y escogido por lugar en que se efectuaría, la casa de la respetable señora Padrón, que bien quista con todos, no se corría riesgo de desaire ni deslucimiento. Su Coronel había necesariamente de ser invitado, y de él se valdria, en todo evento, para concurrir al baile. Y así fué: tres días antes de que se verificara, una comisión se acercó al Coronel a formalizar la invitación, allí presente, por fortuna, Antón Pérez. Aceptólo, y con gozo de éste por anticipársele a sus deseos, preguntó a la comisión:

—Supongo que ya nuestro Teniente Pérez estará convidado...

—Creemos que no, —contestaron los invitantes.

—¿Cómo no?... —repuso el Coronel.— Pues si no se covida a los jóvenes, no hemos de bailar los viejos.

Viéronse la cara los enviados, y comprendiendo que debían atender a la indicación que Don Pedro Méndez apuntaba, no obstante que consideraran que el muchacho no podía alternar con la gente a quienes el baile se dedicaba, se apresuraron a decir:

—Pues sí, señor Coronel, el Teniente Antón Pérez queda también invitado, y creemos que irá acompañando a Usted.

—Sí, amigos míos, —contestó complacido Méndez, que no perdona ocasión de humillar a la necia aristocracia lugareña,— si irá conmigo, y ha de bailar con las más encopetadas. ¿Qué dice Usted, Antón?

—Que mucho le agradezco el favor. Que iré con Usted, mi Coronel.

Llegó la fiesta y con ella la noche del baile, que, por cierto, no respondía a lo que hubieran deseado los alegres vecinos.

Un viento húmedo del Norte había comenzado a cargar de nubes el cielo, luego de la puesta del Sol. Amenazaba llover, lo que no impidió que a las nueve de la noche ya el salón de baile se viera favorecido con la concurrencia de todo lo mejorcito que de uno y otro sexo podía ofrecer la villa. Ahí Rosalba, deslumbradora de belleza, opacándolas a todas,

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

como Sirio en el firmamento en noche sin Luna, con lo que no hay que decir era blanco en que los disfavores de las de su sexo clavaban todas sus envenenadas saetas, y no había defecto moral de que estuviera exenta la hechicera joven, al decir de las envidiosas.

Como por cálculo o por instinto suelen las mujeres conscientes de su belleza, vestir con sencillez, sencillísimo era el traje de Rosalba, que hacía resaltar sus encantos personales.

A eso de las diez se presentó el Coronel Don Pedro Méndez, acompañado de Antón, siendo ambos objeto de los mayores agasajos de caballeros y jóvenes, aquél por la autoridad que representaba y por la estimación que su carácter franco y bondadoso le había conquistado; éste, por su natural simpático que hacía olvidar su oscuro origen, y, sobre todo, por la señalada distinción que el Coronel le dispensaba, que era como hacerlo visible a todas las miradas.

Desde el primer movimiento los ojos de Antón quedaron embargados por Rosalba que esta vez le ahorró el ultraje de la mueca despectiva, lo que bastó sólo para que el infeliz se regocijara con imaginar un cambio de fortuna.

Toda aquella fiesta quedó para él condensada en su precioso idolo, orientación de su alma y absorción de su sentido; y ya posada en su asiento, en el que cobraba para él todo el prestigio de una majestad en su trono, ya bailando, sus ojos no tenían atención más que para ella.

A poco, el Coronel Méndez hacía su despedida; Antón, mal de su grado debía acompañarle, mas no lo consintió, diciéndole:

—Quédese, Antón, iré solo. Usted es muchacho y justo es que se divierta.

Y como el joven oficial insistiera, tornó a decirle:

—No, Antón, iré solo, y si es necesario mandar, le ordeno que se quede.

Marchóse el Coronel, y el joven volvió de nuevo a embelesarse en la contemplación de Rosalba, devorado por el ansia de acercársele. Ahora se resolvía, ya se retenía y volvía a vacilar, y ya avanzaba un paso y ora se detenía, hasta que en medio de sus indecisiones, se encontró de súbito frente a ella. La voz se le anudaba en la garganta, embargada por los latidos del corazón; hizo un esfuerzo supremo; tartamudeó un saludo, y sin percibir que le fuera contestado, pidióle la gracia de aceptarlo por compañero, lo que rehusó Rosalba secamente, diciéndole que ya no bailaría más. Cortado, zumbándole los oídos, para no caer se sentó en la primera silla que vio desocupada, y lamentando su desgracia de haber ido a ofrecerse compañero de la joven cuando ya estaba fatigada, conformóse con seguir en su éxtasis, admirándola con la fijeza de un idiota.

No tardó en salir de aquel estado. La orquesta preludiaba una danza; el diminuto Montañito se acercó a Rosalba, ofrecióle el brazo que ella aceptó, y fueron a colocarse en uno de los grupos de bailarores.

Tan rudo fué el golpe que experimentó al palpar el engaño con que Rosalba lo burlara, que no fué parte a atenuarlo la figura caricaturesca que hacía aquella tan desigual pareja, gentil y gallarda la joven,

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Montañito enclenque y chaparrito. Apoderóse de él trémula agitación, la sangre le subió febril a la cabeza, martillando sus sienas, y ya sin corte-dad, dominado por la ira, no bien recobró Rosalba su asiento, fué a ella sin titubear, y cual si se sintiera con derecho a reprocharla, articuló con ronco y tembloroso acento:

—Se excusó Usted de aceptarme por compañero, diciéndome que no bailaba más, y acaba Usted de bailar.

Rosalba, tomada de sorpresa, vaciló un instante, se le encendió el rostro, mas fué la turbación un relámpago; su nativo orgullo devolvióle la serenidad, y repuso:

—Sí, bailé. Y a Usted ¿qué le importa?

—Me importa, porque para rehusar mi compañía recurrió Usted a un engaño.

—Quise ahorrarle un sonrojo; pero, puesto que no entendió Usted, le de decirle: véase Usted y véame a mi. No es Usted mi igual.

—¡Oh! cuánta crueldad. . . —sollozó Antón, con expresión tal de angustia, que habria ablandado al pecho más empedernido.

Algo hubo de haber podido en el de Rosalba, que dulcificando la voz murmuró:

—No es crueldad, Antón; es mi deber.

Sintió Pérez que el salón daba vueltas y que él mismo no se tenía firme. Vacilando como un ebrio, se apartó de Rosalba, y con movimiento de autómatas recogió sombrero y paraguas, y sin despedirse de nadie, se echó a la calle. Caía una lluvia fina y tupida, y sin apercibirse contra ella, con andar de sonámbulo tomó el rumbo de su casa, que no estaba cercana. Llegó, abrió la puerta del pequeño departamento que le estaba destinado, sólo separado del dormitorio de sus dos tías por un ligero tabique de palma, comunicados entre sí, y hasta aquel momento hubo de advertir que la lluvia lo había calado. Puso el paraguas tras de la puerta, y se dirigió en la obscuridad a la cómoda de cedro que le servía de guardarropa, y sobre la cual mantenía enfundado su revólver Lefauchaux. Buscó a tientas, y al pasar la mano por la superficie de la tabla para dar con él, lo tiró al suelo. En aquel punto brilló la luz de un fósforo en la pieza inmediata: era la tía Anselma que encendiendo una vela, se adelantó a alumbrar a Antón, diciéndole:

—No creíamos que vinieras tan temprano, si acabas de irte. . .

Con voz alterada y ronca, contestó Pérez:

—Si no me siento bien, tía.

—¿Qué tiene ese? —dijo desde su cama, con acento de inquietud, la otra tía, la mayor, Señá Toribia, a quien embargaba por entonces un ataque de reuma.

—Nada, tía; si no es nada, quizás un catarrillo, —respondió Antón con premura.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó la Señá Anselma.— ¡Si estás empa-pado! Y el paraguas. . . Yo te vi salir con él, porque te advertí lo llevaras, que amenazaba lluvia.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Creo que lo olvidé en el baile, —mintió Pérez.

—Ahora mismo, a quitarse esas ropas, y una friega de aguardiente, no vayas a pescar calenturas.

Y buscando el aguardiente, tropezó con el paraguas, que la hizo prorrumpir en esta exclamación de sorpresa:

—¡Pero si aquí está el paraguas!... y está mojadito... ¿qué te pasó, hijo de mi vida? ¿qué te pasa?...

—Pues nada tía, ¿qué me ha de pasar? Yo no creía que la lluvia fuera tan recia, y el paraguas no daba para tapar a dos, porque me acompañaba Fortún García, y seguramente por taparlo a él, toda el agua me cayó a mí.

—¿Y se fué al descubierto tu amigo? —observó la tía.

—Pues por más que hice no quiso llevarse el paraguas,— tornó a mentir Antón.

—¡Vaya! ¡vaya! qué Fortún... —murmuró la señora Anselma, y puesta la botella de aguardiente sobre la cómoda, procedió a sacar la ropa que para mudarse habría menester el sobrino. Dejólo solo unos momentos, los indispensables para que se vistiera, y tornó luego al lado de él. Hizolo meterse en la cama, lo arrojó con maternal solicitud, y diciéndole:

—¡Ea! ahora a dormir, hijo mío, —se marchó llevándose la palmatría, y preocupada con que algo grave pasaba por la cabeza del caro sobrino, achacándolo a algún nuevo maleficio de la perversísima Rosalba, causa de las perturbaciones que en el muchacho se advertían.

Antón no tuvo por el instante otro pensamiento que el de aquellas dos benditas almas que le amaban con excepcional cariño y teniendo consagrado en absoluto lo poco de vida que les quedaba. Crimen habría sido enormísimo causarles el mayor de los duelos, abandonándolas por un acto de flaqueza a una desoladora orfandad, y de esta reflexión tomó fuerzas para afrontar su infortunio y vencerlo, que no hay milagro que la perseverancia humana no sea capaz de realizar. Así, pues, trabajaría sin descanso por subir a mayores, que en lográndolo, sería Rosalba el premio de su victoria.

CAPITULO X

EL GENERAL DON PEDRO BARANDA

NO mató a Pérez la conmoción profunda que sufriera la noche del 8 de Septiembre, sólo que por algunos días quedó sumido en tal postración moral y física, que su cara denunciaba las huellas de su espantoso desastre, que de muerto más que de ser viviente parecía. Un halo hondo y amaratado circuía sus ojos, que miraban con una tristeza tal, que a compasión habría movido a quien antes conociera la viveza de su temperamento; su voz había tomado un timbre opaco, como de convaleciente de mortal dolencia, mas una mirada perspicaz había podido descubrir en el brillo fosforescente de sus pupilas, que en aquel corazón la esperanza no estaba muerta.

Con efecto, era ya la esperanza, la esperanza que nos hace accesible lo imposible, la única fuerza que lo mantenía de pie y con ardores de luchador. Si antes había luchado con tenacidad, ahora iba a mostrar vigores de atleta y valentía de héroe. ¿Qué había menester para el éxito? Consagración perseverante al trabajo, estudiar sin descanso el oficio de las armas, al que por las circunstancias habiase afiliado, y el que, por esas propias circunstancias, ofreciale medio seguro de ganar carrera y subir a mayores, a menos que esa otra veleidosa, la fortuna, se le hiciera esquivar.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Dióse, pues, a estudiar, y alternando con los ejercicios militares, la lectura de la Ordenanza y de la Historia Militar de Francia, con el único paréntesis de la de dos periódicos que el mayor interés le inspiraban, **El Siglo XIX**, en el que Zarco derramaba la diatriba y el sarcasmo más ático para fustigar el atentado de la intervención napoleónica, y **El Aguila Azteca**, engendro del entusiasmo patriótico de dos jóvenes tabasqueños, absorbíase en la tarea de disciplinarse, para hacerse digno de aspirar a la notoriedad.

Al ojo cariñoso del Coronel Méndez no se escapó el singular estado de su Secretario. Trató de inquirir la causa, sin que lograra sacar nada en limpio, y apenas si pudo obtener del Tenientito que aceptara los cuidados de su médico.

En tales ocupaciones concentró Antón toda su existencia, alimentada como por fuego bienhechor, ¡singular contrasentido! por la imagen de Rosalba, ni un punto borrada en su cerebro.

Gran atención ponía en evitar el encuentro con Doña Socorro, y para acudir al cuartel daba siempre un rodeo, excusando así la casa de su sórdida perseguidora.

Este nuevo modo de ser de Antón hizo pensar con gran regocijo a las viejas tías que ya el sobrino se había curado de su insana afición erótica, sólo que no veían con agrado el empeño con que se había dado a la vida militar, temiendo que por ahí el muchacho iba marchando a una muerte prematura.

La amenaza de una cercana invasión al Estado crecía al compás del tiempo, con gran miedo del común de la gente y con gozo no menor del Teniente Pérez, que ya no cifraba sino en la guerra el logro de sus anhelos. El General Forey había puesto cerco a Puebla, dispensando a nuestro bisoño y reducido ejército los honores mismos que a las denodadas huestes de Sebastopol, y si bien en los combates parciales que se libran no llevábamos la peor parte, el hecho era que el cerco se mantenía, y no nos quedaba otro motivo de confianza que el éxito del Ejército del Centro, encargado de proteger y avituallar a los sitiados. Mas el General Comonfort, sorprendido y derrotado en San Lorenzo, frustró toda esperanza de socorro, y el 17 de Mayo, el General González Ortega legaba a la historia el monumento más glorioso del honor militar, reviviendo las grandes hazañas de los tiempos heroicos.

El efecto de la rendición del Ejército de Puebla, en una forma no conocida en los anales de la guerra, lejos de amilanar a los defensores de la Patria, enardeció su entusiasmo, y desde el día en que les fué conocida, hicieron pacto con la muerte. Antón Pérez, que leía a su Coronel en **El Siglo XIX** los conmovedores detalles del suceso, veíase obligado a interrumpirse, para enjugarse el llanto de coraje que nublaba sus ojos y enronquecía su voz.

Los rumores de una próxima invasión se acentuaban; el Coronel Méndez llegó a concentrar en su Cuartel General hasta trescientos hombres de su Batallón, listos a entrar en campaña al primer momento; así

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

lo hizo saber al Gobernador Dueñas, quien contestó dando las mayores confianzas y asegurando que ni el más remoto indicio había de que los imperialistas intentaran una agresión. Cinco días después de estas seguridades, el 18 de Junio, como a las cuatro de la tarde, se comenzó a oír un vivo cañoneo, en dirección de Villahermosa, que se tomó en un principio por una salva con que se celebraba algún triunfo de las armas de la República en el interior del país, acaso en la Capital misma; mas toda duda quedó a poco desvanecida por la continuación del cañoneo, que bien a las claras indicaba que se estaba librando reñido combate. Como Méndez no recibiera ningún aviso ni orden de moverse, imaginó que el ataque se efectuaba de sorpresa, y sin vacilar despachó una estafeta, anunciando que su tropa estaba lista para ir a tomar parte en la refriega. A las ocho de la noche el fuego había cesado y desatádose copiosa lluvia, lo que le hizo pensar que el ataque había sido victoriosamente repelido. A las diez regresaba la estafeta, portador de estas dos líneas trazadas con lápiz: "No hemos podido sostenernos. El enemigo ocupa la Capital, nos reconcentramos sobre esa". Méndez se quedó aturdido; alargó el papel a su Secretario, y preguntó al correo:

—¿Dónde quedaron nuestras tropas?

—Las dejé marchando para Atasta.

—¿Muchos muertos?

—Sólo oí decir del joven Don Pedrito Ampudia.

—¡Ah! tan simpático e intrépido. . . ¿Y cómo está el Gobernador?

—Está muy bien: él me dió el papel. Traían herido en una hamaca al Mayor Vidaña.

—Del Batallón de "Voluntarios".

Quedóse el Coronel pensativo, y luego, dirigiéndose al Teniente, dijo:

—¿Qué le parece de esto, Antón?

—Que no entiendo jota, señor. Un ataque por sorpresa era imposible. Se decía que la expedición se organizaba en el puerto del Carmen. Sólo de dos puntos de entrada ha podido disponer: por el Usumacinta al Grijalva, o por este directamente. . . Por el primero habría encontrado el tropiezo de la guarnición de Palizada, que manda el bravo Capitán González. Ha habido tiempo de prevenirse y de esperar al enemigo y llamarnos. . . No; si no entiendo jota, mi Coronel.

—¿Qué plan tendrá el compadre?

Era compadre de Méndez el Gobernador Dueñas.

—No se adivina. Pero siempre es mejor conservar que recobrar.

—¿Y por qué se retira hasta aquí? ¿Por qué no llamarnos para reforzarlo? ¿Quién sabe! ¿quién sabe! —murmuró el Coronel, con entristecido acento.

A las tres de la tarde del siguiente día entraban en Cunduacán las tropas derrotadas, unos trescientos hombres en junto, restos de los Batallones "Juárez", "Independencia" y "Voluntarios". El aspecto de los soldados no revelaba desaliento, y ellos mismos no se explicaban el aban-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

dono de la Capital y aquella retirada de ocho leguas. Pronto se supo que el número de los invasores no excedía de ochenta hombres, conducidos a Villahermosa por el vapor de guerra "El Conservador", y mandados por un valiente joven andaluz, el Comandante Arévalo, y aun corrió el vago rumor de que el ataque no había sido otra cosa que un vano simulacro, al cual no era extraño el Gobernador. Fundábase la conseja en la falta de todo preparativo de resistencia, ni siquiera una mala trinchera y en lo flojo de aquélla, pues sólo se contaban tres muertos y un herido.

Y el espíritu público a pesar de tales comentarios, no había decaído, bastando una simple circular del Gobierno por la que se llamaba a la Guardia Nacional de la Chontalpa y Huimanguillo, y una proclama del Coronel Méndez, para que seis días más tarde hubiera concentrados en el Cuartel General un mil soldados, prontos a combatir.

Dueñas quería contar con el mayor número de tropas para abrir la campaña, y sabiendo que era inútil esperar el contingente de la Sierra, a quien no era simpático, y cuyo espíritu bélico no le inspiraba, por otra parte, confianza alguna, trató de conseguir el concurso de los cien campechanos establecidos en Palizada, a las órdenes del Capitán Manuel González. Para obtenerlo, necesitábase de la persuasión de un patriota honrado y animoso, y hallóse este sujeto en el Lic. Mariano Pedrero, que provisto de una carta del General Pedro Baranda para González, su antiguo subordinado, marchó afrontando los riesgos de ser capturado por los imperialistas.

El 2 de Julio coronada la misión de Pedrero, ingresaba en el Cuartel General a la cabeza de su Compañía, el Capitán González, quien se apresuró a ir a saludar a su antiguo jefe, cuya presencia en el campamento traía ya sabido que carecía de carácter oficial. Recibiólo el General con las mayores muestras de cariño, hizolo sentarse, y luego de informado de la manera como había efectuado su comprometida marcha, desde Palizada, le dijo:

—Mucho le agradezco, Capitán, que haya atendido a mi llamamiento. Tal vez el Gobierno de Campeche califique la conducta de Usted acto de indisciplina; pero intereses más sagrados que los de la Ordenanza, se juegan en el país. Nuestra patria no está circunscripta a sólo el territorio campechano; también Tabasco es México, y los mexicanos estamos obligados a correr al combate allí donde lo reclame la defensa nacional. Por otra parte, defendiendo a Tabasco, defendemos a Campeche. Necesitamos apoyarnos en él para medio contrabalancear la enemiga de Yucatán. Tabasco en poder de los intervencionistas, es Campeche perdido por el aislamiento en que resultaría colocado, rodeado de enemigos por todas partes. Ni siquiera le quedaría el recurso del mar, en que podríamos luchar con ventaja, que marinos tan intrépidos y expertos como los nuestros, no los hay en la extensión del Golfo; mas bien poca cosa, salvo algunos golpes de audacia, podríamos realizar por ese lado, pues tendríamos en contra la escuadrilla de los cañoneros franceses. Tenemos, por tanto, qué conservar a todo trance nuestra ya difícil de suyo comunicación por tierra entre los dos Estados hermanos.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Hizo el General una pausa; el Capitán iba asintiendo con inclinaciones de cabeza a cuanto oía, fijos los ojos en el simpático y persuasivo semblante de su antiguo jefe, quien prosiguió:

—Ya sabe, Capitán, cómo son entre nosotros los odios políticos. A mí me he sido vedado ser patriota en mi propia tierra, y tuve qué confiar a los Ríos, al lado de amigos viejos y leales, a fin de observar el curso de los acontecimientos, y aprovechar la primer coyuntura para ofrecer mis servicios a la causa nacional. Hallábame en Jonuta antes de que el Gobierno de nuestro Estado guarneciera a Palizada, cuando se presentó allá, en dos canoas armadas en guerra, una pequeña expedición desprendida de El Carmen para ocupar esa población. Había en ella un corto destacamento, cincuenta hombres, al mando del Mayor Vidaña, quien al tener noticia del avance de las canoas, acudió a mí, me pidió consejo, y como me hallara dispuesto a tomar participación en el combate, me dió el mando de su escasa tropa, que al instante se vió reforzada con unos treinta jonutecos, que prontos y espontáneos, acudieron al peligro. Ya conoce Usted lo que pasó; nos hicimos fuertes en el rancho de San Jacinto, en donde, al intentar los imperialistas su desembarque, fueron completamente derrotados.

—Unos días después de ese suceso llegué yo a Palizada con mi Compañía, mi General, donde a poco quedé encampanado por haber sido retirada la guarnición de Jonuta, —agregó el Capitán.

Nunca me pude explicar a qué obedeció tan extraño movimiento, cuyo resultado fué dejar al descubierto el flanco izquierdo de Usted, e imposibilitar todo auxilio recíproco entre las dos guarniciones, puesto que Usted cerraba la entrada al Úsumacinta, por Palizada, y Vidaña, protegía a Usted por Jonuta. Mi presencia ulterior allí era comprometida, y hube de abandonar el punto, viniéndome a San Juan Bautista, en calidad de simple particular, donde me encontraron; no me sorprendieron los sucesos del 18 de Junio. No me sorprendieron, porque no obstante los justificados temores de una invasión intervencionista, desde que la isla de El Carmen se había entregado al enemigo, reforzados por la noticia de que allí se organizaba una expedición sobre Tabasco, el Gobierno no se apercibía a resistirla, limitándose el pomposo alarde de los tres batallones nominales que se revistaban en la Capital, amén del de la Chontalpa, listo, aquí, así lo aseguraba la prensa oficial, para acudir al primer amago. La expedición vino por fin; y ¡qué expedición! más parecía una aventura de atrevidos piratas. ¡Un mal vapor de guerra y ochenta hombres! Aquello era para reír. Y no fué para reír. Mandábala un gachupincito audaz hasta la temeridad, Arévalo. Tras breve cañoneo, que no hizo más víctima que Pedrito Ampudia, empeñado en hacerse matar, se operó el desembarque por el flanco izquierdo; los guardias nacionales se mantuvieron firmes; vino la noche y con ella una lluvia torrencial, y bajo de esa lluvia y en medio de las tinieblas, se ordenó la retirada a Atasta.

—¿Pues no dicen, mi General, que el señor Dueñas es un valiente?
—aventuró el Capitán.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—¿Valiente? no es la palabra. No conoce el miedo. Impávido como una roca y como una roca de hielo. Frio, glacial. Un fognazo sobre sus ojos no lo haría pestañear. Pero esa misma frialdad contagia todas sus facultades: es inaccesible al entusiasmo. Fatalista como un árabe, ni teme ni espera. Sospecho que considera perdida la causa nacional. No tiene fe en ella, y por eso, ni aliento ni inspiración para defenderla. Me consta que fué el último en abandonar el campo. No; hubo uno que salió después: ese señor Lic. Pedrero, que fué a traer a Usted. Simple soldado raso del Batallón de "Voluntarios", hacia su centinela en el punto en que se le había colocado, y allí hubiera permanecido inmóvil como un poste y hecho prisionero por el enemigo, si no lo recuerdo cuando ya veníamos por las afueras. Regresé, di con él, y lo conduje en ancas. No sabía nada de la retirada. Es un estoico.

—Y muy persuasivo, mi General; más con su gesto y actitud, que con la palabra.

—¡Oh! es un modelo de ciudadanos. Yo le quiero mucho y tanto lo respeto.

—Señor: y si el señor Dueñas no tiene fe en nuestra causa, ¿por qué intenta recobrar lo perdido?

—¡Ah! es un hombre de una suerte singular. Su prestigio en este país es incontrastable. Abandonada la Capital, llegado aquí, más como quien rehusa el combate, que como quien se retira, los pueblos no le vuelven la espalda, antes acuden espontáneos y se agrupan a su rededor. Estos chontalpanecos son republicanos ardientes; pero son más ardientes dueñistas, y no se conforman con la derrota de su caudillo. Este parece que se contagia y calienta con el ardor de sus partidarios, y créolo resuelto a volver sobre sus pasos, y hay que ayudarlo y no dejar que se enfrie, ya que él es la bandera de estos pueblos.

—Sí, señor; y por eso he atendido al llamamiento de Usted, y porque creía que Usted, por su graduación, mandaría la campaña.

—No, González. Yo soy un proscrito. Tabasco ha sido mi lugar de refugio, y ahora estoy aquí, porque por aquí está el peligro. Conozco mi situación, y no debo inspirar celos a Dueñas, que no consiente sombra a su popularidad. Como simple particular vivía en San Juan Bautista, y como simple particular me presenté al Gobernador cuando iba a ser atacado, y como tal me aceptó. Yo no podía disputarle su puesto oficial; yo, casi un extranjero. —Hizo una pausa y luego concluyó.— Ahora, Capitán, a portarse como sabe Usted hacerlo. Piense Usted que aquí no es Usted sólo el Capitán González, sino Campeche, todo Campeche.

—Ya verá, mi General, —contestó González poniéndose de pie. Recibió un abrazo de su jefe y se marchó.

CAPITULO XI

EL GOBERNADOR DUEÑAS

EL Coronel Méndez había hecho encomiástica presentación de su Teniente Antón Pérez al Gobernador Dueñas, quien, hallándolo por extremo simpático, lo acogió con el mayor halago, y golpeándole el hombro con paternal familiaridad, habíale dicho:

—¡Ea! amiguito: ahora es tiempo y a ganar ascensos, hasta el Coronelato, que es lo más de que puedo disponer.

Esta graciosa acogida engrió un tanto al muchacho y sintió brotar en su pecho un vivo sentimiento de cariño y adhesión hacia el Jefe del Estado.

El 6 de Julio comenzó el movimiento de avance de los republicanos, y el 9 acampaban en los pueblos de Atasta y Tamulté, frente al enemigo. Pronto se percibió que la imprevisión más completa presidía a aquella campaña, como que ya en el campamento hubo de advertirse que la brigada carecía en absoluto de abrigos de defensa y de instrumentos de zapa, y allá van órdenes a aquella hora para subvenir a tamaño descuido.

Las posiciones de los beligerantes no acusaban un estado de hostilidad, pues el campamento de los republicanos era visitado con la mayor franqueza por individuos procedentes de la Capital. Fué dado a Antón

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

observar que uno de los visitantes de aquella mañana había llevado aparte al Gobernador y como si pretendiera substrarlo a las miradas de todo el mundo, con lo que, dándose traza y maña, siguiólos recatadamente a lo largo del muro de la iglesia de Atasta, por donde ambos se encaminaban amigablemente. De pronto los paseantes hicieron alto; se estrecharon mutuamente las manos en actitud de despedirse, y pudo percibir estas palabras de boca del Gobernador:

—Convenido, amigo Don Juan, al pardear la tarde, en la Ceiba. Ahí veremos.

Grandemente intrigó a Antón aquella que parecía ser una cita. ¿Quién era ese Don Juan? ¿Era un agente del Jefe, un emisario del enemigo, o qué cosa? ¿De qué trataban? Desde aquel momento estuvo pendiente de los pasos de Dueñas, temeroso de que fuera a dar en una celada.

A las cinco de la tarde vió aparecer montado en una hacanea zaina, tan de escasa alzada, que los estribos rozaban la hierba. Seguíalo un ayudante. Ya fuera del pueblo, camino de Villahermosa, se detuvo, y volviéndose al ayudante, le dijo:

—Quédate aquí, Bernabé. Aquí me esperas; no te muevas.

Oyendo esto Antón, corrió a su cuartel, se ciñó su espada, tomó dos soldados de su mayor confianza, hizolos armarse, y seguido de ellos, tomó por el pie de la loma, por cuyo dorso va el camino que conduce a la Ceiba.

Muy pronto descubrieron la esbelta figura del Gobernador, que de flaco, rayaba en amojamado; y siempre marchando y ocultándose por lo más bajo del suelo, percibieron la ramosa y robusta Ceiba, cuya copa se enrojecía con los reflejos postrero del Sol Poniente. Dueñas avanzó tranquilamente hasta quedar bajo del árbol, y esperó, no mucho tiempo, pues antes de que un minuto transcurriera, tres jinetes se adelantaron por rumbo opuesto, al encuentro de Dueñas. En aquel punto, Antón, con sus dos soldados, se puso al abrigo de unas matas, y dijo a aquéllos al oído, desenfundando y preparando su revólver:

—¡Listos! Preparen sin hacer ruido, y quietecitos.

De los tres aparecidos, había sólo conocido al Don Juan de la mañana; al centro cabalgaba con arrogancia un joven de bella figura y aspecto marcial, que por singular contrastido vestía blusa roja, prenda y color con que en la guerra de Reforma se distinguieran los liberales o rojos; y al otro lado, otro individuo ya entrado en años, de bigote entrecano y aire no menos marcial. Avanzaron hasta ponerse al alcance de Dueñas, haciendo el Don Juan la siguiente presentación:

—El señor Don Victorio Dueñas; el señor Gobernador Don Eduardo Arévalo.

Dueñas se encaró enojado con el Don Juan, diciendo secamente, con su voz cansada de semi-baritono:

—El Gobernador, soy yo. Ahí a mi espalda hay dos mil hombres que lo hacen bueno.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Quedó muy cortado el Don Juan. Dueñas dió la mano al joven andaluz que se la alargaba, y al corresponder al saludo que le dirigía el otro jinete, exclamó con afectada sorpresa:

—¡Ah! Garrido, ¿Usted por acá?

—Sí, Don Victorio; ya sabe Usted, yo siempre con los míos.

—¡Qué me cuenta! Ignoraba yo que fuera Usted francés; —la sorna picó a Garrido, que replicó:

—Francés, no; aliado y amigo de ellos.

—Pues que sea para bien, —contestó sonriendo el interlocutor.

Llenadas las formalidades de cortesía, Arévalo, abordó el asunto.

—He querido, señor Dueñas, tener con Usted esta conferencia, por lo mucho que a Usted y al Estado les va en ello.

—A mi. . . ¡pst! —contestó el Gobernador, acariciándose tranquilamente la lengua, castaña y ya encaneciente barba.— A mi lo que me importa es echar a ustedes de mi tierra, y a eso vengo.

—Eso es inútil, señor Dueñas. No necesita Usted echarnos. Si Usted avanza sobre la capital, no se la defenderemos; haremos lo que Usted hizo con nosotros, se la dejamos.

—Yo no se las dejé. Tenía yo promesa de que ustedes se limitarían a un mero reconocimiento. Fui crédulo, y he pagado mi confianza.

—Pues sí, se la dejamos; sin más que no haremos como Usted. Utilizaremos nuestros dos barcos de guerra, que ahora tengo dos, y cañonearemos desde ellos la ciudad hasta arrasarla por completo.

—¿Y a mí qué se me da de eso? Arrásenla.

—Si que ha de importarle. ¿Y el comercio? ¿y las víctimas, y tanta propiedad destruida? Y todo ¿para qué? para quedarse en medio de sus ruinas; no vencedor, porque no va Usted a tener a quién combatir. Ya lo dije: al avanzar las tropas de Usted nosotros evacuaremos la plaza.

—Y si tal es el intento de Usted ¿para qué las trincheras, para qué los caballos de Frisa de que ha rodeado Usted la ciudad?

—¿Quién dice tal, señor? Ni una trinchera, ni caballos de Frisa. Eso es pura invención. Lástima que no pueda yo enseñarle la ciudad.

—Mi deber es recobrarla, sea como sea.

—Y ¿con qué fin? Para perderla luego, en un desastre completo. El Gobierno de la que fué República ha desaparecido; Juárez huye a refugiarse en los Estados Unidos; sus ejércitos se han desvanecido como el humo, o pasándose al Imperio; nuestras tropas entran a las capitales bajo arcos de triunfo, aclamadas por la multitud. Toda resistencia es inútil y hasta criminal.

—Las capitales no son la Nación. La masa del pueblo no está en ellas, está en los campos y en las montañas, y Oaxaca, tierra de héroes, se levanta amenazadora.

—¿Y qué podrá Oaxaca en su aislamiento? Puebla es nuestro en toda su extensión; todo Veracruz está sometido; Yucatán está en masa con nosotros; Campeche no resistirá quince días, el Almirante Cloué lo atacará por mar, y por tierra los yucatecos. ¿Qué logrará Usted con recobrar su Capital? Una semana después tendrán ustedes una expedición

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

en forma, contra la cual, aun cuando fueran ustedes Cides en persona, nada podrian. Convéñzase, señor Dueñas. Pactemos paces, y no se sacrifique Usted, ni sacrifique a su gente.

—Yo no puedo pactar con Usted ni con nadie, —respondió con firmeza el Gobernador,— soy el Jefe del Estado por la ley, e iremos a la Capital.

—Siento su resolución. Ninguna gloria le espera, porque, se lo repito, no tendrá Usted contra quién combatir, —repuso Arévalo, visiblemente contrariado. Después de una pausa, con la expresión de quien vuelve de un olvido, sacó de la bolsa interior de su blusa roja de paño un paquete de papeles, y alargándolo a Dueñas, prosiguió:— Perdóne Usted; no recordaba el encargo de quien no puede ser a Usted sospechoso, de poner en sus manos este paquete. Contiene una carta y periódicos.

—Gracias, —contestó el Gobernador, tomando el paquete que dejó caer negligentemente en una de las bolsas exteriores de su saco de alpaca.

—Y ahora —dijo Arévalo— nada hay qué agregar; nuestro parlamento queda abierto.

Nada replicó Dueñas. Tomó la mano que le presentaba el jefe imperialista; apretó luego la del Don Juan, y en cuanto a Garrido, se limitó a decirle: —Adiós, Garrido— e imitando a sus tres interlocutores, aunque con menos presteza que ellos, hizo volver grupas a su haca, y lentamente se dirigió al campamento republicano.

Como un relámpago pasó por la mente de Antón Pérez la idea de tender allí al jefe imperialista, con lo que toda la campaña quedaria en aquel punto victoriosamente terminada; mas con la propia instantaneidad la rechazó, avergonzado de haber concebido tamaña felonía. Mantúvose algunos momentos más con sus dos soldados en su escondite, en tanto Dueñas se alejaba, siguiéndolo luego a buen paso y a regular distancia, que más que ésta protegíalos de ser descubiertos por el Gobernador, la noche que ya iba envolviendo en sus sombras la tierra. Halló Dueñas a su Ayudante, ya inquieto de la tardanza del Jefe, en el mismo puesto en que lo dejara, y seguido de él continuó para el campamento; llegó al Cuartel General, echó pie a tierra, penetró en su dormitorio, y con la misma negligencia con que recibiera el paquete de manos de Arévalo, lo tiró sobre una mesita que le servía de escritorio, y salió luego, armada la diestra de un fuetecito, sin dejar de acariciarse la lengua barba, más que a recorrer los cuarteles, a chacotear "con los muchachos", como llamaba a los oficiales de la brigada.

A las ocho, tertuliaba ya en su alojamiento con los oficiales superiores, echado de largo a largo en una hamaca, que abandonaba de tiempo en tiempo para ir a ingurgitar tragos de ginebra del frasco que en el rincón inmediato agonizaba sobre un grosero **tapestle** de caña cimarrona, único momento en que apartaba de la boca el puro de legitimo huimanguillo, fuerte y apagón.

A las diez disolviase la tertulia, después de preguntar cada uno al Gobernador si tenia qué ordenar; y, cada mochuelo, a su olivo.

A las primeras horas de la mañana siguiente, el Gobernador, montado en su haca y sin aceptar la compañía ni de un asistente, se puso a recorrer el campamento de Atasta a Tamulté, sólo por distraerse, que no con ánimo de atender al buen orden y distribución de sus tropas. No dejaba de contrariarle el escuchar a cada paso el grito de los centinelas anunciando su presencia, y la formación consiguiente de las guardias para hacerle los honores, formalidades que hubiera deseado impedir, a no hallarse en todo su imperio los rigores de la ordenanza.

A las ocho de la mañana ponía término a su paseo, y entregaba la haca a un asistente, sin soltar el puro de la boca, casi siempre apagado, ni dejar de restirarse la barba, se entró en su cuarto-dormitorio, rasgó el paquete que de Arévalo recibiera la tarde anterior, tomó la carta que en él venía, se fué a tender en la hamaca que le servía de lecho, y rasgando la cubierta que contenía dos cartas, vió que una era del amigo más querido que en la tierra contaba y la otra dirigida a este amigo, nada menos que por el Regente del Imperio: aquélla, fechada en México, decía así: "Querido Victorio: Gran contento me causó la noticia de que habías abandonado nuestra capital, al amago de la expedición imperialista que fué sobre ella, pues el hecho parecía probar tu buen consejo de no entrar en una lucha en que todas las desventajas serían para ti y las malas consecuencias para Tabasco entero. Tu resistencia habría carecido de objeto, porque de lograr rechazar esa expedición, inmediatamente se habría organizado otra a que te hubiera sido imposible resistir, ni aún contando con elementos diez veces mayores de los que pudieras proporcionarte. Por esto aplaudía yo tu determinación; pero he aquí que las últimas noticias que llegan a esta nos hacen saber que tu retirada a Cunduacán tuvo por objeto levantar nuevas fuerzas para recobrar San Juan Bautista. Delirio, Victorio, delirio. Sacrificio inútil, porque a nada más que a tu desgracia y a la ruina del Estado conduciría la resistencia. El Imperio es acogido por todas partes con entusiasmo; los pueblos vuelven la espalda a Juárez, que huye a refugiarse en los Estados Unidos. Las columnas franco-mexicanas avanzan en todas direcciones, sin encontrar obstáculo; el ejército regular en que Juárez cifraba sus esperanzas de ambicioso se disuelve o se pasa en masa a nuestras banderas, y puedo asegurarte que antes de que el año termine no quedará sombra de oposición efectiva. Las gavillas que se mantengan en armas, serán asunto de pura policía, que se encargará de acabar con los bandidos. Te acompaño esta carta del Regente, tan lacónica como expresiva. Arévalo tiene instrucciones precisas de facilitarte un honroso acomodamiento.—Quien te quiere".

La carta del Regente, decía: "Estimado señor y amigo:—Me es grato remitir a Usted el diploma de Comendador de la Imperial y distinguida Orden de Guadalupe. Hubiera deseado enviarle juntamente el del señor Dueñas, mas en tanto se mantenga en armas contra el Imperio, sería cosa bien irregular otorgarle tamaña distinción. Ya se dan instrucciones confidenciales al Jefe imperialista en Tabasco para que provoque un acomodamiento honroso con el señor Don Victorio". Traía la carta este *Post scriptum*: "Juárez, con sólo dos batallones que le están aún

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

adictos, evacuó San Luis, rumbo al Norte. Va a caer en la trampa. Vidaurri lo atrapará. Acaba de llegar el parte oficial de la derrota de López Uruga al atacar a Morelia. Su ejército, único regular que le quedaba a Juárez, huye en dispersión".

Leídas, rasgó en menudos pedacitos ambas cartas, los estrujó y los arrojó negligentemente. Fuése luego a la mesa-escritorio, y sin desfajillar los periódicos, vió sus títulos "L'Ere Nouvelle" y "L'Estaffete", y no sabiendo francés, los tiró sobre el mueble con la mayor indiferencia. No habria hecho otra cosa si hubieran estado en castellano. Y con el rostro impasible, apagados sus pequeños ojos azules, bajo los cansados párpados, se afiló la nariz con índice y pulgar de la mano izquierda, luego, con la derecha, se peinó la barba en sentido inverso, y se encaminó a la salita. Llamó a un Ayudante, y presente que éste fué, le ordenó:

—Chapuz: ve a decir al Mayor Castillo que lo espero.

Cinco minutos después aparecia el Mayor Castillo, a quien el Gobernador recibió con marcada afabilidad, diciéndole:

—¿Qué tal, Eusebio? ¿Qué dicen los muchachos?

—Que están ansiosos de ir sobre la capital.

—Valientes muchachos. Eso hay que pensarlo y decidirlo. Para eso te llamé. —Dueñas tuteaba a todo el mundo.— Vamos a tener esta noche una junta de guerra. Te encargas de convocarla para las siete de la noche.

—Y ¿a quiénes cito?

—Pues a mi compadre Méndez y a los Capitanes de las Compañías.

—¿También al Capitán de los campechanos?

—Se entiende; de toda preferencia.

—¿No tiene Usted más qué ordenar?

—Que me avises cuando ya los hayas citado.

El Mayor Castillo se marchó a desempeñar su encargo.

CAPITULO XII

CONATO DE REBELION

A PENAS recibió la cita el Capitán González, no atinando cuál sería el objeto de la junta, se dirigió en busca de su General Baranda para pedirle consejo. Hallólo en su alojamiento, y le expuso de plano el asunto que lo llevaba.

—Mi parecer es, —dijole el General,— que se trata ya de emprender el ataque. Tal vez mañana se abran las operaciones.

—Pues qué, ¿*nada* se ha comunicado a Usted?

—Nada: lo ignoro todo. Aqui soy un postizo a quien para nada se tiene en cuenta. Es natural. . . —la voz del General, al hablar así, vibraba con acento de irónica amargura.

A las siete de la noche el Coronel Méndez y el cuerpo de Capitanes hallábanse reunidos en el Cuartel General, en donde Dueñas los había recibido con la jovialidad que le era característica, sin abandonar la hama-ca, desde la cual presidia la asamblea, con perezosa negligencia, montados los pies en equis.

Cuando el Mayor Castillo le informó de que nadie faltaba, carraspeó, se perfiló la nariz, se acarició la barba, y con voz lenta y reposada, dijo:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—He reunido a ustedes, porque se trata de un asunto muy grave que no quiero resolver por mí, antes de oír el parecer de ustedes. Esta campaña tiene por objeto el recobro de nuestra Capital, que no pudimos defender con éxito por falta de artillería. Sin artillería no podíamos responder al ataque del vapor de guerra en que se apoyó la expedición imperialista, pues nuestros cañoncitos carecían de alcance para causarle el menor daño. Muchos de ustedes vieron cómo nos fueron inútiles. A su tiempo comprendí la necesidad que teníamos de artillería para la defensa de la plaza, la pedí al Gobierno General, pero no fui atendido; creo que no entró nunca en las ideas del Gobierno defender las costas, persuadido, sin duda, de que nada íbamos a poder contra los formidables elementos de la marina de los aliados; y creo que el Gobierno tuvo razón. Ahora estamos lo mismo que antes: cuatro cañoncitos, más bien simples pedreiros, constituyen nuestro pertrecho de artillería, solamente propio para ametrallar las calles; en cambio, el enemigo en vez de uno, cuenta ya con otro buque de guerra, y si tuviéramos la fortuna de recuperar la ciudad, tan sólo sería parte de ella, pues al querer ocupar las calles inmediatas al río seríamos barridos como barajas. Y no pararía ahí la dificultad; nuestra posición sería insostenible, porque al lograr echar al enemigo, despechado se vengaría cañoneando y arrasando la población, con daño de las familias que sufrirían las consecuencias de un bombardeo impune, supuesto que careceríamos de medios de impedirlo, ni de hostigar siquiera al enemigo, que se colocaría fuera del alcance de nuestros tiros. Considero, por tanto, como una temeridad intentar un ataque que ningún fruto nos promete. Es ir a dar dado, pues si reconquistamos la Capital, no podremos conservarla. Mientras estemos aquí, al frente del enemigo, podemos estar seguros de que no se atreverá a venirnos a librar batalla; pero es el caso que no podemos mantenernos aquí indefinidamente.

—¿Y por qué no?... —interrumpió el joven Capitán Gregorio Méndez, del batallón de la Chontalpa.

—Por varias razones: primero, porque limitándose el enemigo a provocarnos a escaramuzas, nuestras municiones se irán consumiendo, hasta agotarse, y no tenemos medio de reponerlas, habiendo recogido cuanta pólvora y plomo había en el Estado; segundo, porque va a venir la estación de las lluvias y la inundación de los ríos, que va a imposibilitar nuestro avituallamiento, y, tercero, porque cuando nos encontráramos así debilitados y aislados, los buques de guerra podrían efectuar un movimiento sobre nuestra retaguardia, formalizando un ataque por el Paso de Tamulté, con lo que seríamos tomados entre dos fuegos, o bien cortarnos, ocupando los pueblos de la Chontalpa, por Nacajuca y Jalpa. Necesitamos poner en salvo a esos pueblos, y voy a exponerles el plan que me tengo formado; —hizo una pausa, se levantó, fué a tomar un sorbo de ginebra al rincón ya conocido, y vuelto a la hamaca, en la que recobró su postura, continuó:

—El Coronel Méndez se establecerá en Cunduacán, con las fuerzas de la Chontalpa, de Huimanguillo y de la costa, y ahí se hará firme, pro-

tegiendo así todos los pueblos de aquel rumbo; yo marcharé con el Batallón "Juárez", rumbo a la Sierra, estableciendo el Cuartel General en la población que las circunstancias señalen como la más a propósito, y desde allí amagaré a los intervencionistas, para impedir se muevan sobre Cunduacán, así como las tropas aquí situadas, les impedirán se muevan sobre mí. Por ese medio la Capital resultará virtualmente bloqueada, sin que pueda contar con otros abastecimientos que los que reciba por mar. ¿Qué les parece?

El Capitán González creyóse obligado a hablar, y dijo:

—Yo de ese plan no entiendo, porque no conozco la tierra. De mí no se ha ocupado el señor Gobernador. He sido engañado, pues todo lo que se me aseguró y por lo que se me hizo moverme, fué que se necesitaba de mi concurso para recobrar la Capital, y que a tal logro se contaba con todo género de elementos de guerra. ¿Qué voy yo a hacer?

—Capitán —repuso Dueñas,— yo no lo he traído por engaño, ni me dirigí a Usted de oficio. Se trató de la conveniencia de utilizarle en la campaña, ya que su presencia en Palizada se hallaba comprometida, y se le despachó a un comisionado confidencial para que tratara el asunto con Usted. El Lic. Pedrero logró persuadirle, y se vino Usted con él. Yo no me he desentendido de Usted, y le invito a venir conmigo a la Sierra, o a incorporarse con el Coronel Méndez.

—Véngase con nosotros, compañero, —dijo con solicitud el Capitán Gregorio Méndez.

—Me tendrán por desertor en Campeche. Mi defensa habría sido concurrir a la recuperación de la Capital del Estado. Y ya que mi presencia y la de mis soldados no tiene aquí objeto, me volveré con ellos como Dios me dé a entender a mi Estado. Sabremos abrirnos paso.

—Capitán González —repuso el Gobernador— la resolución de Usted será respetada y se le ministrarán recursos para su marcha. Mayor, —continuó, dirigiéndose a Castillo,— ordene al Pagador Castaldi que ministre al Capitán González los haberes que necesite para su marcha.

—¿Cuántos días?

—Los que él pida.

González guardó silencio, que pareció contagiarse a todos los circunstantes. Dueñas lo interrumpió, diciendo:

—Se va a levantar un acta de lo aquí acordado, que firmaremos todos.

—Yo no firmo, —murmuró el Capitán Méndez.

—Ni yo tengo para qué, —adhirió González.

—En efecto, —se corrigió el Gobernador— no hay necesidad de acta, si ustedes están conformes en que no se haga.

—Nosotros somos subordinados y obedecemos, —agregó el Capitán Prado, del batallón de la Chontalpa.

—Ahora, —concluyó Dueñas— a prepararlo todo para estar listos. El Mayor Castillo comunicará la orden del día en que se señale en qué disposición y a qué hora desfilarán las compañías.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Esta declaración fué tomada como señal de que la junta se disolvía. Todos fueron abandonando la salita, taciturnos y sombríos, sin despedirse del Jefe; sólo el Coronel Méndez, que amaba a Dueñas con cariño singular, y que había asistido a la asamblea, mudo como ya hemos visto, confundido ante la resolución del amigo y superior, se quedó a solas con él, con la esperanza de que había de obtener explicaciones más satisfactorias que las que acababan de darse.

El Capitán Méndez se dirigió al Capitán González, y con voz trémula y precipitada interrogóle:

—¿Qué piensa de ésto, compañero?

—Que huimos frente al enemigo.

—Pues no huyamos nosotros.

—¿Y cómo no?

—Mi compañía me seguirá; conseguiré que las de Cárdenas y Huimanguillo, y tal vez las de Cunduacán nos sigan; reconocemos a Usted por Jefe, y con los suyos caemos sobre la capital y nos posesionamos de ella.

—¿Ya lo pensó Usted bien?... Cometeríamos un acto de insubordinación.

—Ya no tenemos Jefe. Usted've cómo el Gobernador nos abandona....

—La Ordenanza es muy severa.

—¿Y quién, y con qué autoridad nos la aplicaría?

—En fin, déjeme Usted pensar un momento. Dentro de media hora le resuelvo.

El Capitán González, en vez de dirigirse a su cuartel, se fué en busca de su General Baranda. Hallólo, le expuso todo lo ocurrido en la junta; la indignación que en algunos había causado; la resolución del Capitán Méndez, y el ofrecimiento que le había hecho, de resolverle sobre si le prestaría o no su concurso.

—¿Qué consejo me da Usted, mi General?

Este, como si se desentendiera de la solicitud de González, exhalando un hondo suspiro, murmuró:

—¡Qué lástima! ¡Cuánto buen contingente malogrado! Y todo, por la maldita falta de fe de este hombre....!

Guardó silencio, se paseó con la cabeza baja, echadas y asidas las manos hacia atrás. El Capitán le seguía con la vista. Luego, deteniéndose, continuó:

—Bravo y entusiasta patriota es este joven Méndez ¡qué lástima! El entusiasmo lo ciega. Capitán, esté Usted seguro que ninguno lo seguirá en sus arranques. El es una excepción. Estos liberales tabasqueños son fanáticos dueñistas. Donde no está Dueñas no está nadie.

—¿Opina Usted por qué yo rehusé, mi General?

—No va a haber necesidad, porque nadie de los suyos seguirá a Méndez. Ya verá Usted.... En fin, tenga Usted en cuenta que se trata de un acto de grave insubordinación. Dueñas es quien manda. Yo no puedo dar a Usted un consejo que le comprometa.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—¿Pues qué hacer?... ¿Qué va Usted a hacer, mi General?

—¿Yo?... Buscar salida. Me iré con el Licenciado Pedrero a su tierra, Teapa, y como por aquí ya no ha de haber nada, me internaré por Chiapas hasta ganar Oaxaca, y de ahí... Dios dirá. En cuanto a Usted, Capitán, eso de Méndez es una calaverada. Procure Usted ganar a toda costa el territorio de Campeche, donde puede Usted ser útil todavía.

—Así lo haré, mi General, —contestó González, en actitud de retirarse.

—No se vaya así, Capitán. Es muy probable que ya no nos volvamos a ver; si acaso, hasta dentro de mucho tiempo, quién sabe en qué circunstancias. Déme un abrazo, y a cumplir con sus deberes de mexicano.

González se arrojó en los brazos que le abría el General, ambos hondamente conmovidos, y se separaron.

Volvió el Capitán, cabizbajo, en busca de Méndez, cuando llamó su atención un alboroto como de tumulto que se producía en dirección de la plaza de Atasta, donde se acuartelaban el Batallón "Juárez" y el de la Chontalpa. Paró el oído, y no le cupo duda, era un verdadero tumulto, lo que le hizo apretar el paso en alcance de su cuartel. Llegado a él, puso su compañía sobre las armas, y despachó a un cabo a que inquiriera lo que sucedía. Momentos después llegaba presuroso y jadeante el Capitán Méndez, visiblemente turbado.

—¿Qué ocurre, compañero? —preguntó González.

—¡Que son unos cobardes! —contestó el interpelado con palabras temblorosas y entrecortadas por la ira.

—No hay quien nos siga; son unos cobardes... ¡que no tenemos artillería!... ¡madre es la que no tienen...! que cuando Don Victorio no ataca, es que no se puede; porque Don Victorio es la razón de todo en esta tierra. ¡Maldito él sea, y malditos los que lo adoran!

—Calma, compañero. Todavía está Usted muy joven. Lo que no se puede hoy, se podrá mañana.

—¡Mañana! ¿Y la vergüenza de hoy?

—No le alcanza, compañero. Otro u otros cargan con ella. Y dígame ¿qué significa ese alboroto que se oye por el rumbo de la plaza?

—Borrachera, compañero, y nada más. Ni esos que están gritando con furor de aguardiente, que estamos traicionados, se resuelven a luchar. ¡Cobardes! ¡Cobardes!

El alboroto a que se referían los interlocutores habiase calmado, cuando ya tomaba las proporciones de un amenazador tumulto. Habíalo motivado la difusión de la noticia del acuerdo tomado por el Gobernador en la junta de aquella misma noche.

El Teniente Peralta, del Batallón "Juárez", poco aficionado a los rigores de la disciplina militar, estimulado por las excitaciones de la soldadera "La Amozoc", apodo que debía al pueblo de su origen, que corría fama de querida del Teniente, le había propinado, sin gran esfuerzo por parte de ella, sea dicha la verdad, copiosas libaciones de aguardiente, amorosamente compartidas. *Sotto voce* se había murmurado que las tro-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

pas eran víctimas de una traición, y que la resolución del Jefe era el resultado de manejos de los intervencionistas. El vientecillo fué tomando cuerpo, y Peralta, emparejado con la Amozoc, ambos con el jumo arriba, se encargaron de vociferarlo por aquella parte del campamento, aquél, con la tizona desenvainada.

—¡Estamos traicionados! ¡Estamos vendidos! ¡Se nos entrega al enemigo! —iba gritando la pareja, con aullidos como de locos.

Ya se sabe cuánto es contagiosa la idea de traición en un ejército que ha sido derrotado, o a quien se retira sin combatir, de frente al enemigo; y las vociferaciones de Peralta y de la Amozoc, comenzaban a hallar fácil acogida entre las tropas que las escuchaban. Percibíanse ya conatos de rebelión, sobre todo, en las Compañías de Cunduacán, algunos de cuyos soldados seguían a Peralta. Advertido por Antón Pérez, corrió presuroso a detenerlos y hacerlos volver a su cuartel, alcanzándolos precisamente en el momento en que se aproximaban al alojamiento del Gobernador, y cuando el alboroto iba en formidable *crescendo*.

Dueñas, que escuchó el ya cercano vocerío, comprendió lo que pasaba; se caló su cachucha, echóse fuera, y sin tomar cautela alguna, se dirigió al encuentro del grupo de alborotadores. En unos cuantos pasos se halló frente a Peralta, y con voz imperiosa y seca, le impuso:

—¡Cállese, borracho!

—¡Usted nos vende! —gritó la Amozoc.

El montón se había detenido, Peralta enmudecía, Dueñas, alumbrado por la rojiza y temblorosa luz de las fogatas, asumía tamaños de gigante, y sin prestar atención a la injuria de la ebria, intimó a Peralta:

—¡Envaine esa espada, insolente! ¡A su cuartel!

El Teniente, por un movimiento automático, obedeció, y con aquello quedó disuelto el tumulto. Antón Pérez, admirado de la sangre fría de que acababa de dar muestra tan solemne el Gobernador Dueñas, aprovechó el instante para hacer tornar a su cuartel a los soldados de su Compañía.

A las diez de la noche circulaba en el campamento la orden extraordinaria en que se prevenía el levantamiento del campo y se establecía la hora y el orden en que las tropas romperían la marcha: el Batallón "Juárez", rumbo a Teapa, el de la Chontalpa y compañías libres, a Cunduacán, donde se establecería su Cuartel General.

CAPITULO XIII

LA TRAICION

MAS que retirada, lamentable derrota semejaba el desfile de las tropas republicanas abandonando su campamento. El paso de los rios se efectuaba en el desorden más completo, mezclándose en una misma canoa soldados y oficiales de diferentes Compañías. Los conductores de los caballos, algunos de estos lanzados al agua sin desensillar, se atropellaban sin curar de los riesgos a que exponían a los animales y a la gente que iba en los cayucos, en peligro de voltearse con las guiñadas bruscas y en opuesta dirección que el arranque de las bestias les imprimía. Sin antecedentes de la causa determinante de aquella marcha loca, un espectador habria tomado aquella escena por el retorno de una monstruosa gira, aun mareadas las cabezas con los vapores de la fiesta y aun no recobrado el sentido, roncadas las gargantas del reciente jacarear; y un pintor habria encontrado asunto para un cuadro de movimiento vertiginoso de multitudes, ya arremolinadas entre las altas hierbas, ya gesticulando confusas a bordo de las chalupas en arriesgado balanceo, a causa de la agitación de las aguas chapoteadas vigorosamente por los bufantes caballos, ansiosos de ganar la orilla.

Los imperialistas no debían de estar muy seguros de sí, pues cuando la aparición de sólo una media Compañía habria bastado para convertir aquella retirada en afrentosa rota, no osaron turbar el movimiento de

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO

los republicanos. Tal parecía que si a Arévalo hubiera sido dado poner puentes sobre los ríos que iba cruzando la tropa enemiga, de oro, que no de plata habríalos echado.

La marcha continuó en el mismo desorden, sin que el Coronel Méndez, único Jefe superior, intentara ordenarla; que él iba triste y taciturno, llevado maquinalmente por su caballo, indiferente a cuanto pasaba a su alrededor. Cerca de él marchaba Antón Pérez, no menos taciturno que su Jefe, presa de las ideas más sombrías, pues con el fracaso de la campaña, sus halagüeñas ilusiones iban tornándose en negro humazo que envolvía su espíritu en hondísima y desalentadora melancolía. Solían venirle como ráfagas de alucinadora esperanza, e imaginaba que todo podría repararse con mantenerse a pie firme en Cunduacán, y recomfortados los corazones, recomenzar la abandonada campaña, que habría de ofrecerle ancho campo en qué hacer valer sus nobles aspiraciones; mas apenas extendía su mirada sobre los soldados en marcha, que parecían soportar penosamente el peso de los fusiles y caminar más como inertes mecanismos, que como seres vivientes, volvía a caer en su postración y entonces, la imagen de Rosalba, como nunca radiante, reaparecía en su cerebro, no benévola y accesible, sino impropicia y como jamás fuera de alcance.

A esa hora indecisa en que huye la luz para ceder el puesto a las sombras, la mermada brigada de operaciones entraba en Cunduacán a la desbandada, y en decaimiento mayor que el que mostrara en el camino, pues ahora se agregaba el de los disparos de los fusiles que los soldados descargaban a su antojo, con lo que difundieron en la villa la alarma y el terror.

El Coronel Méndez se cobró a su antiguo Cuartel General, dictó las disposiciones que tuvo por más urgentes y esperó el consejo de la noche.

La primera nueva que le rindieron al amanecer del siguiente día, fué que las avanzadas habían desertado en masa. Algo más tarde se le daba parte de que las compañías de Cárdenas y Huimanguillo estaban para llegar a las manos por agravios entre sus respectivos jefes, y que ya se formaban una frente a otra, en son de batalla. Fuese a ellas, logro calmar la ira de que se manifestaban poseídas, hizolas volver a sus cuarteles, con la promesa de que aquél mismo día serian socorridas y retiradas a sus pueblos. Y así lo hizo, en efecto, despachándolas con prudente intervalo, las de Huimanguillo primero y luego las de Cárdenas, a fin de evitar que en el camino, que para ambas era forzosamente el mismo, se renovara su resentimiento y fueran a destrozarse en escandaloso encuentro.

Cuidó de que aquella noche las avanzadas fueran de gente escogida entre la de mayor confianza, recomendando a los jefes de día las recorrieran con la mayor frecuencia, pues ya circulaban rumores de que los imperialistas, sabedores del desbandamiento que se operaba en las filas de los republicanos, se apresuraban a venir sobre ellos.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

La desmoralización cundía. Durante la noche, de las compañías de Cunduacán habían desertado de su mismo cuartel el mayor número de soldados, quedando reducidos a ochenta. Sólo se mantenían íntegras las de la costa, que no excedían de doscientos cincuenta hombres. La situación se hacía crítica, y bien se percibía y palpaba que con aquella tropa era imposible intentar resistencia alguna, y hasta había el riesgo de que a la simple noticia de la aproximación del enemigo, huyera desconcertada. De fuerza había, pues, qué abandonar la partida. Así lo acordó el Jefe, habido consejo con los Capitanes, y aquella mañana misma, a las diez, las compañías de la costa tomaban el camino de Comalcalco, esperando solamente para disolverse lo que quedaba de las de Cunduacán, la partida del Coronel Méndez, con su hermano el Capitán y sus ayudantes, señalada para el mediodía.

El almuerzo de despedida iba a serles servido en la casa de un amigo de intimidad, situada en la calle del Santuario, frente a la cual, a las doce del día, veíanse ya los caballos ensillados, piafando de impaciencia, tenidos del diestro por asistentes y estaferos. En el interior debía reinar la mayor animación, como lo demostraba el jocoso ruido de voces y de risas que llegaban hasta la calle.

En esto, con andar precipitado, casi corriendo, demudado el semblante, penetraba un individuo en la casa en que se servía el almuerzo, y sin parar, jadeante, se entró hasta el comedor, y mal articulando las palabras, exclamó:

—¡En salvo, señores! ¡En salvo! No hay tiempo qué perder.

—¿Qué ocurre, Vencho? —preguntó el dueño de la casa.

—Que si no se marchan ahora mismo, están perdidos.

—¿El enemigo? —interrogó el Capitán Méndez, poniéndose de pie.

—Peor que eso. Acaba de pronunciar el cuartel por el imperio, y ya viene a prenderlos.

—¿Cómo? —articuló el Coronel.

—Como lo digo. Pero, por Dios, no hay tiempo qué perder. Escápense.

—¿Y quién ha hecho eso, Don Vencho? —tornó a decir el Coronel.

—Antón Pérez, —contestó Don Vencho con acento perentorio.

—¡Imposible! —exclamó el Jefe.

¿Qué había de cierto en tan alarmante nueva?

Doña Socorro, atenta a cuanto pasaba en las filas republicanas, pronto a ayudar al triunfo de su causa, había desplegado todos los recursos de su astucia para acabar de desmoralizar a los restos de la brigada y fomentar la deserción. Sus esfuerzos iban alcanzando el éxito más cumplido, y al ver completamente desecho el cúmulo de elementos de guerra que se habían agrupado en derredor de Dueñas, no cabía de regocijo. Mas no contenta con tamaño logro, al ver que las compañías de la costa, las más fieles a la causa de la República, evacuaban la villa, a cuya lealtad se abandonaban por unas cuantas horas los hermanos Méndez, tuvo una inspiración digna de su cerebro. Concibió la idea de capturarlos para ofre-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

cer a Arévalo el máspreciado trofeo. ¿Cómo realizarlo? Difícil era, no para ella, capaz de todo en los dominios del mal.

Allí estaba Antón Pérez: Rosalba sería el resorte.

—¡Paulina! ¡Paulina! —llamó y acudió una criada.

—Ahora mismo, corriendo, llégate al cuartel, pregunta por el Teniente Pérez, y de mi parte, que urge venga al punto.

Partió Paulina, encontró a Antón, comunicóle el recado, el Teniente hizo una mueca y contestó con visible desagrado:

—Que allá iré. Ahora estoy muy ocupado.

No habían pasado cinco minutos, cuando tornó la criada con nuevo y más urgente llamamiento a Antón, quien no se manifestó más solícito que al primero, limitándose a contestar de modo brusco:

—¡Que allá iré!

Doña Socorro se moría de impaciencia, horas se le hacían los instantes, e iba y venía, asomándose a la puerta ansiosa de la llegada de Antón, pero Antón no parecía.

Cansada de esperar, entró con resolución a su alcoba, se echó un rebozo sobre los hombros, y fuése derechamente hasta la puerta del cuartel. Sin que tuviera qué anunciarse, un soldado corrió a dar aviso al Teniente de la presencia de la señora, y ya esta vez, no pudo esquivarse, y marchó al encuentro de ella.

Doña Socorro, que era visto no quería perder momento, hizo a un lado su natural soberbia, y sin dirigir a Antón el más insignificante reproche, dijole con afectada sorpresa:

—Pero, ¿qué haces, niño? Si ésta es tu hora.

—No comprendo, señora.

—Entonces no estás en este mundo. Si se te escapa esta ocasión, adiós de tus esperanzas. . .

—Aun no caigo, señora.

—¡Ah! vamos; ya no piensas en Rosalba. . .

—A Dios pluguiera, señora. Hoy con más desesperación que nunca.

—Pues hoy es cuando ya no debes desesperar; hoy se realizan tus esperanzas. Tu suerte está en tus manos.

—¡En mis manos! —exclamó el joven atónito.

—En tus puras manos, niño. Rosalba se te entrega.

—¿Dónde está ella? —preguntó más atónito aún.

—Aquí, en tu cuartel.

Pensó Antón que Doña Socorro se mofaba de él, mas ella sin dar tiempo a nuevos asombros del Teniente, se apresuró a aclarar el enigma.

—Tú sabes que nuestro partido, el Imperio, se compone de la gente más decente del país. Si entras en él lograrás alternar con las clases más encopetadas. Rosalba no corresponde a tu amor de pura soberbia, no porque no le intereses, que hasta te quiere, yo soy quien te lo digo; y cuando vea que no eres el obscuro pardo del pueblo, sino sujeto de significación y hasta de importancia, antes que tú vayas a ella, se adelantará y ella vendrá a ti. Como te lo digo. Ea, pues, ahora o nunca. Vas a colocarte en primera línea, a ser la primera autoridad de la villa, y quién sabe qué

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

más... Tu dicha depende de tí, está en tus manos. Anda, entra en tu cuartel, pronúnciate con tus muchachos por el Imperio, y para que tu golpe sea decisivo, para que de un brinco saltes a la mayor altura, anda, apodérate de los Méndez, están almorzando en casa de Sánchez, ahí los haces prisioneros, y te ganas todo el favor y privanza del General Arévalo. Anda, no vaciles.

Doña Socorro habia soltado toda esta tirada sin parar, acompañando sus palabras con gestos y ademanes que habria envidiado el más consumado retórico.

El pobre de Antón se sentía mareado, estaba cogido, y sólo acertó a aventurar esta objeción:

—Pronunciarme, sí; pero aprisionar a mi antiguo jefe que tanto me ha querido, señora, eso si me parece demasiado, no tengo valor para tanto.

—¿Y qué daño le vas a hacer, inocente? ¿Crees que corren algún, riesgo con Arévalo?

—¿Y quién dice que no?

—Ninguno, ninguno. ¿Acaso los cogerá combatiendo? Al contrario, se van a hacer grandes amigos, y los Méndez van a ser también de los nuestros. Sobre todo, es de tu interés acercarte a Rosalba lo más que se pueda, deslumbrarla... .

—Sea, señora, —murmuró Antón con voz trémula.

Y sin más vacilar, se metió en el cuartel, habló con los dos sargentos de la mermada compañía, mandaron éstos formarla, hubo un rápido cambio de palabras con los soldados, y entonces Antón, desenvainando su espada y colocado frente a las filas, gritó con voz todavía temblorosa:

—¡Muchachos! ¡Viva el Imperio!

—¡Viva! —contestaron a una los soldados.

—Ahora, Sargento Beltrán, —dijo Antón— quince muchachos a guardar el cuartel con Usted y veinticinco con el Sargento Federico, que me sigan.

La orden fué al punto obedecida, y a la cabeza de sus veinticinco hombres, se dirigió Antón a la casa en que los Méndez almorzaban alegremente.

En el momento en que el Coronel prorrumpló en la exclamación ¡Imposible! para negar el aserto de Don Vencho, oyóse en la acera de enfrente el sordo golpe de fusiles al caer en descanso.

—¡Sargento Federico! —ordenó Antón,— adelantese a notificar al Coronel Méndez y a los oficiales que le acompañan, que se den presos.

No tuvo necesidad de entrar a la casa el Sargento, pues en aquel punto el Capitán Méndez se lanzaba fuera, y de pie, desde la acera opuesta, erizados de punta los lazos cabellos y la no menos lacia barba, y fulminantes los ojos, tal como si fuera el vivo Genio de la indignación, prorrumpló en estos gritos, que le salían borbollantes de la espumante boca:

—¡Bravo, Teniente Pérez! Así cumple Usted el juramento que hizo Usted a su bandera; así emplea Usted las armas que la Patria puso en

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

manos de Usted para su defensa. ¡Traidores! ¡Traidores a su bandera, traidores a la Patria! ¿Qué buscan aquí? ¿Qué quieren de nosotros? Ase-sinarnos; no vamos a defendernos. Teniente Pérez, colme Usted su crimen, cumplan con su papel de asesinos. Aquí estoy yo, ¡maten! —y diciendo esto, dió un paso adelante, y abriéndose la solapa de la chaqueta, presentaba el pecho,— ¿Qué les detiene? ¡Traidores! ¡Asesinos!

En aquel momento, un soldado de los que escuchaban la violenta y ultrajante increpación, alzó el fusil, en ademán de apuntarlo. Antón Pérez lo advirtió, y desenvainando la espada se fué sobre el amenazador soldado, gritando:

—¡Abajo esa arma! Al primero que se atreva a disparar lo atravieso.

El Capitán Méndez, seguía:

—Prefiero la muerte a la ignominia de verme en presencia de ustedes. ¡Traidores! ¡Asesinos!

—Asesinos, no lo somos, mi Capitán, ya lo está Usted viendo, —repuso Antón.

—Yo no soy Capitán de bandidos traidores, ex-Teniente Pérez.

—No somos traidores, —tornó a replicar Pérez,— queremos salvar a nuestra patria de la usurpación de los yanquis.

—¡Sí, salvarla! y la entregan al extranjero. Lindos patriotas, famosos mexicanos, —proseguía Méndez.— Quisiera yo no tener ojos para ver a ustedes, quisiera yo ser rayo para exterminarlos. Raza maldita, raza de alacranes que pagan a la patria, a nuestra santa madre, royéndole las entrañas. Teniente Pérez, una última palabra: en nombre de la Patria, en nombre del juramento que prestó Usted a su bandera, en nombre del deber santo, le llamo al cumplimiento de sus deberes de soldado, de mexicano, de honradez: deponga Usted esas armas que de benditas está Usted convirtiendo en infames. Teniente Pérez, dignos cunduacanecos ¡Viva la República!

Nadie contestó.

En aquella sazón, las muchas personas que habia en el interior de la casa, ocupadas en contener al Coronel Méndez que en el paroxismo de su furor habia intentado traspasarse con la espada, y que al serle arrancada de la diestra, habia caído en un convulsivo vértigo de rabia, rodearon al Capitán, y a viva fuerza, arrancándolo en peso, lo metieron adentro; en tanto que el amo de la casa, ayudado por algunos más de los que creían gozar de mayor ascendiente en el ánimo de Antón, se acercaron a parlamentar con él. Rápida fué la plática y debió de ser persuasiva, como que el Teniente, volviéndose a poco a sus soldados, mandó echar armas al hombro, y a la cabeza de la pequeña columna, se encaminó al cuartel.

Doña Socorro, que bañada en un mar de contento estaba pendiente de lo que ocurría, se quedó sorprendida al ver desfilar la tropa sin traer entre filas a los prisioneros, volvió a echarse el rebozo encima, y fuése en busca de Antón, quien parecia estar en espera de ella, pues salió a encontrarla.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—¿Qué ha pasado, chico? —inquirió la dama con viva ansiedad.

—Nada; que no pude sobreponerme a los sentimientos de cariño y respeto que profeso al Coronel.

—Pues buena la has hecho. ¿No ves que dentro de algunas horas volverá con sus fieles de la costa, y caerá sobre ti, y lo sufrirá la población?

—No vendrá, señora. Tengo seguridades.

—¿Te ha empeñado su palabra de honor?

—No he hablado, ni hubiera podido hablar con él de vergüenza.

—¿De vergüenza?

—Sí, señora; vergüenza tengo de la felonía que le he jugado. ¡Ah! señora, Dios sabe que a no estar de por medio esta desesperación mía que se llama Rosalba, no habría quebrantado mis juramentos ni la ley de respeto y estimación que me obliga para con el Coronel Méndez. ¡Ojalá y en el curso de los acontecimientos se me proporcione ocasión de darle testimonio de mi gratitud!

—Ya está hecho, y a lo hecho pecho. Quiera Dios que no te arrepientas. De pronto tus méritos para con Arévalo no van a tener la misma magnitud que si le hubieras de presentar la buena presa de los hermanos Méndez.

—¿Y qué iba a hacer el General con ellos? Tal vez lo liberte yo de una carga.

—No hablemos más de esto. Ahora, al avio. Levantas tu acta de proclamación del Imperio y sin pérdida de tiempo la comunicas de oficio. Yo también voy a escribir y a ponerte por las nubes.

Aquella misma tarde fué despachado el expreso conductor de los papeles oficiales en que Antón Pérez daba parte del espontáneo sometimiento de la Villa a la causa imperialista, y de la carta de Doña Socorro, en la que sin regatear elogios al bravo joven que había encabezado ostensiblemente el movimiento, sacrificaba su modestia declarándose el alma del atrevido golpe.

No cupo el regocijo en el pecho de Arévalo, que con la adhesión de Cunduacán, el imperialismo quedaba adueñado de toda la Chontalpa, y se apresuró a contestar en la forma más encomiástica al joven Antón Pérez, a quien, prometiendo un porvenir deslumbrador, le enviaba el despacho de Capitán con el ofrecimiento de ir en breve a estrecharlo entre sus brazos.

Doña Socorro iba a sufrir mareos con el incienso que la prodigaba, y ya tenía para contarse entre las grandes damas que en las intrigas de Corte han decidido del destino de las naciones.

Con efecto, dos días después, Arévalo, con ruidoso cortejo de numeroso Estado Mayor y de amigos, se presentó en Cunduacán, donoso, arrogante e irresistible. Joven, bien personado, resuelto, y con la viveza propia de su raza, fué acogido con agasajadora simpatía. Lo más principal de la Villa acudió a presentarle sus homenajes, y no faltó de los primeros Don Rafaél del Riego, antípoda de su homónimo asturiano el héroe de Cabezas de San Juan, que el nuestro Don Rafael era acérrimo

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

partidario de los gobiernos fuertes, o sea del pan y palo, y a no ser su innata pusilanimidad, ya se hubiera metido en armas para guerrear por la buena causa.

Tuvo para Antón el Jefe imperialista las más señaladas distinciones, y como no faltó quien le insinuara cómo andaba el joven Capitán fuera de quicios por la bella Rosalba del Riego, con indiscreción andaluza tocóle la herida, y de curarla se ofreció garante.

—Como Usted ha de ser quien mande aquí, —dijole a la postre,— y como tengo necesidad de tenerle a mi lado, me ha de indicar Usted a quién desea se encomienden las funciones de la autoridad pública.

—Gracias, señor, —contestó Antón,— designe Usted a quienes guste.

—Ni conozco a nadie aquí, ni puedo tener confianza en quien Usted no la tenga. ¿Es hostil a Usted en sus pretensiones el Don Rafael del Riego, padre de su Rosalba?

—Lo ignoro, —respondió Antón, poniéndose de color de grana.

—¿Qué le parece de Prefecto Municipal?, y le haremos entender ser Usted quien lo propone.

—No sé cómo recibirá esa distinción; mas temo que sabiendo le viene de mí, tal vez rehusara.

—Pues qué ¿no es adicto a nuestra causa?

—Adicto lo es, pero no ha de ser extraño a las esquiveces de su hija. Es gente aristócrata, y me tiene muy en menos.

—Pues haremos porque le tengan en más.

Llamó a un Ayudante, ordenóle que fuera en busca de Don Rafael del Riego, con recado de necesitarlo, y dijo a Antón:

—No se me vaya, compañero, que ha de presenciar esto.

Y para entretener el tiempo en provechosa plática, púsose a preguntar sobre peculiaridades y circunstancias de los pueblos y de las personas de aquella región tabasqueña.

No tardó en presentarse Don Rafael del Riego, con cara compungida, barriendo el suelo con el sombrero y sonriendo a Antón con sonrisa de tímido halago.

—Señor del Riego, —le dijo Arévalo,— tenemos necesidad de constituir autoridades, y por adicto a nuestra causa, el señor Capitán Pérez propone a Usted para Prefecto Municipal.

Don Rafael dirigió a Antón una expresiva mirada de agradecimiento, y turbado y titubeante, tras breve reflexión, contestó:

—Señor: grande honra se me hace con el cargo que por indicación del Capitán Antón Pérez, a quien tanto estimo, trata de encomendárseme. Con gusto lo aceptaría, porque soy ardiente partidario de nuestra noble causa; pero es el caso que ahora no gozo de buena salud, y no voy a poder consagrarme cual es debido a las labores del empleo.

—¿Quiere decir que se excusa Usted de servirnos? —observó el jefe imperialista, dando a su voz inflexión de reproche.

—No tal, señor. Con gran gusto serviré; sólo que de momento no me es posible. . . —y siempre titubeando y angustioso, fija la mirada en

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

el semblante de Arévalo, prosiguió:— Un corto plazo, Señor, mientras me curo, un mes. . . . dos meses. . . . Quiero servir de verdad.

—Ya oye Usted, Antón, su candidato se niega a servir.

—Que no me niego, señor. De momento, no puedo; pero ya que se me dispensa confianza, que mucho agradezco a Usted y a este mi querido Antón, me atrevo a proponer quien me substituya interinamente.

—Veamos ¿a quién nos propone?

—Pues a mi primo Don Felipe Ruiz, le conoce Antón. En otro tiempo fué Capitán reaccionario.

—¿Qué dice Usted, Capitán Pérez?

Antón sonrió con sonrisa un tanto despectiva, y contestó:

—En fin, como no ha de batirse, no me parece malo.

—Pues será nombrado Prefecto Municipal el primo de Usted Don Felipe Ruiz. Y en cuanto a Usted, señor del Riego, quedo confiado en que ha de servir a la buena causa, y, sobre todo, que ha de ser el mejor amigo del Capitán Antón Pérdez, que es como si se tratara de mí mismo.

—Gracias, mi jefe, —murmuró Antón.

—Si siempre lo he querido mucho. . . . —dijo el tímido del Riego, con afectada efusión, y para confirmar sus palabras, echó los brazos al joven Capitán, quien no se dió a aquella muestra de afecto, comprendiendo que era sólo el miedo el que la inspiraba.

Ido el Don Rafael, Arévalo a solas con Antón Pérez se entró en cordiales confianzas, que tras de halagar el amor propio del joven le hincharon el pecho de lisonjeras esperanzas, y hasta tuvo un sentimiento de gratitud para Doña Socorro que lo habia puesto en tan buen camino.

—Necesito que Usted me acompañe en la excursión que voy a efectuar por estos pueblos de la Chontalpa, que no conozco, —dijole—, y en la que me va Usted a ser sumamente útil. Voy a hacer extender el nombramiento de Prefecto a ese señor Ruiz, de cuya bizzarria no parece tenga Usted el mejor concepto, —y acercándosele y golpeándole el hombro con abierta familiaridad, continuó, sonriéndole: —¡Mire cuál se le encariña su futuro papá!. . . .

Antón bajó la cabeza visiblemente turbado al escuchar el bienhechor pronóstico.

—Ahora, amigo, a dar al nuevo Prefecto las instrucciones que juzgue Usted convenientes, y a alistarse para nuestra excursión que comenzará mañana mismo.

Fuése Antón tan fuera de sí, tan embargado por la sensación de bienestar que experimentaba, que le pareció como si un ser distinto brotara del fondo de su conciencia.

Cuando a la vuelta de la excursión fué Antón a despedirse de sus cariñosas tias, pues el jefe imperialista no consintió en que se le separara, lejos de que las buenas mujeres hallaran lenitivo a su pesar con el montón de dinero, tan grande como jamás lo vieran ante sus ojos o se lo imaginaran, que les entregó, abrazadas al cuello del amado sobrino, sollozaban sin consuelo, mal articulando palabras incoherentes, tan doloridas, que parecían el último adiós al muerto que se va.

CAPITULO XIV

SANCHEZ MAGALLANES Y EL CAPITAN GREGORIO MENDEZ

DOS días bastaron a Antón para darse cuenta de la poca regularidad que reinaba en la tropa imperialista. Arévalo, intrépido y fogoso, cifraba el éxito, más que en la disciplina de sus soldados, en el denuedo y el arrojo, estimulados por la expectativa del botín que les tenía ofrecido para todas las ocasiones en que tuvieran qué combatir, aparte de la buena soldada con que los retribuía, en lo cual, como quien gasta de lo ajeno, era el andaluz de mano bien abierta. Llamóle la atención el joven Capitán sobre los peligros que ofrecían hombres de guerra así gobernados, y Arévalo que era perspicaz, oyó con provecho las observaciones modestamente apuntadas por Antón, que, aunque no había batallado hasta allí en campaña alguna, no corto caudal de saber había sacado de sus lecturas de la Historia Militar de Francia. A eso se debió que desde el día siguiente el Jefe imperialista se preocupara seriamente de los detalles de la disciplina, y el imperio de la Ordenanza comenzaba a hacerse sentir entre su tropa, compuesta, en su mayor parte, de mercenarios aventureros de diversas nacionalidades. Los soldados ya no vivieron entregados a la holganza, amenazando a la gente pacífica con sus escandalosos desmanes, sino que se les hacía emplear el tiempo en ejercicios militares y en la enseñanza que recibían en los cuarteles.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Este nuevo modo de ser fué del mejor efecto, pues al par que la gente se hacia más apta para el combate, la alarma en que mantenian a la población tornóse en sosiego y confianza. La causa imperialista se robustecia con las noticias que por diferentes conductos llegaban a la capital de Tabasco. El General republicano López Uraga se habia pasado al enemigo con todo su cuerpo de ejército, en su Cuartel General de San Marcos; el General Bazaine, a manera de Júpiter Tonante, fulminaba sus legiones en todos sentidos; las Capitales del Centro y algunas del Norte eran ocupadas triunfalmente, y alli donde los fieles a la Patria intentaban sostenerse o recobrar lo perdido, recibian el escarmiento de su temeridad. Dos columnas paralelas avanzaban victoriosas hacia los Estados de la Frontera Norteamericana, y Juárez escapaba milagrosamente de la felonía de Vidaurri, comprometido a capturarlo y entregarlo al expedicionario de Napoleón III. Los soldados de la República, desnudos y hambrientos, dispersados en todas direcciones, sólo alentaban por la simpática atracción que ejerce el sacrificio sobre los corazones bien templados. En la atmósfera resonaba solo un ruido: el Hossanna de bienvenida a los redentores de México. Habia para dormir tranquilo con este éxito consumado del soñador de las Tullerías, y tranquilo dormía Arévalo, cuando a la media noche del 6 de Octubre, fué bruscamente despertado por un Ayudante que penetró en su alcoba para comunicarle la súbita presencia del Prefecto de Cárdenas.

—¿Qué ocurre? —gruñó con enojo, incorporándose.

—Ahí está él.

—Que entre.

El aludido no aguardó a que se le comunicara la orden. Bastóle oírlo, para penetrar en la alcoba.

—¿Qué pasa, González? ¿Qué significa su presencia a esta hora?

—interrogó Arévalo.

—Que no he huído como un cobarde. Solo, no podia defenderme contra doscientos asaltantes. Debo estar con vida, que ¡voto a Dios! mejor me hubiera sido haberla dejado, a la solicitud de un amigo, que me impidió entregarme al enemigo.

—¿Qué enemigo? —volvió a interrogar Arévalo con alguna ansiedad.

—Los liberales. A las cinco de la mañana han caído sobre Cárdenas, encabezados por un viejo, por Sánchez Magallanes. Conmigo, ni un soldado; no contaba yo más que con diez Guardias de Policía que, ¡miserables! se pasaron a los asaltantes.

—¿Qué número de fuerzas contará ese Magallanes?

—El amigo que me salvó los calcula en doscientos.

—Retírese, González —articuló de mala manera el Jefe imperialista.— ¡Ayudante! —gritó— que venga en el acto el Capitán Pérez.

Antón no se hizo esperar.

—¿Que manda, mi Jefe?

—Que los liberales han sorprendido a González, haciéndolo huir de Cárdenas. ¿Quién es Sánchez Magallanes?

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—¿Un viejo liberal, muy astuto, según cuentan de él.

—El es quien acaudilla a esos bandidos. Vamos sobre ellos, que me está hirviendo la sangre.

—¿Puedo hablar?

—Para oírle le llamo.

—Yo no procedería así. Ante todo, hay que salvar a Conduacán, y cerciorarse de lo que haya ocurrido después del asalto de Cárdenas. Ni Conduacán podría defenderse del ataque de los cardenenses, ni el Prefecto Ruiz sería capaz de hacer frente. Ahora mismo marchó; preparo la resistencia si aun es tiempo, o pongo en salvo aquellos elementos, que son de tanto precio. Mis paisanos, señor, son soldados ejemplares.

Tan oportuna y categórica pareció a Arévalo la indicación de Antón Pérez, que aceptándola de plano, se limitó a decirle:

—Bien pensado, compañero. Cuidado, sí, con alguna temeridad.

—No la habrá, mi General. Por lo demás, el miedo es mal pertrecho de guerra. Llegaré a Conduacán, despacharé a un muchacho de confianza rumbo a Cárdenas, y antes de que expire el día sabremos a qué atenernos. No creo tenga importancia lo acaecido.

—Tampoco yo se la doy. González ha procedido como un cadete.

Despidióse Antón, y sin perder tiempo, con la sola compañía de su asistente, tomó camino de Conduacán. En realidad no le preocupaba aquello. Por locura, la más temeraria, reputaba el atrevido acto de Magallanes. No era aquella la hora de volver por la causa de la República, por todas partes vencida y arrollada. El Imperio se imponía como por mágica virtud, y demencia habría sido dudar de su triunfo definitivo.

Mal apuntaba el Sol cuando llegó a la Villa, e incontinentemente procedió a expedir un escotero de la mayor confianza, que acercándose a Cárdenas lo más posible, inquiriera lo que por allí pasaba. En Conduacán de nada se tenía noticia. Con la misma premura ordenó al Prefecto Ruiz, a quien nada inició, procediera a reunir las Compañías locales. De ellas, sólo pudieron ser habidos unos cien hombres, que no habiendo motivo de alarma, todos andaban ocupados en sus ordinarias faenas.

A las tres de la tarde regresaba el expreso. Había llegado a Cárdenas encontrándola tranquila, pues los ocupantes del día anterior, la tropa liberal que acaudillaba Sánchez Magallanes, sólo había permanecido en ella unas cuantas horas, retirándose rumbo a los bosques de Santa Ana, y no había quedado rastro de ellos.

Con estos datos que merecieron a Antón fe completa, dispuso que los cien soldados que lograra reunir marcharan en el acto para San Juan Bautista, siguiéndoles él media hora más tarde.

A las siete de la noche saludaba a Arévalo, y sin esperar pregunta, le dijo:

—Los liberales de Magallanes no las tienen consigo. Se limitaron a dar el golpe, asustando al Prefecto. Horas después evacuaron la población rumbo a Santa Ana, según los dices que recogió mi enviado. Magallanes es un taimado a quien hay que beber los vientos. Bien pudiera

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

ser que su retirada fuera un falso movimiento para caer sobre Cunduacán y sorprenderla con la mayor facilidad, por ser accesible en todos sentidos. Si este es su intento, es preferible dejársela; que caiga en la ratonera y allí lo atrapamos, y dé un solo golpe acabamos con su bellaquería. De eso me encargaría yo, si Usted me confía la empresa. La tropa de Cunduacán estará aquí dentro de una hora, la dejó pasado el río González; trae bravos oficiales; no cuento al Prefecto, porque éste viene de miedo de quedarse solo.

—Muy bien, Capitán. ¿Y cómo sabremos si Cunduacán ha sido ocupada por el enemigo?

—Dejé gente lista, que venga a escape y nos comunique novedades.

—Perfectamente. Ahora disponga Usted dónde ha de acuartelarse su gente, que ya daré órdenes al Mayor Garrido haga se cumpla lo que Usted ordene.

—Gracias.

—Le espero a cenar conmigo; y en seguida a tomar algún descanso, que bien estropeado ha de sentirse.

—Gracias, —repitió Antón, y se fué a arreglar la instalación de sus soldados.

Cuando pasado el día siguiente sin ninguna novedad, había para pensar que lo de Magallanes había sido necia intontona desvanecida en humo, otra sorpresa vino a turbar la quietud de los imperialistas. Poco antes de la media noche echaba pie a tierra a la puerta de la casa de Arévalo un caballero que vestía pantalón y chaqueta militar. No parecía que trajera premura, no obstante que su caballo y el del mozo que le acompañaba, se mecían de cansancio, respirando con fatiga. No se hallaba allí el bizarro andaluz, que asistía a un baile que le ofrecía el comercio, deseoso de ganar su gracia.

Por él preguntó el recién llegado al Ayudante de guardia, e informado dónse se encontraba, rogóle fuera a dar parte de su presencia. El Ayudante, que le conocía, no se imaginó fuera por cosa extraordinaria, tal era el reposo con que hablaba.

Apenas supo Arévalo de quién se trataba, comprendió lo ocurrido. Llamó a Antón Pérez, con él se escurrió fuera de la sala de baile, diciéndole:

—Otro espantado. Ahí tenemos a Romanco, que, de verdad, no es asustadizo. ¿No cree Usted que los de Cárdenas hayan caído sobre él?

—Bien puede ser, señor.

Ya frente al fugitivo Prefecto, cuyo aspecto no revelaba emoción ninguna, interrogó el Jefe:

—A ver, Romanco, ¿qué ha acontecido? y sea breve, porque tengo qué volver al baile.

—Que Comalcalco se ha sublevado. Más de doscientos me han atacado el cuartel y mis pobres veinte soldados sólo tuvieron tiempo de poner pies en polvorosa. He escapado a uña de caballo, rompiendo cercas y tomando por atajos. En Jalpa estuve a punto de ser atrapado.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—¿Magallanes? —interrogó Arévalo. Y como el Romanco no comprendiera la pregunta, Antón se la tradujo.

—El General quiere saber quién es el cabecilla de esos pronunciados.

—Ha de ser Gregorio Méndez. Cumpliendo órdenes de mi General, ayer lo despaché, para que bajo su palabra de honor viniera a presentarsele.

—Si: iba yo a sacarlo de la tierra. Me han asegurado que los hermanos Méndez son peligrosos. Y ¿qué más?

—Que habia su complot formado. Algunos amigos me pidieron acompañarlo; consenti, ningún peligro veia en ello. En llegando a Jaipa, allí se les agregaron algunos más, y como Pedro por su casa, se dirigieron a la Prefectura y se apoderaron del depósito de armas y municiones que en ella habia sin custodia alguna, como si para ellos estuvieran allí. Han de haber penetrado en Comalcalco por la noche, y arreglado el golpe.

—¿Y cuál Méndez es ése?

—El comerciante; muy popular entre aquella gente, inofensiva, al parecer.

—Pregunto al Capitán Pérez, que ha de saber más.

—¡Ah! —contesto el aludido.— Si que le conozco. Es un republicano muy entusiasta y valeroso.

—Ese informe tenia, y que él y su hermano son hombres peligrosos; por eso habia yo acordado la expulsión de ambos.

—Ahora sí que no hay tiempo que perder, —agregó Antón.— Hay que evitar a toda costa la reunión de los de Magallanes con los de Comalcalco.

—Señores, —dijo el llamado Romanco, que no habia comprendido las últimas palabras del Capitán Pérez,— tengo el deber de recobrar lo perdido. Déme Usted cien hombres, esos me bastan; y con mi cabeza respondo a Usted de escarmentar a los sublevados. Esa sola demanda me trae ante Usted, y no me la va a negar.

—Pues por negada, Romanco. Yo seré quien vaya a escarmentar a esos insolentes y a recobrar Comalcalco. Lo más que puedo concederle, y eso porque sé que no es Usted cobarde, es que sea de los nuestros. Irá Usted bajo las órdenes del Capitán Pérez.

—¿Y mi antigüedad, señor?

—Pues no irá Usted. ¡Es curioso! se dejan sorprender y defienden prerrogativas. En la milicia, lo primero es merecer.

—Gracias, señor, —murmuró Antón— yo no me creo con derecho a ningún merecimiento.

Arévalo, sin hacer aprecio de las palabras del joven Capitán, le dijo:

—Ya está mi plan hecho. Tomaremos el mayor número de caballos de los más fuertes de que podamos disponer; les echamos encima dos jinetes; y, saliendo del baile, derecho a Comalcalco.

—Muy bien, señor; pero ¿derecho? —preguntó Pérez.

—Si; hay que acortar distancias.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—Derecho entiendo por Nacajuca y Jalpa. . . .

—Eso es.

—Por ahí fracasamos. Serían advertidos los sublevados y tendrían tiempo de huir el bulto.

—Pues ¿y por dónde?

—Por Cunduacán, señor.

—Por allí tendremos qué hacer un rodeo muy largo, y nuestros caballos van a inutilizarse. Dieciocho leguas. . . .

—No, señor, no alargamos distancia, antes la acortamos. Yo conduciré la expedición, y por ahí estoy seguro de que sorprenderemos a los rebeldes.

—Pues por Cunduacán. Ahora, al baile. Ahí está Garrido y haré que proceda a alistar la caballada disponible, y la mejor gente.

—De la mía, señor. Esa conoce el terreno palmo a palmo.

—De la suya, de preferencia.

A las cinco de la mañana los madrugadores veían con algún asombro el desfile de ochenta caballos, cada uno llevando dos jinetes, armados de infantería, que tomaban en dirección de Atasta. ¿A dónde irán? se preguntaban. Y los que se tenían por bien informados, decían: Van sobre Cárdenas, ocupada por los liberales.

En la hacienda de la Trinidad hizo la expedición un breve alto, y con esta ocasión el Administrador desplegó las mayores atenciones y solicitudes para con el jefe imperialista, tal cual si fuera el más entusiasta partidario de la causa. Cuando volvieron a emprender la marcha, Arévalo hizo observar a su Capitán Pérez las excepcionales muestras de adhesión que acababa de recibir del Administrador, a lo que Antón contestó:

—No hay qué fiarse, mi General. Para mí son puras apariencias, papel estudiado. Este Don Mariano Aguilar no puede sernos adicto. Es un viejo liberal muy marrullero. Toda la Guerra de Reforma la hizo bajo las banderas del General Corzo, caudillo chiapaneco. Tiene toda la malicia y doblez de los coletes. No hay qué fiarse, mi General.

A las nueve, la tropa entraba ruidosamente en Cunduacán. Rancho para los soldados, un pienso a los caballos, y a todos un descanso, y a la una, otra vez en marcha camino de Jalpa. Una hora después, por indicación de Antón Pérez, se abandonaba el camino, y guiados por dos prácticos se entró por una senda a través del bosque alto y espeso.

—Capitán Pérez, —dijo el Jefe a nuestro héroe.— Usted es aquí el más experto y a Usted encomiendo el mando. Garrido, —añadió, volviéndose al Mayor,— no se obedecerán más órdenes que las del Capitán Pérez, pena de la vida el que no las acate.

—¡Gracias, señor! —exclamó Antón.— Acepto la responsabilidad y me atrevo a pedirle una gracia.

—Otorgada, —contestó sin vacilar el andaluz.— ¿Diga cuál?

—Tengo mis cuentas pendientes con los hermanos Méndez. Si caen, deseo disponer de la suerte de ellos.

—Ya estaba concedida.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Y esto dicho, echóse Antón a la cabeza de la tropa.

Cosa de las cinco serian cuando mandó hacer alto, echar pie a tierra a un jinete de cada caballo, y a formar. Fraccionó en seguida sus soldados en cuatro cortas secciones, dos de a pie y dos montadas, comunicó sus últimas instrucciones a los respectivos oficiales que las mandaban y ordenó el avance. Cinco minutos después desembocaban a un amplio camino, y una vez allí, las guerrillas tomaban las direcciones indicadas por Antón. El, con una de infantes, descendió por una vereda estrecha al albeo de Rio-Seco, la que sin dificultad y sin que se les sintiera, condújoles al interior mismo de Comalcalco. La corneta dió el toque convenido, y los imperialistas avanzaron hacia el centro de la población, por los diferentes puntos convergentes que Antón había previamente señalado.

Los republicanos, enteramente desapercibidos, fueron tomados por sorpresa, y apenas si unos cuantos pudieron tomar sus fusiles, que fugitivos, disparaban al aire.

Tan desprevenido como su gente, el Jefe no estaba en el cuartel. Paseábase a pie visitando casas amigas, cuando los imperialistas, más para amedrentar que para causar daño en donde no se les oponía resistencia, hicieron una descarga. Voló a ponerse al frente de los suyos en los momentos en que por una calle transversal desembocaba una columna enemiga. Advirtiéndolo un pacífico vecino que asustado se asomaba por una puerta entreabierta, y gritó al sorprendido Jefe:

—¡Por aquí! ¡Por aquí, Don Gregorio! ¡Sálvese por aquí!

No se hizo el sordo. Entróse, y tras él el solícito vecino, no dudando que se le vendrían encima los invasores. A fin de dar tiempo a que el querido patriota se salvara, cerró violentamente la puerta, la afianzó con una tranca, único medio de seguridad de que disponia, y se quedó sosteniéndola. Antes que un minuto transcurriera ya estaban allí los perseguidores, empujando la puerta y queriéndola hacer saltar a culatazos; mas la puerta no cedía, y entonces, en su despecho, pusiéronse a acribillarla a balazos. A los primeros disparos cayó exánime el generoso salvador del jefe republicano. Cedió al fin la puerta, recogieron el cadáver en triunfo, y con gritería salvaje lleváronle arrastrando hasta la plaza. Acudió Arévalo, informáronle que aquél hombre allí muerto había impedido la captura del jefe de los sublevados, que era Gregorio Méndez en persona, y le propusieron colgarlo de un largo poste que ahí inmediato se erguia, —resto de los que se habían sembrado para despedir los globos de la recién pasada fiesta de San Miguel, Patrono de la Villa,— a lo que accedió de grado y aún celebrando el chiste. Ahí permaneció el rígido cadáver de Gil Flores. —era el nombre de la víctima,— hasta que la piedad de Antón Pérez lo hizo bajar y entregar a la humilde, desolada familia a que el muerto pertenecía.

Estrepitosa alharaca hicieron los imperialistas de su incruenta y fácil victoria, comunicando Arévalo por expreso a la Capital el parte pomposo del suceso a su Secretario y confidente, quien se apresuró a darlo a conocer por la siguiente proclama:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

"¡Compañeros! ¡la Plaza de Comalcalco está colgada de bandidos!
¡Viva nuestro valiente colorado Arévalo! (*)

¿Qué suerte había cabido al jefe republicano?

Salvado de momento por Gil Flores, rompiendo cercas y salvando tapias alcanzó el patio de su propia casa. Su caballo estaba allí listo; una criada teníalo del roncal, tomóle Méndez precipitadamente, de un brinco estuvo sobre el animal, y encomendando cuerpo y alma a Dios, partió a escape, como pudo y por donde pudo, e iba gritando:

—¡Muchachos! ¡a Monte Adentro!

Así se desvaneció aquel pueril conato de insurrección tabasqueña contra el Imperio, que tan robusto nacía bajo el omnipotente padrinazgo de Napoleón III.

Para Antón Pérez hubo recompensa ruidosa: fué ascendido a Mayor y creado Prefecto Político de la Chontalpa, quedándole subordinados todos los Prefectos Municipales del Distrito. Era ya casi un Jefe de Estado.

(*) Histórico.

CAPITULO XV

FIRMEZA INQUEBRANTABLE

A L mediodía del 29 de aquel mismo mes, un acontecimiento que las circunstancias hacían aparecer extraordinario, sorprendía la atención de los vecinos de Cunduacán. A aquella hora, Gregorio Méndez y Sánchez Magallanes entraban en la reaccionaria Villa, a la cabeza de unos trescientos infantes y de un escuadroncillo de cincuenta caballos.

Por audacia inconcebible tenía ese movimiento de los republicanos chontalpanecos, tras del golpe aniquilador que sufrieran en Comalcalco al ensayar con acierto infelicísimo su levantamiento en armas, que nadie osaba poner en duda las pomposas versiones que del suceso hicieran los imperialistas ponderando su victoria, y no escaseando punto de exageración al número de los que habían sido colgados, en castigo de su temeridad, en la plaza misma de la Villa en rebelión. Tal escarmiento no era para alentar sino a dementes empeñados en su perdición, con venir a ponerse al alcance de las zarpas de los tigres vencedores; perdición irremisible, sobre todo para los dos caudillos, a quienes sus adversarios habían declarado fuera del estado social; puesto a precio sus cabezas, y abandonados como bestias feroces a los instintos de los malvados, incitados al crimen por la codicia de la recompensa prometida. A nadie se le ocurría que este modo de combatir al enemigo, llevaba impli-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

cita la revelación de la impotencia de quienes a tal recurso encomendaban la defensa de su causa.

En verdad que la vista de aquella tropa no era para augurarle suerte mejor que la que día antes cupiera a los insurrectos de Comalcalco. Su equipo, ridículamente heterogéneo, rompía con toda idea de unidad. Fuera del ordinario y amarillento **chontal** que resguardaba las cabezas, de los que algunos conservaban aún ceñida la base de la copa de un listón rojo, ya desteñido por la lluvia y el Sol, cada soldado era ejemplar diferente. Tres tambores batían una marcha ronca y acatarrada, acompañados de una corneta, rajado el gañote que sonaba chirriante y fuera de tono. Tal era la banda de la risible **Brigada de Operaciones**, pomposo título con que los quijotescos cerebros de los dos cabecillas habían bautizado a aquella desorganizada e indigente guerrilla. Su armamento quebrantaba toda uniformidad. Era como un museo arqueológico de fusiles en marcha: unos cuantos **Enfields**, vizcainas de varia especie, escopetas de diferente calibre, y hasta fusiles de chispa o cazoleta. No hay que hablar de fornituras: por una docena de cartucheras, lo restante de la tropa llevaba su dotación de tiros sueltos en garnieles: quién de piel adobada; quién de cuero crudo de venado, o en redecillas de caza tejidas de fino **ixtle**. Esto, en cuanto a la infantería. Del escuadroncillo que marchaba a vanguardia, fuera de los caballos, verdaderas hacas por su alzada, que no se veían flojas ni enclenques; antes lucidas y rijosas, no había mejor que decir: salvo una que otra carabina de ordenanza, los jinetes venían armados de mosquetones y retacos, hechos éstos de escopetas recortadas, de calibre desigual, ni más ni menos que el de los fusiles. Completaba su equipo la canana al cinto, del que colgaban, tanto en jinetes como en infantes, tajantes machetes de la afamada fábrica de **Collins**, arma que si por los que la portaban infundía respeto, era notoria su desventaja para el combate, atento a que sólo podría tener uso en las luchas cuerpo a cuerpo.

De municiones no debían andar muy pertrechados, pues si bien al centro de la columna iban como hasta doce cargadores, claramente se advertía que eran portadores de bastimento, que no habían de conducir en desabrigadas redes de anchas mallas municiones de guerra.

Detrás de la columna venían los caudillos, cabalgando en sendos caballos garbosos y bien mantenidos, con silla de fino talabarte leonés, vaquerillo de colgantes crines y cabezada de plata, y aquellos vestidos de sencillas blusas de lana rayada, sombrero charro con filete de oro al borde del ala, por único adorno, bota fuerte de charol el Gregorio Méndez, de simple vaqueta Sánchez Magallanes, ambos seguidos de cuatro ayudantes, que constituían todo el personal del Estado Mayor.

La gente se preguntaba azorada de dónde había salido, cómo se había formado aquél pequeño ejército después del descalabro de Comalcalco, que hiciera abortar el conato de rebelión, gracias a la intrepidez de Arévalo y a la estrategia del improvisado batallador Antón Pérez, a quien, sin duda, cupiera la mejor parte de la hazaña. ¿Cómo el pánico con que huyeron y se dispersaron los sorprendidos rebeldes, resultaba ahora alien-

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

to para venir a provocar a los vencedores, que era provocación flagrante aquel avance sobre la Capital, ocupando la llave y cabecera de la Chontalpa?

Nada: que aquellos desalmados estaban locos de remate y nadie daba un ardite por su vida.

Como no había en la Villa guarnición, ni quien les hiciera resistencia, tomaron tranquila posesión de la plaza principal, acuartelándose en la cárcel y en la casa consistorial, en tanto que los caudillos se instalaban en una amplia y hasta elegante casa de portales, defendidos por corrida verja de fierro, situada en la misma plaza.

No habían querido aquéllos prevenir su arribo a la Villa mandando preparar con anticipación alojamiento ni rancho; no lo primero, porque conocían de sobra las condiciones de la población; no lo segundo, porque deseaban no enconar sus antipatías hacia los republicanos con cupos de guerra de ninguna especie, y ambas cosas, para no dar ocasión a que corriera el parte a la Capital de que la Villa estaba amenazada de ocupación. Por esto traían consigo provisiones de boca, que una vez ocupada la Villa ya se proveería a los medios de subsistencia.

No bien hubieron tomado los caudillos una ligera refacción, que ambos eran ejemplarmente sobrios, tornaron a cabalgar y seguidos de dos ayudantes fueron a inspeccionar los varios puntos por donde la población, completamente abierta, podía ser atacada de fuerzas enemigas. No que no los conocieran, mas querían cerciorarse del estado de los caminos que por ahí daban acceso a Conduacán. Hora y media después, Méndez, el jefe ostensible de los republicanos, ordenaba al Mayor Ramírez destacara guardias avanzadas, de cinco caballos cada una, con destino a los cuatro rumbos principales, con la mira de prevenir una eventual sorpresa.

Al volver los jefes a su alojamiento se encontraron con que eran esperados por un buen número de personas de viso, e imaginaron que acudían a precaver de exacciones a la población, que ya sabían cómo eran desafectos a la causa republicana los hijos de Conduacán.

Méndez y Magallanes eran sujetos de notoriedad en toda la Chontalpa, donde contaban con numerosas amistades, y fueron viendo que eran de estos amigos de los que se componía el grupo, del que hacían cabeza el Presidente Municipal, que a falta de Antón Pérez ejercía la Prefectura, y Don Rafael del Riego, que aunque imperialista de corazón, tal cual se lo imponían sus tradiciones nobiliarias, ni él ni sus acompañantes eran gente de guerra; mas acudían a pagar tributo de respeto y cortesía a la autoridad de la fuerza, siquiera esa autoridad fuera de momento, por lo que pudiera suceder. Pertenecían al número de los cautos, conocedores de la veleidad de la fortuna, y de cómo la guerra y la política ofrecen azares capaces de burlar las previsiones más sesudas. Nada más común que estos individuos desprovistos del valor de sus opiniones, eterna-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

mente dispuestos a aplaudir los caprichos del dios Exito, para quienes siempre brilla hermoso el vencedor, que dijo el lirico extremeño.

Como que del Riego, no sólo era amigo del viejo Magallanes, sino que hasta tuteaba a Gregorio Méndez, a quien había visto nacer.

Entre estos visitantes, uno alto, mofletudo, encendido, tupido de barba, siempre rasurado, con lo que tomaba el aspecto de un prior de convento, de cejas espesas que se proyectaban sobre los ojos a modo de cobertizos, peludas las gruesas orejas, bien encanecido y calvo, a mayor abundamiento, Don Manuel de Torres, centralista del año de treinta y cinco, politicastro, católico y liberal republicano del año de veinticuatro, y, por ende, intolerante, había contemplado, arrasándosele los ojos de compasivo llanto, la entrada de la tropa de Méndez, y conmovido hasta lo más hondo de su pecho ante el espectáculo de aquellas que él consideraba victimas destinadas a inevitable sacrificio; enemigo, en el fondo de su alma, de la intervención extranjera que venia a abrogar la República y a sustituirla con la forma monárquica, mas convencido de que no había poder humano que evitara la caída de aquella, tras largo meditar, bien afirmado en su convicción, obedeciendo al impulso de su conciencia, determinó ir a hablar claro, muy claro, a los caudillos republicanos para ver de apartarlos de su temeraria empresa. Contaba con la autoridad de sus años, con sus antecedentes de viejo liberal, con el prestigio de la sensatez que todo el mundo le reconocia. Que no era atendido, paciencia; cumplía con su deber, y con eso le bastaba.

Hubo de pensar a quién de los dos caudillos habria de dirigir sus reflexiones, y se decidió por Méndez, joven, generoso y humilde; no a Magallanes, que a titulo de viejo habia de ser obstinado, temoso, egoista, y por ello incapaz de oír consejos ni de otros más viejos que él.

Esta determinación lo llevó al alojamiento de los caudillos, la tarde de aquel 29 de Octubre.

Viendo que los visitantes se hacian morosos, resolvió abordar a Méndez, y acercándosele, le dijo en el tono más respetuoso:

—Señor Don Gregorio: deseo tratar con Usted un asunto de la mayor importancia, ¿podria Usted, cuando sus graves atenciones se lo permitan, concederme una media hora de audiencia?

—Y cómo no, señor Torres, —contestó el caudillo.— Si quiere Usted, ahora mismo.

—¡Oh! no: verdad que hay premura; pero tiene Usted ahora a sus visitas. . . quizá algún otro asunto preferente. . .

—¿Quisiera Usted esperar?. . . —repuso, señalando con la mirada a los visitantes, que maldita la gana que tenia de que siguieran distrayéndole el tiempo con las banalidades de una plática insulsa.

Don Manuel comprendió.

—Esperaré, si señor, —dijo, y fué a sentarse a un rincón de la sala pavimentada de mármol blanco y negro, en que la escena tenia lugar.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

Allí se estuvo quieto, sólo denunciada su presencia, cuando hacia pausa la plática general que allí se seguía, por el sonido peculiar de sus labios, a manera de paladeo, manía que había contraído desde que le faltaran los incisivos y caninos de la mandíbula inferior.

A las siete quedaba libre Méndez de sus visitantes, e invitaba al señor de Torres a pasar al cuarto que le servía de alcoba, apenas alumbrado por mezquina esteárica, puesta en una palmatoria de hoja lata, que descansaba sobre ordinaria mesa de cedro. Hizo que su asistente colocara dos sillas, no menos toscas que la mesa, pegadas a ésta, y ocupando una de ellas, invitó al robusto anciano a ocupar la otra, diciéndole:

—Vamos, señor Don Manuel, aquí me tiene Usted a sus órdenes.

El viejo tomó asiento, se acarició las manos, pasándose sucesivamente la una sobre la otra, hizo una fuerte aspiración, que hinchó su tórax bovino, ejecutó con repetición el movimiento peculiar de sus labios, y abriendo las piernas, sobre cuyos muslos descansó el aglobado abdomen, habló así:

—Usted me conoce, señor Don Gregorio, y la franqueza con que me voy a expresar me la inspira el concepto de bueno y de leal de que disfruta Usted entre todos cuantos le conocen. —Hizo una pausa, paladeó, volvió a acariciarse las manos, y luego, dijo:— Sabe Usted que soy liberal, que repugno, sepa Usted que lo repugno, que repugno la monarquía que vienen a establecer en nuestra patria las bayonetas francesas. No soy hombre de armas; fuilo otro tiempo, cuando Evaristo Sánchez y los Maldonados; ahora, ni por mi edad, ni por mis ideas iría a la guerra. Hoy he presenciado la entrada de Usted con sus tropas, y al verlas he sentido lástima, lástima tan honda, que me arrancó lágrimas.

—¿Lástima?... ¿Lágrimas?... —interrumpió Méndez.

—Sí, señor Don Gregorio: llanto de lástima; porque me intereso por Usted, por Magallanes que fué en otro tiempo mi adversario político: él federalista, centralista yo; por esos valientes que les acompañan; Usted y Magallanes y ellos marchan a un sacrificio tan cierto como estéril. ¿Qué van a lograr? Ser vencidos, destrozados, aniquilados por un enemigo superior a ustedes, no en valor, eso sí que no; sí en armas y en disciplina, superioridad reforzada por lo que resguarda sus espaldas, todo el poder de Francia; de Francia que ha humillado a la misma Rusia, vencido al Austria e impuéstose a Europa entera. ¿Y qué somos nosotros al lado de ella? Una pobre y desventurada nación que nada puede por sí ni cuenta con ninguna ayuda extraña.

—¿Nada puede por sí? —tornó a interrumpir el caudillo.— ¿Pues qué dice Puebla, qué dice el cinco de Mayo?... ¡Cuánto nos apoca Usted, señor Don Manuel!

—Precisamente: el cinco de Mayo prueba que nuestro pueblo es heroico, que el heroísmo pudo realizar un milagro como aquél. ¿Y luego?... ¿a la larga?... Forey con un ejército formidable para vengar la derrota, y la invencible Puebla quedó vencida, y la Capital de la Repú-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

blica a merced de los vencedores, y el Presidente Juárez huyendo hacia el Norte, sin destino definido. ¿Quién sabe dónde está hoy?... Ni él mismo sabe dónde estará mañana. . . .

—Juárez es la fé, algo más que la fe, la firmeza inquebrantable. él salvará a la Patria, señor Torres, no lo dude Usted, él la salvará, —afirmó Méndez, con acento de convicción.

—¡Ojalá! —prosiguió el viejo.— Iba yo diciendo que Francia es incontrastable, y en esta empresa tiene qué serlo mucho más, porque cuenta con buena parte de mexicanos que la secundan.

—Mala parte, señor Torres. Esos mexicanos son unos desnaturalizados, purísimos traidores, hablando en plata.

—Lo que digo y repito, —continuó Don Manuel,— es que es una temeridad, una locura lo que Usted y Magallanes intentan. La Patria impone deberes sagrados, ya lo sé; pero no pide imposibles, no exige locuras.

—Pues si que impone hasta imposibles, señor Torres; y no nos toca calificar cuáles lo sean en los azares de la guerra y en la obligación de defenderla.

—No se haga ilusiones, Don Gregorio. La lucha entre el gato y el ratón es imposible. Y nosotros en esta guerra somos el ratón.

—Si así fuéramos a pensar todos los mexicanos ¡pobre Patria sin hijos! No, señor Don Manuel, yo no entiendo el patriotismo que razona. yo obedezco el patriotismo que siente y empuja.

Torres comprendió que por aquel camino no llegaría a su objeto, así que, cambiando de rumbo, prosiguió:

—Comprendo la cólera de Usted y la de Magallanes contra los que han puesto precio a sus cabezas, confundiéndolos con los bandidos más execrables. Pero ¿y esos infelices que les siguen ciegamente, movidos por su adhesión y cariño a Usted, por qué pagarles su adhesión y cariño llevándolos al matadero, por vengar agravios personales?

—¡Qué mal me conoce Usted, señor de Torres!; ¡qué mal conoce Usted a mi compañero! ¡cómo rebaja Usted el móvil que impulsa a estos nobles mexicanos, a quienes Usted califica de infelices! —replicó Méndez, con mal reprimida vehemencia.— Ni yo, ni Magallanes, buscamos la satisfacción de nuestros rencores, ni queremos castigar personales agravios, ni ponemos en la balanza el peso de nuestras vidas. Cumplimos con el mayor de los deberes cívicos, y no hemos tratado para nada de embaucar a los que nos siguen; ellos nos han aclamado y pedido que los acaudillemos, que los llevemos al combate contra traidores y extranjeros, y eso hacemos. Nuestra autoridad no les ha sido impuesta, ellos la han creado y la acatan, y nosotros la ejercemos regocijados y orgullosos. Que me han puesto fuera de la ley, que mi cabeza vale al que la entregue una recompensa de cinco mil pesos, todo esto nada significa ante el interés de la Patria. Y me río y nos reímos de la amenaza; que no hay tabasqueño, ni aún en las filas de los imperialistas, que fuera capaz de intentar ganarse el premio. Ni yo ni Magallanes significamos nada: si quisiéramos,

con sólo deponer nuestra actitud armada, el enemigo nos concedería cuantas garantías le pidiéramos. Mas Dios sabe que no cuidamos de nuestras personas. Y sépase, señor de Torres, —continuó el caudillo poniéndose de pie, en la misma solemne postura que tomara frente a la tropa de Antón Pérez, el día en que éste tomó causa por el Imperio,— y sépase que mientras viva, y haya diez tabasqueños que estén dispuestos a la lucha contra el extranjero y sus aliados, he de continuarla como pueda y donde pueda. Y el día que me viera solo, dejaría esta mi tierra querida y me iría a otras tierras mexicanas en busca de los buenos mexicanos que perseveraran en la brega.

Don Manuel de Torres se había puesto de pie, y contagiado o intimidado por la emoción que dominaba a Méndez, murmuró con voz trémula:

—¡Dios ayude a Usted en su santa empresa, noble corazón, y que El, para quien no hay imposibles, le dé la victoria!

Tomó su sombrero, hizo una profunda inclinación de cabeza, alargó la mano al caudillo que se la estrechó con efusión, y se marchó persuadido de que aquél cerebro andaba enfermo, y pensando que tal vez habría llegado a mejor resultado hablando del asunto con el viejo marrullero Sánchez Magallanes.

Aquella noche, Doña Socorro, que no abandonaba Cunduacán haciendo recluta de gente para enviarla a Arévalo, después de despacharle aviso de la ocupación de la Villa, temerosa de sus culpas para con los republicanos, salió a escondidas, camino de la hacienda.

Al siguiente día todo era trajin en la Villa y ajeteo de la gente. Bajo uno de los seculares tamarindos que entre el río y la Parroquia extendía sus aún lozanas ramazones, a pesar de los parásitos muérdagos que sobre ellas se mecían y de la multitud de gallinas que crecían en sus bifurcaciones, media docena de soldados se ocupaban en descuartizar un hermoso buey que la tarde anterior había comprado el Mayor Ramirez, para rancho de su tropa.

Frente a los cuarteles pululaban chicuelos de ambos sexos, vendedores ambulantes que voceaban, porteando en oscilantes yaguales o portajicaras, desayunos de espumoso chocolate, provistos de bollos o de sabrosas hojaldres de harina de maíz cubiertas de panela fundida, que los soldados se apresuraban a comprar y a devorar con fruición, por el módico precio de un real.

Al ver la solicitud con que las industriosas cunduacanecas proveían a las necesidades de la tropa republicana, el empeño y aun el mimo con que eran atendidos los Oficiales, que contaban en la villa con relaciones de parentesco o de intimidad, habriase creído que entre los vecinos y sus no esperados huéspedes había comunidad de bandera. Y no era así ni tenían qué ver nada en el caso las afinidades políticas. La gente del pueblo y la burguesía del lugar, las mujeres, sobre todo, eran extrañas al conflicto entre republicanos e imperialistas. Los partidarios de la intervención francesa pertenecían a la clase alta, antiguos reaccionarios o

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

bien centralistas, a cuyo impulso obedecían las clases inferiores dependientes de aquella por algún concepto.

La masa de la población carecía en el particular de ideas propias, y la prevención y aparente antipatía que mostraba hacia los nativos de los otros pueblos de la Chontalpa, provenían de un sentimiento de pretendida superioridad, de celos o de rivalidades de campanario.

El Mayor Ramírez, el Cuartel Maestre, como quien dice del diminuto ejército republicano, no se daba punto de reposo por atender a las funciones de su encargo. No era un culto ni mucho menos; mas su entusiasmo, su amor rayano en fanático por su causa, sugería procedimientos y previsiones que no habrían desdicho de un cumplido veterano. Hijo de Juchitán, entró de simple soldado raso bajo las banderas de la restauración constitucional, en las que por su bizarría y disciplina logró ganarse la divisa de Teniente, en la campaña de Tehuantepec. Mucho aprendió en ella, como que tuvo por jefe al ya desde entonces hazañoso Coronel Porfirio Díaz, cuyas proezas a tal punto formidaron a sus adversarios, que llegaron a tenerlo por personificación de la victoria.

En esta escuela se educó el Mayor Ramírez, sin que nunca alcanzara a descubrirse la misteriosa causa que lo determinara a separarse de una carrera que prometía serle gloriosa, ni por qué abandonó la tierra natal para venir a establecerse en Huimanguillo, de donde partió a presentarse a Sánchez Magallanes, al primer conato de insurrección contra los imperialistas de Tabasco.

Consciente de la comprometida situación en que habían venido a colcarse con el atrevido avance que acababan de ejecutar, trató con afanoso empeño de procurarse a toda costa municiones de guerra, empresa que casi la estimaba por imposible, más que por la adhesión de la villa a los imperialistas, por la celosa requisición que se había llevado éstos a cabo de cuanto material de guerra podía ser habido.

En vano llamó a todas las puertas en demanda, a cualquier precio, de pólvora o plomo; nada encontró: allá por el escondido barrio de El Carmen, acertó a hacerse con dos redes de pesca, que logró le fueran vendidas, para aprovechar las plomadas fundiéndolas y transformándolas en balas; pero aquello era cosa tan mínima, que apenas había material para menos de dos paradas. No se dió, pues, punto de reposo, y siguió en su activa pesquisa. Alcanzó, al fin, a mover la piedad de un mozo de tienda, quien le reveló que su principal escondía en la trastienda, debajo de unas piezas de ropa, algunos botes de pólvora fina y saquillos de munición de caza, rogándole no lo comprometiera por aquella denuncia, y el discreto Ramírez, fuése calladito al primer cuartel, tomó una escuadra, se dirigió a la tienda señalada, y pretextando que se trataba de aprehender a un desertor que se aseguraba habían visto acogerse a la tienda, formulando respetuosas excusas y previa la espontánea venia que le anticipó el mercader para que penetrara en el interior, simulando explorar escondrijos, dió con los botes y los saquillos, y volviéndose a aquél le reprochó la ocultación, cuando era pública la solicitud con que se deseaba adquirir municiones de guerra. Disculpóse el comerciante con que aque-

llo no era material de guerra, sino de caza menor, y para desarmar al aparentemente enojado militar, agregó, que puesto que le servía, dispusiese de ello gratuitamente, que mucho gusto llevaba en contribuir con esa miseria a la defensa de la Patria. Ramirez dió las gracias, sin deponer la seriedad que venía afectando, y queriendo aprovechar la coyuntura, alejó a la escuadra con la carga de unos diez botes y cuatro saquillos, y a solas con el mercader, con voz melosa y de secreto, preguntóle si no podría haber de aquellos materiales en alguna otra casa de comercio. Contestó negativamente, y aseguró que era muy difícil los hubiera, a causa de la requisición que bajo severas amenazas habían consumado los Tenientes de Arévalo.

De allí se dirigió el Mayor rebotando contento al Cuartel de la Casa Consistorial en que instalaba su improvisada Maestranza, y hubo de ver que la pólvora era de la inglesa más fina, de gran duro y de reflejo metálico, con lo que bastaba con media carga para obtener tiros regulares. Fundió el plomo de los perdigones, hizolo moldear en los baleros que de diferentes calibres se había provisto, y halló que todo en junto, plomo de las redes y de los saquillos, no le produjeron más que cosa de quinientas balas, y que le sobraba pólvora hasta para mil cartuchos. Era por demás pensar en plomo; la substitución no le fué difícil: imaginó hacer balas o palanquetas de hierro, y ya se disponía a hacer derribar una ventana de casa enemiga, enteramente abandonada, cuando alguien le advirtió que allí mismo, en el interior, había un rollo considerable de varillas del metal. Hizo forzar la puerta, halló las barras, trasladólas a la Maestranza, de allí a las herrerías más cercanas, donde fueron cortadas en reducidas barrillas. A esto se redujo toda la operación, pues el Mayor había hallado que, por fortuna, el espesor de las barras correspondía al calibre menor de los fusiles, que lejos de ser un inconveniente para el servicio de los mayores, resultaba una ventaja, porque el peso mismo del hierro economizaba el uso de la baqueta, bastando con dejar descansar el arma para que el cartucho descendiera hasta el fondo del ánima. Ahora, pensó, cuán útil sería, a fin de corregir tanta variedad de armamento, formar grupos, dotados de fusiles de un mismo calibre; mas al tratar de hacer efectiva esta idea, tropezó con la obstinada resistencia de los soldados, que no consintieron en separarse de sus compañeros para ir a formar con soldados de otra procedencia, como que cada Compañía estaba compuesta de gente de una misma localidad; ni menos consintieron en cambiar su arma por la de otro, que cada quién quería a la suya como a cosa propia.

Ramirez no insistió en su pensamiento, antes lo abandonó sin enfado, comprendiendo la ventaja que resultaría en el combate de que cada soldado usara de su propio fusil. Efectivamente, si desventaja era aquella disparidad de calibres, compensada quedaria de sobra por el conocimiento que cada soldado poseía en el manejo de su arma, que todos ellos, gente de campo, eran tiradores amaestrados en la caza de venados y jabalíes, faisanes y aves menudas.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Ya en el parte de la tarde pudo dar cuenta a sus jefes que la tropa quedaba municionada con una parada íntegra por plaza, y que por tanto, estaba pronta a entrar en combate. Que este no había de hacerse esperar, era para el Mayor cosa tan cierta, como que él estaba allí.

A las once de la noche anterior, Arévalo hacía llamar con apremio a Antón Pérez. Acudió al punto y el jefe imperialista lo recibió alargándole la esquila de Doña Socorro que el escotero de ésta acababa de entregarle.

Decía así la esquila: "Gregorio Méndez y Magallanes han entrado hoy a ésta con unos trescientos desarrapados, pésimamente armados y me aseguran que sin municiones".

Leida, devolviola a Arévalo, quien le interrogó:

—¿Quién es este Magallanes? Ya de Méndez me ha dicho Usted bastante.

—Casi lo opuesto de Méndez. Este es hijo del entusiasmo, franco por candor. Puede decirse que no tiene más facultad que esa, que le inspira cuanto hace. Por entusiasmo ciego se ha lanzado a esta calaverada de luchar contra el Imperio. Magallanes es un viejo socarrón, antiguo liberal federalista. Tiene las mañas propias de su edad, reforzadas por una malicia diabólica. Al verle y oírle nadie daría por él un comino; flaco, enteco, con voz afeminada, como de pito rajado; pero sus ojos lo traicionan, pequeños y movedizos, como de pájaro asustado.

—Pues hay qué ir sobre ellos, sin pérdida de tiempo.

—Así lo pienso.

—Esta misma madrugada marcharemos.

—Me permito llamar la atención de Usted sobre que soy el Prefecto Político de la Chontalpa.

—Por lo mismo. No entiendo. . . .

—Que Usted se quedará aquí tranquilo, atendiendo a los graves asuntos de gobierno. A mí es a quien toca ir a recobrar la cabecera de mi mando.

Arévalo sonrió.

—¿Conque no quiere Usted compartir conmigo la gloria del triunfo? . . . ¡Ah, picaro! ¡que tiene Usted su plan para apoderarse de su linda Rosalba! . . .

Antón Pérez sintió que la sangre se le subía a la cabeza, y pasada su emoción, murmuró:

—No la quiero robada.

—Pero sí conquistada.

Y al observar la turbación que aquel giro ocasionaba a su bravo Teniente, cambiando de tono prosiguió:

—No, amigo Pérez; no irá Usted solo. Soy muy egoísta: que en todo caso la victoria sea de los dos. Conque a alistarnos y en marcha.

—¿Puedo hacer una observación? —interrogó Pérez.

—Cuántas guste. Sabe Usted que es el único a quien las consiento.

—¿Y si ese movimiento de los liberales fuera en falso? ¿Y si a esta hora ya no están en Cunduacán? ¿Y si han dividido sus fuerzas para lla-

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

¡Llamemos la atención y sorprender la Capital por el flanco, por Nacajuca?...

Arévalo parpadeó; meditó un momento, y dijo luego:

—Bien podría ser... Hay que cerciorarse. Tome Usted, pues, un piquete montado, y a explorar rumbo a Nacajuca.

Antón esperó a que Arévalo completara sus órdenes; mas viendo que no continuaba, dijo a su vez:

—No basta, General (este tratamiento daban ya los imperialistas al afortunado aventurero), no basta señor: que un oficial u hombre de confianza marche hacia Cunduacán, hasta donde pueda, sin riesgo.

—Bien pensado: ¿A quién mandaremos? Hay que escoger a un conocedor que sea precavido.

—Tengo uno muy bueno: el sargento Vértiz.

—Pues arregle todo. Y para ir con Usted escoja la mejor gente.

—Yo no necesito gente, mi General: iré solo.

—¿Cómo? —exclamó Arévalo, con indisimulada sorpresa.

—Con gente, llamaría yo la atención. Los liberales han de contar con algún agente por aquí, y pudieran ser advertidos.

—¡Venga esa mano! —contestó el aventurero, alargando su diestra a Antón.— ¡Eso es ser hombre, y hombre de guerra! ¿A qué hora piensa Usted partir?

—Despacharé a Vértiz a las cinco de la mañana, y una hora después saldré yo.

—¿Piensa Usted llegar hasta Nacajuca?

—Sí, si fuere preciso.

—Mucha cautela, amigo mio. No vaya a cometer una imprudencia.

—Descuide Usted, mi General.

CAPITULO XVI

IMPACIENCIAS DE AREVALO

COMO Antón lo había dicho, a las cinco de la mañana despachaba al Sargento Vértiz, con instrucciones de que avanzara, sin comprometerse, hasta donde pudiera, y tomara cuantos informes le fuera posible recoger, no sólo acerca de la presencia de los republicanos en Cunduacán, sino de su número y elementos con que contaban. El montó en su caro alazán, hermoso e inteligente animal, y se encaminó, a guisa de paseante, por Tierra Colorada.

Llevaba el corcel a corto andar, con ojo avizor, escudriñando al paso las chozas habitadas por los labriegos; cruzó el González, y sin apretar la marcha, siguió así, deteniéndose breve tiempo en los ranchos situados en aquel camino, ora a pretexto de calmar la sed o de demandar lumbre para encender el puro. A las diez arribaba al Paso de Perera, al mismo tiempo que por opuesta dirección llegaba un individuo, cabalgando rocin mosqueado, gacho de la una oreja, medio renqueando de un cuarto delantero, cuya avanzada edad, más que el tardío andar y la flacura, denunciaban las hundidas cuencas de los ojos.

Vestia el buen hombre burda chamarreta, pantalón de dril y zapatos ahulados del país. Antón le conoció al punto: era Don Bartolo Madrigal, mercader ambulante, especie de buhonero de Jalpa, el que, por su

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

parte, reconoció a Antón a quien no hacía mucho viera y saludara en Comalcalco, momentos después de la victoria, a donde fuera con ocasión de su comercio.

Saludáronse ambos conocidos, antes de echar pie a tierra, y la cara de Madrigal, toda azorada, reveló no escasa sorpresa de aquel encuentro.

—¿Usted por aquí, señor Comandante? Pero qué, ¿no sabe Usted que el enemigo está en Cunduacán?

—¡Tal cosa me dice!... —contestó Antón afectando sorpresa no menor.— Nada sabía yo. ¿Y Usted cómo lo sabe?

—Vengo de mi pueblo, de Jalpa, a donde desde anoche y esta mañana están llegando algunas familias de allá, de miedo de una tropelía de los liberales.

—¿Y qué dicen? ¿quién manda la tropa? ¿cómo cuántos serán?

—Pues dicen que no llegan a cuatrocientos, con unos malos fusiles; pero con unas caras que meten miedo. Los mandan ese endiablado de mi paisano, Goyo Méndez, y el viejo Magallanes, el sanantoñero, que mal rayo lo parta.

—¿Y no han mandado ninguna tropa a Jalpa?

—No, señor, ni lo piensan. Aseguran muy formalotes, los muy chiflados, que se vienen derecho sobre la Capital. Hace algunos días mandó Goyo Méndez un comisionado al pueblo a que le consiguiera gente, pero los jalpanecos estamos en nuestros cabales. Sólo unos cuatro o cinco, de los Magaña y los Alejandro, de la parentela de Don Goyo, se dejaron embarbascar que es una lástima, porque son hombres de trabajo y honrados. Dicen los infelices que van a defender la Patria, y buena Patria que van a hallar con la zurra que se les espera.

A esto el ama del Paso, que así se llama en tierra tabasqueña el lugar de parada que hay en los puntos por donde se cruzan los ríos, salió a ver quiénes eran los transeúntes que departían como va relatado, a la sombra de un copudo mango. De los dos, sólo Madrigal, a quien dirigió afable saludo, le era conocido, limitándose a contestar el "buenos días" de Antón.

—¿A dónde, bueno Don Bartolo? —interrogó la dueña.

—Ya sabe, Doña Luteria: a comprar cosillas a la Capital para mi comercio. Con el alboroto en que anda la Chotalpa, hay esperancillas de ganarse algo.

—¿Y no tiene Usted miedo de que le perjudiquen?

—¿Y quién, señora? Todo el mundo me conoce, y para nadie soy ofensivo. Yo nada tengo que ver con las cosas políticas, y con nadie me meto.

Con efecto, aquella cara en que no se marcaba edad, aquel aspecto pacato y sumiso, no podía hacer desconfiar de Don Bartolo ni a los ojos de la más refinada suspicacia.

—Señora, —dijo Antón a la que Madrigal llamara por Doña Luteria,— ¿no haría Usted el favor de prepararnos de almorzar?

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Señor: de mil amores, pero no hay nada en la casa. ¿Si se conformara Usted con un poco de arroz, huevos fritos y frijoles?...

—Con lo que haya es bastante, señora. Vamos de camino, y hay qué ir ligero de estómago.

—¡Ah! y un pedazo de tasajo asado, —agregó la Doña Luteria.

—¿Ya ve Usted? ¿y para qué más? —repuso Antón.

—Ese almuerzo será para Usted solo, señor Comandante; por mí no se moleste, que allí en las árganas traigo mi bastimento, —dijo Madrigal.

Tamaños ojos abrió Doña Luteria al oír dar a Antón el título de Comandante, que en aquellas circunstancias no dejaba de ser motivo de zozobra tener qué habérselas con hombres de armas, y aplazando para después inquirir menudamente con Don Bartolo quién era aquel sujeto, se entró con premura en la cocina a alistar el almuerzo, en tanto que Antón replicaba a Madrigal:

—Eso lo guarda Usted para otro día, quiero que hoy me acompañe Usted.

—Es que bien puedo complacerle trayendo a la mesa mi pobre bastimento, —replicó Don Bartolo.

—No, hombre; déjelo allí, a menos que lo que nos sirva la señora sea poca ración para Usted.

Dejólo por la paz el mercader, muy contento en su interior, más que por la economía que de su provisión iba a hacer, reservándola para merienda, por la invitación conque lo distinguía el bragado joven Comandante Pérez.

No tardó en asomar la señora, anunciando que el almuerzo los esperaba, y penetrando los accidentales compañeros en una salita, cuyo lujo lo constituía la mayor limpieza, sentáronse a la estrecha mesa, toscamente labrada de madera de cedro, cubierta de blanquísimo mantel, relumbrante de planchado, esplendidez que el ama quiso, sin duda, otorgar a la importancia que atribuía a uno de los comensales. Ella preguntó si querían tomar una jicana de chorote (*) acabadito de batir, apresurándose Antón a contestar:

—Venga, señora el chorote, que no está Usted dando de comer a ningunos extranjeros.

El curso del almuerzo fué entretenido, con animada plática, tocando a Antón la iniciativa.

—¿Conoce Usted a Don Rafael del Riego, de Cuenduacán? —interrogó a Madrigal.

—¡Vaya, si le conozco!... Es muy buena persona, y tiene una hija, la niña Rosalba, que si no fuera herejía, me atrevería yo a compararla con nuestra Santa Patrona, la Virgen de Candelaria.

(*) Gacha de masa de maíz cubierta de espuma de cacao semi-torrado. Bebida muy estimada de los tabasqueños que la usan como vehículo en las comidas o ya como alimenticio refresco.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Antón no pudo contener un suspiro que brotó de lo más hondo de su pecho, ni impedir que la sangre le subiera a la cara. Don Bartolo no advirtió la emoción que sus palabras produjeran en el joven militar, y como si con aquella pregunta se le hubiera dado cuerda, prosiguió:

—¡No sólo muy linda, sino tan buena! ¡qué afabilidad, si no conoce el orgullo! Cada vez que llego a su casa con alguna venta, no sabe qué hacer conmigo. Que siéntese Don Bartolo; que qué toma Usted, Don Bartolo; que torna que vira, Don Bartolo por aquí, Don Bartolo por allá. Y la niña me ataranta con tanto agasajo. Si digo a Usted, señor Comandante, que no hay en el mundo criatura como ella!...

Madrigal no sospechaba el daño que estaba haciendo a Antón. A medida que él hablaba sentíase éste como atarantado, pensando para sí: —cómo se ve que no la conoce en lo íntimo, ¡qué no es orgullosa!... cuando es la soberbia misma; ¡que es buena y afable!... cuando es cruel hasta la perversidad... digalo yo a quien no ha perdonado desdén ni menosprecio por el horrendo pecado de amarla hasta la adoración. ¡Pobre hombre que no la conoce! Y haciendo un esfuerzo para sacudir las ideas que las palabras de Madrigal le sugerían, preguntóle bruscamente:

—Hay un camino que conduce a Jalpa, entre el de la Capital a Cunduacán ¿no es verdad?

—Sí que hay. Tomando por las haciendas de Santa Isabel, la Concepción y Santa Ana.

—¿Y como qué distancia habrá por allí para llegar a Cunduacán?

—Cerca de ocho leguas.

—Es largo.

—Hay otro más corto, mucho más corto, tomando por El Burrero a salir a los pueblos de indios de Ana, Cúlico y Huaymango; ¿qué ¿no lo conoce Usted?

—Nunca he pasado por ahí. Sólo conozco el que conduce de Huimango a Comalcalco, por el Potrero. Y ¿qué distancia tiene ese otro camino?

—Pues no pasa de cuatro leguas. Ya sé que conoce Usted el camino que acaba de mentarme. Por ahí les cayó Usted a los pronunciados.

—Sí, por ahí.

—Recordará Usted que por el que yo dije hay un mal paso, el atascadero de la Ceiba. En este tiempo sólo con muy buenos caballos se puede cruzar. Mi pobre penco se quedaría allí enterrado.

Don Bartolo había hecho honores de hambriento al almuerzo, engullendo hasta el último bocado y sorbiendo hasta el pozo de su obesa jícara de chorote; en cuanto a Antón, desde que aquel mentó a Rosalba, no volvió a tocar plato. Continuaron en plática floja y sin interés.

El Sol declinaba. Antón propuso a Madrigal le hiciera compañía en su regreso a la Capital, lo que rehusó, porque necesitaba dar descanso a su maltrecho jamelgo el resto del día, para seguir caminando el siguiente, muy temprano.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Se me quedaria en el camino, señor Comandante, ¿no ve Usted qué estado guarda mi pobrecito animal? Me lo dejó baldado la maldecida llerba (*).

Consultó Antón su saboneta, que ya la gastaba y bien rica; eran las tres de la tarde. Pagó el almuerzo, venciendo la resistencia de la señora Luteria que se negaba a cobrarlo, y hubo de advertir la estimación que de ella se había ganado, porque mientras él departía con Madrigal, había hecho que un mozo se ocupara en cuidar de su caballo, lo que descubrió al oír a la buena señora exclamar:

—¡Tacho! Trae el caballo del señor Comandante y ensillalo.

En efecto, a poco apareció un criado trayendo el caballo del ronzal, que procedió a ensillar debajo de un cobertizo de palma, hito a la casa, donde había depositado los arreos de montar. Al acercársele Antón, dijole:

—Ya bebió agua, lo bañé y comió su maicito.

Gratificó Antón al solícito mozo, dió las gracias a la señora, y despidiéndose de ella y de Madrigal, montó y tomó el camino de Villahermosa.

En la soledad de su marcha su cerebro sufrió el asalto, como de enjambre de avispas, de todos los recuerdos que se relacionaban con Rosalba. Aquella obsesión debió, sin duda, ser suscitada por el caluroso encomio que de la mujer amada hiciérale Madrigal.

Tales recuerdos no eran, ciertamente, para regocijar el corazón del joven apasionado; mas su vida, todo su ser estaba en tal modo absorbido por Rosalba; había ésta en tal manera llegado a ser condición necesaria de la existencia de Antón, que el cúmulo de torturas en que se resumía cuanto con ella se ligaba, era para él inefable deleite.

Su imaginación y su memoria, en colaboración febril, se complacían en renovarle los atributos físicos de aquel idolo que radiaba en su desolado corazón, como deidad misteriosa en medio de los escombros del derruido templo. Y tornaba a ver la luz suavísima de aquellos ojos tiernamente azules, encendidos para el arrobamiento de un amor sin zozobras; ojos como tranquila mar, apenas rizada por los besos del enamorado céfiro, que atrae y convida y llama para inmergirse en él como en el fondo de dicha inacabable; y tornaba a ver aquella cabellera de oro pálido, orto de día de invierno, plácido, suave, tibio y sutil, que no inyecta, sino que insinúa la vida sin estremecimientos, como tenue savia que calladamente se desliza y sólo se revela por los penachos de verdura que coronan el entumecido tronco; y tornaba a ver aquel busto escultórico, pagano y místico, al mismo tiempo, de correctas curvas, modelo que tuviérase por ideal a no mostrarse en él la vida por el acompasado y regular movimiento de la respiración, donde el seno, si de carne, guarda misteriosos hechizos no traducibles en humana lengua; y tornaba a ver

(*) Especie de tarántula.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

aquellas manos, amasijo de azucenas y rosas, de carnosos y afilados dedos, en que las articulaciones se marcaban por hoyuelos de gracia tan exquisita, que en vano hubieran intentado reproducirlos pincel como el de Vinci, o cincel como el de Benvenuto... Y desesperaba el infelice amante con aquella reproducción de la imagen de Rosalba. ¡Oh! no era ella, no era la que él amaba. Amaba él a la Rosalba exterior, a aquella personalidad esquiva, desdenosa, soberbia, hacia la cual se sentía gravitar fatalmente, con la fatalidad del satélite, sin lograr nunca acercársele, siempre atraído, repelido siempre, como por un horror igualmente fatal al contacto y a la separación. No; la Rosalba que él fingía, era él mismo, estaba en él y él era amante, no autólata.

Luego pensaba que aquel su suplicio jamás hallaría término; que sus ansias jamás se verían satisfechas; que no había meta en la carrera de sus deseos; que era un predestinado a la desdicha, cuya negra estrella ni Dios mismo podía convertir en luminosa. Y cuando así iba pensando, una sonrisa como de loco dilató sus labios; su rostro, profundamente triste, súbitamente se iluminó de júbilo. ¡Oh! no, —decíase,— no tengo razón de desesperar. He de llegar a ella, he de alcanzarla. Me lo ha prometido Arévalo, me lo prometían mis propias obras. El desvío de Rosalba no es menosprecio; me quiso cuando ella y yo éramos unos mozuelos. Yo entonces sentía vergüenza de que me quisiera. Aquella vergüenza es mi castigo. ¿Quién sabe si lo que ella hace conmigo no sea más que venganza de lo que yo hice con ella? No era bonita, y yo la desprecié; ahora es bella como la mayor deidad, estoy loco de amor por ella y toma su desquite; pero ¡qué desquite más cruel! ¡Qué tortura para mí más espantosa!... ¡Ah! no; su desdén no es desprecio, no puede serlo: es soberbia pura. Me encuentra muy por abajo de ella; yo, de extracción humilde, ella aristócrata... Hay que subir hasta ella, y subiré, y no se avergonzará de mí, antes se sentirá orgullosa. Ya soy Mayor, Prefecto de la Chontalpa... Mañana que derrotemos a los de Cunduacán, que tenemos que derrotarlos indefectiblemente, entraré triunfante, ganaré la Tenencia del Coronelato; seré el santo de la fiesta, y ella, Rosalba del Riego, la soberbia, la vanidosa, querrá ser la dueña, la soberana del héroe del día, y ya no me repugnará; ¡quién sabe si aún me buscará!... ¡Oh! y si algún resto de desvío guardare para mí en el fondo de su alma, he de consagrarme a ella con tanto amor, con tan absoluta adhesión, con ternura tanta; habrá de recibir de mi tanto homenaje, he de abrumarla en tal manera con la magnitud de mi cariño, que quedará desarmada, y se entregará a mi tal cual la deseo, con toda la espontaneidad de su alma, con todo el ardor de su corazón.

En esto advirtió que llegaba a la orilla del González. El Sol se había puesto; un luminoso ocaso bañaba la redondez del cielo; cirrus ligeros, como copos de algodón cardado, ardían en llamarada rojiza, anaranjada luego, que después flotaban vagamente con coloración cenicienta o como espirales de humo desvanecido.

Un pasajero, muy conocido de Antón, se adelantó del otro lado en su cayuco, le saludó cortés y respetuosamente, corrió a desensillar el

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

alazán, colocó los trastos en el fondo de la canoa, arrió el caballo del barranco a la orilla del río, entregó el roncal a Antón para detener la bestia, y ya listos, empujó con el remo la embarcación, y en menos de dos minutos ganó la banda opuesta. Se apresuró a ensillar el corcel, alargándole Antón un duro.

—No tengo vuelto, mi Jefe, —dijole el mozo, devolviéndole la moneda.—“Hay” me pagará su merced.

—Tómalo. Todo es para ti.

Dió las gracias el pasajero, y saludó sombrero en mano al espléndido Mayor.

Anochece. El cielo puro se poblaba de estrellas, y de ilusiones el alma de Antón, surgidas a influencia del contento que le embriagaba, embargado el pensamiento con el recuerdo de Rosalba, fuera del realismo de la vida, en un mundo de ensueños.

Así continuó su camino, aspirando el aire embalsamado con la suave fragancia de las maravillas en flor que tapizaban el suelo y con el caliente perfume de las damenoches que crecían a una y otra vera de la vía. Eran tan fuertes los efluvios que de éstas emanaban, que sintió como si una sutil embriaguez se fuera difundiendo por su cuerpo y enervando sus miembros.

De pronto llegó a él como una queja lejana, que a intervalos y a medida que caminaba se iba repitiendo cada vez más distinta. Ya no era quejido, era lamento de agonía. Sofrenó el caballo, detúvose para escuchar con más atención, y no le cupo duda, por allí había un ser humano presa de algún dolor horrible. Siguió camino, siempre parado el oído, y le pareció que los lamentos degeneraban en estridente chirrido, y poco a poco se fué desvaneciendo la ilusión auditiva hasta descubrir la causa que la determinaba: el aspa de una bomba de viento movida de cuando en cuando por el suave airecillo de la noche, hacía girar el eje, que algo tomado de orin, chirriaba al dar vueltas. Rió Antón del engaño, y advirtiendo que se hacia tarde, dió andar a su alazán. De súbito lanzó éste un bufido, detúvose. Orejeó asustado: jinete y caballo habían visto atravesar el camino un objeto blanco, como ser animado. El ardido joven sintió involuntario espeluznamiento, que dominó al punto, y apretando los ijares del animal, fué adelante, en el mismo momento en que del fondo de la espesura partían lúgubres ululeos de un tecolote. Antón no pudo impedir viniera a su mente la abusión tan popular de su tierra, de que aquel canto era de mal agüero.

En esto llegaba al altozano por donde se entra a la Ciudad; lo bajó, y en la primera choza enteramente pegada al camino, a la escasa luz de una vela de sebo fijada sobre un banco o cosa que lo parecía, vió a una muchacha de simpático aspecto, que puesta de pie, cosía con marcado afán una prenda de vestir, y a media voz, con acento de dolorida queja, entonaba, o mejor dicho, suspiraba estos versos:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO

El amor nace con penas,
con penas se hace constante,
quien no pena no es amante
y si es amante, es a penas.

Oyéndolos Antón, exhaló hondísimo suspiro, y murmuró:

—¡Verdad!...

Y no se dirigió a su casa, sino directamente a la habitación del jefe imperialista. Llegó, soltó la brida a un asistente, preguntó por el General, quien oyéndolo, salió con premura a su encuentro. Consultaron ambos sus relojes, eran las siete de la noche.

—Aquí me tiene, mi General; nada malo de nuevo.

—Hace dos horas que regresó Vértiz. Véngase a mi alcoba; allí estaremos solos.

Ordenó Arévalo que no estaba para nadie, encaminándose al lugar indicado, y allí, frente a una mesita de caoba, alumbrada por una lámpara de petróleo, de pantalla verde, con recados de escribir, se sentaron los dos personajes.

—¿Qué dice Vértiz? —interrogó Antón.

—Todo muy bien. Es atrevido el muchacho. Que llegó a la Trinidad sin tropiezo; que pidió noticias al dueño o administrador, el nuestro conocido Don Mariano. Las que le dió le parecieron exageradas: que los republicanos son como seiscientos hombres, regularmente armados, que les notaba entusiasmo por pelear, y aseguraban que pronto vendrían sobre nosotros, deteniéndolos sólo el abastecimiento de municiones y la llegada de más tropas procedentes de Chiapas. Entonces determinó introducirse en Cunduacán, para ver por sus propios ojos. Logró que el Don Mariano le facilitara una silla vaquera, una camisola de brin y un sombrero chontal, y tomó, no por el camino derecho, sino por otro cuyo nombre no recuerdo.

—Por la montaña de Santa Rita, —completó Antón.

—Sí; eso es, Santa Rita. Iba ya a salir al camino real cuando advirtió la presencia de gente montada. Apeóse, amarró el caballo, se dirigió cautelosamente hacia la encrucijada y pudo ver claramente un grupo de diez caballos a pie firme, que sin duda servían de avanzada. Comprendió el riesgo que corría, volvió a montar y regresó al rancho. Ya en la loma, se encontró con un vaquero conocido suyo; se le acercó y echaron su plática. Supo del vaquero que aquella misma mañana, muy temprano, había ido con otro compañero a entregar dos reses a los liberales; que se había paseado por los tres cuarteles en que se alojaban, y había contado los fusiles: no pasaban de trescientos, más los mosquetes de la caballería muy reducida. Las armas muy desiguales y corrientes. Esto trae el sargento Vértiz. ¿Y Usted, Mayor, qué descubrió?

—Enteramente conformes. Llegué hasta Perera; dime ahí con un viejo conocido, venía de su pueblo, Jalpa. Los liberales no piensan por ahora moverse de Cunduacán; platican que van a venir sobre nosotros,

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

lo que nadie cree. Los informes de Vértiz completamente exactos. ¿Qué dispone Usted?

—Que mañana mismo sobre ellos.

—¿Cuál es el plan de Usted?

—Muy sencillo: a ellos sin pérdida de tiempo. Ordene Usted al Don Mariano que aliste rancho para seiscientas plazas. Saldremos a las cinco de la mañana, se tomará el rancho a las doce o antes, y a las tres caeremos sobre Cunduacán. ¿Usted qué dice?

—¿Quisiera Usted oirme?

—¿Y cómo no? si mi plan está sujeto a las observaciones de Usted que ha de conocer palmo a palmo el terreno en que vamos a operar.

—Que lo conozco. Pues, en primer lugar, no pediremos el rancho a Don Mariano. Seria el secreto de frustrar el golpe. El viejo machucho no es amigo nuestro. Todas sus simpatías están con los rebeldes, como que es antiguo liberal que militó bajo las banderas de Corzo el caudillo de los rojos chiapanecos, según ya otra vez le indiqué. En el acto daría aviso al enemigo, que poniendo pies en polvorosa nos dejaría con tanto palmo. Si hemos de batirlo, creo que debemos de proceder de otra manera.

—A ver, diga Usted, Antón.

—Mi parecer, si Usted lo aprueba, se entiende, es que no salgamos tan precipitadamente. Podemos disponer de unos cuatrocientos hombres, dejando la cárcel y el hospital con sus respectivas guardias.

—Llevaremos artillería; cuando menos una pieza de artillería, para amedrentarlos si se llegan a parar.

—Los caminos están enfangados. La artillería nos va hacer pesada la marcha.

—Irà la más ligera. Ahí está el Sapo.

—Vaya; irà el Sapo. Mandaremos disponer el rancho en Mazaltepec, ahí nos son adictos; llegaremos a las once, saliendo de aquí entre siete y ocho de la mañana. Adelantaremos una guardia del Paso de González para evitar toda comunicación con el enemigo. A las tres de la tarde abandonaremos Mazaltepec y haremos alto en San José, y de ahí despacharemos una descubierta que vaya a reconocer la Trinidad. Pudiera ser que los liberales hubieran resuelto ocuparla. Si tal sucede, en San José dividiremos las fuerzas: con doscientos hombres marchó por los ranchos de Santa Isabel y Rancho Nuevo a cortarlos, y con diferencia de media hora, Usted avanza de frente. Así, antes de cerrar la tarde los cogemos entre dos fuegos. No hay temor de que se escapen por su flanco izquierdo o su retaguardia, cubiertos de pantanos, ahora inundados, a menos que se transformen en lagartos. Si permanecen en Cunduacán, pernoctaremos en la Trinidad, con la debida cautela, y entre cinco y seis de la mañana les damos el albazo. Este seria mi plan. ¿Cómo lo encuentra Usted?

Arévalo repuso, sonriendo:

—¡Magnífico! sólo que es irrealizable.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—¡Irrealizable!... y ¿por qué? —replicó Antón un poco mortificado.

—Porque todo su plan supone que el enemigo nos va a dar la cara; y no nos hemos de ver en ese espejo. A nuestra aproximación van a volar como palomas espantadas.

—Podrá ser, o así será, —dijo Antón;— pero yo creo que mi plan de batalla debe fundarse en el supuesto de que haya combate.

Aquí llegaban, cuando se presentó un Ayudante, anunciando que un expreso llegado de Teapa tenía urgencia de entregar en manos del General el pliego de que era portador.

—Alguna majadería, —exclamó éste como si se sintiera contrariado.— Que pase.

Entró el mensajero, saludó respetuosamente, y alargando el pliego que ya traía en la mano, dijo:

—De parte del señor Prefecto de Teapa.

Rasgó Arévalo la cubierta con nerviosa impaciencia; leyó el pliego, y luego, con visible muestra de regocijo, frotándose las manos como quien alcanza el logro de un deseo, lo pasó a Antón, diciéndole:

—¡Alabado sea Dios! ahora sí parece que vamos a tener fiesta. Ya me fastidiaba tanta inacción. Lea Usted.

Antón leyó el contenido, que decía:

"Teapa, Octubre 30 de 1863.

(A las doce del día).

En este instante se me presenta el Prefecto de Pichucalco que llega a escape. Hoy se ha levantado la población contra el Imperio. Acaudillan la sublevación los cabecillas Eusebio Castillo e Inés Cruz. Pido órdenes".

—Ya ve, Mayor, que no tenemos tiempo que perder. Hay que impedir que se reúnan esos de Pichucalco con los de la Chontalpa. ¡A ellos!

—Sí, mi General, hay que impedirlo; pero eso no modifica nuestro plan. Los de Pichucalco necesitan, cuando menos, un día para organizarse. Caminando a marchas forzadas, cuatro etapas para llegar a Cunduacán, no antes del 4 de Noviembre.

—¡Bien, muy bien! —prorrumpió Arévalo, poniéndose de pie y paseándose regocijado, a lo largo de la alcoba.— El día 1o. los arrojamos de Cunduacán; ese mismo día caemos sobre Cárdenas, y ahí o en Hui-manguillo, el día 2, los deshacemos por completo. ¡A ellos, Mayor! ¡A ellos! Vaya, tendremos fiesta, —repitió restregándose de nuevo las manos.

—Señor, —observó Antón, — hay que contestar a Teapa.

—Sí: ahí hay papel. Hágame favor de escribir:

"Defiéndase como pueda, si es atacado. Si huye Usted, le fusilo"

—¿No más? —interrogó el amanuense.

—¿Para qué más? Feche, y firmo.

—¿Hora de marcha?

—La que dije, Mayor.

—¿Las siete de la mañana?

—Las siete.

CAPITULO XVII

MADRUGADORES MADRUGADOS

AQUEL día, 31 de Octubre, todo era júbilo en el campamento de Cunduacán. Los tambores, restirados a su mayor templadura, redoblaban locamente inacabables dianas, emulándolos la corneta que se desgañitaba de alegría. ¿Qué motivaba tan estrepitoso regocijo?

Una nueva, digna de ser así celebrada. Acababa de recibirse el parte del levantamiento de la importante cabecera del Departamento de Pichucalco, contra la Intervención extranjera. El Prefecto había huido rumbo a Teapa, abandonado por la pequeña guarnición que tenía a sus órdenes; se había hecho un buen botín de armas y municiones, y aquellos hijos de Chiapas se manifestaban deseosos de combatir por la Patria, al lado de los republicanos tabasqueños. Al efecto, activaban los trabajos de organización para emprender la marcha sin demora y venir a incorporárseles. Esto decía el parte llegado de Pichucalco, tan merecida y estrepitosamente celebrado en el campamento de Cunduacán.

Con esto se calmó la loca impaciencia en que ardian los soldados de Méndez, porque se les llevara sin tardanza sobre la Capital; ardor que el caudillo iba templando con excusas paliatorias, cierto como estaba de la imposibilidad de tamaño intento, sin encontrar el desastre más completo.

El vino alegre el corazón del hombre o lo entristece, todo depende de la situación del ánimo, y como los republicanos desbordaban de

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

contento, la ración de armada que aquella noche se les sirviera, alegrólos por extremo.

Excesivamente húmedas y relativamente frías eran las del término de aquel Octubre, que los soldados prevenían encendiendo fogatas con los tueros que recogían a orillas del riachuelo. Al amor de las lumbadas, sentados sobre los sarapes tendidos al rededor, reían y cantaban las canciones patrióticas que por entonces resonaban en toda la extensión del país, en los campamentos republicanos; unas enardeciendo el patrio amor, otras ridiculizando a los personajes de la improvisada monarquía; cuáles deificando a los héroes de la defensa nacional; esotras denostando a Napoleón y a sus aliados. De todos los grupos así formados, hacíase notar el en que el Subteniente Leandro Adriano, acompañándose de una vihuela, a que hacía dúo la mandolina del Sargento Jacinto López, hecha de concha de armadillo, improvisaba versos palpitantes de vida y actualidad. Nunca la indocta musa de el bardo de la Brigada había fluído con más espontaneidad ni nunca había obtenido aplausos más ruidosos que los que sus compañeros le tributaban al final de cada verso, que acomodaba diestramente a motivos musicales ya conocidos. Habriase imaginado, tal era el encanto de su voz, que era el cisne despidiéndose de la vida. El entusiasta jacareo duró hasta las nueve de la noche. Media hora después el silencio más callado reinó en el campamento y en toda la Villa, sólo interrumpido por el ¡alerta! de los centinelas que alternaba con el canto de los gallos. Ligera niebla cenicienta envolvía a la población, tan tenue, que en nada opacaba el brillo de las estrellas mudas y temblorosas, en el terciopelo azul indigo de la bóveda celeste.

Comenzaban a palidecer las constelaciones del horizonte oriental, cuando por el lado del camino de la Capital entraban a la Villa, a paso regular, tres hombres montados. Al acercarse al primer cuartel fueron detenidos por la voz del centinela; salió el Cabo de cuarto con una escuadra; reconoció a los arribantes, y recibió de uno de ellos el santo y seña, les dejó libre el paso. Dos de los jinetes pertenecían a la avanzada de la Trinidad, y el que traían escoltado era, como lo dejaba ver su traje y montura, un simple vaquero.

Avanzaron hasta el Cuartel General; el Oficial de guardia salió al encuentro de ellos, y luego de murmurar breve instante, aquél se introdujo al dormitorio de los dos caudillos, quienes a poco aparecieron en la sala, cuya obscuridad mal disipaba una lámpara de petróleo colocada en una rinconera. Ya los jinetes, vaquero inclusive, habían echado pie a tierra, y a indicaciones del Coronel penetrado en la sala.

—Aquí está este muchacho, —dijo uno de los de la avanzada,— Abraham de la Cruz, vaquero de la Trinidad, que se nos presentó diciendo que tiene nuevas importantes que comunicar a Usted, mi Coronel.

Méndez y Magallanes, que se habían sentado frente a una pequeña mesa, invitaron al vaquero a que se acercara, y el primero le preguntó:

—A ver, hijo, ¿qué ocurre? ¿Qué nueva nos traes?

—Pus, señor, que yo tampoco puedo ver a esoj ejtranjeroj, y el amo me dió permiso pa que viniera a avisarlej que ahí ejtán.

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—¿Dónde? —interrogaron a una los dos caudillos.

—Pus ahí, en la Trenidá.

—A ver, dinos, —tornó a preguntar Méndez,— dinos todo: ¿Quiénes vienen? ¿A qué hora llegaron a la Hacienda? ¿Como cuántos serán?

—Pus vienen esoj que manda Don Arévalo y Don Antoñito Pérez y loj demaj. Y serán... y serán... son muchoj, señor, puede que maj de quinientoj, yo no loj pude contar, y traen un cañón.

—Nos dispensan los honores de la artillería, —interrumpió sonriendo Magallanes, con su voz atiplada de laringitis crónica.

—Ya vamos a tener nuestro cañón, compañero, —le contestó Méndez con acento humorístico.— A ver, sigue tú, Abraham: ¿Qué más? Traen un cañón ¿y qué más?

—Y viene caballería; eso si conté: croque no llegan a cuarenta. Y llegaron a boca de noche. Ijque van a salir como a ejtora, quizaj ya salieron pa caeles luego encima. Si ya salieron y andan ligero de juro que a la salía del Sol ya ejtán en el Jaguactal.

—Bueno, hijo. Aquí te quedas con nosotros. ¡Teniente Moguel! —llamó Méndez.

—¡Presente! —contestó un oficial pálido y demacrado,— ¿qué manda mi Coronel?

—Se hace cargo de este muchacho y me lo cuida. Ya sabes, —continuó, volviéndose al vaquero:— tu gala, si no nos engañas; si no, te castigo.

—Pus ¿y por qué he de engañar? Si no se jueyen, yo también quiero mi jusil. Sé manijarlo. Ya he tirao puercoj de monte y venaoj y hasta un tigre bien grande que se había comío ya algunoj becerroj.

—Asi me gustan los tabasqueños, —díjole Méndez poniéndose de pie y golpeándole el hombro con agasajo.— El primer fusil que caiga, será para ti, Abrahamcillo.

Hizo retirar a éste bajo la guarda del Ayudante Moguel; otro Ayudante fué a llamar al Mayor Ramirez, y cinco minutos después, éste y los dos caudillos se encerraban en la alcoba inmediata a tomar consejo.

Rápido fué, pues transcurridos otros cinco minutos, el Mayor Ramirez se trasladaba en persona a los cuarteles y al toque de levante, las compañías se organizaban, tomaban su ración de armada, y alumbrados por la vacilante claridad de la Luna Menguante, se ponían en marcha hacia la boca del camino de la Capital. Cuando hubo marchado el último soldado, Méndez y Magallanes, seguidos de sus ayudantes y del vaquero Abraham, cuyos conocimientos topográficos habían querido aprovechar, tomaron el mismo rumbo, mudos y solemnes cual lo reclamaba e imponía el tremendo azar a que iban a aventurarse.

Don Rafael del Riego, que sobre madrugador, era sutil de oído, alcanzó a percibir el movimiento de los cuarteles. Vistióse rápidamente, se echó a la calle, llegó hasta una de las bocas de la plaza, y precaviéndose para no ser visto, se puso en acecho. Observó que las tropas se dirigían hacia el Oriente, y vió cuando los caudillos se desprendieron en la misma dirección. ¿A dónde irían? Por aquel rumbo, sólo podían diri-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

girise a uno de estos tres puntos: a la Capital, o a Jalpa o Comalcalco. Pensó que lo primero no era imaginable, que aquellos harapientos dis- taban mucho de poder intentar el ataque de Villahermosa; si lo segundo, era señal de que los republicanos huían, lo que indicaba la proximidad de los imperialistas. Movidó por el deseo de salir de dudas, fué adelante maquinalmente, llegando hasta la iglesia de Cuculteupan, y desde allí descubrió claramente que las tropas se dirigían a la boca del Juahuactal. Su curiosidad creció de punto, y avanzó aun un poco más, y protegido por la sombra de un frondoso tamarindo que crecía detrás de la iglesia, de donde se percibía distintamente el camino real en toda su anchura, que no era angosta, pudo ver que las tropas hacían alto y se iban des- prendiendo en pequeñas secciones. No había duda: aquellos locos se ap- percibían al combate, que de seguro iba a empeñarse dentro de poco en aquel lugar.

Por cosa evidente tuvo del Riego que los liberales iban a ser des- pedazados, y admitiendo la eventualidad de que la refriega pudiera con- tinuar dentro de la población, se dió cuenta de los riesgos a que los pa- cíficos habitantes de ella habrían de quedar expuestos, y sin vacilar em- prendió a toda prisa el regreso a su casa, con la idea de poner en salvo a su adorada Rosalba, de cualquiera contingencia posible.

Dió orden al mozo ensillara prontamente los dos únicos caballos con que se contaba: el suyo y el de Rosalba, y fuese a despertar a ésta y a dar cuenta a la señora de lo que ocurría y de la determinación que había tomado, que ella aprobó, encareciendo la ejecución.

—¿Y a dónde la llevas? —preguntó.

—A la Ermita, con la prima Socorro.

—Me parece bien. Idos, idos, pues, sin perder tiempo; de mi no tengas cuidado.

—Haz tú que atranquen bien todas las puertas y que las atrin- cheren, y tú te estás quietecita aquí en tu cuarto hasta que pase la bola. Yo, en dejando a Rosalba, vuelvo a tu lado.

Y dicho esto, fuese a ver a su preciosa hija que ya se vestía rá- pidamente; padre e hija tomaron un ligero desayuno, ayudó a ésta a montar, que no necesitaba ayuda, ágil como una Hipólita, cabalgó a su vez y se dirigieron camino de la Ermita.

Andando, andando, Rosalba llevaba en la cabeza toda una crea- ción en germen, y era la luz de aquel caos, nada menos que Antón Pérez.

Ella seguía con el más vivo interés la rápida carrera que el mu- chacho venía ganando en el nuevo movimiento político en que se había afiliado; entreveíalo llamado a cumplir altos destinos, y como inconscien- temente operábase en su interior un fenómeno de regresión, que al par que movíala a atenuar su comportamiento para con Antón, iba restitu- yéndolo en la afición que por él sintiera allá en los no lejanos años de su prístina pubertad. No, no lo había odiado, eso nunca; tampoco lo había despreciado; sus desdenes nacieron de la diferencia de posición social que los separaba, y nada más; pero ahora que Antón subía por su propio

merecimiento, ahora que se iba igualando con los más encopetados, muchos de los cuales acaso le quedarían muy por abajo, las distancias desaparecían, ya ella no tendría por qué avergonzarse del amor de Antón, ya no se rebajaba correspondiéndole y aun podía sentirse orgullosa de provocar la envidia de tantas que ambicionarían verse amadas del antes obscuro joven, ora erigido en notabilidad. Decididamente, después del nuevo triunfo que aquel 10. de Noviembre reservaba a Antón, había qué corresponderle, había qué identificársele para ascender junto con él en la escala de la jerarquía social, cuyos peldaños parecían aplanarse a los pies del afortunado mancebo. En estos pensamientos iba embebecido el magin de la vanidosa Rosalba, cuando vino a turbarlos el ruido de una descarga de fusilería que tronó lejano a sus espaldas, y era el principio del combate entre republicanos e imperialistas. Don Rafael del Riego paró un momento su caballo, sacó la saboneta.

—Las siete en punto, —dijo, y volviéndola a la bolsa, se continuó la marcha, cuando nuevas e ininterrumpidas descargas anunciaban que la acción se generalizaba. A esto vino a mezclarse con aquéllos un disparo de cañón.

—¡Ea! —tornó a decir del Riego,— ahora sí que ya van a huir esos collones.

En aquel punto el rostro de Rosalba se dilató, una oleada de rosas tiñó sus mejillas y sus ojos brillaron como alumbrados de una luz interna. Bien a las claras se veía que el corazón de la hechicera joven desbordaba de regocijo.

Mas los collones no huían, antes las descargas se hacían cada vez más nutridas, dejándose oír dos nuevos estampidos de cañón. Sin que decreciera el fuego, el cañón ya no volvió a tronar. Pasó así un cuarto de hora, pasó media hora, y entonces los viajeros pudieron advertir que los disparos de la fusilería se alejaban en más rápida gradación de la que correspondía al espacio que iban recorriendo.

—¿Qué habrá pasado? —se interrogó del Riego.— ¿Y por qué no habrá vuelto a disparar el cañón? ¿Lo habrán perdido? ¿Y el alejamiento de los disparos? ¿Qué, sería posible que hubieran derrotado a Arévalo?

Al escuchar Rosalba estas reflexiones que su padre se hacía en voz alta, se puso pálida como una muerta, y con acento tembloroso, balbutió:

—¡Dios mio! ¿qué, sería posible?

—Posible, sí, hija mia; . . . pero, ¡quién sabe! . . .

Mudos continuaron su camino, hasta llegar media hora después a la portada de la Ermita. Acercándose a la casa habitación, pudieron ver a Doña Socorro que se paseaba con agitada impaciencia a lo largo de la amplia portalería. Se adelantó a recibir a los visitantes, a quienes desde luego conociera, y sin dar tiempo a que se apearan, ni llamar a algún sirviente para que ayudara a Rosalba y recibiera las monturas, casi gritó con precipitada y emocionada voz:

—¿Qué ha habido pariente? ¿qué nuevas trae Usted? ¿por qué dejó de disparar el cañón? ¿por qué se habrán alejado los tiros? Diga, ¡por Dios!

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

•Mientras se apeaba y acudía en ayuda de su hija, que permanecía como clavada en la silla, iba contestando:

—Prima, no entiendo lo que ha pasado. Sali como a las seis y media para poner a ésta en salvo de cualquier peripecia. La acción comenzó a las siete. El cañón de los nuestros hizo sólo tres disparos. Entendí que los liberales huían; pero la fusilería siguió tronando más tupido, y luego las descargas se fueron alejando como por el camino de la Capital. A mí se me figura que nos han derrotado a nuestro intrépido Arévalo.

—¿Qué dice Usted?... ¡Pero si eso es imposible!... —replicó Doña Socorro, livida y desencajada al escuchar a del Riego.

—¿Y por qué enmudeció el cañón? ¿Y por qué la fusilería se alejó en dirección de la Trinidad?

La señora, visiblemente contrariada por el comentario de del Riego, vaciló un instante, y luego con voz alterada por la vehemencia y con acento de triunfo:

—No, pariente. Eso no ha pasado. Se equivoca Usted. La canalla ha huido en dirección de Jalpa, por eso las descargas se han alejado por el Oriente. He ahí por qué el cañón enmudeció; no había necesidad de él para los fugitivos.

—Ciertamente, —confirmó del Riego, sorprendido de la explicación tan atinada de Doña Socorro.— No se me había ocurrido tal cosa y, sin embargo, eso es lo racional.

La persuasión del interlocutor contagió a la señora, que acaso no la tenía, sino que hablaba bajo la sugestión de sus ansias, y se comunicó a Rosalba, que posada en un sillón y toda compungida, asistía muda al diálogo. Un relámpago de alegría iluminó su bellissimo rostro y sintió discurrir por su cuerpo una corriente rápida y bienhechora, que la impulsó a ponerse de pie y a despojarse del ligero sombrerito de fieltro plomo, que aún conservaba puesto.

—Pronto quedará todo confirmado; ya lo verá Usted, Rafael. —continuó Doña Socorro.— Despaché a Julián Bravo a que observara bien lo que ocurriera y corriera a informarme. El muchacho es atrevido, y habrá sabido verlo todo muy de cer a.

Diciendo esto, movida de nerviosa impaciencia, salió al corredor en el justo momento en que un fornido mozo, cabalgando en brioso trotón, franqueaba la puerta de golpe de la hacienda y se adelantaba hasta las habitaciones.

—Venga, pariente; ven tú, Rosalba. Hablando de él, aquí lo tenemos ya, —prorrumpió, al ver llegar al mozo.

Corrieron al llamado de Doña Socorro, padre e hija, en tanto que aquel arribaba, él y su bayo jadeantes y sudorosos, indicio de que el viaje se había efectuado a buen galope. Apeóse, aseguró el caballo a un poste, subió los cuatro escalones de ladrillo por donde se ganaba el corredor, y quitándose el sombrero, saludó:

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

—Buenoj diaj, señora ama; buenoj diaj, señor Don Rafael; buenoj diaj niña Rosalba.

—¡Habla, hombre, habla! —ordenó la señora con precipitación y abriendo ansiosamente los fulminantes ojos.

—Puej señora, sucedió.

—¡Qué sucedió, hombre; ya sabemos que hubo suceso. Di, di!

—Sucedio que el General Arévalo fué derrotado.

—¡Derrotado! —exclamaron a una Doña Socorro, del Riego y la hija, aquélla y ésta poniéndose color de cera; del Riego, engreido en su interior, no de la derrota de los imperialistas, sino por haber atinado en sus conjeturas.

No obstante que la señora, petrificada por la inaudita nueva, no alentara al Julián Bravo a proseguir su relato, él se creyó obligado a continuar.

—Loj liberelej se embojcaron de madrugada en el Jaguactal.

—Sí, yo los ví, —murmuró del Riego.

—Como a laj siete, avanzó el General Arévalo con su gente, y en el acto se trabó la pelea.

—Sí, —tornó a murmurar del Riego,— a esa hora. Yo consulté mi reloj.

—Loj embocaaj loj cogieron a quema ropa y sobre seguro.

—¡Infames! —articuló iracunda Doña Socorro.

—Traian un cañón, loj liberelej se arrojaron sobre él, y lo quitaron. Sólo pudo echar trej tiroj. Luego quitaron también el parque.

—¡Cómo! ¿también el parque? —exclamó azorado del Riego.

—Dijpuej ya no pudieron sojtenerse, y se retiraron a toda carrera pa la Capital.

Doña Socorro no articulaba palabra, pasmada de sorpresa con la relación del mozo.

Del Riego preguntó:

—¿Muchos muertos?

—Treintisiete de loj del General Arévalo; seij de loj de Méndej y Magallanej.

—¿Algún conocido? —inquirió Rosalba, con voz temblorosa.

—No, niña. De loj de Méndej, un tal Adriano, que isque era Subteniente de elloj. De la otra banda, puro soldado raso.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios injusto! —blasfemaba Doña Socorro.— ¿Y mis rezos? ¿y mis misas? . . . ¡de nada sirvieron! . . .

Y como arrebatada de un furor satánico se precipitó en dirección de la Capilla, donde ardian hasta doce velas y otras tantas lámparas, en altares y repisas; se echó sobre ellas y fué apagándolas con impia demencia, mascullando conceptos más impíos aún. Del Riego y Rosalba la habían seguido y se quedaron espantados de ver el estado de frenesí a que llegaba la parienta, que volvió a salir del pequeño santuario con la misma violencia con que en él entrara, refunfuñando:

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—¡Y crea Usted en Dios! ¡Fiese del Santo y no corra! ¡Castigo de nuestros pecados! ¡Como si esa canalla liberal fuera de santos! ¡Dios nos abandona, abandona su causa, ya veremos si nos pasamos sin su ayuda!

En esto se volvió bruscamente hacia del Riego y Rosalba que continuaban en su seguimiento, y encarándose con ésta, los ojos inyectados y cual si fueran a saltársele de las órbitas, dijole con acento que la cólera sofocaba:

—¿Sabes, sabes tú lo que sucede? ¿Sabes a qué se debe la desgracia de hoy? ¡A la soberbia de ése, de ése mal nacido, de ése Antón Pérez, que maldito sea, maldito sea el pardo del infierno que quiere igualárse-nos, que te pretende, que aspira a tenerte por mujer el muy puercos, para ser persona! ¡Ya se verá en ese espejo, aun cuando llegue a gobernar a Tabasco!... Si hija mía. Dios castiga la vanidad de ese igualado, y nosotros lo resentimos. ¡Maldito él sea!

Rosalba oyó aquel estallido muerta de terror, y estuvo a punto de caer desmayada.

CAPITULO XVIII

CASTIGO DEL TRAIADOR

QUE había sucedido?
Don Rafael del Riego había visto a los republicanos llegar a la boca del camino de Villahermosa, por donde comprendió que iba a librarse por allí una acción de armas. El plan de resistencia que fuera rápidamente concebido, se reducía a buscar compensación a la inferioridad numérica, de pericia militar y de armamento, tomando al enemigo desapercibido, aguardándolo en emboscada. Confió Méndez al Mayor Ramirez el encargo de establecerla y puso a las órdenes de él al vaquero, a fin de que lo utilizara en los detalles que concernían al lugar escogido para el combate.

Una descubierta de cinco dragones avanzó a una legua de ahí, en tanto que el resto del pequeño escuadrón marchaba a cubrir la entrada de los caminos de flanco, por donde la villa podía ser invadida. Tomó Ramirez doscientos infantes, y por secciones de a cuarenta hombres, fué los metiendo en el bosque, al abrigo de los **gimbales** (*), que crecían con profusión al borde de aquel camino, siguiendo las indicaciones que pedía a Abraham, de modo que los ocultos en un lado no pudieran dañar a los del otro. Así quedó cubierta una línea de medio kilómetro.

(*) La gimba es una variedad de bambusa, de tallo apretado, de abundante ramazón y hojas menudas y duras y afiladas espigas.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

A medida que se iba estableciendo, Méndez y Magallanes la recorrian, recomendando a los soldados:

—¡Ea, muchachos! No desperdiciar un sólo tiro, buena puntería, y el triunfo es nuestro.

Con los cien hombres restantes se formó una falsa batalla, cubriendo la boca del camino, tan a tiempo, que a poco se oyeron dos descargas lejanas. Era la descubierta que disparaba sobre la columna enemiga y recibía la respuesta. Replegóse aquélla, aportando herido al Sargento Macedonio Gil. El combate iba a empezar.

Un cuarto antes de las siete avistóse el enemigo, quien a la presencia de la batalla que presentaban los republicanos, y que Méndez hacía evolucionar en zig-zags, fingiendo por esta estratagema superioridad numérica, se detuvo.

En aquel momento Antón se acercó a Arévalo.

—Pues no huyen, —le dijo.— ¿A qué se atendrán?

—Mande toque de carga, —respondióle,— y ya verá cómo nos enseñan los talones.

—¿No sería mejor, para no exponernos a caer en una celada, ensayar la autoridad de nuestro cañoncito?

—Pues ensaye.

Ante la vacilación de los imperialistas, Méndez creyó oportuno convocarlos a fin de que acabaran de penetrar dentro de la emboscada; desprendió una cuarta de su línea, que se adelantó cosa de cincuenta metros y disparó. La provocación surtió su efecto. Contestaron los imperialistas y comenzaron a avanzar, precedidos de la pieza de artillería que lanzó su primera detonación con carga de bala rasa, acaso con el objeto de espantar a los bisoños republicanos, pues el proyectil voló sin puntería. Una imprudencia malogró el total exterminio de la gente de Arévalo. Viendo el Sargento Jacinto López por entre las ramas el avance del cañón, y que había sido cargado con saquillo de metralla, tomó la determinación de precipitarse sobre él, temeroso de que sus disparos pudieran alcanzar a sus queridos jefes, que amaba por igual a Méndez y Magallanes. En el momento que comunicaba su intento a los diez soldados que le estaban directamente subordinados, el cañón hacia su segundo tiro. López ya no vaciló: se echó fuera del bosque, sus soldados le siguieron y se arrojó sobre la pieza de montaña. La distancia dió tiempo a los artilleros para cargarla de nuevo, ronzándola hacia el pelotón que formaba López con su guerrilla, y en el justo instante en que éste la alcanzaba, ardió el estopín, partió el disparo, el doble pelotón quedó envuelto en espeso humareda, no tan densa que no permitiera ver a los del temerario Sargento cómo caían hechos trizas por la metralla. Los sobrevivientes no echaron pie atrás, antes saltaron como leones, machete en mano, sobre los artilleros, que huyeron despavoridos, abandonando el cañón.

Un toque de dianas en la línea de Méndez celebraba la desordenada proeza, que había venido a denunciar la posición de la batalla. En el acto los imperialistas se formaron en dos hileras, dando frente a los

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

lados del bosque, y comenzó un fuego desesperado. En tanto que el tiroteo de los agresores era dirigido al acaso, sobre la masa del monte, el de los agredidos era certero y sobre seguro, lo que determinaba serias bajas en las filas de los primeros, a los que sólo por instantes protegían las nubes de humo que envolvían el campo. Advertido por Arévalo, sus cornetas dieron el toque de pecho a tierra, con lo cual ciertamente disminuyó el daño que los suyos recibían, pero resultando más inciertos sus disparos, que partían en ángulo.

Así se prolongó la pelea por menos de una hora, cuando ya se agotaba la cortísima dotación de municiones de los republicanos. En este punto, el Capitán Reyes Hernández, que mandaba la primera emboscada, descubrió que las mulas conductoras del parque enemigo venían por la orilla del camino, precisamente del lado en que se hallaba situado. Pensarlo y acometerlo, fué todo uno: blandiendo sus formidables Collins lanzóse con los suyos sobre las acémilas, que los conductores abandonaron, presas de terror.

Al observar Antón Pérez lo que acontecía, y comprendiendo con clarísima percepción que la pérdida del parque significaba la consumación del desastre, arrancó su brioso corcel sobre los asaltantes, tres de los Oficiales del Estado Mayor, que le estaban más cercanos, le siguieron, y empuñando y montando sus Lefauchaux, cayeron con impetuosidad de huracán sobre la atrevida guerrilla de Hernández, que supo resistir a pie firme la violenta arremetida, ya asegurada dentro del bosque la valiosa presa. El primer empuje fué tremendo: los caballos arrollaron la primera línea de la valla opuesta por Hernández; detonaron los revólveres; un soldado cayó muerto a la certera puntería de Antón Pérez, otro rodó mal herido, en tanto que un jinete, atravesado de parte a parte, perdía estribos, y recogido y echado en ancas por uno de los oficiales, era retirado del combate. Con esto, Antón se quedó con solo un compañero, haciendo frente a los cincuenta hombres del Capitán Hernández, que los tenían rodeados y los acorralaban.

Veíase claramente que el intento de los republicanos era apoderarse de los dos campeones, para presentarlos como trofeo a su victorioso Coronel, y se comprendía que la captura de Antón, a quien habían conocido durante la refriega, por las voces que sus compañeros le dirigían, constituía especial solicitud.

—¡No lo toquen! ¡No lo maten! —gritaba el Capitán Hernández a los suyos.— ¡Hay qué agarrarlo! ¡Hay qué agarrar al Prefecto de la Chontalpa! ¡Este derrotó a nuestro Coronel en Comalcalco!

Y los soldados obedecían. Mas hubo un momento en que la disciplina se relajó. En tanto que Antón se limitaba a impedir que se le acercasen, presentando su Lefauchaux, el otro disparaba su arma, hiriendo a dos de los contrarios. Arrojárónse sobre él enfurecidos tirándole machetazos, uno de los cuales le alcanzó la pierna izquierda. Al sentirse tan rudamente herido, le sobrecogió el miedo de la muerte, y no pensando ya mas que en salvarse, metió acicates a su corcel y salvó la triple hilera de soldados que lo circuían.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Antón quedó solo en la arena, en el preciso instante en que sus compañeros de armas, deshechos por completo, abandonaban el campo en fuga precipitada.

Era de ver al gallardo joven haciendo frente a la multitud que lo acorralaba, empeñada en hacerlo presa, que a haber querido matarlo, habríanlo cumplido con sólo proponérselo; mas ahora que lo tenían solo y a discreción, parecían cosa fácil apoderarse de él, para entregarlo sano e inerte a la condigna venganza del Caudillo. Y sin embargo, no resultaba llano el intento; que Antón Pérez, secundado por su inteligente y valeroso alazán, hacía prodigios de agilidad para eludir la aproximación de sus enemigos, y escapárseles a la primera coyuntura. El y su caballo semejaban terrífico Centauro, radiante como un semi-dios, en el centro de aquella singular refriega, en la que para nada intervenían las armas de combate. Esta situación se mantuvo solamente por un minuto. Un soldado logró asir una rama de las riendas, mas le fué fatal su ardidez: partió un disparo de la diestra de Antón, y el soldado cayó exánime. Nunca tal aconteciera: un machete brilló, trazó tajando el aire rapidísimo arco, y cayó sobre el metacarpo de la mano de Antón que empuñaba el revólver, rebanándose la con la instantaneidad de una guillotina, y dejándole sólo el pulgar; mientras, por el otro lado, le era asestado sobre la pierna otro machetazo, del que lo libró un brusco movimiento del corcel, no causándole otro daño que el de desprenderle la espada, cortados los tirantes de que pendía. El noble animal se encabritó, dió un salto prodigioso, salvó a su jinete del círculo que lo apretaba, y se lanzó a escape, camino de la Trinidad. Antón, instintivamente, habiase metido la mutilada mano, que echaba sangre a borbotones, entre el chaleco y la camisa, improvisado cabestrillo, y se abandonó al arranque protector de su caballo. Primero una descarga y luego tiros aislados le siguieron en su fuga. De aquélla sintió que un proyectil le había alcanzado en la pierna derecha, produciéndole agudísimo dolor, como si una barra candente le hubiera penetrado las carnes; de éstos, un golpe contundente sacudió su brazo herido. Y el corcel corría y corría. . . . De pronto, la carrera se convirtió en cansado galope, el galope en vacilante andar, y de súbito, paróse el animal, dos chorros de sangre se escaparon de sus narices, se estremeió, y cayó a plomo. . . . Estaba muerto.

A aquella hora Rosalba oraba mentalmente por la salvación de Antón Pérez.

CAPITULO XIX

EL FIN

EN la caída, habiale quedado la pierna izquierda debajo del caballo. Por fortuna, —por tal la tuvo Antón en aquel momento,— la tierra, empapada de agua con las lluvias de la estación, carecía de consistencia y a cualquier presión se hundía. Pudo, pues, sacar fácilmente la pierna, y al tratar de retirar la otra sintiéndola como entumecida. Hizo esfuerzo para recogerla, y un dolor agudísimo le reveló que la herida que en ella recibiera se la había inutilizado. Con efecto, el proyectil que le atravesara el muslo había sido una palanqueta de hierro, la cual habiale hecho pedazos el fémur, de modo que la pierna quedaba sólo unida al tronco por músculos y tendones. No pudiendo servirse del brazo derecho, cuya mano continuaba trayendo entre el chaleco y la camisa, allí adherida por los coágulos de la sangre que de la tremenda lesión manara a chorros, haciendo palanca con el codo del brazo válido, se incorporó y logró sentarse. El agudo dolor que en aquel punto experimentó en el brazo derecho, hizole comprender que el golpe que ahí sintiera, cuando su generoso corcel lo traía a escape, no era menos que un balazo que llegó a alcanzarle de los disparos que sobre él llovieran. Le llamó la atención la insensibilidad que advertía en el espacio comprendido entre las dos heridas del órgano, y llevándose la mano a la superior, palpó que la herida había sido conminuta, haciendo pedazos el húmero. En aquel instan-

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

te vió claramente que estaba condenado a morir, ora a manos de los liberales vencedores; ora abandonado a sí mismo en el estado en que se encontraba, pues no era verosímil que mano extraña viniera en su socorro, ya que de sus compañeros de armas nada tenía que esperar, que habían huido como con alas en los pies. Por un movimiento instintivo echó una mirada atrás, y en lo que alcanza la vista, que no era gran cosa, a causa de una curva del camino, no descubrió alma viviente, mas imaginó que no tardaría en presentarse algún grupo de soldados enemigos, cuando menos al husmo del botín que pudieran atrapar. ¿Qué iba a ser de él en manos enemigas? Sería tratado sin misericordia; su cuerpo, brutalmente mutilado y objeto de ludibrio su cadáver; que los liberales, mandados por Gregorio Méndez, no podrían menos que vengar en él, Antón Pérez, lo que había hecho en Cunduacán el día que tomó partido por el Imperio, y la sorpresa que había sabido darles en Comalcalco. Tuvo horror de su última hora, y a haber contado con su espada, en aquel punto se la hubiera atravesado sin la menor vacilación, pero ni esa ni otra arma llevaba consigo; y no por amor a la vida ni miedo a la muerte, sino al modo con que ésta pudiera consumarse, determinó ganar el monte, internarse en él hasta donde sus fuerzas le alcanzaran, y allí esperar su agonía, que por espantosa que fuera en la soledad y el aislamiento, siempre lo sería menos que entregado al furor enemigo.

Volvió a echar una mirada atrás, y cerciorado de que nadie asomaba, hincando la rodilla izquierda en el suelo y apoyándose en el brazo útil, fué avanzando a rastras hacia la orilla del monte, que no distaba más de cuatro metros. Cuando fatigosamente la hubo ganado, fué escuñéndose con trabajo no escaso a través de la maleza, haciendo frecuentes paradas para tomar aliento, pues los esfuerzos que tenía que hacer en su marcha de reptil, determinaban abundante hemorragia de sus heridas, de modo que iba quedándose ya exangüe. Su fatiga llegó a la impotencia; ya no le era dable ir más allá, mas en esto descubrió en un estrecho escarpado, sólo poblado de malas hierbas, el tronco corpulento de un bellote, cuyas salientes raíces, a manera de estribaduras, ofrecíanle un abrigo en qué esperar la muerte en postura menos indigna que echado en el suelo, como la última de las bestias. Reunió, pues, todo lo que de energía le quedaba, alcanzó el pie del tronco protector, y allí, entre raíz y raíz, acomodó el destrozado cuerpo. En aquel punto le sobrevino un vértigo, y al volver en sí, sus oídos vibraban con zumbido agudísimo, sed febril reseca bala boca y garganta, la respiración anhelante levantaba y hundía el pecho y contraía y dilataba los pabellones de la nariz en precipitado movimiento isócrono. De sus embotados sentidos únicamente la vista no había sufrido trastorno, antes se manifestaba dotado de una agudeza como de nictálope: así que percibía los objetos claros y distintamente. En cuanto a su cerebro, no obstante ser presa de intensa fiebre, funcionaba con lucidez extraordinaria y pudo darse cuenta cabal de su estado. ¿Qué hora sería? Nada se lo podía indicar, pues ignoraba en qué orientación había quedado en aquel su jamás concebido lecho de muerte. El Sol, cuya marcha se percibía a través de las frondas, no

podía servir de indicante en aquel momento por la oblicuidad de su curso hacia el Antártico. Esta situación se mantuvo por algún tiempo. La fatiga de Antón crecía, la sed lo torturaba, seguía oyendo el zumbido como de mil campanas a vuelo, hasta que, poco a poco, fué sumiéndose en bienhechor letargo. Cuando volvió a cobrar sentido, la luz del día se apagaba, el crepúsculo flotaba como polvo de oro en las copas de los árboles, y la noche comenzaba a envolver el bosque en sus sombras. Y la noche se hizo al fin cerrada y tétrica en aquel lugar, sin que se percibiera más indicio de la existencia del universo que el parpadeo de una que otra estrella que se deslizaba fugitivo entre las tupidas ramas. Tal así era la callada lobreguez que allí reinaba.

El desamparado quiso ensayar un cambio de postura porque la en un principio natural, en que se colocara, se le hacía por extremo inquantable; mas al moverse, una punzada agudísima en las dos heridas arrancóle un quejido de angustia, que no llegó a exteriorizarse, sino que expiró ahogado en su reseca garganta. En medio de las tinieblas, su cerebro vagaba en torbellino ilógico. Todo el pasado de su vida aun bien corta revivía en su memoria: de sus días de estudiante, saltaba al campamento de Atasta; de los bondadosos sacerdotes a quienes debía la educación que con tanto empeño le proporcionaran, a la odiosa figura de Doña Socorro, a quien consideraba como su genio infernal; del colgado de Comalcalco meciéndose de la cuerda, a la seductora imagen de Rosalba, cuyo recuerdo, exento del amargor de sus desdenes, traíale consolador hechizo, que en vano trataba de mantener, pues la imagen, como obedeciendo a un fatal exorcismo, se borraba bruscamente para dar lugar a otras remembranzas, ya de la infancia, ya de la pubertad, y, cosa singular, de los sucesos de aquél día funesto, no apuntaba en sus visiones ni el más ligero asomo. Sólo una vez en todo el tiempo en que tuvo conciencia de sus pensamientos, volvió a oír aquel lastimero lamento que escuchara la noche en que regresaba de su expedición de Tierra Colorada. Esta especie de delirio alternaba con desfallecimientos letárgicos causados por la debilidad creciente en que iba cayendo.

En algunos de sus momentos de clara lucidez llegó a representarse aquella escena de Cunduacán, frente a Gregorio Méndez, y las airadas increpaciones de éste tornaban a resonar en sus oídos, y entonces intentaba analizar los hechos que con ella se ligaban. ¡Traidor! — pensaba;— traidor, no, que el Imperio era la salvación de la Patria de las amenazantes usurpaciones del yanqui. Ciertamente que los imperialistas mexicanos se ligaban al extranjero para realizar esa salvación, pero este extranjero era el amigo, era el hermano fuerte que venía en socorro del hermano débil, a luchar por un interés común, la defensa de la raza. El yanqui era el sajón, el extranjero execrado, el enemigo que venía a exterminar. No; concluía, Gregorio Méndez no tenía razón, la causa del Imperio era la buena, era la nacional a la que debiera servir todo mexicano de corazón bien puesto. Y en llegando aquí surgía la figura de Doña Socorro, y su loco amor por Rosalba, y el ansia de hacerse digno de lograr

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

la posesión de ella. ¡Qué larga aquella noche! Como que era el comienzo de la noche sin término. Más hubiera valido abandonarse a la furia de los enemigos; su suplicio habria sido corto, y aquella su agonía se prolongaba más allá de lo imaginable. Vino a consolarle la idea de que en aquella selva no faltarian tigres, y alguno, atraído por el instinto, vendria en breve a devorarlo; y aun creyó percibir en las tinieblas el brillo de dos ascuas, y trató de exhalar un quejido para atraer a la fiera, pero el quejido no le salió del pecho, y las dos ascuas se apagaron.

La Luna, en su segundo cuadrante, difundia una luz amarillenta a través de las copas, e imprimia a la noche un aspecto de infinita tristeza. Cuando vinieron los claros del alba, aquella luz funeraria fué palideciendo hasta quedar apagada por completo, y el cielo se tiñó de un vago rosicler que gradualmente fué encendiéndose a medida que el nuevo día se acercaba. Un estremecimiento de hojas agitó las frondas al despertar de las aves, que después de sacudirse, emprendieron mudas el vuelo. Súbitamente tierra y árboles aparecieron envueltos en densísima niebla, como si una noche blanca hubiera substituído a la que acababa de expirar. La niebla fué enrareciéndose poco a poco, hasta tomar la forma de un cúmulo de telarañas sobrepuestas, por cuyas elásticas mallas se dejaba ver un Sol de plata bruñida. De repente las telarañas se escindieron en mil rasgaduras, cayendo al suelo, convertidas en tenue lluvia, y el día brilló en todo su esplendor. Los árboles lucieron la gala de su verdura, y las flores de las lianas y de los convólvulos abrieron sus cálices, empadados de rocío, a los tibios e incestuosos besos de su padre y amante el astro rey; en tanto que Antón Pérez, en una agonía que parecia sin fin, yacia al pie del bellote, que indiferente desentumecia sus anchas y apampanadas hojas al calor solar.

Con efecto, Antón Pérez, arrinconado entre las raíces del árbol, en inmovilidad de muerto, concentraba la vida en sus ojos, asistia a su propia tortura, como esos eternos culpables que creó la inmisericordiosa fantasía de Alighieri. Exangüe, aniquilado, aun se sentia viviente; se lo acusaba su conciencia, lo habria denunciado a quien le hubiere visto el brillo de su mirada. ¿Qué implacable ley moral habia quebrantado para que por una vitalidad portentosa su suplicio se prolongara en tan odiosa medida? ¿Haber amado con frenesí? ¿Haber aspirado a levantarse a esfera más alta de la en que naciera? ¿Haber soportado, tal vez hasta la indignidad, las esquivaces y desdenes del ser humano a quien rendia culto? ¿Y qué no merecia Rosalba? ¿Y para qué la habia hecho Dios tan hechicera? ¿Dónde estaba su pecado? ¿Acaso en haberse pasado de las banderas de la República a las oriflamas imperiales? ¿Y él era por ventura el único? ¿No mil próceres mexicanos propagaban y defendian la nueva causa, grata al cielo, como lo dejaba ver la rapidez con que cundia y se ganaba prosélitos? ¿No los Ministros del Señor la sugerian en el confesionario y hasta la predicaban en el púlpito? ¿Pues no aquélla causa iba a ser la salvadora de la nacionalidad mexicana? . . . ¿A dónde estaba su pecado? Así pensaba en sus momentos de lucidez el infeliz condenado, y luego se sumía en letárgicos desmayos, de los que, para su desven-

tura, tornaba a recobrase. ¡Qué tardío y cansado se le había hecho el curso de las horas! y el Sol continuaba marchando con su acostumbrada presteza, y ganaba ya su mayor altura. Al cernirse sus rayos por entre las ramas, mentían en el suelo caprichosas blondas que algún golpe de viento complicaba en fantásticas deformaciones. El hada de la luz se divertía a solas con aquellos juegos.

Un instante alzó Antón la vista, y frente a él, parado en la penca de un cocoyol, se encontró conque, al fin, contaba con un compañero en aquel escondrijo: era un zopilote que le miraba de hito en hito, moviendo el cuello acompasadamente, de arriba a abajo, en actitud de quien medita. La presencia de aquel ser animado causó a Antón un vago sentimiento de consuelo; que ya era mucho, al cabo de tanto y de tan absoluto abandono, ver en sus postrimerias que no estaba solo en la creación. Cayó en esto en un síncope, que ya le sobrevenían con más frecuencia y cada vez más prolongados, signo de que su agonía iba tocando al desenlace, y al volver de él posó maquinalmente la vista en la palma, y vió entonces que ya no era uno solo, sino tres, los zopilotes que con el mismo movimiento de cuello y con no menos atención le miraban. Una idea siniestra y aterradora vibró en su entumecido cerebro: aquellas aves estaban allí en espera de su muerte para devorarlo. Y tomó horror a la muerte; un estremecimiento de pavor sacudió sus nervios, y anheló que aquella su misérrima vida se prolongara, con la esperanza de que algún semejante acertara a descubrirlo. La conmoción nerviosa que produjera en él aquella idea, provocó un nuevo desmayo, y al reponerse, pudo ver que no eran tres, sino ya un número considerable de catartos, los que se posaban en la palmera y en los árboles inmediatos. Pensó que podían tenerlo por cadáver, y para hacerles ver que aun no lo era, trató de levantar y mover su brazo izquierdo, lo que logró con enorme esfuerzo. Los necrófagos parecieron comprender su error, pues se miraron unos a otros lanzando guturales gutzguceos. Y la noche, último refugio a que se encomendaba Antón contra la posibilidad de ser agredido aún viviente, no daba señales de estar cercana. Ahora era su empeño conservar lo poco de vida que alentaba. Por el contrario, los buitres debían estar impacientes de hartarse con el prometido banquete que tenían ante sí, pues otros nuevos iban arribando y posándose en las copas vecinas, en las que formaban movedizas manchas negras.

Una, la más atrevida, se desprendió de la rama en que se posaba, al suelo, y a manera de explorar fué acercándose cautelosamente a Antón, quien, adivinando en sus últimos destellos de lucidez el intento del ave, renovó el esfuerzo que antes hiciera, y consiguió levantar y aun agitar su brazo y encoger la pierna no dañada, en los momentos en que el zopilote alargaba el cuello para descargar el primer picotazo. Retrajóse el necrófago, y dió unos cuantos pasos hacia atrás, pero ya no alzó el vuelo, con lo que alentados sus compañeros, fueron descendiendo uno a uno y poblando el estrecho escampado, en formación semicircular al rededor del bellote.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Acaso por instintivo respeto a la superioridad del hombre, reconocida por los demás animales aun viéndole ya impotente, la ronda de auras se mantuvo a cierta distancia del cuerpo de Antón, limitados a contemplarlo, ejecutando zalemas con la cabeza y gutzguceando con repetición. Una fantasía hoffmanesca habría fingido grupo de agonizantes en rezo, haciendo reverencias.

Mas esta actitud no fué duradera. Uno de los buitres se atrevió a lanzarse sobre la cabeza de Antón, quien aún tuvo energía para defenderse del ataque, alzando el brazo y golpeando al ave con el puño, que fué a pararse en el suelo, sin manifestarse espantada. El esfuerzo que Antón acababa de hacer fué en tal grado supremo, que cayó en nuevo síncope. El mismo ardido catarto tornó a alzar el vuelo, esta vez no para echarse directamente sobre el moribundo, sino que se le cernió un instante por encima de la cabeza, y viéndolo en inmovilidad absoluta, se alzó un tanto y luego se precipitó sobre el rostro de Antón, y le arrancó de una sola tenazada el ojo derecho. El dolor de la ablación fué tan intenso, que la víctima no sólo volvió de su desmayo, sino que exhaló un quejido lastimero, que ahora resonó como el último grito del que expira exhausto en la tortura. Todavía pudo la víctima, por un movimiento maquinal de conservación, volver la cabeza del lado izquierdo, con lo que el ojo correspondiente quedaba protegido por el tronco mismo del árbol. Luego sintió que la turba de zopilotes caía sobre él tirando de sus ropas, sin duda para descubrir las heridas, y por ahí comenzar a devorarlo. Y, en efecto, tal sucedía. La de la pierna fué la primera en sufrir el tenaceo de los picos, que tiraban de los músculos y tendones ya sin vida; la del brazo no tardó en sufrir la misma suerte, aunque algo defendida por el astrakán, que al fin rasgaron los buitres con no poca dificultad. Bruscamente, Antón volteó la cara con una expresión horripilante de dolor, que ya no tuvo acento con qué expresar. Era que un poderoso pico había hecho presa del músculo branquial anterior, tirando de él con furia. Aquel movimiento involuntario fué fatal a Antón. Otras auras se le echaron sobre el descubierto rostro, y el ojo izquierdo le fué arrancado de un solo tirón. Este último sufrimiento del desventurado se acusó tan sólo por un temblor convulsivo de todos sus miembros. Sintió entonces como si una bóveda negra, muy negra, pesada, enormemente pesada, cayera sobre él; y luego le sobrevino profundísimo sentimiento de bienestar, quizás efecto de que ya sus nervios no podían llevar ninguna sensación al cerebro. Entrecerró la boca que tornó a cerrársele y para siempre se hundió en el sueño de la noche sin término, en el amoroso regazo de la madre

ANTON PEREZ — MANUEL SANCHEZ MARMOL

naturaleza, que recogía los restos de aquel organismo, su hechura, para disolverlo en sus elementos constitutivos y esparcirlos luego, como simiente de otros organismos, en el eterno surco de la vida.

Entre tanto, esa otra noche, la que con el Sol engendra el tiempo y con él se lo divide, comenzaba a envolver la tierra, y los necrófagos, no acostumbrados a alimentarse en las tinieblas, fueron abandonando el cadáver de Antón y posándose en las ramas circunvecinas, aplazando su hartazgo para el siguiente día.

(Ilustró E. U. R.)



... Uno de los buitres se atrevió a lanzarse sobre la cabeza de Antón...

CAPITULO XX

EPILOGO TRAGICO

EL 4 de Noviembre, muy temprano, apenas disipada la niebla matutina, dos individuos de aspecto vulgar y de no mejores trazas, cruzaban a pie la Loma de la Trinidad y se endilgaban a la casa principal de la hacienda.

—Ya aprieta el hambre, —decia el de mediana estatura al otro que era alto y delgado.— Cuatro horas de andar en ayunas.... A bien que Don Mariano es muy buena persona, y no va a dejarnos seguir camino con el estómago en un hilo.

—Poj de juro, mi Teniente. Ni que juéramoj chicharra. Por Amaya quien soy, no tendria yo juersa pa llegar a la Capitala.

Después de una corta pausa, prosiguió el que se nombraba Amaya:

—¿Poj no va ujté a crer, Teniente, que llevo un poco de miedo?...

—¡Miedo! y ¿de qué?...

—De que el Mayor me cajtigue por la pérdida de mi jusil.

—No sea usted tonto. Demasiado hace usted, simple Cabo, con volver a la Compañía, cuando tantos se habrán aprovechado de lo del Jahuactal pa no pensar más en la guerra.

—Y qué ¿cómo ujté vuelve con su ejpada? dirán.

Con efecto, el Teniente llevaba, en vez de al cinto, colgado del hombro izquierdo, sin duda para que no le molestara al andar, un sable de munición.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

—Pero yo soy oficial, —replicó,— y no es lo mismo salvar la espada que lleva uno ceñida al cuerpo, que un fusil, y más cuando se huye del enemigo.

En esto llegaban ya a la casa principal de la hacienda, por cuyo corredor, Don Mariano, después de haber dado aquella mañana sus últimas órdenes a la servidumbre, se paseaba, y viéndolos venir, paróse para recibirlos, pues los había conocido como que eran vecinos de Cunduacán.

—¡Ola! Don Zenón, señor Amaya, ¿ustedes por acá? ¿qué viento? Yo les creía en la Capital. Me alegro de verles, porque quiere decir que se salvaron del fuego, y ¡qué fuego, Dios mío, si aquella fusilada parecía redoble de tambores!

—La Virgen Santísima nos ayudó, señor Don Mariano, —contestó el Teniente o Don Zenón, como aquel acababa de llamarle.— Ya sabe usted la traicionada que nos hicieron esos ruines. Se emboscaron entre el gimbal, y nos cogieron de sorpresa. Perdimos nuestro cañón, el Sapo, y cuando todo se puso en confusión, los liberales salieron de la emboscada, se apoderaron de nuestro parque y ya no pudimos defendernos. Los nuestros echaron para acá, yo no me pude incorporar, me metí en una ceja de monte, y por allí me fui escurriendo, como una culebra, hasta que vine a salir cerca de la Quinta de Oramas. Bajé al río, donde me encontré con este amigo que no se decidía a echarse al agua. Dimos con el vado, pasamos a la otra banda, nos metimos en el acahual, y siguiendo la trilla del ganado, después de tres horas de jender el monte, salimos al Bajo Grande, al sitio de mi compadre Juan Adorno, que nos tuvo escondidos. Ayer tarde supimos que los liberales, llenos de miedo de su inesperada victoria, se huyeron rumbo a Cárdenas. —Hizo una breve pausa, y luego prosiguió:— ¿Pero dónde se van a meter que no les demos alcance y nos las paguen caro?...

—Y ya verán, —agregó el llamado Amaya,— quién es el Mayor Pérej y quiénes son los cunduacanecojes. Le juro por la Virgen del Carme que le j va a jualtá tierra pa juir.

—Vaya, que sea, —murmuró Don Mariano.— Y a todas estas, —continuó, con acento de solicitud,— ustedes han de necesitar tomar algo. Todavía no hay de comer; pero no falta chocolate y una gruesecita de manteca.

—Si nos hace usted el bien, . . . —dijo el Teniente,— cabalmente de eso veníamos hablando, como que estamos en ayunas.

Don Mariano se dirigió al interior a dar órdenes, volvió al lado de los dispersos, que ya sabemos lo eran Don Zenón y Amaya; hizolos pasar a la sala, les dió asiento, y a poco aparecieron dos criadas trayendo asentadas en mancerinas de cedro sendas jicaras ventruadas, negras y lustrosas, rebosando de espumoso y humeante chocolate, cada una provista de media gruesa de manteca.

Los viajeros honraron mercedamente la doble obra de misericordia que en aquel punto ejercía Don Mariano, y cuando hubieron apurado hasta los posos, se dispusieron a partir.

Preguntóles Don Mariano si no querían llevar para ayuda de viático una pellita de posol con qué calmar la sed y el hambre que en su caminata habrían, de resentir. Rehusó el Teniente, asegurando que para la hora de fagina ya estarían en Mazaltepec, donde sin duda serían recibidos con agrado, como que allí moraba gente amiga de la buena causa; Amaya, más precavido, aceptó, recibiendo instantes después, de manos de una criada, una redecilla que contenía gacha de maíz, con más, una panela, envueltas en hoja. Dijeron adiós al bondadoso huésped, y partieron a buen andar.

Don Mariano se quedó viéndolos partir, dilatada la boca por una sonrisilla burlona, viniendo a distraerlo la voz de nuestro ya conocido Abraham.

—Señor amo, —dijole;— el becerro de la Noble hace doj día que no arriba. El animal ejtá desejerao, queriendo salirse del chiquero. A mí me paese que sería bueno soltarla quej ma juácil quella encuentre al hijo, si ej quejtá vivo.

—Tienes razón, Abraham, —confirmó Don Mariano.— Que la suelten y que monte un muchacho a caballo y la siga.

—Todoj andan en el rodeo, —observó Abraham.— Iré yo en seguimiento.

—Bueno; anáda tú. Llévate una bolina, cebadilla y aguarrás, por si acaso.

El muchacho fué a alistarse: echó su silla vaquera a los no muy sanos lomos de un overo que habria emulado a Rocinante, tal andaba de flaco, pues Don Mariano habia tenido la cautela de poner a salvo la caballada mejor de la hacienda, para substraerla a las requisiciones de caballos a que la Trinidad, situada en medio del camino real, entre la cabecera de la Chontalpa y la antigua Villahermosa, quedaba expuesta. Metió luego Abraham en unas árganas los recados de albeiteria que el amo le indicara, las trabó a la cabeza de la silla, amarró la bolina y un peal a las correas de la anquera, y ya listo, fué a dar su libertad a la desesperada Noble, la que franqueó presurosa la puerta del establo, partió a todo andar, sacudiéndosele las ubres, gruesas como odres, y como si fueran a reventar.

A unos cincuenta metros y ya seguida de Abraham, paróse, levantó el testuz, venteó en todas direcciones, lanzó tres lastimeros mugidos, y prosiguió al trote largo en dirección del monte. Ya cerca de éste, tornó a pararse, irguió de nuevo la cabeza, volvió a ventear en todos sentidos, lanzó otros tres prolongados y quejumbrosos mugidos, y corrió a lo largo de la orilla del monte, oliendo la hierba. Detúvose bruscamente, paró el oído y sin titubear se entró a través de la maleza, que, primero, con alguna facilidad, y luego más y más difícilmente, iba rehendiendo, agazapándose aquí, saltando acullá para salvar algún tronco caído que le obstruía la trilla por donde marchaba, siempre con la cabeza baja, echándola a uno y otro lado para librarse de que los cuernos se le enredaran en los bejucos o en las entrelazadas ramas del inextricable breñal, sin

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

detenerse un punto, aguijoneada por el sentimiento de la maternidad, más fatal y tenaz en el bruto que en la hembra humana. Abraham, que seguía a la vaça artuña a corta distancia, pudo por algunos minutos no perder su pista; mas como a medida que avanzaba, la maleza se hacia más y más tupida, comprendió que iba a hacerse imposible ir en pos del animal. Ya había tenido qué recurrir a su machete para abrirse paso, mas semejante tarea retrasaba su marcha y lo exponía a despistarse por completo. Fiado en el perfecto conocimiento del terreno, que muchas veces y en todos sentidos había explorado, ya persiguiendo algún toro alzado, ya buscando becerros perdidos, ya al acecho de venados o puercos de monte, y hasta de tigres, que como vimos ya, contaba entre sus proezas cinegéticas la muerte de alguno, determinó buscar camino más practicable, y al efecto, escudriñó a su rededor. No tardó en descubrir una estrecha vereda que se escurria tortuosa a través del bosque, y en ella se metió, imaginando que bien podía salir al atajo de la res por aquella senda que no dejaría de cruzarse con algunas otras.

El cálculo del mozo salió fallido, que al cabo de algún andar se encontró con que la tal vereda no tenía salida, sino que, después de casi borrarse bajo la hierba, desaparecía por completo al término de un matollar. Probablemente en años muy atrás, la vereda había sido camino que condujera a un campo cultivado, ahora convertido en enmarañada maleza. Empeñado ya en aquella dirección, no quiso Abraham volver atrás, antes se sintió alentado al vislumbrar alguna claridad detrás de la mota de monte que le cerraba el camino; así que, apeándose, machete en mano, trató de ir adelante, y lo consiguió con poco esfuerzo, hasta salir a un pequeño prado que atravesó, procurando orientarse en la dirección que había seguido la Noble. Limitaba el prado, por el rumbo que el mozo seguía, un cenagal que costeó desechándolo a la izquierda, por donde serpeaba otra vereda, no más ancha que la palma de la mano, en los momentos precisos que oía mugir a la vaca en dirección un tanto desviada de la senda en que acababa de aventurarse.

—No voy mal, —se dijo,— y por aquí no he de apartarme mucho de la Noble.

Por desgracia, la vereda se torcía en dirección opuesta a la en que percibiera los mugidos, vereda que, como la anterior, después de cinco minutos de ir por ella, borrarósele del todo, a la orilla de un acahual, afortunadamente poco espeso. Tonnó a apearse y a recurrir a la ayuda de su machete, llevando a su montura del ronزال, y así avanzó un buen trecho. De súbito, con esa agudeza de oído propia de la gente habituada a la soledad, creyó percibir un ruido sordo, como de golpe de viento en lejanas frondas. Detúvose, paró el sentido, y sonrió. No le cabía duda: aquel ruido era aleteo de zopilotes, ocupados en devorar alguna res muerta. La Noble se ha equivocado, dijo para sí. Los chombos están allí de festin con el cadáver del becerro. Y sin más vacilar, amarró su matalón a una rama, y comenzó a abrirse paso con el tajante machete en la dirección en que oyera el aleteo, que poco a poco iba haciéndose más distinto, hasta percibir el áspero gutzguclear de los gallinazos. Avanzan-

do, empezó a sentir la fetidez de carnes en pudrición y ya no tuvo ni sombra de duda de que era el cadáver del becerro de la Noble el que alimentaba la voracidad de los zopilotes. Por fin, dió a un estrecho escamado, y no pudiendo descubrir lo que devoraban los pajarracos por haber salido del lado opuesto al en que en espesa ronda se agitaban, como tinta en hervor, se deslizó al sesgo para cambiar de frente. Manjar apetitoso debía de ser para las asquerosas aves el que se engullian, pues no obstante la singular agudeza de sentidos de que están dotadas, no sintieron la presencia del vaquero, quien ni con el cambio de posición adelantó en su pesquisa, tan densa era la aglomeración de los famélicos catartos sobre la naturaleza muerta que estimulaba su apetito; así que, mientras con la mano izquierda asía Abraham la falda de su camisola de brin para taparse las narices contra la insoportable fetidez que impregnaba el aire, con la derecha cogió un garrote y lo lanzó violentamente sobre el negro hervidero de auras. Asustadas por el brusco ataque, alzaron el vuelo en confuso y estrepitoso aleteo. Las más asustadizas, las más jóvenes, se engarbaron en los árboles vecinos; otras menos tímidas, se pararon en las ramas más bajas, y otras, las más audaces o hambrientas, ni siquiera abandonaron el suelo, en el que se mantenían dando pequeños saltos, a guisa de desgarrada zarabanda.

Abraham lanzó un grito de horror, al ver el objeto de que hacían pasto los necrófagos. Entre las pronunciadas aristas de dos salientes raíces de un bellote yacía un cadáver humano, espantosamente desfigurado. Fué acercándose cuanto más se lo permitía la asfixiante hediondez del cadáver, siempre tapada la nariz con la falda de la camisola, y su horror llegó al extremo. Los labios habían desaparecido arrancados por las poderosas cizallas de los buitres, y las mandíbulas reían siniestramente, enseñando integras dos hileras de blancos y finísimos dientes; las huéras órbitas en que antes brillaran los ojos, parecían hitas en el abismo tenebroso de la nada; las desgarradas narices comunicaban al deforme rostro un aspecto grotesco, como de máscara de histrión; desde los párpados superiores al nacimiento del cabello, la piel había sido arrollada, y ni los cartilagos de las orejas, todo carcomidos, habían sido respetados. El resto del cuerpo no inspiraba menos repugnante pavora: el chaleco de paño, como si una mano furiosa hubiera tirado de la solapa, estaba enteramente abierto, arrancada la botonadura; la camisa que fuera blanca, ahora como nevolcada en almagre, toda la falda echada fuera, veíase rasgada de pechera a orilla, para dejar desnudo el vientre, del que habían sido extraídos los intestinos y las entrañas; el 'dormán de astrakán del que los acerados picos arrancaran algunos alamares, no defendió al brazo derecho de ser devorado casi por completo, como el pantalón de drill ruso tampoco protegió a la pierna derecha de sufrir la misma suerte. Comprendió Abraham que aquellos horripilantes despojos pertenecían a persona de calidad por las fedéricas de charol que calzaba, lo lujoso de la chaqueta y la banda negra de bunato que aun rodeaba la cintura, y no le cupo duda de que se trataba de algún jefe mortalmente herido en la

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

cción del Jahuactal, que para escapar a la furia de los vencedores habiase refugiado en aquel bosque. Olvidado de la Noble y de su becerro, pensó que lo que tenía que hacer era ir a dar parte al amo del poco envidiable hallazgo que acababa de encontrarse, y para evitar que los zopilotes concluyeran su tarea de destrucción, después de ahuyentarlos a garrotazos, se puso a cortar ramas con que fué cubierto el cadáver. Hecho esto, se fué a recoger su rocin, montó y se encaminó a la hacienda.

Tartajosa la lengua por la emoción con que hablaba, dió cuenta de todo a Don Mariano, que le abrumaba a preguntas para aclarar detalles, sin poder avanzar un punto en la tarea de atinar con quién pudiera haber sido aquella víctima. Certeza tuvo de que se trataba de un oficial imperialista de alta graduación, sin duda, cuya identificación era en aquel momento imposible de verificar, según resultaba del relato de Abraham.

Tras breve cavilar, dijo al vaquero:

—Bueno: ahora hay que ver de dar sepultura al muerto. Hay que traerlo al Campo-Santo.

—No se va a poder, señor, —observó Abraham.— No se aguanta el jedor.

—Pues hay que hacerlo, —insistió Don Mariano.— No hemos de enterrar en el monte el cuerpo de un cristiano, ni dejarlo allí a que acaben con él los animales. . . .

Con las manos asidas por detrás y la cabeza baja paseóse Don Mariano pensativo a lo largo del corredor en que pasaba esta escena, y volviéndose instantes después al vaquero que esperaba de pie, dijo:

—Mira; ya pensé: apareja una mula, llama a dos muchachos que te ayuden. Ya están allí. Arregla unas angarillas; le pones de cama un petate, que no faltan en la bodega. A prevención lleven dos palas, procuren colocar el cadáver en las angarillas y mientras ustedes vuelven, se abrirá en el Campo-Santo la sepultura.

Abraham fué a la bodega de donde salió con el petate, una pelota de hilo de sosquil y una aguja de arria; llamó a dos de sus compañeros, y de consumo procedieron a cumplir lo ordenado por el amo.

Pronto quedó todo listo. Echaron las extremidades libres de los largueros de la parihuela sobre los lomos de la mula aparejada, y provistos de dos palas, Abraham tirando de la bestia, partieron.

El mozo, ya mejor orientado, pudo escoger punto menos difícil por donde penetrar en el monte. El aleteo y el guztgucear de los necrófagos, junto con la fetidez del cadáver, llegaron a los sentidos de los vaqueros, y a poco alcanzaron el reducido escampado de la pavorosa escena.

Los compañeros de Abraham lanzaron una exclamación de sorpresa y espanto ante el cuadro que a su vista se ofrecía, y fué necesario ahuyentar de nuevo a las aves que en su famélico furor habían apartado las ramas con que el vaquero cubriera el cadáver, sobre el cual se amontonaron nuevamente, continuando el festín.

Discurrieron los mozos la mejor manera de cumplir su encargo, de modo de soportar la hediondez del muerto, y decidieron desenganchar las

angarillas, y tomándolas por las extremidades de los largueros, empujarlas por debajo del cadáver para recogerlo en la cama. Puesta la parihuela a guisa de palanca, en la abertura más obtusa que pudieron, a fin de facilitar la operación, no tuvieron mayor dificultad en un principio, mas al llegar a la protuberancia de las posaderas, por más esfuerzos que hacían, no lograban hacerlas entrar en la cama. Impaciente Abraham, se determinó a arrastrar el cuerpo por las piernas, y contentando el resuello, puso manos a la obra. Agarró las dos piernas por la garganta de las federicas, dió un tirón... y ¡horror! logró su objeto, pero la pierna derecha desprendiéndose del tronco, le quedó en la mano, soltándola con la prontitud misma con que hubiera soltado una escua, y retrocediendo espantado.

Lo principal estaba hecho. Las angarillas fueron enganchadas a la mula y partieron, Abraham siempre tirando de la bestia, y a uno y otro lado sus compañeros, libres así parcialmente de las pestíferas emanaciones del cadáver.

Como lo había dicho Don Mariano, en tanto que Abraham y sus compañeros marcharon a recoger el muerto, él se trasladó al Campo-Santo que distaba un medio kilómetro de las casas, precedido de cuatro mozos provistos de coas, palas y piones, y escogiendo el lugar más apartado del Cementerio, mandó abrir allí una fuesa. Mientras que los mozos abrían la tierra, sabiendo ya de qué se trataba, pues la noticia del hallazgo de Abraham había corrido por toda la hacienda, Don Mariano se amparó a la sombra de un árbol, contra los rayos del Sol, que no por ser del moribundo Otoño dejaba de quemar al vivo, yendo de rato en rato hasta la entrada del Campo-Santo para atisbar el retorno de Abraham, y volviendo al punto en que se practicaba la fosa para hacer alguna indicación. Justamente cuando esta quedaba terminada, aparecían los portadores del muerto, que entraron y avanzaron hacia la fuesa.

Don Mariano sacó de la bolsa de su blusa de listado un pañuelo empapado de alcohol, que a prevención llevara, y trató de acercarse a las angarillas, mas era tan fuerte la pestilencia, que el cadáver despedía, que después de examinarlo un breve instante, volvió la cara y se apartó, pensando en sus adentros quién habría sido aquella víctima. Ordenó que avanzara la mula, de modo que las parihuelas quedaran encima de la fosa, y que, mientras se cortaba la costura de la cama, se mantuviera con una lia la cabeza del muerto para ver de que cayera lo más a plomo posible. Así se ejecutó: sacó Abraham su cuchillo, procedió a cortar rápidamente la costura, un golpe sordo resonó en el fondo del hoyo, y seis palas se ocuparon en rellenarlo con no menor prontitud. Cuando estuvo colmada de tierra, cuatro piones, subiendo y bajando alternativamente, con movimiento isócrono, como mazas de batanes, dejaron aplanada la tierra en un abrir y cerrar de ojos.

Así acabó Antón Pérez, Mayor de las tropas imperialistas en Tabasco, Prefecto Político de la Chontalpa y presunto candidato a la posesión de la beffa sin par Rosalba del Riego.

EDITORIAL YUCATANENSE "CLUB DEL LIBRO"

Aquella noche tuvo Abraham una horrible pesadilla; soñóse transportado al lugar en que encontrara el deformado cadáver, hacia el cual, dando bríncos y gutzguceando de regocijo, avanzaba un verdadero ejército de zopilotes. En esto, el cadáver se irguió y tendiendo los brazos se le arrojó al cuello, implorando socorro. Abraham saltó de su lecho de tapextle, dió un grito, y despertó despavorido, erizado el cabello y bañada la frente de sudor.

FIN DE LA OBRA

"ANTON PEREZ"

INDICE

	<u>Página</u>
EL LIC. DON MANUEL SANCHEZ MARMOL Por el Lic. Francisco Cantón Rosado	IX
ANTON PEREZ Por Francisco Sosa	XVII
CARTA CRITICA Por Joaquín Baranda	XXXIII
A PROPOSITO DE LA NOVELA "ANTON PEREZ" Por Manuel Sánchez Mármol	XLIII
"ANTON PEREZ" Por el Lic. Victoriano Salado Alvarez	XLIX
Capítulo I ANTON PEREZ	53
Capítulo II EL PADRE REYES	59
Capítulo III ROSALBA DEL RIEGO	65
Capítulo IV LA VIEJA CUNDUACAN	69
Capítulo V FOGUEO	75
Capítulo VI EL CORAZON NO RAZONA	81
Capítulo VII EL "REGALO"	91
Capítulo VIII TORMENTO	97
Capítulo IX CRUELDAD SOBRE CRUELDAD	105

	<u>Página</u>
Capítulo X	
EL GRAL. D. PEDRO BARANDA	111
Capítulo XI	
EL GOBERNADOR DUEÑAS	117
Capítulo XII	
CONATO DE REBELION	123
Capítulo XIII	
LA TRACION	129
Capítulo XIV	
SANCHEZ MAGALLANES Y EL CAP. GREGORIO MENDEZ	139
Capítulo XV	
FIRMEZA INQUEBRANTABLE	147
Capítulo XVI	
IMPACIENCIAS DE AREVALO	159
Capítulo XVII	
MADRUGADORES MADRUGADOS	169
Capítulo XVIII	
CASTIGO DEL TRAIOR	177
Capítulo XIX	
EL FIN	181

ILUSTRACIONES DE E. U. R.

Portada:	
El Coronel Méndez con sus capitanes	
Antón Pérez	57
El Padre Reyes	63
Rosalba del Riego	67
Leyendo al Baroncito de Faublás	104
...uno de los buitres se atrevió a lanzarse sobre la cabeza de Antón... ..	187

Los títulos de los diversos capítulos fueron agregados a la obra original por el Director de la Editorial Yucatanense "Club del Libro"

Antón Pérez, de Manuel Sánchez Mármol, en edición facsimilar se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos del Estado de Tabasco y Herrero Hnos., el 30 de noviembre de 1990. Su tiro fue de 2 mil ejemplares, más sobrantes para reposición.

{ jhs editor }

Cuidado de la edición: Gisela Zavala.
Portada: Amigo tip's.

Antón Pérez, la última producción de Manuel Sánchez Mármol, es una novela histórica, en la cual la intriga amorosa juega un papel importante. En ella se descubre sin esfuerzo, la intención de gravar en la memoria de las nuevas generaciones, el nombre y los hechos de los que por la patria y por la libertad combatieron en Tabasco, en los días en que se intentó implantar en México un imperio.

Antón Pérez es un símbolo, no es únicamente el personaje de una novela. En él se resumen los diversos estados de conciencia de quien obsesionado por las pasiones, sacrifica en aras del amor y de la ambición, el primero y más alto de los deberes: El de velar por la honra de la patria, luchar por su autonomía y morir, si es preciso, por ella.

Manuel Sánchez Mármol, nació en Cunduacán, Tabasco, el 25 de mayo de 1839, aficionado desde su juventud al estudio de las bellas letras, fue varios años profesor de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, gracias a sus tres principales obras, *Pocahontas*, *Juanita Souza* y *Antón Pérez*, entre otras ha conquistado merecido lugar en la galería ilustre de tabasqueños.

nr. 1356

ict

Ediciones